

ALMAS SALVAJES

Triskelion. Las reliquias perdidas y el velo del tiempo



ELIZABETH HAY

VOL. I

D.J.57



ALMAS SALVAJES

Triskelion. Las reliquias perdidas y el velo del tiempo



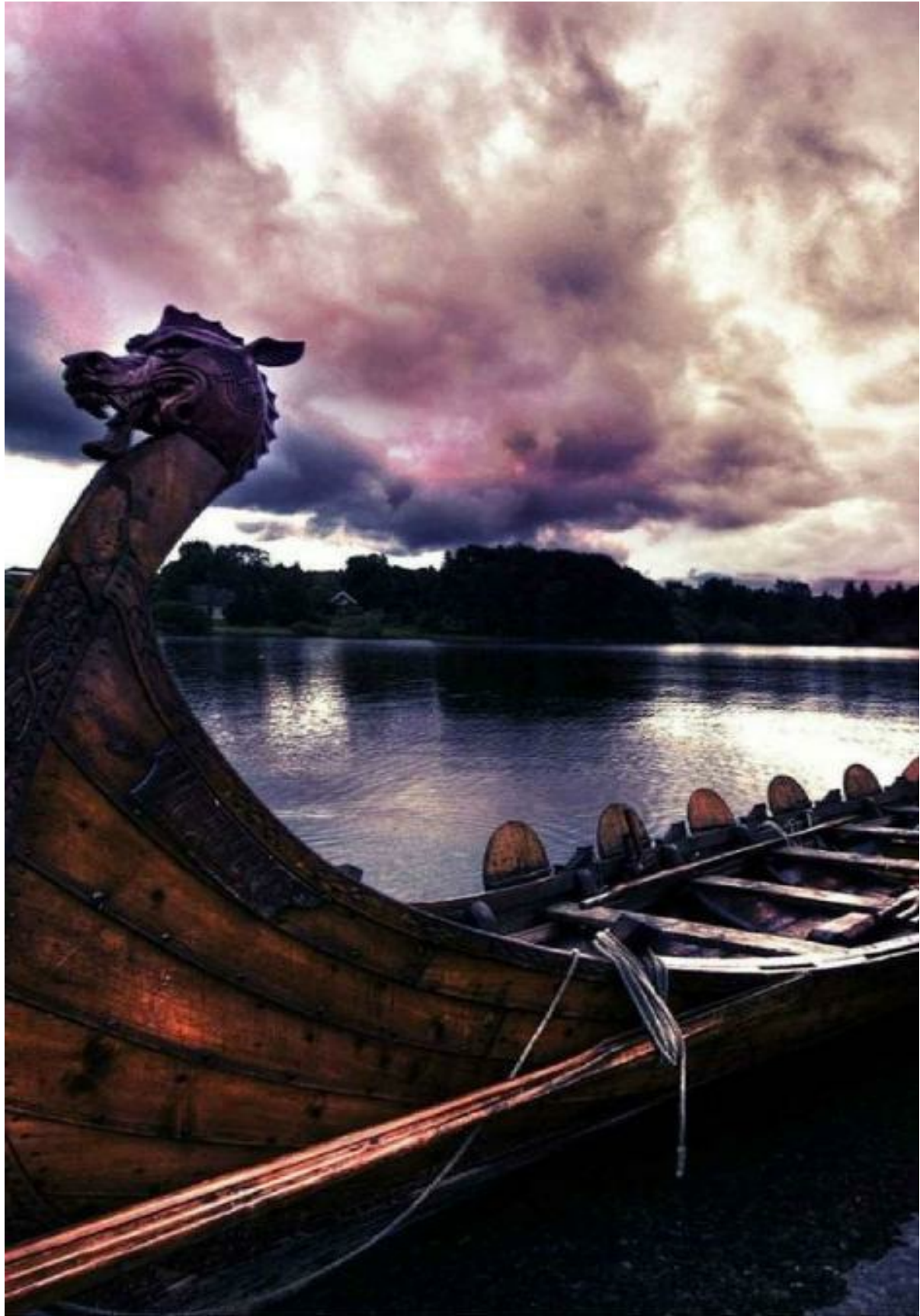
ELIZABETH HAY

VOL. I

GUERRERO, SIRVIENTE, ENEMIGO Y AMANTE.

En medio de la lectura del testamento de su esposo la extraña aparición entre los nuevos bienes heredados de un cilindro antiguo con pistones y un sobre que resguarda una postal llena de símbolos drúidicos y transcripciones en una lengua extraña datado de hace un año atrás, a su nombre con la figura de un leprechaun y en su reverso un auténtico acertijo en clave, hacen que la racional Brianna O'Connor, psiquiatra y agnóstica, se embarque en una aventura peligrosa que condicionará el resurgimiento de entre las sombras de una antigua orden secreta. El periplo de Brianna en la búsqueda de respuestas la llevará sin remedio a Glasgow donde confluirá su pasado y su presente cuando conozca al enigmático y hermético Niall Jónsson, un criptólogo historiador islandés especialista en la cultura celta. La aparición del misterioso vikingo traerá como consecuencia que las pesadillas que atormentaban a Brianna desde hace meses se tornen más vívidas, transportándola a una vorágine de eventos en medio de un viaje a través del tiempo unido a la búsqueda de las tres reliquias celtas y ligada al surgimiento de una extraña hermandad, cuyo único objetivo es enterrar el pasado.

Desde Dublín hasta Islandia, pasando por las seis naciones celtas y la región noroeste de la península ibérica surge esta historia de maldición e intrigas, atada a la fuerza de dos tribus guerreras enemigas y a una pareja de amantes que retará al destino y al tiempo.



ALMAS SALVAJES

Triskelion, las reliquias perdidas y el velo
del tiempo

ELIZABETH HAY

VOL. I

Copyright. © Liz Hay 2019 ALMAS SALVAJES . Triskelion, las reliquias perdidas y el velo del tiempo.

Todos los derechos reservados.

Es una obra de ficción. Nombres, situaciones y caracteres son producto de la imaginación del autor. Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal).

**Copyright© 2019 Elizabeth Hay.
All rights reserved**

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores y seguidores, gracias por adquirir este EBOOK.

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en las redes sociales.



A mis padres, R. Dante y C. Adeline

CITA DE AUTOR

« En cuanto al amor... Todos vivimos exactamente lo mismo. Solo que con distintos personajes, en diferentes entornos y épocas ».

Elizabeth Hay



PRÓLOGO

Los celtas fueron un pueblo con una cultura fascinante y rica que merece la pena mencionar en cualquiera época y en cualquier medio escrito u oral. Se puede decir que toda la cultura europea ha sido inspirada en mayor o menor medida por lo que los celtas nos transmitieron. El universo celta te lleva desde los mitos y leyendas de hadas, a los gnomos y bosques encantados en medio de las sangrientas batallas y guerras que decidieron el destino de todo el mundo occidental y marcaron nuestra Historia, con los imperios y dinastía de los países que hegemonizaban el mundo y que lo hacen aún en nuestros días de la mano de políticos, reyes y organizaciones secretas antiquísimas por medio de dinero y la explotación inmoderada de los recursos a cambio del oro negro o la supremacía del poder.

Desde cualquier parte del mundo el misticismo que les embarca al igual que el halo de misterio de sus tradiciones, guerras y ritos nos han llevado a ser lo que somos. Y aunque como pueblo independiente hayan mermado en los anales de la historia, permanecen con nosotros, y esa sangre inmortal es la que ha creado los pueblos y reinos subsiguiente en: Escocia, Reino Unido Irlanda, Italia, Francia, Grecia y España, los mismos que en la Edad Media y las subsiguientes se convirtieron en conquistadores, saqueadores y constructores de todo lo que conocemos hoy en nuestros días.

Aquella raza antigua con idiosincrasia propia, cultura y religión son nuestros antecesores y nosotros somos sus descendientes directos porque su sangre aún corre en las venas de los reyes y en la de todo el pueblo aledaño donde se forjó su historia, por ello los celtas como pueblo y cultura son parte de nuestro legado, la forma como moldearon el hierro y el cobre dándole nombre a una Era; sus técnicas asombrosas de tejidos e indumentaria colorida y funcional, que si echamos atrás una mirada fugaz serían los antecesores de los abrigos y cazadoras de nuestra época moderna, así también como su trabajo excelso artesanal que nos llega a manera de herencia hasta nuestros días, ahora de la mano de las famosas casas de moda que utilizan sus formas, sus símbolos y tartanes para crear piezas exquisitas y lujosísimas; su

valentía en batalla que inspiró a los viejos Imperios: como el romano y el griego, y sus leyendas que nos llegaron de la mano de los cuentos de niños que las editoriales y las imprentas nos dejan ahora como si fuesen los antiguos bardos del pasado, que de generación en generación transmitían su legado y sus hazañas. Su música, aquellas notas suaves y melódicas del laúd, el cuerno y la lira que han desencadenado hasta convertirse en esa guitarra eléctrica y el arpa de nuestros días. Sin duda alguna, la cultura de los «keltoi» nos hace soñar e imaginar lo impensable, estos hombres y mujeres considerados bárbaros y salvajes eran mucho más organizados que muchos de los pueblos de nuestra época actual en pleno siglo XXI. En la época de los celtas existía un sistema de castas, pero no las disecciones actuales en cuanto a las discriminaciones por géneros. Debemos recordar que el término «bárbaros» en su mayoría les fue otorgados por los romanos y los griegos que fueron los que nos legaron su historia de la mano de sus clérigos y monjes allá por el siglo XII y XIV; pero como siempre y actualmente aún acontece, debemos recordar que la historia se va a contar siempre desde la perspectiva del pueblo regente por antonomasia, ya bien dice el dicho: *“Conoce la dos partes de la moneda o en este caso de la historia, y saca tus propias conclusiones”*; pero si hablamos de historia del pasado, si nos imaginamos a los sangrientos romanos y sus gladiadores en el Coliseo y a los griegos en sus empalizadas batallas como las de Troya de 10 años contra los helenos entre otras, nosotros en pleno siglo XXI, también podríamos considerarlos a ellos, a los antiguos griegos y romanos como bárbaros, aunque nosotros también los fuésemos. Con nuestras armas de destrucción masiva, nuestras incansables guerras y los novedosos y famosos agentes químicos que serían en un futuro no muy lejano capaz de orquestar una guerra silenciosa con consecuencias nefastas capaces de asolar un continente o varios, con enfermedades creadas y diseminadas en focos de polución causantes de muertes indiscriminadas por las casas farmacéuticas y un buen puñado de líderes poderosos. Por otra parte, el misticismo de la paradoja de los viajes en el tiempo y las reencarnaciones son dos conceptos que nos han intrigado desde el principio de los tiempos. El término reencarnación existe desde hace muchos siglos y ha sido tratado por pueblos y religiones de diversas maneras, en algunas culturas aceptadas y en otras más bien censuradas y repudiadas. Pero no se puede negar que es un tema que desde siempre ha fascinado a la humanidad y ha adoptado con el tiempo a multitud de adeptos en todas las partes del mundo. Existen religiones que lo toman de manera más seria al

hablar “*de ese más allá y las repercusiones*” en un mundo real plagado de mentiras y traiciones en lo cual los dogmas quieren suprimir las antiguas costumbres de albedrío por medio del sistema del miedo. Desde siempre se ha utilizado este término sugestivo como una medida de control de masas en cuanto control y sumisión de pueblos o personas, y aún se sigue utilizando en nuestra época actual, no solo en el plano espiritual sino en el de cualquiera índole con el fin de conseguir o perseguir fines personales o regionales. Los viajes en el tiempo, los portales a otras épocas y mundos, también han fascinado a los científicos y estudiosos de todas las partes del mundo surgiendo una multitud de teorías como las de: El agujero negro, el cilindro de Típer, la materia exótica, las cuerdas cósmicas, etcétera. En esta novela se abordará un poco esta semántica mezclando datos históricos con personajes de ficción, con nombres propios o cambiados para estructurar una historia de misterio, acción y aventura que será la antesala de los libros subsiguientes porque en resumen, desde mi perspectiva personal, los celtas fueron una tribu excepcional en todos los aspectos: en religión, en política, en cultura y en economía, no es si no esperar que surjan muchísimas más historias que hablen de ellos en la posteridad porque... El dinero, el poder, la traición, el sexo, la rivalidad, la religión, las batallas y las guerras, la vida y la muerte, es el compendio de los albores y anales de la historia de la humanidad, de la cual aún no se ha escrito la última página.

PREFACIO

Muy cerca de las inmediaciones de la desembocadura del río Liffey dejando atrás el pueblo costero de Howth rumbo hacia la costa de Malahide, una pequeña almadía singla las aguas tras el sonido corto y potente del remo que chapotea el mar al adentrarse dejando tras su acción el sonido constante de su avanzada que impulsa la barca hacia su destino. Un lánguido y enjuto remero con la vista clavada hacia el horizonte observa con detenimiento la sibilina silueta que se erige ante él, alta e impasible, cobijada por la sombra del anonimato que le otorga la larga y oscura toga con capucha que recubre su cuerpo; la presencia impertérrita del extraño tripulante lleva a su costado un candelero metálico con lumbre que le sirve para iluminar el tenebroso y umbrío entorno costero a su paso. A los lejos, a escasos minutos después emerge entre el denso follaje el avistamiento de una tierra coronada con tres cruces enormes celtas antiguas y casi como de entre la nada se yergue de repente la imagen de una silueta borrosa, alta y delgada que se mueve como un espejismo en el horizonte. Las nubes espesas que hasta hace escasos minutos taponeaban el manto estelar comienzan a disiparse como huyendo en el cielo poco a poco, dejando atisbar ahora un paisaje clarooscuro bañado por los rayos iridiscentes de plata provenientes de la luna que a manera de haz luminoso baña con sus reflejos el claro proyectando sombras bailarinas mientras el bote flota sereno en el mar.

La nave tocó tierra, la imponente figura se puso en pie y osciló, unos pies saltaron del navío en medio de la opacidad silenciosa surgiendo de entre la arboleda la imagen ahora clara de un hombre sosteniendo una antorcha de cera que solo le iluminaba la perfilada nariz y los labios prietos. No tardó en hacer aparición el segundo sujeto escondido entre las sombras sujetando unas riendas alargadas de cuero atadas a un corcel negro, no muy lejos de los otros dos pura sangre y enormes caballos que bufaban y pastaban. Aquel hombre, el tercero, era mucho más bajo y recio con rostro macilento, nariz pronunciada y con una enorme cicatriz alargada que le atravesaba la mejilla derecha. El sujeto más bajo de la toga oscura extendió presto su mano depositando unas monedas que resplandecieron con el brillo metálico en las manos del remero, al mismo tiempo que el ignoto tripulante descendía del

esquife y montaba el caballo ante el bufido de disconformidad que mostraba la bestia al sentir el peso sobre su lomo. Rápidamente emprendieron la marcha los tres jinetes, cabalgando momentos después, atravesando el camino rumbo hacia el castillo sin detenerse, hasta que en medio de las copas de los árboles se divisó como un gigante dormido, la imponente fortaleza de piedra de *Malahide* en medio del paisaje verde y agreste, rodeado de campos fértiles y vegetación densa que ahora lucía opaca y velada por una especie de bruma blanquecina nocturna que dificultaba la visión. Lo único que iluminaba el manto estelar era la luna llena, que con sus hilos de plata descendía dando la impresión de atisbar sombras irreales y formas extrañas sobre las superficies gélidas y rústicas de los muros empedrados con interiores estucados. El chirrido de una puerta de madera provocado por las antiguas vigas que cedían al paso abriéndose en la mitad de la noche les indicaba que todo iba según lo pactado. Poco a poco, un pequeño grupo de cinco encapuchados entraba en solitario al edificio de uno en uno, como guiados en una procesión en medio de la sobriedad que daba el esoterismo. Ya dentro del recinto de piedras, el anfitrión de la casa, el señor *Talbot*, les condujo a través de un oscuro pasadizo en el que solo se lograba vislumbrar al final del largo pasillo la luz flameante de una de las antorchas que desvelaba de a poco y por trozos el oscuro y frío corredor. El propietario vestido completamente de negro y en completo mutismo tomó una de las antorchas que pendían de las paredes y recorrió con el grupo en solitario los pasajes atravesando las enormes torres con ventanales minúsculos alargados conduciéndoles cerca de la escalera de piedra hacia el *Oak Room*, la vieja habitación que era usada como capilla para la penitencia, que no era más que un gran salón oscuro y vacío ataviado de roble del suelo hasta el techo, con dibujos de origen flamenco que incluían seis paneles con imágenes de la Biblia que se encontraba en la dirección opuesta a los altos ventanales rectangulares y angostos que ahora lucían recubiertos con pesados cortinajes alargados de cuero. El salón estaba solo decorado por las dos enormes lámparas de forja de rueda y el juego de dos candelabros muy altos de tres pies con varios pinchos de metal en donde reposaban las velas clavadas que otorgaban lumbre a la habitación. El más alto de los cinco encapuchados de anchos hombros se detuvo cuando el señor *Talbot* deslizó uno de los paneles que daban un acceso oculto a una de las cámaras angostas y a los oscuros corredores que parecían extenderse más allá de la vista. El gigante encapuchado se dio la vuelta y elevó el rostro dejando ver sus ojos

almendrados y oscuros por primera vez desde que había llegado, observando detenidamente a su anfitrión. El señor Talbot era un hombre sagaz, alto y fornido con larga barba grisácea y mirada inquisidora, que sin pronunciar palabras y enarcando una ceja les condujo diligente mostrándoles el pasadizo a seguir, dejándoles constar con solo una mirada que sus caminos se bifurcaban justo allí, y que solo él y el resto de cinco encapuchados serían los únicos que se adentrarían más por el oscuro pasadizo rectangular. El señor *Talbot* inclinó la cabeza y dio un paso atrás sosteniendo el panel mientras los otros cinco hombres ingresaban cerrándose detrás de ellos el acceso secreto, quedándose el grupo completamente a oscuras en el interior. Los cinco encapuchados dieron unos seis pasos antes de alcanzar en la pared una tea con un paño previamente empapado de brea que les sirvió para encender la antorcha y proseguir su camino. Al final del recorrido llegaron a un habitáculo húmedo y umbrío que en el centro tenía una especie de pica de piedra que sobre sus cabezas era iluminada por la luz proveniente que se colaba directo por la hendidura cónica del techo, desembocando en una especie de altar. El ignoto situado a mano derecha del líder prosiguió a encender los candiles ornados con un recipiente que poseía un garfio que permitía colgarlos de las anillas metálicas en las paredes como lámparas votivas que permitían una trémula luz que se extendía iluminando solo un poco, creando una atmósfera cargada de ocultismo, como si cada uno de los integrantes invitados a esta ceremonia siguiese una especie de ritual en el cual, todos los miembros, salvo el quinto elemento, conocían todos los pasos a seguir y los ejecutaban en sincronía pasmosa. De entre las sombras a los pocos minutos emergió la imagen de un anciano enclenque que efectuaba las funciones de guardián y que caminaba jorobado llevando a cuestas una especie de manuscrito grueso y antiguo. La voz atronadora del líder retumbó en las paredes a manera de eco que se esparció en todas las direcciones mientras las llamas ardientes de las velas se reflejaban en cada uno de sus rostros desvelando sus identidades.

—Estamos aquí reunidos los seis con el objetivo de forjar una alianza militar oculta e imperecedera que nos permitirá salir victoriosos y ser inmortales en nuestras tradiciones y cultos... Nuestra amenaza real son los «*sassenachs*», que nos están llevando a la extinción de nuestra raza y nuestra lengua, y eso no podemos permitirlo; algunos necios, líderes poderosos, insisten en crear alianzas y continúan batallando, ganando y perdiendo luchas que solo nos llevan al desgaste y a la muerte. Nosotros los aquí reunidos

hemos acordado unirnos y defender nuestro territorio y el poderío y control de nuestras tierras convirtiéndonos en conjurados. Al practicar este ritual, todas las partes aquí presentes nos convertiremos en "*hermanos de sangre*" y velaremos para el cumplimiento del mismo pacto de generación en generación. Un «*pact de snaggiar*» es un pacto sagrado, y en el preciso momento en que se solemnice todo por medio de ritual quedará claro que lo que pertenece a una de las partes del pacto quedará de hoy en adelante a disposición de todos los hermanos, y que los destinos de todos pasarán a estar unidos desde este preciso momento en algo perpetuo e indisoluble que se transmitirá a los hijos de sus hijos hasta la tercera o cuarta generación que lo respetarán y lo guardarán como dictan las escrituras. Queda claro para todos los aquí reunidos que bajo ningún concepto ninguno de nosotros puede aprovecharse del pacto o romperlo; en otras palabras, esta hermandad de sangre es un pacto que no se puede anular. Al mismo tiempo, ninguno de los hermanos reunidos aquí, pedirá nunca nada a ningún otro hermano, a menos que se viese absolutamente forzado a hacerlo por necesidad.

Todos allí presentes se acercaron y se formaron en forma de un círculo, de dentro de los pliegues de sus túnicas gruesas oscuras sacaron una daga y se perforaron los pulgares uniéndolos y lamiendo el dedo del compañero más próximo a su izquierda. El viejo guardián del libro sagrado se acercó acto seguido con el cuerpo de un niño en los brazos que estiraba sus bracitos y piernitas precedido de un ligero gorjeo. El techo estaba abierto en el centro, por el se derramaba la luz lunar sobre el cuerpo del niño que era colocado desnudo sobre un ara de la grisácea pica de piedra. Junto a él, el más alto, el líder, murmuró las palabras rituales en medio del círculo alumbrado por las trémulas llamaradas de las velas. El resto de los conjurados presentes repetían las frases y las letanías una a una, todos unidos en una conjura por obtener el poder de expulsar a los grupos enemigos y restablecer el poderío absoluto de las tierras para conservar y aumentar las posesiones, todos unidos sellaron esa noche su traición a Rory, el gran rey supremo de Ériu mediante el sacrificio de sangre. Un puñal brilló en la noche, un destello fugaz se vio seguido de un leve gemido. La sangre y las vísceras se vertieron en una copa mezclada con vino previamente servido. Uno a uno, todos los conjurados perforaron sus muñecas con un fino corte horizontal, presionando la herida hasta verter unas gotas de sus sangres en el mismo recipiente bermejo, mezclándose las respectivas sangres de cada uno en una mezcolanza amalgamada y viscosa, creando el elixir de la vida nueva a partir de hoy de la que todos beberían uno

a uno hasta acabarse la última gota. Una corriente de aire que se coló en el habitáculo apagó momentáneamente la lumbre de las velas dejando todo en una oscuridad momentánea, los conjurados con los dientes tinturados y las sonrisas prendadas en sus rostros sellaban sus destinos. Ya estaba todo hecho y dicho, eran hermanos de sangre, sus destinos estarían asociados desde ese momento para siempre. Ninguno de los allí reunidos se atrevería en el futuro a romper el pacto.

—«No existe una unión más fuerte que la sangre. Por medio de ella llevamos a cabo un pacto supremo entre el alma y el cuerpo. Desde los inicios ancestrales todas las civilizaciones se han forjado con sangre. En las culturas primitivas la sangre sella los pactos de colaboración, de unión, de supremacía y sumisión, de guerras y conquistas, de esoterismo y misticismo. La sangre crea los lazos invisibles en unión tribal y es la forjadora del nacimiento de los clanes. Pero no todo aquello es parte del pasado. La sangre crea un vínculo indisoluble y fuerte en todos los niveles de la vida y ha sido asociado en el pasado a los llamados pactos de sangre, que no son solo propios de las culturas primitivas, aún son latentes pero ocultos en nuestros días. La época clásica de Occidente y Oriente, la raíz de nuestra cultura actual occidental, la civilización que mostró a los hombres la luz de la filosofía, de la alquimia, de la matemática, la poesía y el arte, dio muestras de actos atroces y espeluznantes holocaustos forjados y labrados por medio de la sangre, aquel líquido vital dador de vida. Hoy en el siglo XXI y a pesar de ser un reconocido criptólogo historiador, orador y director del centro de estudios irlandeses y escoceses en la afamada Trinity College of Dublin. Nadie mejor que yo, conoce a ciencia cierta las condiciones y los efectos de la rotura de uno de estos ritos litúrgicos considerados paganos en nuestros días, pero que en algún momento de los albores de nuestra historia, en eso que llamamos el ciclo de ir y venir del tiempo eran lo más normal en el día a día de los pueblos y clanes. Aquellos lazos de sangre cualquiera fuera su naturaleza constituía mucho más que un juramento, una promesa indestructible en la que ambos contrayentes encarnados debían mantenerse unidos bajo el previo juramento hasta la muerte. De ser desecho aquel pacto intrínsecamente ligado quedarían expuestos a las consecuencias nefastas inherentes. Pero, ¿qué puede hacerse cuando aquellos pactos no nacen de la previa aceptación de las partes?, sino más bien de todo lo contrario, de pactos obligados carentes de voluntad por medio de la sumisión de terceros sin ninguna opción por medio de las partes contrayentes... Desobedecer, resistir y dar batalla asumiendo las consecuencias. La resistencia es la oposición a un agente externo para intentar impedir la finalización de la labor encomendada con el solo fin de que esta, no se concrete, desafiando a quien quiera que sea y al mundo entero si fuese necesario, porque las situaciones desesperadas, requieren de medidas desesperadas, y más cuando estas nacen de un sentimiento tan profundo y fuerte como el amor... Si te digo que la conexión cósmica no es una falacia, que las almas gemelas y rebeldes existen, que la maldad siempre dice venir de la mano de la verdad y la razón para justificar sus atroces actos, que la felicidad son solo momentos robados de tiempos truculentos, algunas veces envueltos en misteriosos caminos intrincados... Que el sufrimiento, el dolor y las pérdidas nos permitirán reconocer lo invaluable pero nos lastimará sin poder evitarlo. Que la naturaleza, aquella esencia etérea, salvaje e indomable y superior en armoniosa concepción nos devolverá con creces de la manera menos pensada lo que le estamos quitando... Y que yo, el vikingo errante, el alma indómita e idealista peregrinaré incansable en cada vida, para pagar el precio por volver a encontrarte».

PRIMERA PARTE.

LA MALDICIÓN CELTA

“ Con una historia escrita en sangre y el legado tallado en piedra, no hay mejor supervivencia que la de los irlandeses ”.

Proverbio Irlandés.

CAPÍTULO I.

Dublín, 2018.

Noche brumosa, sombras inquietas, oscuridad total. Soy consciente de que duermo, de que desde hace unos minutos mi cuerpo ha entrado en la fase de relajación, mis músculos se destensan, se reducen mis latidos pero inevitablemente una parte de mí sigue despierta, soy consciente de ello porque siento una presencia amenazadora respirando a mi costado, rodeándome y contemplándome, haciéndome helar hasta los huesos. Mi cuerpo permanece laxo pero yo lucho con furia contra las fuerzas de la física cuando le siento posarse sobre mí. Siento su peso y en consecuencia la cama cede por el peso de nuestros cuerpos en un chirrido casi imperceptible, percibo sus extremidades huesudas y frías, mi cuerpo entero experimenta la sensación de miedo y desasosiego pero no puedo permitirme claudicar, no dejaré nunca que usufructúe mi cuerpo. Lucho, lucho contra los músculos distendidos que casi no responden a los dictámenes de mi consciencia mientras intento apartar la presencia; me siento débil y pruebo abrir los ojos, intento despertar del letargo pero no lo consigo, y hago lo primero que se me pasa por la cabeza. Rezar, rezar para ahuyentar las ánimas. No me considero devota, sino más bien todo lo contrario, soy una pagana declarada, pero siempre he encontrado cierto tipo de paz en la oración y en ese ser supremo que sé que existe aunque no sea especialmente corpóreo y magnánimo como los describen algunas religiones. Me concentro murmurando en mi memoria extrañas letanías antiguas mientras persevero; la presencia adquiere más fuerza y noto como se deshace de mi ropa, abriéndose camino a tientas sobre mi piel, oprimiendo mi voluntad, separando la sutil gaza blanca de lencería que apenas recubre mi cuerpo, es como si quisiera tener acceso expedito para poseer y reclamar lo que no le pertenece. No

habla, pero puedo sentir su oscuridad, el manto negro que rodea su aura y su espíritu acechador. Sigo bregando incansable, tratando de apartarla de mí, siento el tacto frío y el corte afilado de sus uñas que laceran mi carne sosteniendo mis muñecas. Rezo e imploro porque mi alma regrese a mi cuerpo para que no haya cabida para nada más, no desfalleceré, no dejaré que nada que no sea yo en esencia ocupe aquel lugar. Batallo en aras de librarme del asedio inminente que me mantiene presa en ese momento, mis pulsaciones se han disparado y mi respiración es trabajosa, justo como cuando vuelvo después de hacer mi sesión de *footing* en el Phoenix Park. Siento sus garras reteniéndome y por la presión que aplica para someterme de cualquiera manera, siento las puntas de las mismas uñas como navajas insertándose en mi carne, en la lucha incansable mientras espera darse un festín con mi cuerpo. Sigo combatiendo con fiereza hasta que ocurre, mi alma entra en mi cuerpo y la oscuridad se desvanece, al mismo tiempo que abro los ojos como platos y como una especie de sonámbula con la respiración trabajosa, salto de la cama, doy cuatro cortos pasos y enciendo la luz. Aquella estela flagrante que borra de un solo plumazo la oscuridad, cobra vida al segundo y todo lo malo desaparece, miró el reloj al costado de la mesita del buró. Las agujas del minuterero y el horario marcan las 3.30h. Siento como si la presencia aún continuara allí pero hubiese perdido fuerza, mi corazón sigue latiendo en descontrol cuando tomo el paño de la puerta decidida a evadirme, una fuerza avasalladora me impide seguir adelante haciéndome barrera, como si de repente la puerta frágil hecha de conglomerado fuese de piedra, siento el latido de mi corazón en los oídos, debo tomar una decisión, luchar o ceder. Por breves instantes la incertidumbre y el miedo vuelven a apoderarse de mí, desconozco lo que me encontraré si atravieso el umbral de la puerta. Pero algo superior me insta a proseguir, lo hago, me deslizo cruzando el oscuro corredor del pasillo de mi apartamento ubicado muy cerca de *Castleknock* y prosigo caminando con el corazón retumbando en mi caja torácica como un tambor de guerra. Llegó a la sala, la luz que se presumía apagada está encendida y solo puedo ver desde la distancia su cabello largo ensortijado marrón oscuro y su ancha espalda. Mi corazón da un brinco, prosigo caminando hasta situarme con convicción delante de aquel espectro de la noche que parece haber adquirido como por magia una presencia corpórea para revelarse, me situó delante del sofá sin dejar de temblar y le observo, le observo detenidamente... Hasta hace minutos previos mi mente había construido con su increíble imaginación las formas deformes posibles y el

rostro de los espectros de la noche, monstruos de caras fantasmagóricas con dientes amplios y mirada vacua, púas quizás salientes de sus espaldas, despojos de carne colgantes, jorobas y garras como arpones de ballenas en vez de manos; a la velocidad de luz creo criaturas extrañas con cuerpos verdosos, ojos saltones, alargados y negros, lo que sea que pueda ser atribuido como la imagen que los medios y las revistas describen a los UFOS, pero para mi sorpresa, su aspecto no es cadavérico y grotesco, sino más bien, constituía todo lo que jamás hubiese cruzado por mi cabeza. Su imagen, el rostro que me observaba fijamente es el de mi marido, que sabía que aún yacía en la cama de la cual me acababa de levantar, sabía conscientemente de que no se trataba de él en realidad, sino que la presencia había adquirido su forma por lo cual la sangre y la adrenalina me dieron la fuerza suficiente como para afrontarle aún tiritando y con un hilo de voz sin siquiera dejarle intervenir espetándole colérica:

—Quiero que te vayas de mi casa y de mi vida ahora, y no regreses nunca más, espectro de la noche.

Mi declaración simple estuvo a punto de no ser enunciado en voz alta cuando él me miró a los ojos e hizo un ademán de tratar de pronunciarse. Pero mi voz aunque quebradiza y nerviosa salió de mí tajante y con tal furia, que la criatura se mantuvo en completo mutismo observándome, para de golpe ponerse en pie. Para mi sorpresa era mucho más grande de lo que hubiese imaginado, mucho más que Bastian, su porte era el de un gigante, sus ojos aunque azules rasgados tenían un aura oscura, no dijo nada mientras avanzaba en mi dirección; yo di dos pasos atrás con los ojos bien abiertos y justo al momento de alcanzar mi muñeca con su tacto helado y su sonrisa siniestra, yo volví del mundo onírico levantándome de golpe. Al despertar quise convencerme de que todo aquello fue solo una alucinación producto de mi mente, yo creí estar despierta antes y enfrentarle, pero lo cierto es que seguía sumida en una extraña y oscura pesadilla que no se desvaneció ni siquiera al levantarme de improviso de la cama y observar a mi lado la cruda realidad, el cuerpo de Bastian tendido a mi lado dormitaba aún tranquilo, inmerso profundamente en un sueño profundo y reparador, quizás a años luz de allí en un espacio etéreo mucho más agradable del que yo apenas dos segundos antes acababa de salir presa del pánico. Mi primera impresión luego de desviar la mirada fue deslizar prestos mis dedos sobre mi muñeca izquierda, la cual había sido marcada en medio del sopor, y ahora aunque despierta por completo aún sentía un ligero ardor inexplicable cerca de las

venas verdes marcadas sobre mi piel aporcelanada, y aunque no pudiese atisbar ninguna señal de marcas, podía dar aún con el punto exacto en donde como un pinchazo había sentido en mi adormecimiento como las largas y deformes uñas como especie de una aguja había incidido en mi piel mientras ambos nos peleábamos por primar el control de la situación, si así pudiese llamarse. No era la primera vez. Mi respiración continuaba alterada y descompensada por lo que decidí desembarazarme de las sábanas y abandonar el lecho echándome un ligero chal de lana mullida sobre los hombros, dirigiéndome al salón, cerrando los ojos, evadiéndome de las imágenes desde donde el ente malévolo minutos antes había decidido revelarse en mi contra. El recuerdo era tan real que yo por segundos lo había atribuido por realidad hasta hace poco, cuando empezó a desvanecerse de mi mente, no sin antes dejarme sumida en esa sensación de aprehensión y abandono. En mi experiencia profesional como psiquiatra había oído cientos de casos de aquel fenómeno conocido como la “parálisis del sueño”, y yo misma lo había citado a algunos pacientes con síntomas de estrés exacerbado, poco descanso y mucha comida antes de dormir, pero en mi caso solo al dar por finiquitada mi alucinación y mi angustia, encontrándome alterada sin poder evitarlo, supe que mi experiencia había sido de todo menos aquella enunciada con vehemencia en los libros de psicología y psiquiatría. Me enfundé bajo la manta de sofá reclinándome sobre los almohadones, deslicé la mirada de soslayo cuando decidí ir a la cocina a prepararme una infusión de hierbas aromáticas que calmara mis nervios, la valeriana siempre me había ayudado en esos casos por lo que me dejé llevar arrastrando las pantuflas hacia la cocina. Poco a poco, las imágenes vivas que yo daba por realidad comenzaban a disiparse de mi mente mientras dejaba la taza humeante sobre la encimera y volvía al sofá. A través de las amplias ventanas la lluvia discurría incesante formando un tenue velo acuoso. Tomé la tableta para seguir con mis pendientes y la encendí tratando de avanzar en mi asignación. Si no podía dormir al menos debía hacer algo provechoso. A fin de mes tenía la presentación como conferencista invitada en la *University College of Dublin* cerrando el ciclo de la semana de la Ciencia y el Hombre en donde desarrollaría los recientes estudios y los avances en el campo basados en los experimentos de los años 50 conocidos como: “La cueva de los ladrones y el experimento de Asch”. Me armé de valor e inicié tomando apuntes...

Los primeros rayos del alba hicieron que Bastian Langlois se despertara, debía marchar a toda prisa y dejar atrás su cómodo pero estresante despacho en el *National Museum of Ireland*. El sonido de la alarma incesante paró de repente ante un golpe seco de la mano sobre el buró. Bastian extendió la mano para alcanzar su reloj de pulso notando el lecho frío y solitario, se puso en pie y se alistó a toda prisa y antes de marchar se dirigió al salón desde donde logró ver a Brianna dormida sobre el sofá, con las gafas puestas y la tableta a su costado derecho. Se acercó sigiloso y le quitó el dispositivo eléctrico y se inclinó para dejarle un sutil ósculo en la frente. Brianna suspiró y abrió los ojos para mirarle somnolienta. Bastian era realmente un hombre apuesto, alto y atlético de cabello marrón y ojos expresivos azules.

—¿Dónde vas tan temprano *mon ange*?

—Te lo he dicho hace dos días, me voy a Galicia.

—¿España?

—Oui mon bébé —dijo dándole un beso.

—Me ha llamado Reinaldo Saineiro desde el Instituto Galego de Estudos Célticos. No me ha querido dar detalles más claros por teléfono pero me dijo que todo tenía que ver con un descubrimiento que cambiaría la historia tal como la conocemos hoy día... ¡Estoy impaciente, lo admito! Saneiro nunca me llama si no está seguro de algo. Es importante, tengo que ir, hasta los del Museo me han instado a afanarme con el viaje sin resolver mis pendientes en la clasificación de unos utensilios en calidad de préstamo que nos cedió Museo Arqueológico Nacional de Francia.

—Cierto, cierto me lo comentaste ayer mientras comíamos en el *Patrick Guilbaud*.

—¿Por qué has abandonado la cama a mitad de la noche?, sabes que no me gusta despertar sin tu compañía, ¿has tenido otra de esas pesadillas?

—Sí. No quise despertarte *mon ange*.

—*Mon trésor*, eso también lo hemos hablado. Prométeme que irás pasado mañana Brianna a ver al Dr. Antoine Broussard. Él normalmente tiene la agenda llena los seis meses siguientes, me ha concedido esta cita como un favor especial, no la dejes perder. Lo único que lamento es no estar en Dublín para acompañarte como hubiese querido, pero el deber manda.

—Está bien. Te lo prometo Bastian.

—Ya sé que no crees en esta dinámica cariño, como psiquiatra, es normal. Pero esto, tu aflicción, no está mejorando, tus colegas no han hablado de una solución, y yo simplemente ya empiezo a preocuparme.

—Lo sé, lo sé... Hasta yo he empezado a dudar de eso a los que ellos atribuyen al estrés y a la parálisis de sueño.

—Esa es la razón por la que he hablado con Jules y él me ha conseguido el número de un afamado especialista en el campo. Por favor no dejes de ir cariño. Jules ha movido cielo y tierra para conseguirlo, este tal Broussard es inaccesible e ilocalizable, normalmente tiene citas de aquí a dos años, ¿me entiendes?

—Lo sé *mon ange*, iré, lo prometo —dijo ella elevando la mano y haciendo un mohín con los labios, mientras él le echaba una mirada inquisidora enarcando una ceja.

—Ahora debo dejarte mon trésor. —Él se acercó y sus labios hicieron contacto en un tierno beso francés cargado de sonrisas y promesas.

—*Je t'aime Brianna*, no lo olvides.

—No lo hago, yo también te amo mon bébé.

Brianna se puso en pie y estrechó el cuerpo macizo de Bastian entre sus brazos, elevando los dedos traviosos para tocar su agreste barba y revolverle los rizos bien acicalados del pelo. Él le lanzó una sonrisa, tomando el maletín que había dejado recostado junto a la puerta, escasos minutos atrás y atravesó el umbral volviendo el rostro para mirarla por encima del hombro, lanzándole un beso con la mano al aire en un gesto, antes de desaparecer de su campo visual.

CAPÍTULO II .

A Coruña, Galicia , 20 19.

Bastian Langlois descendió del coche al ver la imagen de su antiguo camarada Reinaldo Saineiro, alto, delgado de complexión media, barba abundante gris al igual que su caballo, con sus típicas gafas de monturas de pasta azules y su mirada reflexiva, con sus dedos como pinzas acariciándose el mentón.

—He venido en cuanto he podido. Debo aceptar que me tienes completamente intrigado. Tus misterios y tus acertijos me tienen la cabeza hecha un barullo como siempre, me traes de aquí para allá con esos tejemanejes... ¿Cómo estás mon ami? —dijo abrazándole.

Habían pasado muchos años desde que ambos habían coincidido en la antigua Trinity College of Dublin mientras ambos estudiaban la carrera, habían coincidido en algunos cursos y se habían aventurado al optar por carreras similares.

—Años sin verte *Dr. Langlois*. Hemos venido posponiendo este encuentro entre este y otro compromiso profesional. —Bastian levantó la mirada encontrándose en medio de los grandes megalitos compuestos por bloques de granitos con manchas rojas construidos como homenaje de las víctimas de la represión franquista.

—Siempre tan dramático Reinaldo. No has cambiado nada, sigues igual que hace 20 años —dijo señalando las rocas inhiestas. El brillo de la pericia brilló en los ojos de su amigo. Bastian le miró y el doctor Saineiro sonrió sardónico con aquella mirada de pillo exultante.

—Te he traído hasta aquí porque nadie como tú para compartir este descubrimiento.

Ambos echaron a andar en dirección al *Campo da Rata*. El sol descendía por el oeste mientras caminaban uno al costado del otro. Bastian Langlois, arqueólogo echó un vistazo en derredor a la estructura de dolmen que se erigía frente a sí, con las manos cruzadas recostadas en su baja espalda y la americana azul que se agitaba al igual que su melena rizada por la brisa marina.

—¿Por qué me citaste en este sitio? Podríamos haber quedado en un restaurante cerca de la *Plaza María Pita* y a estas horas estaríamos degustando uno de ese famosísimo plato de pulpo a la gallega con patatas, del cual no puedo dejar de degustar cada vez que vengo.

—Nada ocurre por casualidad viejo amigo. Todo está conectado, justo como este parque escultórico.

Las sombras que se proyectaban de los hombres pasaban justo por delante de los 12 menhires por la paz obra de Manolo Paz. Saineiro hizo un alto en el recorrido de dos minutos volviendo el rostro hacia su amigo.

—¿Cómo está Brianna?

—¡Estupenda!, el trabajo la mantiene muy ocupada como siempre, quizás por eso nos llevemos tan bien. Cada uno ha sabido construir su refugio y encontrar el medio y el espacio tiempo para colisionar y olvidarnos del mundo cuando estamos solos y lejos de nuestras obligaciones profesionales. Brianna es una mujer muy independiente. Justamente el mes que viene tiene una serie de ponencias en la *UCD* acerca de su proyecto de investigación del año pasado en cuántos a grandes descubrimientos psicológicos que sirven de apoyo a la psiquiatría.

—Me alegro mucho por ambos —apostilló Reinaldo parco de palabras como casi siempre. Bastian volvió a romper el silencio.

—¿Cómo está Analía y los niños?

—Nos separamos hace tres años. Por lo que respecta a los niños, que ya no son tan niños, los veo por orden judicial cada 15 días.

—¡Vaya!, cuánto lo siento, no lo sabía amigo. Perdóname si he sido un poco indiscreto.

Un silencio incómodo prosiguió a esa declaración taxativa, lo que Bastian interpretó como la alusión tácita de cambiar de tema. Saineiro inspiró profundamente y ambos reanudaron la marcha mientras el sol continuaba ocultándose.

—¿Qué te dicen este grupo de Menhires? —señaló el director gallego apuntando a las piedras verticales.

—Ambos sabemos que no son de procedencia prehistórica, pero que ciertamente son un homenaje a la herencia céltica y al legado cultural de las tierras de Galicia. Aún no entiendo nada, me tienes en ascuas, ¿cuándo tienes pensado decirme cuál fue el gran descubrimiento del que me hablaste al telefonarme?, ¿dónde está el yacimiento? No veo ningún equipo de extracción.

—Todo a su debido tiempo *mon ami*.

Caminaron en medio del entorno inigualable pasando delante de la rosa de los vientos, la estructura hecha de granito, pizarra y vitriólico de 25 metros de diámetro que además de señalar las direcciones de los cuatro vientos representaban a su vez a los siete pueblos celtas y su ubicación que desembocaba en un complejo de rutas que conducían a los diferentes puntos del parque escultórico y a los abruptos acantilados muy cerca del faro. Justo desde allí se alzaba majestuosa la famosa *Torre de Hércules*, que había generado varias leyendas desde donde se podía ver al mar embravecido.

Justo a esa hora, la luz que descendía por el oeste se colaba en medio de las pequeñísimas ventanas de las piedras inhiestas verticales envolviendo el entorno en una aureola de misterio que conseguía dominar la colina en ese momento brumoso. Cuando aún no se había retirado el sol oscureciendo el paisaje y la luna aún no dominaba la bóveda ennegrecida que conducía al vetusto faro que seguía en funcionamiento desde el siglo I, aquel que había sido construido por los romanos en la época del emperador Claudio y Vespasiano con su imponente estructura neoclásica romana de 57 metros de altura y sus 234 peldaños que habían sido desde hace dos milenios de antigüedad el rayo de luz que había guiado a marinos, aventureros, piratas y turistas hasta el presente.

Casi como guiado por la hipnotizante luz del faro encendido que se extendía horizontal alumbrando el panorama nocturno a los pocos minutos, lejos de los fisgones turistas, Bastian pudo imaginarse en aquel paisaje onírico casi transportándose por el velo del tiempo a las embarcaciones antiguas que atracaban las costas surcando el bravío Atlántico; caminando todavía en la penumbra y maravillado por el faro—Bastian Langlois pensó—, que la majestuosa *torre* aún en funcionamiento, era todo un espectáculo. Saineiro con la sonrisa marcada en su rostro al observar detenidamente el

rostro de su amigo adquiriendo varios matices, inquirió:

—Hablemos de las naciones celtas. Ese gran grupo de seis que se atribuyen todo un legado.

—Ya sé por dónde vienes. Lo siento *mon ami*, conozco perfectamente los argumentos de los gallegos, lo discutimos tantas veces es en la TCD, el episodio incluidos en el Lébor Gábala Érenn, los versos de Eduardo Pondal, los castros, todos aquellos testimonios y reliquias de otras épocas encontradas en territorio galaico, pero ya sabes que todo aquello...

—Espera un momento, no te precipites... Ya que has mencionado el libro de las invasiones te pregunto si de aquellas pláticas en medio de las bóvedas del Trinity College recuerdas la famosa leyenda de Breogán.

—Ahora lo entiendo todo. Me has traído aquí por esto. Conoces desde hace años mi afición por la cultura celta, ¿qué has encontrado?

—No tan rápido. Rememora nuestras disecciones acaloradas dentro de la biblioteca a cerca de la ruta hacia Britania...

La brisa de mar y su aroma trajo consigo como una voz del recuerdo: "*En el segundo ángulo del curso de circunnavegación a Hispania donde se sitúa la ciudad de Brigantia Gallaecia se yergue un faro altísimo entre las pocas obras recordatorias hacia Britania*".

—Veo que no lo has olvidado. Ahora te pregunto yo, ¿cuántas naciones celtas son reconocidas por la liga céltica?

—Eso es fácil, son seis por supuesto. Irlanda es una de ellas, a la que se le pueden sumar: Cornuaellas, Escocia, Bretaña, Gales e Isla de Mann.

—Cierto. Nosotros quedamos excluidos por razones técnicas según los historiadores por la pérdida de la lengua céltica entre otras cosas. Aún así nos invitaron al *Festival Interceltic de Lorient* al igual que a Asturias, y a la *Isla del cabo de Bretón* de Canadá.

—Eso lo supe, pero aún no entiendo... ¿A qué viene todo esto?

—Recuerdas el libro de Leinster y la traducción de McAlister que te obsesionó durante dos años con sus cinco volúmenes y sus redacciones diferentes. Si hubieses seguido por esa línea... ¿Quién sabe dónde estarías hoy?, si en el transcurso de tu obsesión no hubieses conocido a Brianna.

—¡Cómo voy a olvidarlo!, si Brianna fue lo mejor que MacAlister me legó. Acudí a ella porque creía estar enloqueciendo. Jules insinuó en eso entonces que necesitaba medicación e internarme en un centro de reposo por un tiempo, mi trabajo investigativo había absorbido mi vida ¿*me entiendes?*,

había perdido perspectivas y había mezclado la obligación con una conducta peligrosa que me estaba llevando al borde de la locura, que había radicado en una depresión laboral. Por suerte conocerla y más, que ella me aceptara, fue lo mejor que me pasó, por ello no me quejo, es más me siento agradecido.

—Y ahora mismo, ¿cómo te encuentras? —dijo Rei con mirada escrudriñadora seguida de un silencio denso.

—¿Cómo lo has sabido?

—No en vano tuvimos cinco años juntos... *Te conozco mon ami.*

—Pues, he de confesar que he empezado desde hace meses ha ocultarle cosas a mi esposa. Ella no lo entendería, asumiría que es una recaída a la condición de antes que me había provocado volverme irascible en el campus y en el museo y la pérdida de apetito que me ocasionó una gastroenteritis.

—¿Qué le estás ocultando que es tan serio? ¿Acaso hay otra mujer?

—Pues no. Yo jamás engañaría a Brianna, si hasta pienso que no la merezco *Rei.*

La brisa marina sopló con fuerza, ambos había subido a la cúspide de la Torre que iluminaba el ancho mar. Bastian volvió el rostro para mirar a su amigo por segundos y luego deslizó la mirada hacia el horizonte opaco.

—Todo empezó hace seis meses... Brianna estaba en Escocia dictando uno de sus seminarios. Era sábado y el cartero tocó a la puerta de nuestro apartamento, era muy temprano, media hora más tarde y no me hubiese encontrado, había quedado de ir al museo porque tenía unos pendientes. Ante mí sin yo esperarlo y con prisas por marchar el cartero sostenía entre sus manos una pequeña caja de cartón sin remitente, solo con el sello postal del *Cairo*, pero certificada a nombre de Bree. Rowan había sido nuestro cartero desde siempre, es un señor de edad avanzada, lleva treinta y cinco años en la institución y bueno, ya sabes como somos, ella psiquiatra, yo arqueólogo, los sobres y cartas llenan nuestros buzones y muchos son de entrega inmediata, justo como aquel paquete. Le expliqué a Rowan que Bree no volvería hasta en cinco días. Ahora que lo pienso con detenimiento todo se conjuró para que aconteciera de ese modo. Rowan al día siguiente se iría de vacaciones por lo que me dejó el paquete aduciendo que no valía la pena esperar hasta después de las festividades de San Patricio, el paquete venía con una telegrama urgente con una imagen de un *leprechaun* y a su costado un viejo caldero con solo una fecha 17 de marzo, justo en cinco días, era como... Quién sea que fuera, en medio de pirámides, supiese que Bree no estaría en Dublín, ella

volvería justo para cumplir ese plazo el día de las festividades de San Patricio. Lo sé, no debí abrir ésa caja, pero me mataba la curiosidad, la caja en sí no tenía nada especial, ni remitente, ni el franqueo de aduanas, solo tenía las estampillas y el matasello del Cairo de hace un año atrás. Todo en sí... El paquete en cuestión, el matasellos, *el leprechaun* sonreído con cinismo y el caldero rebosante de tesoros pudo conmigo, sabía que estaba incurriendo en delito federal que implicaba pena de cárcel, pero no me importó, rasgué el sello sin saber qué le diría a mi mujer al respecto y sintiéndome fatal, nosotros jamás nos habíamos inmiscuido en lo que llamamos el círculo especial, nuestro espacio personal. Yo estaba rompiendo ese pacto y lo sabía, pero mi instinto de arqueólogo e historiador pudo conmigo.

—¿Pensaste que Brianna quizás tendría una aventura con un egipcio?

—¡No!, eso jamás cruzó mi mente Rei, ella no es de ese tipo de mujer. Cuando me vi delante del paquete abierto, dentro de la caja había otro cajita, mucho más pequeña y mucho más intrigante, dentro de ella se hallaba oculta entre papel de celofán un cilindro antiguo con pistones y otra postal, esta vez de la diosa Isis. El mensaje estaba cifrado, la clave era simple, pero no por ello no era compleja, constaba de 10 letras, en la que dos vocales estaban ausentes, A y la U, pero la I se repetía dos veces, se necesitaría de muchas horas de investigación y discernimiento, de conjeturas y dudas; no tengo que decirte que aquello de la clave me obsesionó, al punto que me deshice de las cajas de cartón y oculté el cilindro, y por descontado a la vuelta de Bree, no le comenté nada al respecto...

TRISKELION

1234567890

R9B76 6326 B2YA0A.

ROBLE ÉIRE BRYANA

Decía el mensaje encriptado estructurado por 3 series separadas de números y letras Pero allí no terminaba todo. Pasé meses, días y noches tratando de descifrar su significado, hace tres semanas después de tantas conjeturas llegué a una conclusión, busqué significado de nombres, lo transformé al latín y al gaélico, esto se me ocurrió al recordar el comodín

clave: *Triskelion*, que no era más que el trisquel escrito en latín, el símbolo geométrico celta curvilíneo formado por las tres espirales unidas y dobladas, ambos sabemos que el trisquel es el símbolo supremo de los druidas, ellos eran los únicos según la cultura celta que podían portar este símbolo sagrado y mágico que representaba el equilibrio entre la mente, el cuerpo y el espíritu, además de otra aserción mencionada como su significado del principio y el fin, que se puede atribuir como la vida y la muerte... ¡Vaya, si lo vemos de otro modo!. Además estuve investigando un poco más y también es conocido como el símbolo de la evolución, el crecimiento y el aprendizaje. El leprechaun, el trisquel, el caldero rebosante de tesoros, la fecha la celebración de la cristiandad de Irlanda, el roble el árbol sagrado de los celtas y Erin, que si lo englobamos todo y suponemos que no es un nombre normal, sino más bien, que hace alusión al nombre con el que se conocía a Irlanda en el pasado al igual que Ériu. Todo aquello me hizo pensar que había un enigma celta oculto tras esas tres palabras «**ROBLE ÉIRE BRYANA**», lo que me hizo hace tres semanas llegar a una conclusión que no supe si es del todo posible... ¿*Me sigues Reinaldo?*

—Sí, por supuesto. Pero es que no me creo lo que me estás contando, todas estas teorías de conspiración críptica, ¿con qué objetivo Bastian?, debe haber una razón de peso. Y me dices que no le comentaste nada a tu mujer.

—Ya te he explicado el porqué. En fin... Dime aquello que crees haber descubierto, además de que algunos estamos jodidamente locos, ¿quién en estos días envía un cilindro antiguo con pistones? Si hasta me suena a Robert Langdon en unos de esos libros de Dan Brown.

Bastian constriñó el rictus expirando por la nariz con fuerza como síntoma de impaciencia.

—Esto es serio Saneiro —espetó el francés.

—Lo siento, no quise... A ver... ¿Qué crees que descubriste?

—Si concluimos que Bryana, que es Briana el nombre de mi mujer, es un nombre antiguo que data del 641 cuando se hizo común en Irlanda, que en irlandés significa princesa y Éire es el nombre irlandés para denominar isla de Irlanda. Podríamos pensar que su significado es...

—Princesa de Irlanda.

—En efecto, fue lo que pensé, lo que no me queda claro es lo del **ROBLE**, si hace referencia a la evolución, a la vida y a la muerte, a la sabiduría o... ¿Qué es lo que liga esto con las otras dos series?, lo que sí es

cierto es que el descubrimiento de ello me llevó a conseguir abrir el cilindro y de allí obtuve un mapa muy antiguo, que al tacto parece de aquella serie de papiros, esos de láminas sensibles como los que databan del tiempo de Constantinopla, en el mapa había siete puntos señalizados, que no conseguí comparar con los mapas actuales, pero si tengo mis sospechas que puede tratarse de un pergamino del siglo XII o XIV eso lo supe porque lo llevé donde un colega que es bastante discreto, aunque se sorprendió mucho de que un objeto de esa índole estuviese en mi poder, una reliquia como aquella debería estar en un museo, no me hizo muchas preguntas pero lo vi en su rostro; gracias a él y al carbono 14, ahora sé que el pergamino nos situaría en Irlanda en el período de la invasión normanda, lo que podría explicar las divergencias, el mapa solo señalaba siete puntos, uno de los cuáles no sé descifrar es a qué punto en el globo mundial se refiere, el sitio desconocido está marcado con una cruz celta y lo más extraño es que aparece otra serie larga de códigos alfanuméricos que parecen encriptados y de calados en clave de cuatro:

**ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ
GNTAHNUBIOVCJPWDKQXELRYFMSZ
1234123412341234123412341234**

El mensaje cifrado era un poco más complejo que el anterior por lo que consulté con un antiguo compañero del TCD, pidiéndole su discreción en cuanto al pergamino antiguo que parecía haber sido sustraído de un museo, explicándole los pormenores del paquete misterioso.

JGCAITIDP VHCIJI

La serie no me decía nada, ni tenía la certeza de que hubiese hecho la trasposición de una manera correcta luego de presentarle el número de serie y mostrarle el mapa de mis desvelos, él me indicó que había unos dos errores en mis suposiciones que al corregirlas daban como resultado dos palabras separadas:

MALDICIÓN KELTOI

Lo que traduje al momento como «maldición celta», y hasta allí llegó mi trabajo de historiador, porque aún dudo de muchas cosas, sobre todo del significado del *ROBLE*, no sé ¿a qué espero?, a una señal de iluminación o algo por el estilo, por eso cuando me llamaste y me has dijiste que habías hecho un “gran hallazgo”, esa muletilla solo la usabas en la Universidad cuando te referías a nuestras investigaciones de los “hiperbóreos”, así fue como ilusionado tomé el primer vuelo que pude, a ver si tu descubrimiento me hacía olvidar un poco mi fracaso y sobre todo, a ver si conseguía contar con tu apoyo para descifrar este curioso enigma acerca del mapa y sobre todo ¿Qué tiene que ver con Bree?, creo que he empezado a obsesionarme nuevamente, a veces creo que me siguen, y luego reflexiono y me digo a mí mismo que todo es producto de mi imaginación que se ha creado toda esta pantomima de secretos, tesoros y antiguas culturas, por eso es imposible sopesar y aceptar para mí aquello del delirio de persecución, porque eso representaría enfrentarme a la verdad y ese es mi gran miedo, reconocer un fracaso delante de mi mujer, reconocer una recaída de mi antigua condición.

Reynaldo Saineiro le miró circunspecto analizando y escudriñando sus razones. Su mirada se perdió en el vacío unos segundos, la torre permanecía bajo una tenue luz y el mar solo era iluminada por el reflejos del faro que embravecido reventaba en el acantilado.

—¿Dónde está el mapa?

—Lo tengo en una caja fuerte del *BNP Paribas* a las afueras de París, cerca de la antigua casa de mis padres en Nantes. Por mi síndrome sicótico no me atreví a dejarlo en casa, ni mucho menos en alguna caja fuerte de Dublín. Lo siento viejo amigo, te he llenado la cabeza con mis historias y me he olvidado del real motivo por el cual me trajiste hasta aquí.

—Despreocúpate, sabes muy bien que cuenta con mi ayuda y mi absoluta discreción, si de algo te sirve, ¿para qué son los amigos sino?

—Nunca dudé de que podía contar con tu apoyo.

Bastian tomó del brazo a Saineiro en un gesto de empatía y le miró sonriendo mientras Reinaldo se ajustaba las gafas con el dedo índice en el típico tic nervioso que le había visto hacer cientos de veces mientras sonreía sin mostrar los dientes y asentía la cabeza, en verdad Bastian le quería como un hermano, ahora frente a él se preguntaba ¿Cómo habían estado distanciados tanto tiempo el uno del otro?, ¿qué les había llevado a ocultarse

tanto tiempo, después de todo lo vivido juntos?

—Bueno, ¿dónde está el hallazgo? No veo yacimiento alguno a metros a la redonda y este mistral me está congelando los huesos.

—No comas ansias, ya me conoces, me encanta la intriga. En efecto, hemos encontrado restos arqueológicos célticos en uno de los castros aquí cerca, pero habrá tiempo. Ahora vayamos por esos percebes y ese pulpo a la gallega que tanto te gusta y me terminas de contar la historia de conspiración egipcia —dijo Saineiro dándole unas ligeras palmadas en el hombro mientras ambos se perdían hacia la zona de aparcamiento sonreídos.

A lo lejos la mirada fisgona de un hombre alto y lánguido se difundía entre las sombras acechándoles.

Bastian rompió el silencio.

—En serio, cuéntame un poco de aquel yacimiento ¿Dónde está? ¿Se han tomado todas las medidas de precaución para evitar robos y cuidar el material? ¿Tenéis lo expertos idóneos para llevarlo a cabo?

La risa de Reynaldo en segundos fue estentórea.

—Por supuesto, cuando veas lo que hemos encontrado vas a flipar, nos emocionaba el hecho de contar con tu colaboración y experiencia en algo de esta envergadura, pero ya te haré llegar cuando llegue a mi casa las coordenadas del sitio y los datos necesarios. Ahora no hablemos de trabajo, solo respira el aire gallego y resguárdalo en tu mente y en tu corazón, porque esta vez mi corazónada es más que certera, esta tierra hará historia.

INTERLUDIO I.

Ériu, siglo XII d.c.

Niebla densa, oscuridad tenebrosa. Un jinete encapuchado atraviesa el sendero a través de los árboles espoleando su caballo bajo el embrujo de los tenues rayos de luna que se cuelan a través de las ramas en dirección noreste. A lo lejos lo único que rompe el silencio es el gorgoteo de un arroyo y el ulular del búho nival mientras el caballo galopante atraviesa el frondoso bosque de ramas negras tras el eco del viento que se lleva consigo el sonido de los cascos y de las hojas marrones estrujándose a su paso. El corazón de Njáll Ólafsson late desbocado presa del pánico al no comprender la urgencia del llamado de Caitlan, la gruesa capucha de su capa le cubre el rostro resguardándole del frío mientras prosigue galopante unos minutos más hasta pararse en medio de una bifurcación tomando el sendero en dirección este, adentrándose más en el fantasmagórico follaje. Unas millas más adelante Njáll desmonta el caballo con hábil apremio de un salto, con la fuerza y la velocidad del viento de montaña deslizándosele en instantes la capucha marrón oscura sobre sus hombros, dejando vislumbrar su larga cabellera rubia platinada con las dos trenza ladeadas que demarca sus facciones masculinas angulosas, su mandíbula cuadrada recubierta de una barba corta y el conjunto de sus gráciles músculos cubiertos con un manto de lana de oveja que sumado a su altura imponente le hace asemejar a un gigante albino, como los de aquellas historias que los bardos van relatando de pueblo en pueblo, entre tonadas al ritmo del laúd alrededor de las hogueras; aquellas historias de hazañas, batallas y luchas de hombres bárbaros sagaces, guerreros indomables y fieros, protegidos por los dioses omnipotentes. El caballo bufó mientras Njáll lo ataba a unas de las ramas y emprendía el camino en medio de las laderas boscosas, deambulando con pasos agigantados hasta internarse entre los árboles. El suelo estaba alfombrado de

musgo y líquenes que hacían que no sonaran sus pisadas al andar. A una milla desde donde había dejado el corcel blanco emergió en medio del bosque una vieja cabaña de madera que parecía abandonada. El vikingo rodeó aquel habitáculo y prosiguió su camino por dos millas más guiado por el atronador sonido burbujeante de las aguas precipitándose desde los fiordos hasta que en medio de aquel inhóspito paraje vislumbró una silueta femenina cobijada por una capa con capucha de color verde musgo que recubría su túnica verde con bordados dorados, con el torque de oro y con sus brillantes y cilíndricas alhajas que adornaban su brazos y sus orejas. La capa no dejaba atisbar sus rasgos claramente, solo los ondulantes bucles rojizos como el fuego que caían sobre sus hombros llegando hasta su torso de manera desenfadada.

—¡Caitlan!

—¡Njáll, has venido! —exclamó ella lanzándose a sus brazos.

—Sabes que siempre acudo a vuestro llamado mi *princesa*.

El gigante islandés cobijó a la joven mujer entre sus brazos en un abrazo momentáneo cargado de intimidad, para acto seguido tomarla de los hombros y mirarla directo a los ojos que prendados de emociones parecía atisbar una tormenta. Los ojos de ella eran grandes, expresivos y glaucos, justo como la tierra que la había visto nacer con sus enormes desfiladeros y formaciones montañosas que matizaban todos los verdes existentes. Ella deslizó el rostro hacia el suelo rehuyéndole la mirada para luego volver el rostro encarándole, los ojos de él titilaban como tocados por el brillo que desprendían las estrellas con una pequeña iridiscencia. Muy contrario a los de ella, los de él eran de un tono azul cielo como los pozos de aguas salvajes y cristalinas del mar, enmarcados con esas cejas tupidas doradas que le hacían lucir por segundos más tosco y cerril, pero Njáll cuando se trataba de ella era totalmente diferente, era más bien servicial y cálido, tierno y comedido.

—Pensaba que no llegarías nunca, amor mío. Estaba a punto de marchar, no poseo de mucho tiempo. Me he escapado de Helga aprovechando la confusión y los preparativos para las fiestas y el banquete que dará mi padre mañana para iniciar la travesía en la que debo desposarme con Leifur y dirigirme al fin del mundo. Mi padre dice que tengo que cumplir la misión por la que he nacido, el muy descarado me ha ofrecido en sacrificio como a cualquiera bestia.

Njáll le cercó el rostro con las manos borrando una de las lágrimas que amenazaba con precipitarse por sus blanquecinas y espolvoreadas mejillas

con pecas dispersas, dejando parecer la sutil caricia como el tacto de pétalos de rosas enraizando sus dedos con los mechones de cabello rojo cobrizos de ella y colocándolos detrás de las orejas apretando los dientes con fiereza y contención.

—Eso no lo permitiré jamás... ¡Escuchadme bien, primero muerto antes que entregaros a mi hermano! Contádmelo todo, no os dejéis nada sin desvelar... —Entre hipidos y llantos ella le soltó toda una retahíla de los últimos sucesos transcurridos desde que él marchara con la última luna llena a las tierras lejanas de hielo y lava, le contó la desventaja no solo numérica de los guerreros en Connacht sino la monetaria que les había significado la sesión de parte de sus tierras al reino de Úlster y la pérdida total de su territorio del sur a manos del reino de Munster, con todas las consecuencias que ello acarrearaba, entre ellas se encontraban los futuros esponsales para forjar la coalición para hacerle frente a los guerreros de Leinster. Siendo Caitlan la única esperanza de un temerario y orgulloso padre que había coordinado el pacto de colaboración con el rey de los islandeses, el rey Ólafr Gunnarson, a cambio de la mano de su única hija para unirse con el guerrero sangriento, bárbaro y primogénito del rey, su hijo Leifur, ante el inminente asedio de la guerra declarada por sus antes amigos y compañeros de armas, ahora sus acérrimos enemigos mortales, los sangrientos guerreros del reino de Leinster.

Njáll volvió el rostro hacia el camino, como si el canto de uno de los animales nocturnos lo hiciesen entrar en guardia. Caitlan se dejó caer al suelo descorazonada sabiendo su cruel destino, él la tomó de los hombros mientras ella permanecía de rodillas sollozante, el arroyo fluía mansamente y las estrellas llenaban el cielo como testigo unidas al claro de luna que se reflejaba sobre las aguas.

—Esto es lo que haremos amada mía... Si aceptas ser mi esposa por supuesto... Yo os ofrezco mi vida, porque pelearé hasta la muerte para evitar que algo os dañe o alguien os obligue a ser lo que no deseáis. Renegaré de las órdenes del Rey Ólafr, mi padre, y antes de unirme con las tropas para embarcarme en otra expedición rumbo hacia las costas del Mar de Noruega, regresaré aquí el día del *Lughnasadh* y crearemos los dos un vínculo inquebrantable e imperecedero, nos desposaremos y huiremos hacia lo que llaman las tierras galaicas del más allá. En mis últimas travesías me topé con guerreros isleños y fieros comprometidos con la lucha; ellos tienen prisionero a un monje culto e instruido que habla otras lenguas, él les habló de unas

tierras verdes y fértiles muy parecidas a éstas que pisan nuestras botas en unas costas lejanas; las runas no mienten, el oráculo me ha confirmado lo del monje. Las runas han predicho que estoy destinado a conocerlas e ir allí aunque deba soportar antes lágrimas de sangre. El monje cristiano les habló de aquellos lares, otros mares y esas tierras donde según él, el tiempo, ni la tierra es castigada con la furia de los Dioses. Si estáis dispuesta a dejar esta, vuestra tierra y renegar de vuestra gente para veniros conmigo, os garantizo aventuras y riesgos pero sobre todo, el amor más incondicional que os conoceréis y mi protección para siempre, si estáis dispuesta a arriesgar... Caitlan, hija de rey Rory O'Connor, «mo smerald», os contaré más a fondo lo que haremos juntos para lograrlo, pero necesito que estés muy segura de esta decisión, porque no habrá vuelta atrás.

Era el día de Lughnasadh. El pueblo entero se preparaba para la entrada de las primeras cosechas. El ambiente era festivo, las notas musicales de las liras y el laúd amenizaban el ambiente, todos en Connacht se preparaban para las festividades en honor a Tailtiu. Era justo esa celebración lo que le había permitido a Caitlan escaparse de sus custodios y de su sobreprotector padre, sobre todo, muy cerca a su himeneo. Faltaban justo tres días para que Leifur, el hijo mayor y guerrero del Rey Ólafr, soberano de los reinos de hielo del más allá de Noruega la reclamase y desposase. Los drakkars partirían pasado mañana al alba. Caitlan debía ser escoltada hacia la isla perdida de la mano de otro guerrero islandés y el hijo menor del rey, su hijo... Njáll. El acuerdo había surgido de la incipiente necesidad del soberano de Connacht para forjar una alianza imperecedera ante la inminente guerra que se empezaba a gestar en sus costas. Los levantamientos de los Leinster y las constantes luchas con las otras cúige le habían llevado al desgastamiento de su ejército y a la muerte temprana de más de las terceras partes de sus valientes y experimentados guerreros. El principio del siglo había significado un cambio drástico en la gestión de los clanes, la religión y el territorio justo como lo había predicho el oráculo hace más cinco años por medio de las runas a Rory, el jefe de los Connacht junto a su hijo mayor Connor. El rey era muy creyente y respetuoso con los Dioses y sabía que una vez estos eludidos y ofendidos, él no podría parar las olas de desgracias y muertes en su haber hasta que la deuda fuese zanjada necesitándose un sacrificio. La situación de Rory se presentaba precaria e inestable, sabía que de un momento a otro le sería imposible

defender y sostener los clanes y tribus propiamente como cabecilla y jefe, como hasta ahora lo había venido haciendo.

La ligera brisa y los nubarrones grisáceos amenazaban con hacer reventar una tormenta. Njáll esperaba impaciente con Tomás en el mismo sitio donde hasta hace dos se había encontrado con Caitlan furtivamente justo al costado de aquella enorme roca en las ribas del arroyo. Tomás Arnasson, habían llegado hace algunos minutos. Tomás había sido durante todo este tiempo y desde niño su compañero de armas, su mano derecha y su amigo, solo podía confiar en él para desafiar a su padre y para la huida. Njáll Ólafsson se había puesto sus mejores prendas y se había echado sobre los hombros la piel de un lobo que él mismo con sus propias manos había dado muerte en un combate mortal, la piel del lobo recubría su mejor capa de color cobre que tapaba sus pantalones de piel y su túnica color celeste, su cintura estaba marcada por un grueso fajón de piel y una pequeña bolsita que colgaba del mismo, tenía los cabellos rubios sueltos, siempre los llevaba sueltos desde aquel día en el que habían coincidido por casualidad en aquel mismo arroyo él con Caitlan hace 3 meses. Él se había acercado al abrevadero luego de cabalgar unas 30 millas para darle de beber a su bestia favorita, su corcel pura sangre blanco y se había encontrado a una joven doncella nadando sola, solo vestida con la combinación que recubría su cuerpo ciñéndose a sus formas casi no dejando nada a la imaginación. El valeroso vikingo la había visto nadando y flotando sobre las aguas, inmersa en sus cavilaciones. La joven se había reincorporado buscando con la mirada sus ropajes justo cuando se percató de la presencia y la mirada felina arrobada de Njáll; ella no se detuvo, salió de arroyo en dirección hacia su túnica y se la colocó con celeridad alejándose. Solo bastó una mirada en una fracción de segundos y una ademán aquel día, para sellar un encuentro casi mágico sin palabras. Njáll recostado sobre un árbol mientras bebía su caballo no se movió, ni articuló palabras, solo la observó deslumbrado por sus cabellos color fuego y la fuerza que había atisbado a ver en sus ojos, él estaba seguro que ella, no era como ninguna de las mujeres que había conocido, ella era un alma libre y salvaje, justo como lo era la tierra que el guerrero islandés comenzaba a descubrir. En la mirada del gigante albino no hubo un atisbo de lujuria como otras veces, a pesar de que la ligera tela casi transparentaba sus formas, sin él explicárselo sintió la necesidad de protegerla y el sutil aleteo de mariposas en el vientre. Una chispa creciente de ternura llenó sus pulmones de aire sin moverse un

ápice, mientras Caitlan emergía de las aguas como la mismísima diosa *Freyja*. Aquella tarde que se habían conocido aún desconocían quiénes eran el uno y el otro en realidad. Njáll acababa de llegar a estas tierras por orden de su padre, el rey Ólafr, que le había encomendado la misión de estudiar sus tribus y sus asentamientos para reconocer y recorrer aquellas tierras de las que pensaba apoderarse en corto tiempo. Habían pasado solo tres meses de eso, desde que isla esmeralda le había proporcionado algo más que sangre y muerte, le había dado un reto y el descubrimiento de un sentimiento inusitado para él. El relinchar de unos caballos a lo lejos hizo que el gigante islandés envarara la espalda expectante, a los pocos minutos la vio salir del frondoso bosque. Él dio un paso adelante inquieto mientras Tomás retrocedía reculando unos pasos.

—¡Has venido! —exclamó Njáll emocionado al verla.

—Yo con vos, sí que me iría al fin del mundo Njáll —farfulló Caitlan.

Él se separó solo un poco para mirarla, mientras su doncella le ayudaba a despojarse de la pesada capa dejando relucir la túnica de un color blanco hueso con brocados dorados en el busto y en las mangas de los brazos en la que predominaban los símbolos del nudo perenne y la triqueta que se unían en el bordado engarzados sobre el pecho de ella en forma de triángulo. Su doncella prosiguió a colocarle una corona de flores sobre la coronilla ante el embotamiento de Njáll que la miraba embelesado.

—Sos una beldad —arguyó conmovido mientras ella sonreía nerviosa.

—¿Dónde habéis dejado al druida, que no le veo?

—Esto es algo entre los dos solamente, solo necesitamos dos testigos para dar fe. No creo que ningún druida aceptaría officiar un matrimonio como el nuestro, no están nuestras familias y desde este momento pasaremos a ser fugitivos.

—No entiendo nada, entonces vos y yo...

—No os preocupéis, lo haremos como en tiempos ancestrales. Daremos comienzo al ritual, diremos los votos, entregaremos las alianzas y lo sellaremos todo con un pacto de sangre.

—¿Os referís a un matrimonio de sangre?, no... no es lo que pensaba —sentenció ella retrocediendo.

—Si os has arrepentido, aún estáis a tiempo de marcharos ambas. Podréis regresar a tiempo para vuestras festividades en el pueblo.

Njáll dio dos pasos atrás dándole la espalda a Caitlan.

—No me he arrepentido —espetó ella tras sus espaldas—. ¡Njáll!, no

quiero pertenecer a nadie más que a vos. Ambos, vos y yo estamos juntos en esto. —Él volvió el rostro para mirarle.

—Comprendes entonces las implicaciones de este rito una vez lo iniciemos. Necesito que lo entendáis bien porque no habrá vuelta atrás.

—Sí lo entiendo, es para toda la vida y el más allá.

—¿Estás dispuesta entonces a efectuarlo?

—Absolutamente, con mi alma que se regocija.

—He preparado un semi altar, hemos de pedirle permisos a los espíritus de los antepasados y a los del lugar antes de dar inicio vos y yo al ritual. Alguien debe decir algunas palabras.

—Síle podría hacerlo si supiese leer, eso solo es facultad de los instruidos druidas. Ya os he dicho antes que necesitábamos de uno.

—Eso que os preocupa tanto ya no es posible amada mía, la suerte no es adversa, no os queda más que hacerle frente como venga, con nosotros tendrá que bastar.

Njáll le hizo un ademán a Tomás que dio un paso adelante haciendo un mohín no muy convencido de su participación, en otro tiempos había sido un monje esclavo, luego había renacido como un guerrero vikingr. Tomás de un momento a otro comenzó enunciar—: *«Los hilos místicos atados a la naturaleza, al espíritu y la tradición siempre serán inquebrantables hasta el fin de los tiempos una vez iniciado el rito... Nos juntamos aquí en paz para esta ocasión sagrada, hacemos un llamado a la paz, que haya paz en el este, que haya paz en el sur, que haya paz en el oeste, que haya paz en el norte...»*

Caitlan le mostró a Njáll como debían *girar hacia* las cuatro direcciones, él aunque había aprisionado a un druida y se había instruido un poco, desconocía el orden del ritual y las normas, ella le guiaba y él la seguía sonriente; Caitlan siguió los mandatos como cientos de veces lo había visto en sus ceremonias respondiendo siempre *“que así sea”*. Tomás prosiguió: *“Como nuestro círculo se ha tejido y consagrado, este momento en el tiempo y este lugar se bendicen. Que cada alma esté en verdad aquí y ahora, para que los espíritus de los aquí unidos pueden fundirse en un lugar sagrado, con un propósito y una sola voz...”*

—Debéis intercambiar las alianzas y los regalos —exclamó Tomás reticente aún.

El hijo menor de jefe Ólafr dio un paso adelante otorgándole un objeto refinado que había encargado al mejor maestro artesano de la región que forjó

un brazalete metálico con las fibras enraizadas y torneadas bañado en oro que terminaba al final con dos cabezas de dragones con ojos rojos que asemejaban al rubí con una fíbula excepcional que resplandecía al igual que el eslabón que pendía de su cuello con el símbolo de su casa; le dio a su vez, una daga con un mango excepcional profusamente decorado en la empuñadura y un jarrón decorado de manera excelsa con multitud de detalles que contaban una historia, en ella aparecía tallado el rostro de la “*banphrionsa*” representando la batalla de Boudica con Roma, en la que la heroína era representada por el rostro de Caitlan y el valeroso guerrero romano era representado por el guerrero islandés en dirección hacia el mar. Síle miraba conmovida a Caitlan que resplandecía cuando Njáll sacó su propia daga y cortó ligeramente su muñeca y la de ella uniéndolas mientras la miraba con idolatría. Tomás continuaba recitando la ceremonia hasta que Síle se acercó con las cintas y les ató las manos a ambos que asintieron recitando los votos. En ese preciso momento el sonido de unos cascos atravesaron el sendero, un jinete encapuchado recubierto con una fina capa sacó una flecha de su espalda y la disparó hiriendo a Njáll en el hombro con la primera saeta y la segunda disparada con agilidad y presteza le hirió en la pierna desestabilizándolo. Detrás de él se aproximaban otros dos jinetes más al galope.

—Pensé que nunca llegaríais —farfulló iracundo Tomás al mirar al Sveinn, a Thýr y a Valdi. Un grito ensordecedor brotó de los labios de Caitlan mientras Njáll caía de rodillas ante la atenta mirada de su traidor amigo.

—¿Qué es esto Tomás?, ¿cómo has podido? —espetó Njáll hecho un basilisco, con los dientes apretados.

—Le soy fiel al rey Ólaf y a sus designios. Has perdido el norte por la *banshee*, ella os ha hechizado. No os preocupes, he intercedido por vos ante “el oso”, para que vuestra muerte sea rápida y sin degollamiento por la amistad que nos unió a vos y a mí en el pasado. El rey Ólafr jamás nos perdonaría haberos tratado como un enemigo. Las puntas de las flechas que han lacerado vuestra carne están envenenadas, por lo que solo será un momento corto el que vos sufrirás viejo camarada... Por cierto Sveinn, ¿dónde está Leifur?

—A pocas millas en un campamento. Ha cabalgado toda la noche y el día para llegar hasta aquí, se encuentra en un terreno serpenteado en medio de las laderas boscosas, no muy lejos de esta zona.

Caitlan se dejó caer de rodillas ante el cuerpo de su amado que la miraba con ternura. Njáll la miró haciendo un mohín apretando los dientes por el dolor, pero con una infinita dulzura, y sin poseer las fuerzas él le sonrió a su amada.

—No os preocupes amada mía. Si no es en esta vida será en otra. Estamos atados hasta el fin de los tiempos... Ellos no han podido evitarlo, el rito del pacto de sangre ha sido completado.

—¡Nooo...! ¡Njáll!, quedaos conmigo, os lo ruego.

Una voz irrumpió de la nada espetando:

—¡Sostenedla y llevadla al oso! —sentenció Sveinn.

Síle corrió despavorida a través del sendero de abetos y robles. Valdi galopó con furia y le cortó la cabeza de un tajo cayendo esta al suelo de inmediato inerte. Mientras Caitlan retrocedía, la daga que le había regalado su esposo había caído conjunto con él. Ella estaba indefensa, sola y aterrada; ella dio media vuelta y comenzó a correr a través del sendero despavorida ante el inminente ataque. Sveinn y Thýr le dieron alcance sosteniéndola de la cintura obligándola a montar sobre su vientre como un fardo mientras el caballo al trote le daba tiempo de que Tomás les diera alcance en conjunto con Valdi. Thýr la sujetó con firmeza mientras cabalgaba elevando la voz—:

—Si os seguís resistiendo así *mi señora*, tendré que daros un escarmiento. Volveremos y mataremos a toda vuestra familia por infringir el acuerdo... ¿Entiendes de lo que os hablo?, los islandeses vilipendiados no perdonamos nunca, no lo olvidéis.

Los cuatro caballos continuaron cabalgando hasta muy entrada la noche. Solo disminuyeron la marcha al atisbar el fuego proveniente de las chispas del crepitar de las llamas de la fogata cercana. Leifur el oso, salió de dentro de su carpa y observó a sus guerreros aproximarse al galope con la bruja pelirroja sobre el lomo del caballo de Thýr, este era el apodo que él utilizaba desde siempre, desde que su padre le encomendó ir a las tierras del sur de la isla esmeralda y librar batalla contra la tribu Leinster; al regresar vencedor después de tasajear, cortar y lacerar a los del bando contrario, su padre el Rey y señor absoluto de los “Reinos de Hielo y Lava” y del más allá, le comunicó a su hijo que había urdido una alianza y esta implicaba desposarse con la hija del Rey supremo de Ériu que depondría ante él si ganaban, una gran parte de sus tierras y riquezas. Desde aquel día Leifur Ólafsson odió a su padre con todas sus fuerzas, no solo por aliarse con los Connacht, sus rivales, sino por arrebatarse la vida que hasta ahora había conocido, aquella de lujuria, libertad

y hazañas valerosas que harían que su nombre perdurara en los siglos.

—Habéis traído a mi descarriada futura esposa —dijo sonriendo cáustico. Thýr desmontó y ayudó a reincorporarse a Caitlan. Ella le miró con desprecio retándole con la mirada, su pelo resplandecía por detrás producto del efecto visual de la hoguera que la hacía lucir como un súcubo con pelo flameante. Leifur dio un paso en frente tomándola por el brazo con fiereza, ante la lucha de ella por desembarazarse de sus ásperas y mugrientas manos y su mirada tortuosa.

—Así que os urgía ser desposada Caitlan O'Connor. Será un gusto complaceros —dijo mirándola de manera triangular sonriendo con lascivia, echando una mirada fugaz por encima del hombro a sus hombres que le secundaron con risas y miradas preñadas de libídine del traidor de Tomás Arnasson y sus hombres de confianza Thýr, Valdi y Sveinn, que minutos antes la retenían con fuerza hasta llevarla delante de su jefe.

—Pensaba esperar hasta llegar a la isla, luego de la travesía como estaba acordado entre nuestras familias, luego de las festividades para concretar el himeneo como dicta la tradición, pero como vos querida esposa, ardéis en deseos de triscar, no poseo la fuerza para negároslo. Quiero que os quede claro Caitlan O'Connor que estos esponsales pactados por nuestros jefes de familia para forjar aquello que ellos llaman “alianza imperecedera” no me hace ninguna gracia.

—¡No os atreváis! —espetó ella con los puños y los dientes apretados reculando. Soy la hija del gran Rory O'Connor, el rey supremo de Ériu y señor de los reinos de Connacht.

Una sonrisa sardónica volvió a iluminar el rostro de Leifur el oso.

—Por mí puedes ser quien quieras, pues lo único que me interesa es lo que está bajo tu cintura, dijo limpiándose los dientes con mirada sibilina. —Ayer en la noche cuando fui notificado de vuestra traición y vuestro pacto clandestino con mi hermano *mi señora*, envié un emisario a vuestra tierra. Tu padre ha contestado a mi misiva instándome a resolver las desavenencias con mi futura esposa como mejor me parezcan, sin temor a represalias, claro, por temor a perder el apoyo de mi padre y sus mortales y ávidos guerreros, dijo sonriendo a sus hombres mordaz que le secundaron con risitas irónicas. —Ya sabes cómo van las guerras querida, entended a vuestro padre y a vuestro hermano... Necesitan ganar esta y vos sos solo una forma de cerrar el trato. Vuestro padre con este pacto garantiza que no os atacemos forjando un pacto con mi padre y otros, una alianza por siglos que les permitirá a esos

cinco dominar los reinos de hielo, el Océano Atlántico y el mar de Ériu ante posibles invasores... —Leifur miró a sus hombres y sonrió burlón mientras ella rodeaba la hoguera dando círculos y él continuaba con su perorata. El oso, como conocían al mortífero gigante islandés de cabellos castaños y ojos ambarinos comenzó a soltarse el fajón de su cintura despojándose de la túnica dejando relucir su torso enorme y fibroso mientras proseguía desabrochándose las calzas quedando desnudo ante ella y sus hombres, que permanecían impávidos ante la escena que se suscitaba con miradas impúdicas. Ella dio un paso atrás, su rostro se había puesto lívido de golpe constriñéndose. Caitlan aún lloraba por la muerte de su amado Njáll a manos de este monstruo salvaje que le llamaba hermano, ahora mirándolo de cerca, no alcanzaba atisbar parecido algunos entre aquellos dos hombres. Njáll era sagaz, valiente, gentil y noble de mirada transparente; Leifur en cambio aparentaba ser todo lo contrario a su hermano menor, él era zafio y rufián con mirada maliciosa, además de ser un guerrero terrible y sanguinario muy conocido por sus vilezas y el aura opaca que lo acompañaba. Ella se limpió las lágrimas y dio dos pasos más atrás levantando instintivamente su antebrazo protegiéndose el rostro mientras veía la sonrisa de Tomás, el traidor amigo de Njáll que deletreaba «*banshee*» ante la luz de la hoguera que parecía arder más reflejándose en su rostro. Ella no podía creer que este hubiera traicionado a su amado y mejor amigo. Leifur arqueó una ceja y deslizó sus dedos, índice y pulgar por sus labios reseca, la concupiscencia comenzaba a nublar su juicio, sus brazos estaban llenos de cortes recientes, la sangre seca aún cubría parte de su rostro y pecho lleno de cicatrices profundas y rugosas, su cabello se extendía más allá de los hombros y estaba sucio y húmedo en una mezcla de sangre y sudor que desprendía un almizcle que emanaba de su grácil musculatura; las armas, su hacha y su lanza sempiternamente afiladas se mantenían sujetas a una especie de vianda en su espalda que cruzaba su torso en forma de X. De un momento a otro, el bárbaro islandés ojos de fuego se abalanzó sobre ella y la tomó por los brazos con rudeza reteniendo sus movimientos mientras ella forcejeaba pataleando y luchando por escapar de las sombras que se cernían como espectros de la noche siniestra, emergiendo de los árboles con los cuervos negros que danzaban entre las ramas casi abalanzándose sobre ellos. Leifur Ólafsson la abofeteó dos veces y la aupó acto seguido sobre su hombro derecho con pasmosa celeridad dirigiéndose a la carpa dando grandes zancadas para arrojarla sobre una especie de pieles de lobo y oso mezcladas que se

encontraba en el suelo no muy lejos de una hoguera encendida mientras la túnica blanquecina de ella se le subía a la altura de los muslos y ella se apresuraba a bajársela infructuosamente porque él se lo impedía, con su porte y su fuerza, controlando e inmovilizándola con el peso de su cuerpo mientras reptaba sobre ella. Leifur irrumpió como una tormenta en la vida de la princesa Caitlan así como en su cuerpo violentando su sensibilidad y su hasta ahora virtud. Este brutal acto de fuerza de la mano del bárbaro de cabellos castaños largos y cuerpo fibroso la agarró a ella desprevenida. En su inocencia y su ensoñación mientras se encontraba perdida y a la deriva por el dolor de la pérdida repentina de Njáll no logró prever su innegable destino a manos de su futuro cónyuge. Antes de que ella sintiese el peligro, antes de que ella opusiese resistencia con bravura. El cuerpo de su verdugo la devoró y la abrasó en un asalto rabioso y mortal cometido con saña y furor derramándose en su fuero interno, con aquella sonrisa sarcástica prendada en sus labios y el brillo de aquellos ojos de fuego. Este gigante no se frenó, ni dejó de lanzar imprecaciones mientras cometía su bajeza, recargó contra ella con la furia de sus puños una vez más haciéndole brotar sangre de la nariz y la comisura de los labios a borbotones acallando sus gritos. Ella sintió la intrusión avasalladora, había dejado de gritar como en principio y ahora su cuerpo permanecía laxo sin oponer resistencia con la mirada perdida y vacua, en aquel momento mientras ocurría la desfloración, su cuerpo no quiso considerar cómo era posible que de un momento a otro su cuerpo rechazara con repugnancia, lo que minutos antes su cuerpo quería conceder con extrema avidez de la mano de su gigante rubio de ojos zarcos. La furia de los golpes y el asalto a su cuerpo, pisoteó sus fuerzas de mujer, su vergüenza y su orgullo. Lo que Leifur Ólafsson le acababa de hacer a la princesa O'Connor con el expreso consentimiento de su padre, había sido un acto premeditado, un acto de violencia puramente carnal y puramente físico, un castigo a la afrenta que ella le había ocasionado con su felonía.

En medio del bosque el cuerpo lánguido y mal herido, casi moribundo de Njáll Ólafsson por la flecha envenenada lanzada por Sveinn le tenía sumido en una especie de ensoñación. Por segundos creyó ver a una hada completamente vestida de verde observándole y sonriéndole como tejiendo círculos concéntricos en el aire. El viento sopló con más fuerza, el cielo comenzaba de pronto a nublarse y la vista del islandés iba y venía presa del estado aletargado que estaba experimentando por el veneno ingerido

subcutáneamente. Njáll Ólafsson no temía a la muerte, solo odiaba que hubiese ocurrido tan pronto y de esta manera y no con su espada en su mano, porque sabía por descontando que al final del día ya no estaría en el gran salón del Valhalla brindando con las valkirias. El levante bufó con fuerzas levantando las hojas secas y caídas de los árboles que revoloteaban circulares en medio sobrevolando su cuerpo, era como si un viento mágico rodease al guerrero de ojos zarcos. De la nada, como si saliese de las entrañas de los árboles apareció por el camino un anciano con su túnica blanca y su toga con capucha marrón, atravesó el sendero que había recorrido cientos de veces, iba acompañado de su nuevo aprendiz.

—¡Maestro! —exclamó Darren señalando hacia el sendero.

El viejo druida inspiró con fuerza para absorber las energías del ambiente y abrió los ojos acelerando el paso hacia donde se encontraba Njáll tendido con el aliento quejumbroso y los latidos de su corazón ralentizado. El veneno estaba haciendo efecto lentamente. Njáll no supo sino atribuirle al tiempo que de golpe había cambiado como tocado por magia haciendo descender las temperaturas con celeridad, el cuerpo pétreo del enorme guerrero permanecía casi mimetizado con las hojas y los musgos y líquenes del suelo, lo único llamativo era su larga cabellera dorada que ahora lucía desparramada y desenfadada entre las hojas, la tierra y los hongos. A Njáll Ólafsson las fuerzas le abandonaban pero lo único que aún podía pensar a pesar de la traición, a pesar del dolor de la vendetta de su hermano y a pesar de las circunstancias especiales era en Caitlan, y lo que le depararía las próximas horas, y muy a pesar de que le era imposible moverse clamó a sus dioses para que pasase lo que pasase le permitieran sobrevivir e ir en su búsqueda y ayuda. A los pocos minutos el viento se levantó de golpe con fuerza y las ramas batieron sus hojas como en una especie de letanía obedeciendo a un mandato superior. Su voz retumbó a manera de eco expandible por los aires y las aves que descansaban sobre las ramas copiosas de los árboles gigantes llenos de hojas tornasol entre verdes y marrones, de un momento a otro emprendieron el vuelo hacia el este en bandada gorjeando. El druida extendió los brazos y proclamó a todos los vientos y a la tierra que pisaban sus pies y al cuerpo del gigante de rubios cabellos.

—Yo invoco a la noble Ériu, al este de los grandes fiordos del fértil mar, fértiles montañas trepadas de bosques de niebla, niebla de cascadas, cascadas de lagos de la bahía, bahía de pozos de las colinas, pozos de tribus unidas, en unión de reyes para que salven a este guerrero extranjero hijo del norte de

expeler su último aliento, manteniéndolo dormido y aletargado mientras las fuerzas de la naturaleza hacen su magia y le proveen de la savia de la fuerza y de la vida, del elixir de sus entrañas atadas a este mundo terrenal y al otro, como hasta ahora él yace bajo la sombra de la del árbol de la vida y la muerte, el místico y poderoso roble.

—¡Darren!, regresa de donde hemos venido y consígueme las siguientes hierbas para hacer un preparado: valeriana silvestre, hierba de la gracia, la violeta bulbosa, anémona del bosque, margarita y un poco de vellorita... ¡Ah! y también otro tanto de dulcamara del bosque ¡Corre!, seguro este gigante rubio las va a necesitar. Tengo que parar el sangrado y preparar un unguento para sus heridas, seguro presentará una fiebre espantosa en las próximas horas.

—Pero... pero, ¿estará bien maestro, se salvará?

— Solo encontrará el camino de vuelta a este mundo, si tiene algo por lo que vivir muchacho... ¡Anda, apresúrate!, que tenemos muy poco tiempo, su vida depende de ello.

El druida empezó a invocar a los dioses dirigiendo los rezos enfrente del roble, cerró los ojos y cuando los abrió su espíritu había viajado hacia su cabaña en medio del bosque. La cabaña de madera era vieja y rudimentaria, recorrió velozmente el recinto para buscar las jaulas que contenía dos aves, que el viejo druida siempre tenía apostadas y retenidas en dos jaulas, se hizo con ellas y tomó sus instrumentos especiales en conjunto con su maletín. Su alma había hecho el viaje rápido aunque su ente corpóreo permaneciera al costado del gigante extranjero con los ojos en blanco rodeado de un constante viento que le rodeaba. Las hojas de los árboles volvieron a agitarse y a los pocos minutos apareció dentro del frondoso bosque la figura del pequeño y enjuto aprendiz del druida de cabellos oscuros.

—¡Maestro! —dijo observándole. El druida parecía estar en una especie de trance momentáneo. El joven aprendiz tragó grueso. A pesar de estar más de dos años bajo la tutela de su maestro aún no entendía bien cómo su maestro utilizaba las artes ancestrales, su sabiduría y su experiencia para ejecutar actos que escapaban a su raciocinio y al mundo físico. De repente, el cuerpo del druida se giró observándole inquisitivamente. Entre sus manos tenía su caja de utensilios y las dos jaulas.

—Darren has vuelto —afirmó sereno. Ha llegado la hora de poner a prueba tus conocimientos básicos de herbolaria. Necesito que enciendas una fogata y pongas a hervir agua en el caldero, al mismo tiempo necesito que

estrujes las raíces y las hojas de la anémona del bosque, debemos obtener un jugo de su savia que servirá para la fiebre. Después que termines esa tarea, en otro recipiente necesitaré que estrujes y maceres con un poco de aceite las hojas de vellorita sirviéndote de la pequeña botellita que está dentro del maletín, para hacer luego un preparado que servirá como unguento para las heridas del extranjero. Y cuando esté acabado, luego necesito que pongas a hervir más agua en la cazuela ¡Vamos, de prisa!. —El viejo druida se alejó un poco volviendo a donde permanecía extendido el cuerpo de Njáll y comenzó a rasgarle la ropa con el pequeño puñal que había encontrado a su costado. De su pequeño maletín extrajo una especie de vasija metálica y un pequeño mazo, tomó en sus manos la violeta bulbosa y empezó a machucarla al tiempo que se ponía en pie y echaba al fuego unas hojas secas de dafnomancia que crepitó al momento dejando elevar unas formas y un humo en el cual el druida podía leer los presagios. Acto seguido extrajo de una de las jaulas una de las aves y con una pequeña daga degolló de manera rápida al ave esparciendo su sangre sobre la fogata mientras recitaba sus versos. Darren observaba extasiado como su maestro se movía con agilidad y ejecutaba varias tareas con eficacia y sagacidad. Se puso en pie cuando hubo acabado su primera tarea y cuando ya tenía la vellorita amalgamada con el aceite se acercó dejando el caldero al costado de Njáll. El druida volvió a repetir lo mismo con la otra ave y al culminar su tarea dejó caer un poco de la sangre de la última paloma que había ofrendado a los dioses en el caldero que previamente le había traído su pupilo, tomó entonces en sus manos las hojas de la margarita y untándolas del líquido oscuro del caldero hecho a base de vellorita, las amalgamó hasta homogeneizarlas en una sola mezcla para luego untarlas en las heridas del torso del islandés que parecía por segundos recuperar la consciencia y proferir imprecaciones y balbuceos sin sentido. Darren prestó especial cuidado cuando el druida le dijo que preparara una especie de infusión con la valeriana silvestre, mientras seguía concienzudamente aplicando el unguento, extendiéndolo por los brazos, las piernas y el rostro del gigante albino. La piel que minutos atrás lucía marmórea había adquirido con el unguento un color verde oscuro casi negruzco. El druida se puso en pie para admirar su obra ceremoniosamente; cuando estuvo satisfecho con el trabajo, se dirigió a su joven aprendiz con un hilo de voz que atravesó el aire como un murmullo.

—Ve a casa, yo me quedaré con él. Se echó la capucha de la túnica sobre la cabeza y le colocó una manta gruesa de estampados de cuadros encima y

se sentó a su costado, justo al lado del fuego. Darren bufó de impotencia, quería quedarse, pero sabía que no podía desobedecer la orden de su maestro. Antes de que se perdiera en medio del oscuro bosque el druida elevó una vez más la voz.

—Vuelve en dos días mi discípulo —arguyó antes de que el jovenzuelo aprendiz emprendiera su marcha.

Darren apareció a través del sendero en dos días justos, y cuando se acercó a la zona donde había dejado a su maestro, lo oyó hablar mientras le veía a la distancia darle un poco de un líquido verdoso por medio de unas hojas, al extraño que ahora permanecía recostado del tronco del viejo roble centenario.

—Apenas si has logrado recuperar las fuerzas. Hoy podremos marchar a la cabaña con la ayuda de Darren.

Darren permaneció oculto tras el árbol mientras su maestro seguía conversando con el extranjero. El astuto druida sintió su presencia pero la ignoró.

—Aquello que me has relatado que habéis hecho, va en contra de nuestras tradiciones. Esa hija de los dioses es una celta, debían de haberse sometido a los designios marcados para ambos, tú a la guerra, ella en dirección a la isla perdida si es que aún está viva. Has retado a los dioses, y ambos han jugado con fuego efectuando aquel ritual. No era vuestro destino, ella estaba marcada a otros designios, vos has infringido todas las reglas Njáll, las humanas y las divinas, por ello os someterás a la furia de los dioses y deberán pagar ambos las consecuencias ¡Lo sabes!

El islandés rompió el silencio.

—Ella es la única razón que me hace luchar para seguir vivo. Tengo que buscarla, tengo que salvarla de las manos mugrientas y mortales de mi hermano.

—Han pasado dos días mi joven amigo, creo que ya vuestro hermano os lleva mucha ventaja, y tú Njáll, el lobo ártico como os llaman los nuestros, no podéis estarte en pie, necesitaríais descansar al menos otras cuatro lunas y no os excederos en movimientos, estas son mis indicaciones y espero no tener que volver a repetir las ¡Os queda claro!

—Sí, gran sabio.

—Tu afrenta contra los dioses ha sido tan grave que Némesis ha bajado para equilibrar la balanza. Tu idea es un poco descabellada, irte al fin del

mundo a perseguir a esa mujer celta marcada, designada a otro, ¿De dónde sacaríais la embarcación para atravesar el mar?

Darren rompió el silencio que hasta ahora había mantenido en medio de las sombras a escasos tres metros.

—Yo os ayudaría lobo ártico —sentenció lacónico el aprendiz. Conozco a alguien que os podría vender una embarcación antigua, le llaman Myfyr, y posee en sus dominios un antiguo drakkar en buen estado.

Njáll miró al pequeño de ojos oscuros envueltos también en una especie de gran túnica gruesa parecida a la del druida más viejo, pero más sencilla.

—¿Y vos quién sos?

—Es mi aprendiz y un inconsciente que tiene que aprender a guardar silencio —espetó el viejo druida rehuyéndole la mirada y volviendo a dirigirse a Njáll que parecía hacer honor a su nombre.

—Habéis vuelto del mundo de los muertos, quizás debáis permanecer en ese plano por vuestra seguridad, al menos un tiempo, mientras se dispersan vuestros enemigos. Los espíritus de este bosque y los dioses os han concedido otra oportunidad para mostraros un nuevo camino. Es imposible que logréis hacer aquella travesía, sobre todo, cuando vos estáis tan débil y tardaríais en recuperaros. Además, parece que habéis olvidado que ambos... os habéis levantado contra vuestro propio pueblo y sus reyes.

—No esperaba que me entendieses *Whytrin*. He hecho un juramento, le ofrecí a la princesa Caitlan mi vida a cambio de que me aceptara y me acogiera en todos los sentidos. Voy a cumplir esa promesa, marcharé de estas tierras arriesgando mi vida aunque eso me lleve a expeler mi último aliento. Tengo que buscarla y rescatarla, si es que aún estoy a tiempo. Yo retaré a dragones en combate si es necesario, me enfrentaré a mis enemigos más acérrimos, me aventuraré en aguas turbulentas, entre rencores y miedos, asumiré las consecuencias de mis actos y haré lo que haga falta, lo que sea, porque yo no descansaré hasta cambiar, aquello que otros llaman destino.

El forastero llegó a las brumosas tierras de Ériu con una misión, ahora marchaba con otra. Habían pasado siete días desde el fatídico encuentro en medio del bosque.

—Gracias por todo druida. Os debo la vida.

Njáll se quitó el pesado torque que le había regalado Rory O'Connor el día de su llegada a la isla esmeralda en medio del banquete orquestado por los suyos con abundantes viandas e hidromiel, el mismo que aún pendía de su

cuello desde aquel día cuando aún ignoraba que le depararía el futuro.

—Aceptad esta ofrenda, sé que es poco para lo que vos habéis hecho por mí. Pero volveré algún día y os recompensaré por vuestros servicios druida *Whytrin*.

El viejo druida lo miró con extrañeza y respondió:

—No es necesario, no he hecho nada por recibir de vos una recompensa. La diosa Danna ha decidido devolveros arrancándote de las garras de la muerte. La madre selva ha decidido cobijarte y se ha aliado con el cielo que permitió con sus características idóneas que el viento y la lluvia ralentizaran los efectos de aquel veneno letal. El gran Odín, como dicen los tuyos, tiene otros planes para ti mi muchacho, y yo no soy quién para inmiscuirme en la tarea de los Dioses. Puedes iros tranquilo, no me debes nada.

—No me iré sin dejaros nada, lo sabes...

—En ese caso, devolvedme a mi aprendiz, una vez haya hecho lo que está destinado a hacer por los dioses.

—¡Hecho!

El guerrero islandés dejó igual su pesada cadena como ofrenda sobre la mesa y abandonó la cabaña que había sido su refugio durante siete días en los que la fiebre y la alucinación lo habían dominado en aquellos sueños soporíferos. Pero ahora, debía marchar. Empezó camino bajando por las laderas cuando se alzó de repente la imagen del pequeño Darren.

—¿Os marchas sin despediros?

—Sí. Llamadme Njáll. Ése es mi nombre, no debes decirme lobo ártico.

—¡Es lo que sos!, ellos, los vuestros, os llaman de este modo. Por aquí Njáll, os mostraré el camino por donde vive el anciano del que os hablé antes, aquel que puede ayudaros con la embarcación.

Caminaron largas horas, solo se detuvieron para remojarse los labios y beber un poco de hidromiel que el viejo *Whytrin* les había dejado. Al caer la tarde atisbaron una pequeña cabaña al costado del *lago Deirgeirt* serpenteado de multitud de aulagas de wicklow, rododendros y juncos.

—Debo advertiros que es un poco misterioso y ermitaño. No le agradan las visitas, permanece alejado del pueblo y de todo. Se ha gestado su fama de hechicero... ¡Mirad allá!, allá está su barcaza de madera.

Njáll Ólafsson miró a lo lejos la gran embarcación *drakkar*, el enorme mástil y la vela que permanecía enrollada.

—¡En marcha!

Descendieron las laderas hasta hallarse a las puertas del pequeño y

sombrío habitáculo. Clamaron a voces la atención anunciándose hasta que imagen de una presencia recubierta por toga negra con capucha que le cubría la cabeza emergió de las sombras. El rostro permanecía cubierto desde la distancia, solo el islandés había alcanzado a observar algún vestigio de su nariz y sus labios oscuros. El viejo Myfyr se giró dándole la espalda. El joven Darren temblaba en medio del umbral de la puerta, atisbó a mirar fugazmente adentro, la cabaña estaba vacía, solo un fuego crepitante ardía iluminando el interior de la misma, que era más oscuro de lo que el joven aprendiz creyó y el ambiente en derredor era pesado.

Una voz macabra cortó el aire por detrás de ellos.

—¿Qué queréis? —susurró el viento trayendo sus palabras, a pesar de que la imagen del hechicero como le había llamado Darren, permanecía delante de sus ojos circunspecto, fue como si se hubiese metido en sus mentes. El pequeño aprendiz echó a correr por el sendero despavorido, ahora tenía la certeza de que un aura negra dominaba al viejo Myfyr. No entendía bien lo que ocurría, pero había decidido no entrar en aquel recinto mortuorio ennegrecido. Darren corrió hasta caerse de bruces con la respiración agitada, pero pronto se detuvo, sabía que su misión no había culminado. Volvió el rostro y aún a corta distancia alcanzó a ver al gigante islandés ingresar en la oscuridad y casi desaparecer ante sus ojos. Se mantuvo allí hasta que el sol se ocultó del todo, reclinado de una de las vallas cobijándose en su descolorida y gruesa túnica hasta que volvió a ver a Njáll salir de entre las sombras, fue cuando supo que una fuerza mayor que la física, era la que movía al gigante islandés, un resplandor entre lo azul y lo rojo de las llamas. Njáll se dirigió derecho hacia donde se hallaba el drakkar. Fue cuando Darren descendió de las colinas arrastrando con él las hojas en medio de sus zapatos de cuero con tiras sujetando sus pies.

—¿Qué os ha dicho?

La mirada azulada del islandés resplandeció como el hielo y su rictus se alteró en un mohín.

—Me ha dicho más de lo que quería saber. Al principio parecían frases inconexas pero luego... —Njáll guardó silencio con la mirada hacia la embarcación, recordó como la voz había emergido respondiendo a las preguntas silenciadas en su cabeza rompiendo el silencio:

—¡Proseguid! Os he esperado por años, ésa es la razón por la que aquel barco aún sigue aquí. Fue un pago por uno de los tuyos. He visto esa mirada

de hielo hace tanto tiempo en sueños, sabía que vendrías a mí algún día lobo ártico.

La imagen del hechicero comenzó a desplazarse y una pequeña mesa que había permanecido entre las sombras pronto fue visible para el islandés, que con sorpresa miraba allí sobre el viejo mueble sobre el cual había un pouch de cuero, y luego de la nada aparecieron ante él dos sillas viejas de madera rústica, una silla chirrió cuando el anciano misterioso llamado *Myfyr* se sentó sobre ella tomando el saquito entre sus manos y agitándolo. Mientras su mano derecha que había permanecido oculta por la sotana casi clerical, quedó al descubierto. Fue justo cuando el anciano señaló la otra silla enfrente de él, con aquel gesto Njáll entendió que el anciano druida misterioso requería su presencia cercana. La voz rompió el silencio sepulcral:

—Para llevarte el drakkar, tendrás que pagar un precio alto y además, me dejarás leer vuestro destino.

El gigante rubio constriñó el rostro, no entendía ¿de qué iba aquel jueguito?, solo algo ocupaba su mente, «*Caitlan*», y por ella iría al mismísimo infierno.

Se sentó delante del anciano con mirada pétrea y siniestra mientras él le devolvió una mirada inquietante y circunspecta.

—Algo de valor —murmuró para sí el islandés, se agitó incómodo para rebuscar en el pouch y de allí sacó 6 monedas de oro, todo cuanto poseía.

El anciano permaneció en completo mutismo. Njáll comprendió que el pago a pesar de ser una gran cantidad, era insuficiente. Él solo poseía dos cosas más de valor de las cuáles no quería desprenderse. La daga y la vasija esculpida que le había obsequiado a su amada en la ceremonia pero, ¿de qué le servían esos obsequios si había perdido a su dueña? El crepitar del fuego le dio al habitáculo un aspecto más inicuo.

—No poseo más que dos objetos irremplazables y puesto que no queréis mi oro. No poseo nada más... ¡Tomadlo todo!, pero dejadme marchar.

Pronunciado esto el anciano dejó correr los discos de dos centímetros con marcas hechas a fuego sobre la superficie que rodaron sobre la mesa, quedando unas piezas boca abajo y otras piezas boca arriba. El islandés volvió del ensimismamiento de sus recuerdos sentenciando:

—Saldremos al amanecer, le he prometido al viejo *Whytrin* dejarte volver, pero no puedo hacerlo todavía, te necesito para poder mover el barco y lo haré tan pronto pueda, tu destino está atado a estas tierras, ¿Me entiendes? No debes alejarte por mucho tiempo.

Darren le miraba con curiosidad.

—Entonces el hechicero ha aceptado que te lleves el barco sin más.

La mirada de Njáll se ensombreció.

—He pagado un precio muy alto por él Darren, créeme.

Ambos caminaron en dirección a la costa e ingresaron en el interior de la barcaza ayudándose con los remos, pronto amanecería. El gigante rubio y el enjuto aprendiz, remarón un poco alejándose de la costa de Loch *Deirgeirt*. Njáll desenroscó la vela, ahora solo le faltaba esperar que el viento soplase a su favor. Su plegaria a todos los dioses no se hizo esperar, el *mistral* sopló con fuerza enmarañando su larga cabellera casi platinada ondeándola al viento. El joven aprendiz le observó presto dirigiéndose al mástil, sabía que el islandés estaba allí en cuerpo pero su mente estaba muy lejos de allí, su cambio era evidente, su mirada se había endurecido pero su semblante se había suavizado, quizás por la esperanza de volverla a ver. Había entrado un hombre vencido y había salido otro de la cabaña haciéndole honor a su nombre que en el viejo lenguaje de sus antepasados significaba: “el vencedor”.

Se hicieron a la mar rumbo al océano Atlántico.

La mente de Njáll volvió a viajar a la oscura cabaña y rememoró las palabras del anciano.

—*Ørlög* —dijo el anciano sosteniendo la runa Perth "quero" sorpresas atadas a tus acciones, es la runa del tiempo, causa y efecto. *Eiwhaz* "Iodho" fortaleza, obstáculos inminente, incertidumbre, quizás debéis pensar mejor las cosas extranjero... —arguyó Myfyr lanzándole una mirada perspicaz antes de continuar leyendo los ideogramas desvelados que se habían mostrado ante él. —*Tinne* "Teiwaz" auto sacrificio, ley y justicia...

El anciano recordó hace once lunas con claridad meridiana cuando otro gigante extranjero había venido temeroso de los augurios del futuro, en él respiraba un aura oscura, el anciano le había dicho haciendo rodar las runas y tomándolas una a una, según se develaban los augurios: «*Un pacto. Una maldición sino es bien hecho. Ganaréis la guerra pero condenaréis a nueve generaciones a la incertidumbre, a la guerra y a la muerte, es un precio alto por pagar meditado*».

Myfyr el sabio, así os hacéis llamar viejo druida ¿cierto?, querrás decir que nuestras uniones no serán fructíferas y pereceremos... —había apostillado aquel gigante de ojos ambarinos. El viejo druida agitó la cabeza y cerró los ojos como deshaciéndose de alguna visión fantasmagórica.

—Tú y los tuyos tendréis descendencia pero los lazos no dudarán, el fruto de vuestras entrañas cuando conozcáis el amor o la pasión se romperá antes del tercer mes. Hay dos caminos. Uno os lleva a la muerte, a la pérdida de la guerra pero a la gloria y a la bonanza en otros campos. El otro sendero os lleva a la victoria de la guerra, pero irremediamente condenará vuestro futuro. Ambos tienen consecuencias. Debéis elegir cuál tomaréis... Veo sangre, veo velas, veo fuego, veo lágrimas, veo muertes. Pero también veo riquezas, posesiones, mansiones atadas a la raíz de vuestra dinastía. Debéis impedir que el pacto se rompa, sino lo perderéis todo hasta la identidad, será el exterminio de todo vuestro clan y de las tribus anexas, sus costumbres, sus tradiciones, y la pérdida de todo lo que hasta ahora conocéis. Si queréis seguir ¡Adelante!, pero afrontaréis las consecuencias...

Ahora frente a sí tenía enfrente a otro hombre de rasgos similares, su aura era dorada y resplandeciente, dentro de él emanaba una luz perenne, como un fuego inextinguible, prosiguió con su lectura de los pictogramas.

—Habéis retado a los dioses con vuestra tozudez, todo vuestro futuro tiene un significado enrevesado y sombrío con varias líneas que salen del mismo camino, como si fuese un pacto de vida o muerte lo que motivara vuestra existencia, una maldición, quizás por eso salió reflejado Aeda “*Algiz*” que es la runa que une a los dioses con la humanidad, seguida de “Beith” Berkana —dijo levantando el rostro para mirarle. El renacer cósmico y humano... Duir “*Dagaz*”, dijo tocando la otra runa gótica con los dedos, “el fuego”, es la runa del despertar completo que trae la luz a la noche, prosperidad, avance y al final la victoria, pero... ¡Por Odín! Nunca se había manifestado este pictograma, en todos mis años.

—Si no tiene nada viejo Myfyr, es totalmente blanca —argulló Njáll. El viejo druida místico lo observó con más detenimiento.

—No por ello deja de ser la más oscura de todas, se le conoce como la runa de Odín, “*Wyrð*”, que significa el todo y la nada. Olvidad todo lo que os dicho antes... Vuestro futuro es incierto islandés, esperad lo inesperado.

El anciano recogió los discos insertándolos de nuevo en la bolsa de cuero.

—No entiendo nada, lo que decís no tiene ningún sentido para mí.

—Causa y efecto guerrero del norte. Obstáculos y renacer, luz y tinieblas; blanco y negro... Incertidumbre total ¿Me explico? —apostilló el viejo druida.

Aledís había entrado en la cuarto. Caitlan se encogía en el suelo temerosa pegada al muro cercano a la ventana tapiada con el rostro embadurnado de sangre y sudor, rota en esencia como una muñeca de trapo, se había mantenido allí en la misma posición y actitud, con las piernas recogidas y los ojos fugitivos desde que la habían enclaustrado en su llegada a la isla.

—Tranquila soy yo. Vuestro padre ha venido a veros, pero vos estabas dormida. Le han encomendado una última misión y ha marchado en su corcel rumbo a la costa.

Ella por primera vez le devolvió la mirada cuando un atisbo de esperanza centelló en sus ojos llenos de nieblas.

—Entonces, podré volver a Ériu, la pesadilla ha terminado.

—No tan rápido *princesa*, vuestro padre y hermano regresarán mañana para la ceremonia oficial de los esponsales.

Caitlan rompió en llanto esnifando entre hipidos al descubrir que todo seguía igual.

—¿Tú eres de la isla esmeralda, verdad?, ¿qué haces aquí?

—Pensé que lo sabíais *mi señora*. Muchas de nosotras fuimos traídas contra nuestra voluntad a estas tierras de hielo y muerte, la cristianización nos quitó casi el mundo que conocíamos, hemos pasado de ser mujeres fuertes e independientes a meras esclavas sometidas, agredidas por los hombres *víkingr* restándonos valor, pasando a ser solo un mero objeto decorativo, un recipiente de sus bajezas y su simiente, muchas de nosotras, las actuales esclavas nos imaginamos todo esto como un collar pesado que se quita y se pone para poder soportarlo. Todo ha cambiado hasta para usted, vuestro padre y hermano la han granjeado como un animal en sacrificio para su beneficio.

—¡Escuchadme bien Eledís! Esta guerra entre los nuestros es exhaustiva, larga, improcedente e intolerante, nuestros enemigos reales son los extranjeros, no los nuestros ni los sanguinarios Leinster, ni los soberbios Ulster, ni mucho menos los temerarios Munster. Pero ya he hablado de más...

—Vuestras heridas han sanado en estas dos semanas mi señora. La ceremonia se ha aplazado para no tener que mostrar ante el pueblo el indecoroso compartimiento de mi amo Leifur. Los golpes han desaparecido mimetizándose, al menos los visibles. Pero mucho me temo que existen otras heridas que tardarán mucho más en sanar. La curandera ha hecho lo que ha podido.

—Prefiero morir que tener a ese salvaje al que llaman el oso, sobre mí

otra vez.

—Aquello es inevitable mi señora, el príncipe Leifur siempre obtiene lo que quiere. El rey Ólafr siempre lo prefirió a él sobre el joven Njáll.

—¡Njáll!

Un grito desgarrador llenó la recámara. Caitlan comenzó a llorar y a hundirse sobre sus ropajes y las mantas de animales que le habían dejado al llegar a la isla.

—No tengo razones para vivir ya Eledís, porque aunque Njáll estuviese vivo, ya no podría estar con él después de que... ¡Ayudadme, os lo suplico!

—No puedo ayudarla a escapar. Lo siento mi señora.

—No os estoy pidiendo eso, sé lo que significaría para vos. Os estoy pidiendo que me ayudéis a librarme de estas cadenas. He sido prisionera desde que fui capturada, no me dejan salir de estas paredes y estas dependencias, yo no puedo hacerlo por mí misma, pero vos... Vos sí que podéis.

—¿Qué está insinuando *princesa*?

—Necesito un poco de cicuta virosa, tejo y una jarra con hidromiel.

—Me está pidiendo que...

—Os lo ruego. Todos sabéis perfectamente lo que ese animal me hizo incluida vos, no puedo soportarlo, no una segunda vez.

—¿Lo haríais por mí?

—Mi señora, esto va en contra de nuestros...

—¡No os atreváis a terminar esa frase, os lo advierto! —bramó Caitlan colérica apuntándole con el dedo. —«Acaso lo que mi padre hizo y lo que aquel oso salvaje me hizo está contemplado en nuestras normas y dogmas. Acaso es eso lo que nos enseñaron los druidas».

Eledís bajó el rostro azorada.

—Lo haré mi señora.

—¡Esperad Eledís!, no tengo nada salvo esto. Caitlan le mostró sus joyas, su collar, las pulseras de sus tobillos, los broches y notó como los ojos de Eledís prestaban especial cuidado en la única prenda que tenía para ella un significado... El brazalete de brillo dorado que antes estaba resguardo por la extensa túnica de seda marmórea, el fajón de piel y el sagum de lana de hilos amarillos, verdes y rojos que le cubrían el cuerpo resplandeció en su muñeca al ser tocado por la luz.

—Es lo único que aún me queda de él, no quisiera desprenderme de ello, pero es lo justo... ¡Tomadlo!, de nada me servirá después del alba.

Caitlan deslizó la fíbula y el brazaletes de dragones cedió abandonando su mano.

—No mi señora yo... Yo no podría...

—Tomadlo, vendedlo o haced con el lo que queráis.

Eledís cruzó su mirada con la de la princesa y abandonó la habitación después de dejarle el ajuar sobre las mantas y las pieles.

Al alba todo era distinto, el semblante de Caitlan se había endurecido, así como su corazón. Había tomado una determinación, no se iría de este mundo como una niña asustadiza, se iría de este mundo como lo que era y para lo que la habían entrenado toda su vida desde su nacimiento, se iría como una guerrera celta, feroz e implacable y lucharía hasta su último aliento.

La puerta cedió y Eledís atravesó el umbral, el ruido bajo las escaleras le hacían sospechar que ultimaban los detalles del banquete para la ceremonia de la noche. Eledís apartó los pliegues de su falda ancha de cuadros enrollada a la cintura y la blusa abierta de cuello redondo y desajustó de su talle su “pouch” de piel para sustraer las hojas.

—Le he traído lo que me pidió mi señora, os subiré ahora la jarra de hidromiel con copas. Vuestro padre ha llegado.

—No quiero verle —dijo la princesa dándole la espalda.

—No sé si podré impedirlo mi señora, solo soy una simple criada. Debe saber que también ha vuelto el amo Leifur con un carácter huraño y agreste, las otras criadas dicen que quizás no le fue muy bien en las últimas negociaciones, el señor ama ganar y odia perder.

Un sollozo brotó de la garganta de Caitlan.

—Dejadme las hierbas que has traído y subidme en cuanto puedas la jarra de hidromiel ¡Daos prisa! —La puerta se cerró de golpe y Caitlan se apresuró a deslindarse de sus anillos, necesitaba algo con que estrujar aquellas hojas, sabía muy bien que el tejo era muy venenoso y requería un trato con cuidado por lo que decidió comenzar con las ramas de cicuta, las dobló y las colocó en el viejo caldero que le habían llevado con viandas varias por la mañana. Eledís volvió a los quince minutos mientras ella se afianzaba en su tarea.

—Vuestro padre ha insistido en verla, pero Leifur se lo ha negado hasta la ceremonia de la tarde. Aquí le traigo la jarra.

—¡Esperad! dile a vuestro señor que deseo verle antes de la ceremonia.

—¿Qué está pensando?

—Tú solo haz lo que os ordeno, dejad pasar un tiempo largo, el suficiente de una siesta y dile a vuestro señor que suba a verme.

—Pero...

—Eledís, vos no lo entiendes, esto no es solo por mí. Esto es por Ériu, por nuestra tierra verde y fértil y por nuestros niños por lo que os daría la vida, esto es por el futuro. Este pacto será nuestra ruina, ellos solo están esperando el momento para atacar y asolar nuestras tierras o traer más esclavas. Mi padre es un necio que aún no ha logra verlo, está empecinado con los Leinster y los Munster y no logra ver con lucidez los que otros ven con claridad meridiana. Nuestro más acérrimo enemigo ya está dentro de casa, y él con esta farsa solo ha conseguido darle ventaja y más terreno a otro enemigo atroz que se eleva inhiesto y silencioso.

—Haced lo que os pido, será mi última orden.

Eledís le observó asombrada, la princesa que hasta ayer rogaba y lloraba había cambiado por otra mujer diferente. Una guerrera celta que se alzaría al igual que Boudica como una Némesis. El sonido del crujir de los retablos del suelo le indicó que alguien se aproximaba a la puerta.

Leifur Ólafsson abrió la puerta de improviso para quedarse boquiabierto. Caitlan O'Connor se encontraba de pie junto a la mesa esperándole, tenía el cabello rojo suelto que le llegaba hasta la cadera sujetado solo por unas pinzas y unas trenzas que le descubrían el rostro. Sobre su cuello tenía su pesado collar cilíndrico protector. Estaba desnuda de la cabeza a los pies, salvo el grueso torque de oro que tenía en el cuello y un fajón de cuero con incrustaciones metálicas de oro y plata sujeto firmemente sobre su cintura. Leifur la observó arqueando una ceja y sonrió sibilino, la mujer delante de él era muy diferente a la que él había tomado a la fuerza con su delicada túnica de pliegues tubulares y escote V adornada con brocados. Él había subido con la intención de seguir humillándola, pero no estaba preparado para lo que se encontró. Ella le sonrió maliciosa.

—Os estaba esperando mi príncipe —apostilló ella dándose la vuelta.

Elifur azotó la puerta de un portazo y caminó en dirección a ella. Si en algún momento pensó que Caitlan O'Connor no era una *banshee* o *bruja* como decían todos los de su pueblo, fue justo allí, en la cual por primera vez ella tomó una copa y se giró observándole de frente y ofreciéndosela en vilo, dando dos pasos atrás para servir la suya propia y dejarle ver sus formas.

—Os he invitado para agradeceros el tener que evitarme ver el rostro de mi verdugo.

—Os referís a vuestro padre o vuestro hermano. Veo que no os habéis enterado de las últimas noticias de Ériu. —Ella asintió.

—Las cosas cambiarán desde esta noche, se supone que dejaré de ser prisionera para ser vuestra esposa— dijo alejándose de su alcance.

—Lo he entendido perfecto —dijo bebiendo él del elixir para dejarlo sobre la mesa comenzando a quitarse el braccæ y la túnica corta luego de desajustar su cinturón y retirarse la manta de lana de oveja. Sus cabellos eran largos, sus músculos eran enormes como su porte, por algo le llamaban el oso. Se liberó de sus prendas y volvió a beber un sorbo abundante y largo de su copón para ir en busca de ella que deslizaba sus dedos con sutileza sobre el borde de su copa. Leifur la tomó por la cintura pudiendo observar mejor sus formas que comenzaban a cegarle la razón.

—¡Esperad, no hay prisa! —dijo observándole bebiendo de su copa un sorbo, que él le quitó de las manos aventándola al lado contrario de la habitación cegado por el deseo.

—No es como funciona conmigo “*princesa*” —dijo en tono mordaz, tomándola con fuerza de la cintura y lanzándola al lecho. Su respiración comenzó a ser estertorosa mientras intentaba mantenerse en pie cayendo de golpe de repente, incapaz de moverse. Sus nervios se habían paralizado, comenzó a sentir vértigo y temblores, la garganta se le secó por completo, mientras sus ojos como platos la observaban a lo lejos.

—¿Qué me has dado vos de beber banshee del fuego?

—Hidromiel —respondió ella lacónica.

—Esto no es solo hidromiel ¡Hablad de una vez banshee!, porque cuando os ponga las manos encima...

—Cierto, puede que tenga un tanto de un veneno letal.

—¡No escaparás!, os lo aseguro, morirás hoy conmigo.

—No pretendo escapar Leifur, puesto que no tiene sentido, vuestros hombres me darían alcance y me obligarían a hacer lo que nunca he deseado. Tu simiente no echará raíces nunca en mí, esta historia, la nuestra, acaba aquí y ahora. —Leifur se mostraba más sofocado, le costaba respirar. Caitlan cruzó por encima de él y recogió su copa y se sirvió hasta llenarla, podía ver que faltaba poco para que el gran oso expeliera su último aliento por su compulsiva asfixia y su aturdimiento; caminó hasta donde se encontraba el cuerpo desnudo del salvaje islandés tendido sobre el frío suelo. Se detuvo sobre él y se sentó sobre su vientre bebiendo de su copa, quería que lo último que él viera fuese a ella triunfante.

—Me has subestimado gran oso. Has subestimado a las mujeres de mi clan. Has oído hablar de nosotras y nos has visto en combate. Somos guerreras feroces y letales, y como muchas de ellas, hoy he decidido ir a la guerra despojándome de mis ropas. —Caitlan comenzó a sentir los síntomas de la cicuta virosa, su complexión era mucho más frágil que la del guerrero por lo que el efecto del veneno era más veloz. Comenzó a respirar estentóreamente mientras se inclinaba hacia su rostro diciendo:

—¡Miradme bien!, por mis venas corre la sangre de una mujer guerrera, soy tinieblas y miedo, soy el fuego ardiente que te consume hasta tu muerte hijo de Ólafr...

El cuerpo de ella cayó sobre el de él y rodó a su costado, en segundos había perdido la movilidad completa y él control de sus nervios y el habla. Él con la mirada rojiza y vidriosa por el veneno y la impotencia había muerto bajo ella, justo como ella lo había planeado. Ella aún respiraba aunque no pudiese moverse presa de la asfixia, pero por dentro, ella sonreía dichosa y si pudiese hubiese ejecutado una danza céltica sobre él, sabía que el final para ella era inminente, el pacto no se celebraría jamás y nunca nadie volvería a obligarla hacer algo que ella no quisiese por elección.

No muy lejos de allí en la costa, una pequeña barcaza encallaba en la orilla. De dentro de la embarcación la imagen de un fiero y temible guerrero de ojos azules se alzaba inhiesto envarando la espalda para volver el rostro a lo lejos, vislumbrando la imagen del enorme drakkar con 16 remeros de cada lado, casco trincado y un mástil con vela rectangular con la cabeza de dragón en la proa.

Njáll Ólafsson entró a su enorme casa rectangular y lo que encontró fue una escena dantesca. Cortes, sangre, muertos por doquier, partes mutiladas de cuerpos y extremidades humanas, hachas, arcos y flechas, una auténtica masacre. Entre los cuerpos del gran salón reconoció a su padre por la túnica celeste y el collar parecido al suyo y allí debajo de unos tres hombres más al costado de él de contextura corpulenta estaba Tomás. Njáll empezó a quitarle los otros cuerpos de encima a su padre, su estado era malcarado, también notó como al costado derecho su viejo camarada y amigo aún respiraba afanosamente completamente bañado en sangre, sabía que no le quedaba mucho tiempo para expeler su último aliento. Tomás se sorprendió al verlo de pie, fuerte, gigante y soberbio.

—¡Estás vivo! He cargado sobre mis hombros el peso de vuestra muerte

—dijo resollante dejando brotar sangre de su boca en un escupitajo.

—¿Dónde está ella Tomás?

—Está muerta Njáll... —dijo antes de perecer. El guerrero islandés ahogó un sollozo, hincando una rodilla en tierra mientras sostenía el torso de su padre malherido que apenas alcanzaba a respirar mientras sus ojos perdidos se empezaban a fijar en él.

—¡Hijo! —exclamó moribundo el rey Ólafr.

—¡Voy a matar a Leifur! —espetó Njáll furioso. El anciano hizo un esfuerzo por hablar.

—Has llegado tarde hijo mío, la *banshee* lo ha hecho por ti. Esa bruja ha desatado una guerra sangrienta en la que perdí a mis dos hijos—. El Rey islandés hizo una pausa gimiendo mientras gorjeaba y la mezcla de sangre y saliva llenaban su boca y se esparcían sobre su túnica con una tos embadurnándola más de sangre, mientras proseguía. —«*Pero resulta que estás vivo, mi reino no perecerá aún, no seremos olvidados ni vencidos, no aún, al menos toda esta miseria valdrá la pena*».

El menor de sus hijos y único superviviente deslizó la mirada reconociendo los cuerpos a ambos bandos, no sabía bien lo que había ocurrido, lo cierto era que la lucha encarnizada había significado el exterminio de gran parte de los dos bandos y la disolución del acuerdo tácito pactado entre los dos pueblos. Njáll volvió el rostro para observar a su padre en medio de un mar de cuerpos inertes.

—No deseo vuestro reino padre, nunca lo quise, ¿dónde está su cuerpo?, necesito verla.

—Está cerca de las estancias de tu hermano, está en vuestro refugio, aquel al que siempre acudíais olvidando asignaciones prioritarias de suma urgencia para nuestro pueblo... —farfulló de manera jadeante antes de expirar. Njáll dijo algunas plegarias para su alma que se marchaba a otro reino, se puso en pie mirando de soslayo entre los cuerpos mutilados logrando atisbar otra vez el de Tomás. No perdió ni un segundo en mostrarle ningún tipo de respeto a su traidor compañero y amigo. Echó a correr en dirección a sus estancias y deslizó la puerta con una fuerza ciclónica, para su sorpresa, vio tendida a Caitlan al costado de su hermano desnuda. Instintivamente se quitó *el brat* y la cubrió levantando su cuerpo laxo y sin vida del frío suelo. Su grito desgarrador atravesó todo el recinto, sus ojos se llenaron de lágrimas como nunca antes, lágrimas que brotaban sin ni siquiera llegar a colisionar con el duro suelo porque se congelaban en su mejilla en el

acto, con el fino resquicio de un agujero que él mismo había construido como especie de ventana por la cual el viento gélido del ártico se colaba congelando la estancia. Njáll recordó entonces al oráculo quince años atrás: «Llorarás lágrimas de sangre y hielo», ahora lo entendía. Recordó al anciano con la runa blanca en la mano... *Wyrð* había dicho, la runa de Odín «Espera lo impensable». Poco a poco su predicción y su significado comenzaban a calar en su interior. Había llegado demasiado tarde, no había podido disfrutar de la calidez de la sonrisa de su amada por última vez, ni de la luz de los ojos de Caitlan que iluminaba todo a su paso con vida y felicidad. Njáll Ólafsson, el último descendiente directo del rey Ólafr, hijo, guerrero y rey de la isla de fuego y hielo y de los reinos del más allá desde hoy por la ley, sabía que dentro de poco entre los nobles cercanos, se levantaría una pugna por el poder y el mando de la isla. Pero al rubio islandés de ojos azules rasgados poco le importaba la regencia, el poder y las ansias de saquear y matar, aquel perturbador comportamiento lo había perdido cuando ella había entrado a su vida como un ciclón. Ahora lo único que de verdad le importaba, aquello que ansiaba con fervor, era encontrar al viejo y poderoso “Diviciacus”, conocido por los suyos como el druida negro, aquel que había vaticinado aquellos actos funestos, quince años atrás. Miró en derredor su pequeño antiguo habitáculo, colocó sobre el camastro el cuerpo sin vida de Caitlan, buscó a tientas su combinación y su túnica y se la colocó por encima de la cabeza como adorándola, mientras esnifaba por la nariz reprimiendo las lágrimas que amenazaban por caer. Njáll era un guerrero fiero conocido como el lobo ártico, escurridizo, inamovible y letal, pero ella... Ella había echado por tierra toda aquella coraza de hielo. El cuerpo de ella aún estaba ligeramente tibio cuando él la aupó entre sus brazos maldiciéndose a sí mismo, había llegado tarde, no había podido arrebatársela de las garras de Leifur, ni de su padre. Njáll pensaba que si tan solo hubiese obrado distinto, si tan solo hubiese sido más ágil, si tan solo hubiese adivinado la traición de Tomás ella estaría viva. La cubrió con una manta blanca mientras se adentraba en la laderas para cavar un agujero agitando la pala en un movimiento continuo de incidir y expeler los restos de tierra, cuando ya lo tuvo suficientemente profundo se dedicó a construir una enorme cruz como las que había visto en los verdes paisajes de la isla esmeralda. La cruz celta tomaría algunas horas, cuando estuvo acabada en medio del susurro de los comerciantes y pescadores que le miraban extrañados fue a por el cuerpo de ella y lo depositó en el oscuro pero no profundo agujero y lo cubrió. Luego procedió a ir por su padre, lo

desenterró de debajo del grupo de cadáveres y lo cargó para enterrarlo cerca de los restos de su amada con la mirada perdida y vacua en el horizonte lejano.

Pasaron dos días, en los que Darren y otros siete hombres en conjunto con él se encargaron de la construcción de una pira y de los demás cuerpos dentro de la casa; Njáll de la noche a la mañana se había convertido en el rey pero no le importaba, para él todo seguía igual. Los días subsiguientes continuaron desalojando y reacomodando las dependencias y el gran salón, hasta que el tercer día... Njáll partió a primera hora con Faxi, su corcel blanco, en dirección al círculo dorado en busca de la paz y el sosiego que solo le brindaba en el pasado las aguas del río Hvitá y los impresionantes paisajes volcánicos, áridos y oscuros en que los dioses habían formado en conjunto con la cascada de Gufoss el valle Haukadalur junto al Geysir. El islandés desmontó del caballo observando la falla geográfica, la garganta a lo largo de la parte superior del valle que se extendía como una grieta entre las tierras y de las que internamente brotaban incesantes las aguas heladas y se cristalizaban por las laderas de los fiordos en las esquinas, el sonido del agua precipitándose, el viento del norte bufando con fuerza y la quietud y la armonía en el ambiente le hacían preguntarse si habría alguna forma de arreglar todo aquello, o debía simplemente marcharse. Solo el pensar en abandonar *þingv og ltr* le hizo esbozar una mueca de dolor. Lanzó una mirada cargada de ira y se quedó inmóvil casi a contra natura ante el espectáculo natural ofrecido por los dioses. El espíritu de lucha brillaba en los ojos del lobo ártico, una vez más con un fuego arrollador. Él solo pensaba que tenía que verla de nuevo. Tenía que hacerlo, debía marchar y encontrar al druida negro de nombre Diviciacus y encontrar la forma de llegar hasta ella otra vez.

Los cascos de un caballo aproximándose a toda prisa pusieron a Darren en alerta. Los buitres venían desde lejos por un pedazo de presa. Las nubes habían cubierto el sol matinal y las temperaturas habían caído en picada. Njáll rehacía el camino montado en su caballo Faxi.

Al llegar contempló la maraña de chozas, la casa larga que se alzaba entre ellas y el conjunto de pasarelas de madera desérticas, también atisbó a ver a otros tres caballos apostados en las dependencias principales en la parte noreste de su habitáculo. Njáll ingresó al gran salón con su mata de pelo

rubio revuelto, hombros anchos, brazos y piernas fuertes y largas. La imagen de tres hombres ataviados con sus túnicas de lana gruesa de *vádmal* con las pieles sobre sus hombros y sus pantalones holgados hizo a los tres nobles ponerse en pie al ver entrar al gigante rubio hacia la gran silla que se encontraba en un plano superior. El crepitar de la hoguera en medio del salón lleno de pieles invitaba a sentarse en una especie de mesa alargada diagonal al trono, en donde algunos hombres bebían hidromiel.

—¡Njáll! Hasta que llegas —exclamó Aðalbjörn elevando la voz.

—¿Qué hacéis en mi casa, Steindór, Bikir, y Aðalbjörn?

El grupo de nobles con sus espadas y sus pieles se plantaron delante de él, los guardias de Njáll se apostaron haciendo barreras apostando sus lanzas y sus escudos.

—Queríamos saber, ¿qué iba ser del reino y las incursiones ahora que el Rey Ólafr...?

—Mi padre no ha llegado aún Valhalla y ya venís por las sobras y osáis a desafiarme —espetó colérico lanzando su copa al fuego, en donde el crepitar de las llamas se agitó con fragor elevándose la hoguera.

—Hemos dejado pasar un tiempo prudencial para venir a discutir mi señor, el futuro de nuestro pueblo.

—Solo por esta afrenta cada uno de ustedes me dejaran seis hombres si queréis permanecer con vida, o yo mismo me encargaré en persona de que no viváis para contarlo... ¡Retiraos de mi vista!, antes de que decida dejar de ser magnánimo y misericordioso. Un momento... ¡*Deteneos allí!*, que os quede claro que no volveréis a pisar mis tierras sin el pago a la afrenta cometida, ¿entendéis? —dijo girándose y acomodándose la capa de piel de lana sobre sus hombros.

—Tenéis hasta pasado mañana o rodarán cabezas —sentenció Njáll alejándose hacia sus aposentos.

Darren apareció de entre las sombras unos minutos después.

—Njáll, ¿es en serio lo que les has dicho a los nobles?

—En absoluto, no me interesa reinar, pero necesito de esos hombres para emprender la travesía. Pero si solo les hubiese dicho esto hubieran sacado ventajas de mis flaquezas y hubieran conspirado para derrocarme. No les daré la oportunidad, una vez reunidos los hombres partiremos para atravesar el mar hacia otros rumbos. Debemos prepararnos, el viaje será largo.

—¡Nos atacan! ¡Vienen del sudoeste *Ísafjarðardjúp*! Los gritos que llegaban al campamento pusieron en alerta al grupo de nobles y sus seguidores en medio de la hoguera en la noche. De la nada surgieron unos once hombres con sus escudos cilíndricos y rústicos, en mano con sus atgeirs, kesjas y el höggspjót cercando al pequeño grupo de nobles y al campamento no muy lejos de *Reykjaneskagi*. Njáll desmontó de Faxi y se dirigió a aquel que debía ser el líder, aquel que le había hablado en su casa.

—Mi señor, nosotros nos dirigíamos hacia... —dijo el noble amedrentado por el brillo del filo de höggspjót dando dos pasos atrás.

—Eso no será necesario, he venido a cobrar mi deuda en persona y me llevaré de aquí a esos hombres bajo mi dominio.

Aðalbjörn, el más sagaz de los nobles tuvo que admitir que el rey parecía saber lo que estaba haciendo, ellos habían estado planeando darle batalla y reclamar la isla como suya, había reunido a sus hombres con la ayuda de Bikir y Steindór y ahora, acampaban esperando reunirse con más de sus seguidores al Alba.

—Sos el líder, así que elegid ahora mismo o yo mismo lo haré, y mis hombres matarán al resto de tus soldados o a todos.

—Tomad los que queráis vuestra excelencia —dijo con el rictus alterado Aðalbjörn.

—Vos sos un noble con ansias de poder, no un diestro guerrero, tenéis aún muchas flaquezas, pero no es lo que quiero de vos. Nuestro pueblo debe sobrevivir y plantar batalla, yo no os detendré y estaré para veros, no seré un impedimento para vuestras conquistas y vuestras luchas. Partiré al alba hacia tierras lejanas, la mitad de mis hombres ya están en la costa preparando los *knarrs*.

El gigante rubio se aproximó hacia la hoguera despacio y silencioso. La luz bamboleante de las llamas no resultaba ser del todo tranquilizadora.

—Su excelencia, vos no teníais ninguna intención de quedaros, ¿no es cierto? —dijo Aðalbjörn en voz baja mientras contemplaba la desgastadas botas de Njáll y sus ropajes húmedos con la cota de malla encima. El lobo ártico le taladró con una mirada de fastidio pensando que no había razón para quedarse y no había nada que llevarse de aquel sitio que ya no sentía como su hogar, el sitio que le había arrebatado todo cuanto quería. Solo pensar en Caitlan le hizo esbozar una mueca de dolor. Tenía que encontrar la forma para volver a coincidir de nuevo. Tenía que hacerlo, costase lo que costase,

sabía que debía encontrar al oráculo.

—Mucho me temo que eso ya no importa —añadió Njáll—. Creo recordar que Steindór me dijo que tu intención era fraguar otras incursiones y traer a más esclavas de la isla esmeralda aquí y apoderarte de su territorio.

El gigante rubio hizo un gesto insinuante con la mano.

—Saquear y matar, no podéis en el estado de vuestros hombres y vuestras tácticas, no sobreviviréis ni medio día contra los guerreros más fieros de Ériu, tendréis que reunir primero a un ejército y conseguir que os sigan y entonces ya veréis si decidís llevar a cabo aquella empresa. Pero yo no estaré aquí para ver si resultáis vencedores o perdedores, he dejado a mi hombre de confianza a cargo de la casa larga y el conjunto de chozas, si vos conseguís ser un gran líder mis hombres os seguirán, de eso no tengo duda.

Algunas palabras de la conversación entre ambos líderes quedaron suspendidas en el aire nocturno cuando Darren se aproximó a ellos.

—Estamos listos Njáll.

—¡En marcha! —sentenció el gigante rubio avanzando con prisas hacia los caballos. El sonido del cuerno llamaba a los hombres a la costa desde donde el grupo de guerreros vikingos se hacían a la mar en los cinco knarrs de casco trincado con remos y las velas izadas. Las embarcaciones singlaban las traicioneras aguas entre la densa niebla. Njáll recordaba cómo le había hablado a los guerreros horas atrás instándolos a atravesar el mar hacia lo desconocido, les había prometido batallas y un botín de riquezas y joyas que les permitiría vivir mejor y asentarse. Él no pensaba regresar a la isla de hielo y fuego, sabía que su destino ya estaba sellado, los llevaría a tierras más lejanas de lo que cualquier hombre del norte podría soñar; por ello, él les había dicho que solo era necesario permanecer bajo sus órdenes hasta hallar al tal Diviciacus, el oráculo y el mensajero de los dioses que podría leer el futuro de su pueblo, y luego serían libres, libres para seguir el rumbo que eligiesen una vez inmersos entre los campos fértiles, los rostros extraños y los temibles guerreros con los que librarían batalla entre los chasquidos de las armas, luego quedarían libres de compromiso y batalla. Darren les observaba meditabundo con actitud beligerante apostado en la proa, mientras las olas y los ocho remeros en sincronía de esa y las otras embarcaciones avanzaban en medio del mar oscuro. El joven aprendiz miraba de soslayo a Njáll preocupado e inquieto, sabría que sería capaz de cualquiera cosa, en esas semanas había sabido ganarse su respeto y su confianza, el joven druida jamás pensó que viviría algo así, pero allí estaba, con los temibles y salvajes

enemigos como su pueblo les llamaba, rumbo a las costas ibéricas. La conversación mantenida con Njáll la pasada noche, le hizo darse cuenta que el gigante rubio iba justo al encuentro con su muerte. El joven aprendiz de druida le había preguntado el motivo real de este viaje a lo que el lobo ártico le había respondido: « Cuando tienes claro lo que quieres, tienes que ir a por ello Darren, cueste lo que cueste». —El brillo de sus ojos le hizo constar que nada detendría al guerrero vikingo de alcanzar su objetivo.

El sonido del agua al chocar contra las rocas revelaba que la costa estaba cada vez más cerca. Njáll saltó del *knarr* por un lado seguido del joven Darren que lo imitó saltando por el lado contrario cayendo y hundiéndose en el mar para emerger lechoso como la proa del casco del barco, chapoteando el agua a la altura de las caderas hasta llegar a la playa. Las naves tocaron tierra en pocos minutos, el resto de los guerreros descendieron mientras uno de ellos empujaba de nuevo hacia el mar la embarcación. Los remeros retrocedieron y desaparecieron de la vista como sombras, una vez que las velas cayeron y la ardora del mar como un manto ayudado por la luna ocultaba a los intrusos viajeros que después de meses habían llegado a las costas de *Ons* en *las Rías Baixas* galaicas. El viento marino guiaba a Njáll y sus guerreros que sigilosos observaban a lo lejos a un grupo de campesinos en una especie de chozas. Njáll haciendo un gesto con la mano les indicó que avanzaran en las otras direcciones ante la ignorancia del pueblo ibérico. Darren de pronto reconoció al anciano con la toga negra de los eruditos y la capucha ajustada que le cubría la cabeza y le bajaba por el cuello. Una larga barba blanca le sobresalía de la barbilla y llevaba los brazos firmemente entrelazados a la espalda, mientras avanzaba lentamente hacia el sendero a la parte alta del montículo de piedras. El bufido del joven puso a Njáll alerta que le retuvo con el reverso de fuerte y musculoso brazo diciéndole:

—Creo que hasta aquí ha llegado tu misión. Le prometí a Whytrin que os haría volver para que vos continuaras vuestra formación.

—Njáll, no podéis hacerme esto.

—Sí, sí que puedo, os debo mucho a ese druida y yo le di mi palabra. No os haré participar de esto. Regresa a la costa y mantente al cubierto. Héðin aseguraros de llevar a este joven al *knarr* ahora mismo, coged a ocho de los hombres y devolveos, poniendo rumbo a la isla esmeralda. Eres el mejor navegante que conozco.

—Por eso señor, me rehúso abandonaros.

—Haz sido muy leal todos estos años a mí y a mi padre, fue una suerte

que sobrevivierais a la masacre, no quiero volver a repetirlo ¡Haz lo que os digo ya!, en cuanto a ti pequeñajo... —Darren indeciso entre aquellos dos gigantes que discutían sintió la necesidad de huir y eso hizo echando a correr hacia el claro yermo.

—Detenedlo de una vez antes de que alerte a los granjeros. Héðin en varias zancadas estuvo a su lado y lo tomó de la toga elevándolo por los aires como si su peso fuese el de unas ramas. Darren pataleaba y luchaba con todas sus fuerzas. Una vez que Héðin lo tuvo inmovilizado avanzó regresando al sendero bajo el cobijo de los árboles y la noche pasando al costado de Njáll que lo observó aún fiero peleando por librarse.

—Lo siento, pero esto es lo mejor para vos, aunque no lo entendáis ahora, vuestro camino y el mío se separan hoy. Gracias buen amigo por todo. —Darren le echó una mirada cargada de reproche cuando el otro gigante rubio con la gran cicatriz en el rostro echó a andar rehaciendo sus pasos alejándose en dirección a la costa.

Aguardaron observando el movimiento de sus habitantes con las largas túnicas y sus cabellos dorados y rojizos con el torque en el cuello y las demás joyas que los distinguían del resto de los poblados anteriormente saqueados. Sobre sus túnicas y su piel llevaban los símbolos de la triqueta, el árbol de la vida y el espiral tatuados y grabados en sus joyas. Njáll recordó cuando Darren le había explicado el significado de cada uno, solo tres habían llamado poderosamente su atención y uno de ellos era el espiral. Darren le había dicho que aquel símbolo significaba en su cultura la reencarnación y la inmortalidad del espíritu, el símbolo infinito sin principio ni fin que también hacía alusión a la evolución continua y espiritual.

—Tú... tú, tú y tú —dijo Njáll señalando a los más fornidos y altos guerreros que semejaban albinos por el color de sus cabellos y sus ojos, el ya no podía esperar más, debía ponerse en movimiento y garantizar la sorpresa para que las bajas fuesen menores en su ejército. —Iremos a por ese grupo de monjes, seguro ellos sabrán dónde se oculta Diviciacus. El resto, tomad el pueblo antes del alba —espetó Njáll—.

El amanecer llegó con los gritos y el sonido de las lanzas, el hacha vikinga como un zumbido cortando el aire seguidos de gritos de miedo y dolor, mientras los celtíberos en un intento de defenderse habiendo sido agarrados desprevenidos pocos pudieron blandir sus espadas de antenas de doble filo y alzar el *caetray* en la lucha encarnizada por primar de un pueblo

y de los otros de no ser sometidos. Njáll con su equipo avanzó tomando prisioneros a los sacerdotes druidas celtas cerca de la choza en la que vivía el líder en medio del bosque.

—Te estaba esperando —dijo Gáine. Has venido aquí a hacerme una pregunta a la cual solo yo tengo la respuesta —exclamó la druidesa. Pero preocuparos, si os digo lo que queréis saber... Lo más posible es que no salgáis de esta isla con vida. Si estáis dispuestos a afrontar las consecuencias de vuestros actos y arriesgaros no tendré impedimento en deciros lo que queréis —dijo la sacerdotisa con el rostro blanquecino, los cabellos largos con trenzas ligeras, labios rojos y los ojos a lo largo pintados con una especie de pintura negra que abarcaba de un punto al otro de la sien otorgándole un aspecto fiero y mortífero. Njáll observó al que hacían llamar druida negro detenidamente, para su sorpresa, la voz era la de una mujer, había oído hablar de ellas cientos de veces, pero nunca pensó que fuesen reales, aquella mujer era altísima y delgada con extremidades que parecían finas pero fuertes, torso largo y busto pequeño, no pudo evitar contemplar y admirar sus formas, la forma de ópalo de su rostro, su nariz alargada, sus caderas redondeadas al igual que sus piernas aunque estuvieran recubiertas por una especie de túnica blanquecina. Ella giró dejándole ver la espalda tatuada y pintada con símbolos de colores, sobre su mejilla derecha tenía el símbolo del *trisque*l y en la zona de las clavículas el símbolo de *wuivre*, con las serpientes entrelazadas entre sí.

—¡Hablad de una vez! —espetó furioso e impaciente el islandés.

—Sé que has venido en busca de Diviciacus, pero habéis llegado tarde. He soñado con vos durante años, el guerrero albino con ojos azules de hielo. Sos más grande y más fuerte de lo que esperaba. Ya os he advertido, si os digo lo que queréis saber, si desvelo los secretos del más allá entonces sellaréis vuestro destino.

—Si sos tan sabia, entonces ya sabes la respuesta.

Ella sonrió. No es así como funciona, dijo volviendo a sus quehaceres revolviendo el caldero bajo la llamas del fuego. Si quieres conocer la verdad primero debes beber un poco de este brebaje y luego pasaremos a las runas, dijo sirviéndole un vaso y extendiéndole la mano para que él lo alcanzara. Njáll la miró desconfiado, había dejado a sus hombres atrás porque sabía que como con Myfyr el debía entrar solo. Suspiró sonoramente y bebió del brebaje sin apenas pensarlo un poco. A los pocos minutos notó como se le nublaba la vista y sus piernas le fallaban desestabilizándolo, tuvo que

agarrarse de la mesa para evitar caer mientras Gáine lo veía a la distancia sin siquiera moverse.

—¿Qué me has dado? —dijo señalando el caldero trastabillando y elevando el rostro. El cabello se deslizó ligero por su espalda y su mandíbula se tensó al ver que la druidesa le observaba como esperando el momento apropiado.

—¡Tú y los tuyos me habéis envenenado! —gritó encolerizado. La voz de ella emergió del fondo del salón.

—No, nada más lejos que eso. —El gigante rubio perdía fuerzas y cuando ya casi no podía mantenerse en pie, ella se acercó ayudándolo a tenderse sobre la mesa, subiendo sus piernas una a una para luego delimitar sus facciones y reacomodarle la larga cabellera rubia. Njáll miraba hacia el techo con la mirada vidriosa cuando sintió que ella se trepaba reptando por sus caderas y colocándose sobre él.

—¿Qué estás haciendo *banduaid*? ¿Qué me habéis dado? —dijo mirándola receloso.

—Os he dado hierbas y raíces que permitirán y garantizarán que vos puedas salvar a mi pueblo.

La respiración del gigante rubio era estentórea, sus ojos vidriosos se mostraban fugitivos ahora y su bajo vientre comenzaba a cobrar vida de forma portentosa.

—No hay de qué preocuparos, los efectos pasaran en horas y volverás a ser el mismo en casi su totalidad.

—Sos una bruja.

—Vos has venido a mí hombre del norte, no al contrario, por algo me dicen la druidesa negra. No os resistas al brebaje lobo ártico, dejaos llevar —dijo desajustándole los pantalones y subiéndole la túnica montándose a horcajadas sobre él que intentaba dar pelea y zafarse mientras tragaba grueso y aquella mujer lo incitaba a seguir, acariciándole y tocándole mientras él intentaba con esfuerzo bajarla sin conseguirlo. El brebaje de un momento a otro le cegó los sentidos y amainó su voluntad haciéndole caer como una especie de trance, miró en derredor y observó un humo blanquecino y le pareció ver algunos objetos moverse de posición producto de las hierbas. Njáll sudaba profusamente y respiraba resollante, no supo porqué ni cómo, pero de pronto su cuerpo le traicionaba dotándolo de una energía y de una hombría inusitada.

—De tus entrañas saldrá el guerrero que salvará nuestra tribu y nos hará

inmortales, será poderoso como vos y gozará del poder del olvido, borrará toda mancha y toda huella de nuestra existencia hasta que se niegue y se olvide nuestro paso por esta tierra —decía Gáine acezante acariciándole el rostro en un ligero bamboleo de caderas.

—Nuestro legado debe permanecer oculto para permanecer intacto, de nuestra tribu se alzarán otros pueblos y lucharán por lo mismo, la tierra, el conocimiento, las riquezas naturales, materiales y el poder. Habrá amor en la justa medida que habrá horror, injusticias y muertes. Nosotras las druidesas elegimos a quién otorgamos el favor de la amistad de nuestros muslos, desde niña fui consciente del poder y del vínculo con la naturaleza, soy una *filidh*, puedo leer el destino en las conchas, en las raíces, en los árboles, en los cristales y en las piedras... —dijo gritando sumida en su frenesí. Cuando todo hubo acabado, se bajó del guerrero rubio y desapareció.

Pasaron dos horas cuando Njáll de pie ya la encontró al borde de un arroyo inclinada, observando detenidamente el cauce del río. Gáine lucía distinta, las pinturas del rostro habían desaparecido y su rostro y cabello resplandecían al ser tocados por el sol como un remanso de aguas cristalinas ataviada con sus áureos collares y brazaletes brocados de escarlata y oro.

—Debería mataros por lo que has hecho, pero por alguna extraña razón...

—No lo harás porqué aún no os he desvelado lo que quieres saber, has venido aquí por una mujer —dijo mirándole directo a los ojos y poniéndose en pie, y es de ella de quien voy a hablaros... «Os diré invasor y guerrero que la sangre de ella derramada dará un giro en vuestra vida. Se avecina un nuevo comienzo, el fin de todo un ciclo concatenado por años bajo hilos místicos sellados. La única forma de impedirlo será rompiendo un pacto que ha dado origen a todo el resto. La princesa debe volver a la isla de hielo y fuego donde todo aconteció para un nuevo comienzo. Ese día el cielo se volverá verde, verde como las laderas de las montañas de su tierra y los bosques. Solo al reconocerse los amantes podréis concretar lo que iniciaron, y a partir de allí, sus caminos seguirán unidos sempiternamente rompiendo el maleficio. Pero no todo será verde y rojo, veo tinieblas, veo oscuridad, deberéis en el futuro afrontar grandes retos, pero solo lo conseguiréis si estáis juntos. Juntos sois una fuerza avasalladora e indestructible, separados, no sois nada. De los frutos de la tierra fértil esmeralda se alzará un líder que pondrá fin a la oscuridad y a las tinieblas. Pero todo tiene un precio... Siglos de congoja, tristeza, muerte y soledad, ese será vuestro castigo por retar a los Dioses, ella

no recordará nada y tú gigante rubio lo recordaréis todo, tendrás que ganarte su confianza y su afecto en cada vida, ese es el pago para que recordéis vuestro desafío y sus temidas consecuencias; estarás cerca de ella pero a la vez muy distante. Ella y todas las descendientes mujeres de ella en cambio, no serán jamás felices, conocerán el amor pero lo perderán tan pronto lo conozcan como quien gana una presea que le es arrebatada tan pronto se consigue. Serán desdichadas, condenadas a la soledad y al miedo de generación en generación. Así ambos aprenderéis a no jugar con los designios ni los pactos rituales más fuertes que vosotros. Uno de vosotros es el eslabón débil de esta cadena y es el causante de que el pacto se debilite, ya que existía otro pacto previo asociado a la misma sangre. Los pactos de sangre no pueden romperse, al menos que los participantes lo decidan cuando es una hermandad».

Dicho esto se marchó en dirección a la vieja cabaña con su bastón de roble tallado con caracteres rúnicos. Njáll se quedó detenido en medio del claro, él no había pronunciado palabra alguna, pero esa *filidh* parecía saberlo todo de antemano. Pensó que su poder debía ser divino y sus palabras debían ser ciertas, comprendió tarde que el pago a los vaticinios había sido su cuerpo. Njáll cabalgó montado a horcajadas escuchando el viento ulular a sus espaldas, lo único que deseaba en esos instantes era abandonar esas tierras, pero sabía que debía hacer antes un sacrificio al gran Odín como en antaño antes que los monjes invadieran y conquistaran sus creencias, él secretamente se debatía entre las dos creencias, la del Cristo y la de los antiguos dioses del Valhalla que le había permitido llegar hasta allí atravesando los mares. Algunos de los hombres con los que había llegado, habían vuelto de la batalla a la costa donde Njáll había hecho erigir un pequeño altar en honor a los antiguos dioses, su cabellera rubia y lacia enmarcaba una faz bien parecida y perfectamente afeitada. Las arandelas de su cota de malla brillaban ante la luz de las antorchas, así como los bordados de plata de la capa que le colgaba de los hombros, que parecía estar viva, pues oscilaba arriba y abajo sobre sus brazos y su espalda. Ya más tarde alejado de la batalla decidió despojarse de la cota de malla justo al momento que fue sorprendido por la imperiosa llegada inesperada de Darren.

—¿Qué hacéis aquí? Pensé haberos ordenado que marcharais lejos antes de ver otra día —espetó el gigante rubio furioso.

—Héðrin y yo tuvimos algunos inconvenientes, pero me he mantenido

fuera de la batalla como vos queráis.

—¿Encontraste al fin lo que buscabas?. —Njáll recordó a Gáine y desvió la mirada ocultando lo sucedido en la choza.

—Podría decirse que sí buen amigo —arguyó con las mejillas coloradas —: «Descubrí que no será en esta vida, pero os juro por tu Dios y el mío que en la próxima no importa cuanto tarde, intentaré encontrar a Caitlan antes — dijo Njáll a Darren torciendo el gesto, mientras recordaba las palabras Gáine recalcando su mensaje poniendo un brazo sobre su hombro.

—Hay peligros y hay secretos en todos lados mi fiel amigo, parece que me tocará llevarte en persona donde el viejo Whytrin.

De repente, los gritos seguidos y varios hombres corriendo volviendo a la costa en medio de la algarabía no le permitió a Njáll cumplir con sus planes. Una flecha seguida de varias atravesaron el campo en dirección a los *knarrs*, solo Njáll escuchó a lo lejos el zumbido de una saeta silbando en el aire aproximándose, fueron solo dos segundos, pero los suficientes como para que Njáll empujara a Darren recibiendo él el impacto de las flechas que lo empujó con su fuerza atrás desestabilizándole. El sonido del cuerno mostraba la retirada, Héðin que herido llegaba a la embarcación luego de haber regresado a ayudar a los suyos, alcanzó apenas el *knarr* mientras poco a poco la embarcación se hacía de nuevo al mar. Darren corrió para socorrer a su amigo ayudándole a alcanzar el navío.

—¡Njáll!, Njáll... estás bien —dijo el aprendiz una vez se hallaban en el *knarr* haciendo rodar el cuerpo del islandés que había sido atravesado por tres flechas, una en el estómago, una en el hombro izquierdo, la otra le impactó flagrante en el pecho. La boca de Njáll comenzaba a llenarse de sangre y el gorjeo y el dolor no le permitían pensar con claridad. Alcanzó a ver a Darren intacto y vivo, sonrió contento, a sabiendas de saber que como había predicho la druidesa había sellado su destino.

—Parece ser que la *filidh* tenía razón... Este era mi destino, marchó de este mundo sabiendo que volveré a encontrarla, puedo irme en paz y feliz.

—¡Qué decís, os recuperaréis!, yo mismo haré el preparado como mi maestro.

—Es demasiado tarde para mí buen amigo. Prometeme que volverás con él, con Whytrin ¡Prometédme!

—Os lo prometo —dijo Darren azorado tratando de parar la sangre presionando sobre su túnica con los ojos desorbitados.

—Njáll Ólafsson siempre cumple sus promesas, incluso a las puertas de la muerte —sentenció el islandés antes de expirar su último aliento.

El kanrr se mecía en las aguas alejándose. Darren lloraba con el cuerpo del gigante rubio entre sus brazos, y Héðin se reprimía no haberse alejado de las costas cuando su rey y amigo se lo había ordenado. Ocho remos cortaban ahora el océano, el sol naciente se imponía en el horizonte.

CAPÍTULO III.

Porto do Son , 2019 .

El bip bip del móvil de Bastian temblando sobre la mesita de su hotel le indicó que *Reinaldo Saineiro* le había enviado las coordenadas para su encuentro de mañana. Bastian se sacó la chaqueta y la camisa dejándose caer sentado al borde de la cama tomando el móvil y marcándole a Brianna en Dublín.

El agua de la ducha discurría fuerte sobre el cuerpo de ella inhibiendo el sonido y la vibración del teléfono sobre la mesita de noche que después de tres timbradas seguidas entró en modo contestador seguido de la voz mecanizada: “Deje su mensaje después del tono”. Un pitido largo arrojó la máquina seguido de un silencio.

—«Mon bébé», estoy en la habitación de hotel, no he podido llamar antes, pero me hacía ilusión escucharte antes de meterme a la cama. He visto a Rei, está como siempre, me ha preguntado por ti. El descubrimiento del yacimiento en uno de los castros gallegos promete, por lo poco que me comentó el escurridizo de mi amigo, como gallego que es te responde con preguntas obviando responder las tuyas evadiéndose, pero por lo poco que me ha comentado me ha dejado caer a modo de insinuación que el descubrimiento pondría en tela de duda todos los argumentos que ha utilizado la *Liga Céltica* hasta ahora para declarar que en efecto *Espain* o sea *Gallæcia* no es una de las naciones celtas. Te confieso que estoy muy intrigado. Te volveré a llamar mañana antes de nuestro encuentro, ya me conoces, cuando entro en modo trabajo me es imposible parar... «Fin del mensaje» —sentenció la voz mecanizada.

—Un beso —dijo Bastian con un hilo de voz que nunca llegaría a ser oído por su esposa, porque la comunicación se había cerrado de improviso al entrar el buzón. Bastian Langlois se quitó los pantalones y se metió debajo de

las sábanas meditabundo, con la mirada perdida hacia el techo de su habitación antigua pero acogedora de hotel pensando... ¿Qué le depararía el día siguiente?

El día había amanecido muy temprano, los rayos de sol se colaban a través del parabrisas del jeep Renegade de color amarillo mientras Bastian conducía guiado por las coordenadas del GPS por la AC-550 dirección Anoa rumbo hacia Porto do Son en la cercana localidad de Pontevedra a unos 220 km desde A Coruña. Había decidido aprovechar toda la información y los datos del punto de encuentro que le había enviado. Bastian se apersonó al laboratorio del Museo donde su antiguo camarada le había indicado encontrarse presto a descubrir más a cerca parte del nuevo hallazgo; nervioso y feliz, como el niño que le da un beso en la mejilla a la niña que le gusta. Descendió del vehículo, al lado del caseta de información de madera, la amplia sonrisa de Rei con su mano haciendo visera, le daban al arqueólogo francés la bienvenida.

—A ver si acabamos con el secretismo.

—Ya estás aquí— dijo tomando unas carpetas y haciéndole una señal a la chica de información.

—¿Algunas vez has estado aquí en el castro de Baroña?

—La verdad como profesional no. He prestado colaboración como arqueólogo especialista en la edad de bronce y numismática en proyectos aprobados por la Xunta en el 2003 en el laboratorio de Santiago de Compostela, y por supuesto en el Museo Arqueológico de Santa Tegra.

—Ven sígueme, te enseñaré el camino. Hemos decidido cerrar el acceso al público para evitar posibles robos, no hemos hecho declaración alguna en cuanto a nuestro hallazgo, solo unos pocos del gremio lo saben así que considérate afortunado porque serás uno de los primeros en entrar en el laboratorio en los que hicimos las primeras excavaciones, por años creímos que este castro rústico de tamaño considerable solo albergaba restos de cerámica, concheiro con varios anzuelos y utensilios de pescar, espinas, vértebras de pescado, pero esto...

Reinaldo condujo a Bastian a través del sendero de pinares adentrándose en el frondoso bosque en medio del camino rocoso. Una vez dentro, el francés pudo observar las carpas de lona blanca apostadas hacia el este bajo el cobijo de la sombra de los árboles donde habían montado una especie de pequeño laboratorio arqueológico. Bastian Langlois levantó la vista hacia el

camino de arena notando una serie de numerosos cantos rodados formando montículos de piedras sorprendiéndose.

—Sé lo que estás mirando. Hemos intentando frenar esa ola de *rock balancing* entre los turistas y curiosos, pero después de desmontar las rocas el verano pasado esta nueva moda ha vuelto de forma más virulenta. La gente no entiende de lo serio que es esto y de lo que intentamos lograr aquí, la destrucción de un yacimiento es irreversible, una edificación se puede recuperar pero un yacimiento no, hemos tratado de gestionar este tema con el Consello y la Xunta Administrativa, no solo orientando al público en general sino tomando medidas más serias. El Ayuntamiento ha empezado a poner multas pero aún así no hemos podido parar esa ola, es una pena que el desconocimiento de algo traiga consigo repercusiones tan nefastas. Por ello todo lo que sacamos de las excavaciones lo trasladamos a diario al laboratorio de arqueología de la Universidad de A Coruña, para así reservar y catalogar como Dios manda, ya tenemos bastante con el presupuesto escaso y la falta de técnicos especializados, al menos los que deberíamos tener en función de los 10.000 yacimientos catalogados que existen en toda Galicia y no tenemos ni 100 arqueólogos. Amigo mío, no nos damos abasto... por ello tu colaboración y experiencia se agradece. He querido traerte aquí para mostrarte el sitio donde empezó el descubrimiento. Tenemos ahora mismo a dos arqueólogos luego de que el director de estudios célticos dirigiera una carta a la Xunta solicitando ampliar el presupuesto, al final nos dieron el visto bueno. Así fue como inició esta odisea de hace una semana sin descanso que se está tratando con el más absoluto celo para no desvelar nada a los medios, no sea que nos pase como en *Santa Tegra* de donde sustrajeron la estatuilla de Hércules hace años, ya sabes los jóvenes de hoy en día se les va la pinza. Espera hay que inmortalizar este momento, nos haremos una foto con mi móvil, ya está.... Sígueme por aquí, te enseñaré esta maravilla. Conseguimos excavar un bloque de la tierra justo debajo de un horno ubicado al norte de las viviendas utilizando unos enormes tubos que pusimos por debajo de la tumba que encontramos, y una vez solidificado y pesando alrededor de 50 toneladas lo transportamos a unos 134km desde aquí... —Reinaldo Saineiro condujo a Bastian hacia el istmo que unía el poblado al castro donde se erigía la primera fosa defensiva de 4m de ancho por 3 de fondo conocida como “*la trinchera*” que era una especie de muro que rodeaba el castro de piedras y arena y que servía de resguardo para los habitantes y para evitar las posibles incursiones vikingas; subieron a través de

la rampa empedrada en donde se hallaba un segundo muro defensivo que les condujo a la entrada residencial del asentamiento castrense flanqueado por una torre encintada con muros paralelos y escalonados hasta llegar a la zona de las viviendas. Bastian quedó fascinado con el espectáculo que se extendía delante de sus ojos, la serie de 20 casas familiares ovaladas sin puertas y ventanas le permitían imaginar a los antiguos keltos en su diario vivir, entre el subir y bajar de las escaleras interiores, el pastoreo, la pesca, el comercio y el sonido del hierro al ser blandado por los expertos artesanos. El arqueólogo francés discurrió la vista maravillado mientras ascendía hasta la acrópolis, desde allí podía atisbar las aguas del bravío Atlántico y de la *Ría de Muros y la Noia*. El castro de Baroña sin duda, tenía una posición privilegiada, en medio de la cima del risco desde donde se podría percibir el cielo, el mar y el mismo viento, aquel que había soplado con fuerza desde épocas inmemoriales en donde los celtas habían logrado fundir la paz de la tribu y sus barrios armonizándola con sus costumbres místicas y mágicas envueltas de famosas celebraciones y culto a sus singulares deidades.

—¡Esto es alucinante!

—Sabía que te gustaría, los yacimientos que hemos encontrado escondidos sobre esta gran montículo de rocas y fiordos parece albergar preces de antes del siglo I, ¿Sabes lo que ello significa? La mayoría de los otros yacimientos encontrados en Liñares, A Coruña o en los otros castros de Pontevedra datan del siglo XII o XIII.

—¿Qué estás esperando para mostrarme el sitio exacto?

—Es justo por allá— dijo apuntando con el dedo índice el sendero.

—Dr. Saineiro, tiene una llamada del Laboratorio —dijo el joven arqueólogo Marcos Rivas.

—Espérame un momento mon ami, si esto te ha dejado de piedra, espera a ver lo que logramos recuperar justo anteayer del laboratorio, no creerás cuando tus ojos lo vean, yo mismo aún estoy impresionado.

Reinaldo Saineiro se alejó unos metros dejando a su amigo anonadado en medio de la cima mientras volvía el rostro para contestar la llamada encontrándose con el constante pitido intermitente que demostraba que la comunicación había sido cortada. Saineiro se apresuró con largas zancadas justo a la zona de la carpa dónde los dos jóvenes arqueólogos proseguían con el trabajo de catalogación de algunas de las piezas.

—Rivas, ¿quién era al teléfono?

—Se identificó como Dr. Piñeiro, dijo que habían ingresado en el

laboratorio de forma clandestina y se habían llevado unas muestras sin catalogar aún.

—¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo? —dijo marcando los nueve dígitos encontrándose con el teléfono descolgado. Reinaldo tomó su chaqueta que reposaba sobre una especie de tabla de madera y echó a andar a toda prisa rehaciendo sus pasos hacia el sendero desde donde había acompañado al francés en busca de su vehículo utilitario. Ingresó en su coche y encendiendo el motor con el calor sofocante exterior, echó mano del climatizador y metió segunda cuando sintió el tacto frío del metal sobre su cien y una voz grave que reverberó en el interior del monovolumen.

—Usted y yo, tenemos asuntos pendientes, así que iremos a dar una vuelta —dijo el ignoto desencasquillando el arma. De un momento a otro Reinaldo Saineiro se puso lívido y sus manos comenzaron a temblarle.

—Siga adelante por la carretera doctor, yo le indico donde desviarse y detenerse.

—¿Quién es usted?, ¿qué quiere de mí?

—Todo a su debido tiempo *doc*, todo a su debido tiempo...

El coche rodó por la asfaltada carretera alejándose del sitio.

Bastian se había acercado para apreciar más de cerca el lado norte del castro del cual su amigo le había señalado, había visto huellas y pisadas al borde del camino. Pero al llegar a la zona señalizada solo se encontró otra enorme carpa de lona blanca que resguardaba el yacimiento de la lluvia y las inclemencias del tiempo, el típico clima oceánico puro gallego no daba tregua para actividades y descubrimientos de tal envergadura. Bastian se alejó del sitio dirigiéndose hasta donde había visto a los dos hombres trabajar en las carpas con sus cubos llenos de arena y piedras y sus brochas.

— Me prestáis unos guantes e instrumental de extracción.

Gabriel López se incorporó dejándole los suyos.

—Veo que andamos cortos de material, ¿dónde está Saineiro? —dijo colocándose los guantes Bastian.

—Ha marchado hace diez minutos.

Bastian sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón haciendo un mohín. El móvil vibrando puso en alerta a Reinaldo.

—¡Contesta! —bramó la voz cortante.

—¿Sí?

Un silencio le siguió a la voz airada y la respiración jadeante de Bastian

que caminaba de prisa. —«¿Dónde te has ido?». —Saineiro titubeó por segundos vencíéndole un poco el miedo sin poder evitar tartamudear un poco.

—Me dirijo donde te he dicho antes, dijo el doctor vacilante.

—¿Al laboratorio? —dijo Bastian extrañado, sacudiéndose la arena de los pantalones y pasándose el reverso del antebrazo secándose el sudor.

—¡Vaya!, podías haberme esperado creo —dijo haciendo visera y observando que su teléfono móvil se estaba quedando sin batería. La pantalla marcaba 8% de carga.

—Fue una emergencia —arguyó Saineiro procurando desvelar lo mínimo posible.

—¡Ah! lo entiendo, entonces nos vemos allá, una vez termine mi inspección del norte del castro —dijo Bastian cortando la comunicación de improviso.

—¡Espera...! —La voz de Reinaldo se oyó entrecortada, tensó la mandíbula y apretó las manos ciñéndose al volante.

—Sálgase justo aquí delante en la intersección doc, iremos a dar un paseo —dijo la voz tras su nuca.

—¿A dónde me lleva? ¿Por qué hace usted esto?

—Este descubrimiento es más importante de lo que usted cree, traería consecuencias contraproducentes para los nuestros... ¿Quién más sabe de esto doctor? —dijo el ignoto de guantes negros presionando más fuerte el arma hundiéndola sobre su costado derecho a la altura del riñón. Reinaldo se aferraba al volante, sus manos le sudaban profusamente y había adquirido un color aceitunado su piel, miraba solo de frente mientras que la voz macabra con sonrisa sardónica observaba cada uno de sus gestos y movimientos a través del espejo retrovisor. La señal de tránsito señalizaba las *Dunas de Corrubedo*. Por allí doc, siguiendo la señal, siga derecho.

Siete minutos más tarde, dos detonaciones secas de balas hicieron elevar al vuelo la bandada de gaviotas.

Bastian Langlois volvió a mirar su móvil que mostraba un 5% de carga. Sabía que de un momento a otro se apagaría su teléfono. Colocó el móvil en manos libres marcándole a Brianna mientras se dirigía rumbo hacia el laboratorio, a su costado llevaba aún el pequeño maletín que uno de los jóvenes arqueólogos le había dejado. El teléfono timbró cuatro veces y entró la contestadora.

—«Mon trésor», al fin tengo algo de luz del misterio del picarón de mi amigo, me estoy dirigiendo al laboratorio arqueológico para observar unas muestras de la cual tanto me ha hablado Reinaldo, supongo que se tratarán de una serie de objetos antiquísimos de un valor incalculable. Me estoy quedando sin pila. Tenía deseos de escucharte amor, he leído tu mensaje de whatsapp de ayer por la noche... Así que en la ducha ¿no?, ya me hubiese gustado estar allí para frotar tu espalda y quién sabe qué más... ¡Buff!, odio hablar con estas máquinas tan impersonales. Hoy es el gran día, no olvides la cita con Antoine « *Je t'aime mon trésor, d'ici à la Lune et retour* ». —El teléfono se apagó al momento que Bastian leía la señalización que le mostraba el rumbo justo A Coruña.

Entró por la puerta observando el espacio diáfano y vacío.

—¿Dónde han ido todos?

Atravesó el pasillo hasta llegar a la zona de control en donde el guardia de seguridad de *Securitas* le indicó que pasase a través de la arco de seguridad colocando los objetos metálicos en la bandeja luego de presentar su acreditación e ingresar a la zona resguardada. Ya desde adentro recorrió los pasillos desérticos y al llegar al final donde le había indicado el guardia solo logró ver a una mujer madura de complexión robusta y cabellos castaños mirando por el microscopio. Bastian irrumpió en el momento en que la arqueóloga tomaba apuntes y fotografiaba algunos objetos sobre la extensa lona blanca que ella extendía con la ayuda de los guantes. Las pisadas de Langlois la hicieron volver el rostro irguiéndose para toparse con su mirada.

—Disculpe, no quise interrumpirla. Soy el Doctor...

—Bastian Langlois, sé perfectamente quién es usted. Es el famoso director del Museo Nacional de Irlanda, arqueólogo e historiador.

—Veo que mi fama me precede.

—Así es, el Dr. Saineiro no deja de hablar de usted, siento que le conozco desde siempre. Soy Alina Ulloa —dijo ella extendiendo el brazo. — Adelante, nos sentimos muy honrados que nos colabore en este proyecto. El Dr. Saineiro me ha hablado mucho de su fascinación por los keltos.

—Veo que mi amigo no puede mantener la boca cerrada, cuando trabajo codo a codo con un equipo de especialistas en mi rama me gusta ser invisible, no me gusta que me prejuzguen ni hagan conjeturas falsas. Por cierto doctora...

—Alina, llámame Alina a secas —sentenció la mujer.

—¿Dónde están todos? Esperaba encontrarme un gran equipo trabajando con ese gran bloque marmóreo de allá —dijo esgrimando una sonrisa amplia arqueando las cejas.

— Es la hora de la comida, en España la comida casi es un ritual que nos lleva de tres a cuatro horas, aunque ese no es nuestro caso con jornada intensiva, mis compañeros han marchado casi todos pero deben estar por volver en media hora. Somos unos tres colegas más. Siento informarle que solo me encuentro yo por ahora, pero puede contar con mi colaboración si la requiere. El Doctor Saineiro dejó explicaciones específicas otorgándole acceso expedito en el estudio en cuestión y vía libre al menos cuando él no estuviese presente; mis compañeros y yo hemos sido informados así que, despreocúpese Doctor Langlois —dijo al sentir que se le encendían las mejillas y una gota de sudor se deslizaba por su nuca.

—¿Dónde está Rei?, él me dijo que venía de camino para acá hace más de 45 minutos.

—Si se refiere al Dr. Saineiro, no le visto por aquí desde ayer al mediodía.

—Pero, espere un momento, todo esto es muy extraño, acabo de hablar con él hace... media hora o así, él me dijo que estaba de camino.

—Yo solo le informo lo que sé —dijo ella tratando de ocultar su nerviosismo y el rubor que se había apoderado de su rostro. El afamado arqueólogo francés, el Dr. Langlois era un hombre muy apuesto, mucho más joven de lo que Alina a sus 55 años, pensó. Ella odiaba que su cuerpo la traicionara de esta manera, pero al verlo tan alto, con los cabellos marrones ensortijados y aquellos ojos azules le pareció más un actor de cine que un arqueólogo, su sonrisa era abierta y sus ojos eran chispeantes, si hasta casi le encontraba un parecido con el modelo *Joseph Cannata* aunque unos ocho años más mayor. Se reprimió ella misma haber creído en los clichés y no haberse puesto aquel vestido de flores que la hacía lucir más delgada y quizás más joven. La voz del Bastian en inglés con su típico acento francés, le provocó que todos sus sentidos, *TODOS* en absoluto, se dispararan como cohetes del 25 de julio en el día Nacional de Galicia, hacía mucho años desde la muerte de su marido de cáncer que Alina Ulloa no se sentía tan poderosa y arrolladoramente atraída por un hombre como ese día.

—Esta conducta de Reinaldo es bastante atípica, ¿puedo...? —dijo Bastian aproximándose al microscopio para observar las piezas que minutos antes Alina revisaba con detalle tomando apuntes en el ordenador. Ella se

apartó solo un poco dándole paso, comenzaba a sentirse como una adolescente, los calores de su cuerpo producto de la edad comenzaban azorarla provocándole sudores.

—Dr. Langlois, saldré unos minutos a fumar y a tomar un poco de aire, me cubre y resguarda el fuerte mientras estoy fuera.

Bastian levantó su ceja izquierda con picardía. Esa era la típica broma entre arqueólogos.

—Por supuesto, faltaba más... ¡*Adelante!*, tómese todo el tiempo que requiera. Las pisadas de tacón de Alina se fueron perdiendo a través del pasillo. Fue justo el momento cuando el Dr. Langlois se acercó al gran bloque blancuzco de escayola para desviar la mirada a la sección previamente catalogada, allí entre decenas de utensilios de hierros, tejidos textiles y herramientas de pesca observó una pequeña vasija decorativa hermosamente tallada con dibujos de batallas y petroglifos célticos. Bastian se acercó más para mirarla con detenimiento, en pocos segundos supo que narraba una batalla, una mujer se alzaba vencedora entre cientos de guerreros romanos y un hombre a la esquina contraria comandaba un drakkar hacia tierras misteriosas. El francés tomó con sus guantes la presea de cobre y la llevó para observarla mejor bajo la luz del microscopio.

— *Dieu, ça ne peut pas être!* —dijo separándose incrédulo cuidándose de no dejar caer la vasija. El rostro de la mujer en la vasija era justo el de la suya, tenía la misma sonrisa de Bree, las facciones delicadas y el pelo enmarañado aunque mucho más largo y llevaba una túnica antigua con un torque y un fajón de cuero, la escena le recordó a uno de los pasajes incluidos en el libro de Graham Webster en el que Bouddica, la reina de los icenos se enfrentaba a los romanos liderando una guerra... ¿Cómo era posible?, ¿qué significaba aquello...? Sería quizás la explicación del mapa y del cilindro que poseía y de aquella extraña caja que había llegado desde El Cairo. Bastian se aproximó buscando el instrumental para tratar de desentrañar los secretos del bloque capa a capa, cuando Alina entró por la puerta seguida de Iago y Javier, los dos jóvenes cuarentones con batas blancas uno más alto que el otro. Iago era rubio y alto de ojos almendrados y Javier el de contextura lánguida y un poco más bajo, tenía todo el brazo izquierdo tatuado con símbolos antiguos y usaba gafas, ambos reían, « ya son casi las cinco » —decían.

Bastian los observó con detenimiento unos segundos, su estado y su semblante era muy distinto al que Alina había observado cuando llegó, sus

ojos ahora estaban dilatados y un ligero tembleque comenzaba a apoderarse de su templanza y su cordura, se levantó de la silla delante del microscopio.

—¿De dónde han sacado la vasija? —dijo mecánicamente con los ojos fugitivos y el rostro bernejo. ¿...Acaso de aquel bloque escayolado?

—El mismo Saineiro en persona dio con ella cerca de un viejo hayedo en el castro a unos diez metros del norte donde sustrajimos el bloque debajo del horno. Lo encontró todo siguiendo una corazonada o eso al menos nos dijo él en persona, movió todos los hilos, permisos, y solicitó presupuesto extraordinario a la Xunta. Bastian se quitó la bata blanca tomando el instrumental.

—Dr. Langlois, el equipo de excavación encargado debe estar de camino para acá. Es el procedimiento habitual.

—Decirle a Saineiro cuando llegue, que vuelvo al castro.

Los rayos de sol descendían sobre las montañas por el oeste, el sol duró poco rato como casi era la costumbre en Galicia, había llovido luego del mediodía y ahora el ambiente estaba cargado de petricor y de la belleza exuberante clásica gallega en la que los campos, los regadíos y los árboles cobraban vida en un espectáculo cetrino. Bastian conducía como guiado por una corazonada, ahora entendía parte del misterio de su amigo y de la aceptación al brindarle ayuda; no solo sería una aventura por los viejos tiempos... Saineiro podría ya formar parte de la odisea cuando tropezó sin querer, *vaya a saber porqué*, con aquella vasija. Alina había mencionado los hayedos cerca del castro, aquellos que había visto en la Necrópolis. Bastian solo podía pensar en encontrar aquel árbol que podría con sus anillos de crecimiento indicarle su cronología y tal vez, desvelarle algún otro secreto. Aparcó cerca de la misma zona donde escasas horas antes se había encontrado con su amigo, aún la claridad dejaba atisbar algo de luz aunque el manto celestial comenzaba a opacarse de a poco minuto a minuto. Caminó con prisas notando que era cierto lo que Alina le había dicho, el equipo de arqueólogos habían marchado y ahora el castro cerrado desde el descubrimiento se mostraba yermo. Caminó llevando el pequeño maletín dirigiéndose al norte, atravesando el pinar que antes había recorrido con su amigo hasta situarse una vez más en la cúspide desde donde se veía el terreno arenoso y el mar aún más enfurecido. Buscó a tientas algún vestigio de extracción o movimientos de tierras, recorrió palmo a palmo las laderas del risco, preocupándose de tener especial cuidado y de evitar caer. Se

levantó lanzando imprecaciones al aire con los puños y los dientes apretados casi fuera de sí, se vio a sí mismo impotente y airado dándole un puntapié al grueso tronco de la haya más cercano y descendió en dirección hacia donde el antiguo horno se hallaba, allí observó el terreno removido y se introdujo por la fisura que había conseguido hacer el equipo de extracción al sustraer el bloque intentando descubrir algo más, se deslizó dentro del hoyo en la tierra atrincherándose en el sitio, sintiendo lo reducido del espacio y cuando ya se hallaba dentro, el agujero en la tierra le recordó a las pequeñas viviendas circulares de los celtas y su antigua creencia en donde los espíritus al carecer de esquinas no podían ocultarse, se encontró en una de esas esquinas reprimiéndose no haber interrogado más a fondo a su amigo, echó mano de su pequeña rasqueta en un comportamiento inequívoco y raro, a sabiendas de que no debía hacerlo, es como si tratara de aquel inhóspito lugar le desvelara más pistas de su nueva obsesión. Empezó a hacer pequeños cortes cada 3 metros en un ataque sorpresivo de histeria hasta que cansado y alterado por no hallar más evidencias se quitó el casco que se había colocado previamente estrellándolo contra una especie de pared frontal que colisionó con fuerza y cayó de nuevo al suelo rodando hasta sus pies, una pequeña erosión de pequeñas partículas cedieron desprendiendo arenilla y polvo producto de la fuerza aplicada del golpe desvelando un pequeño brillo, al mismo tiempo que los pequeños fragmentos del foco del casco recién quebrado en su ataque se esparcían en derredor de él. Bastian Langlois se agachó para recoger su casco y salir cuando un pequeño brillo llamó su atención, se apresuró a sacar su pincel hasta que se dio cuenta que el resplandeciente brillo que lo llamaba a manera de destellos titilantes parecidos a los de las estrellas en el cielo podía ser un fragmento de metal del yacimiento previamente extraído en el bloque y utilizados en el horno no muy lejano de aquel área en la antigüedad, se aproximó y se afianzó en la tarea y siguió escarbando ayudándose de la mini rasqueta del tamaño de un lápiz con la hoja del tamaño de una cuchara sopera que acababa con un extremo cuadrado que había colocado en su bolsillo en el laboratorio al igual que su pincel favorito, para su sorpresa en pocos segundos logró atisbar que el destello luminoso no era ni más ni menos solo un trozo de metal, sino una fíbula con forma de cabeza de dragón, quizás solo el principio de toda la pieza, pensó sonriendo enloquecido y prosiguiendo a desempolvar con ayuda del pincel el área, esculcando con minuciosidad y sutileza hasta tener la pieza en su totalidad sobre sus manos desnudas y polvorientas... La pieza que sostenía y se mostraba ante sus ojos luego de

soplar dos veces sobre ella desvaneciéndose de a poco el polvorín que la ocultaba, mostraba ahora un brazalete antiguo e íntegro de extraordinaria belleza, torneado y cilíndrico con detalles de trisqueles que desembocaban en el broche con las dos cabezas de dragón. Bastian no había descendido con el material apropiado para la extracción, aquello que se había apoderado de él momentáneamente le había hecho olvidar la ausencia de su amigo y los procedimientos habituales aplicados, era un error garrafal que no pudo evitar en su modo de enajenación malsana lo que le había llevado por segundos viéndose imposible el ascenso rápido a extraer la pieza y evitar a toda costa dañarla encontrándose casi obligado a resguardarla en el bolsillo de su camisa de color caqui de estilo zafari en la búsqueda de la casi inexistente luz, ya que de la rabia había roto el foco del casco y los últimos vestigios de los rayos ocultándose detrás de las laderas anunciaban la inminente noche. Una vez reptando afuera del pozo de excavación con dificultad y mientras Bastian sonreía delirante preso de la excitación del descubrimiento no se percató de la presencia amenazadora que se erguía tras sus espaldas grande y tenebrosa.

—Mucho me temo que este gran hallazgo será el último de su carrera doc —dijo la voz sobresaltándole mientras el arqueólogo francés se giraba conmovido mirando por encima de su hombro.

—Gracias por ahorrarme el trabajo de encontrar aquella pieza faltante. —Bastian ahora mientras la casi penumbra se extendía, se daba cuenta que el extraño y enorme pelirrojo de joroba prominente tenía entre sus manos la vasija que horas antes él observaba maravillado bajo la luz del microscopio del laboratorio, sosteniendo entre sus manos enguantadas a la derecha la vasija, y a la izquierda, una arma *Walther PPK* con silenciador.

—No se puede luchar contra el destino Dr. Langlois, sino pregúntele al Dr. Saineiro.

La alarmante y gigantesca presencia cobijada por las sombras que hasta hace pocos minutos seguía aproximándose amenazadora prendada de una sonrisa maquiavélica con ojos cáusticos avanzaba en su dirección.

—No entiendo nada, ¿de qué le sirven todas estas reliquias de patrimonio incalculable? No permitiré que se las lleve, estas reliquias harán historia, y esta historia está atada a la de mis antepasados.

La risa del hombre reverberó mostrando los afilados molares amarillos que hicieron que Bastian diera dos pasos atrás en dirección a la cima.

—Lo sé, pero también pertenece a la de los míos. —El asesino avanzó

casi guiado por el movimiento de esgrima de en guardia, marchando y a fondo, conduciéndole en dirección a la cúspide acorralándolo, mientras el francés se echaba la pulsera al bolsillo cerrándolo con un botón mecánicamente. El viento del *levante* bufaba sereno bajo sus pies hasta que el arqueólogo se halló a unos cuantos pasos en falso al bordillo del acantilado, mientras al mismo tiempo continuaban cediendo menudas partículas al borde de unas cuantas piedrecillas antiquísimas erosionadas por el peso precipitándose al mar. Bastian Langlois sin escapatoria se desplazaba hacia atrás huyéndole a la punta del cañón del arma sin percatarse de que había llegado al límite del borde del acantilado, las pequeñas rocas del risco siguieron desprendiéndose y precipitándose para incidir contra las afiladas y escarpadas rocas de abajo del castro en donde reventaban las enormes olas del océano Atlántico. La mano intimidante del atacante no se demoró proporcionándole el tiro de gracia, apuntándole a la cabeza en el preciso momento en que el francés hacía el amago de esquivar la bala inclinándose ligeramente. La bala atravesó el vacío sin conseguir atinarle al blanco, pero el movimiento rápido fue el suficiente para que Bastian se desestabilizara dando unos últimos dos pasos en falso antes de precipitarse al vacío cayendo de las alturas, seguido de un grito agudo que se esparció y se perdió en el espacio abierto al ser llevado por el viento en medio de las abruptas laderas. El desconocido asesino se acercó al precipicio para observar su obra, observando risco abajo como el cuerpo había caído entre las rocas en un ángulo inclinándose difícilmente logrado, como formando una media cruz esvástica y como las olas que parecían rugir se apresuraban a tragarse el cuerpo en cuestión de segundos entre la espuma marina.

Minutos previos al descenso precipitado del cuerpo del francés unas palabras flotaron en el aire mientras caía despedido al vacío inminente en caída libre.

—Nadie debe saberlo *doc*, debe permanecer oculto hasta encontrarlo y reclamar lo que me pertenece.

Mientras aún caía Bastian flotando como una especie de muñeco de trapo a toda velocidad, el arqueólogo francés solo pudo pensar y reproducir una cosa en su cabeza, el rostro de Brianna O'Connor, una sonrisa se desdibujó en sus labios centellantes antes de que el cuerpo impactara en un sonido agudo y seco contra la superficie escarpada y rocosa.

Un sonido de móvil reverberó en el ambiente minutos después, mientras el enorme pelirrojo con joroba observaba la escena impertérito.

—Sí, está hecho. El arqueólogo especialista ya no será un inconveniente más. Me he hecho con la vasija que extrajeron, la he tomado del laboratorio y bueno... He tenido que improvisar, se me ha ido un poco la mano con tipo tatuado que hacía de especie de guardián del laboratorio. Pierde cuidado, no pueden relacionarnos, ya me he hecho cargo del cuerpo del joven y me he deshecho del cuerpo del catedrático gallego también. Siento decepcionarte pero mucho me temo que la pulsera con dragones no la obtendremos nunca, se ha perdido en el mar, se la ha llevado Langlois risco abajo. El Atlántico es un océano enorme, es imposible que la encontremos... Quizás sea mejor así para todos.

SEGUNDA PARTE.

LAS HORAS OSCURAS

«Yo he regresado a ti desde la incertidumbre con espinas. Soy yo amor mío quien golpea la puerta. No es el fantasma. No es el que antes se detuvo en tu ventana, yo echo la puerta abajo y yo entro en tu vida, vengo a vivir en tu alma».

Pablo Neruda
LOS VERSOS DEL CAPITÁN, LA PREGUNTA.

CAPÍTULO IV.

Dublín , 2019 .

Eran las 11h cuando la puerta del consultorio de la clínica Inner Healing localizada en el 52 Springvale con Edmondstown Road, Rathfarnham 16 de Dublín se abrió y el doctor Broussard observó en el umbral de su puerta a una mujer alta de cabellos semicortos de color rojizos con flequillo largo, facciones delicadas con la piel nacarada y ojos verdes atravesar la puerta de su despacho. Antoine Broussard era un afamado y especialista psicólogo especializado en terapia de restauración e hipnosis curativa. Si bien estaba acostumbrado a que la gente estuviera en discrepancias en cuantos a sus métodos y psicología curativa, pero no estaba preparado para ver en su puerta a una de las más famosas conferencistas y especialista en clínica psiquiátrica de su país, con su típico pantalón palazo sobrio negro y una blusa satinada verde esmeralda que dejaba ver su largo y hermoso cuello con su escote bardot. Él cuanto todo pronóstico no había querido conceder una cita de iniciación a pacientes nuevos, pero al final había cedido frente la insistencia de su asistente y de su antiguo amigo, Jules Duschaimps, laboratorista de la *Dublin City University*.

—Debes ser Brianna... O'Connor... —dijo revisando sus notas. Pasa, toma asiento, soy el doctor Antoine Broussard.

Briana dio un paso al frente y extendió la mano con una ligera sonrisa antes de dejar su bolso sobre la silla de al lado y sentarse delante de él. Ella no estaba acostumbrada a ser la paciente en cuestión, ella estaba acostumbrada a estar al otro lado del escritorio.

—Bien, eres conocida de Jules eso lo tengo claro, ya que mi secretaria jamás me pondría una cita nueva en meses. Como política tengo prohibido

saber a cerca de los pacientes pero eres muy conocida en el ámbito universitario, por lo que juego con mucha ventaja —dijo él a manera de chiste. —Ella sonrió con picardía arqueando las cejas.

—Debe saber ante todo doctor Broussard, que no estoy aquí en contra de mi voluntad, pero si de mis principios profesionales y religiosos, estoy aquí porque he hecho una promesa, no porqué crea en nada de esto.

—He tenido pacientes como usted totalmente agnósticos a este tipo de tratamiento o terapia de hipnosis y todos, créame cuando le digo que casi todos, se han vuelto los más creyentes. Por favor Brianna, llámame por mi nombre y tome asiento.

—Solo si usted me permite hacer lo mismo con usted doctor.

—Perfecto, tenemos un acuerdo entonces, empezamos con buen pie. Primero que todo me gustaría saber que la ha traído hasta aquí y debo pedirle permiso para grabar esta primera sesión durante las dos horas y media o tres que dure este encuentro aproximadamente.

—Tres horas, ¿habla usted en serio?, yo pensaba...

—Ya verá como el tiempo se le pasa volando y ni siquiera lo percibe.

—Empecemos con buen pie, puede observar en aquellas paredes mis títulos en conjunto con el código de registro sanitario, en el *Inner Healing* somos transparentes con nuestros clientes siempre, estas sesiones son absolutamente discretas, no revelaremos nada de lo que aquí usted haga o diga, ya que todo lo que usted nos desvele está protegido por el secreto profesional y el juramento hipocrático. Debo decirle igual que aquí no haremos nada que usted no admita con previo conocimiento y consentimiento. La primera sesión será para analizar la naturaleza de su sintomatología y la forma como la afrontaremos en posteriores sesiones, el número de sesiones es indistinto ya que dependerá del paciente en cuestión.

—Bien, estoy aquí porque tengo un problema de insomnio que está afectando mi capacidad cognitiva y mi desarrollo profesional e intelectual, afectando mis asignaciones y mi vida personal. Tengo unas pesadillas recurrentes en las que siempre estoy huyendo, siento claustrofobia y vértigo y no sé a qué se debe desde que tengo uso de razón. He intentado como psiquiatra darle una explicación científica a mi condición y no he conseguido hacerlo. Las pesadillas son cada vez más seguidas y cada vez más reales y éstas consiguen llevarme a un estado de turbación en la que no logro abandonar el estado de la semiinconsciencia para conseguir volver a despertar. Temo no hacerlo algún día Antoine y esto es más de lo que le he

confesado a ninguna persona, inclusive a mi marido, temo asustarle y arrastrarlo a esta vorágine de ensoñaciones, luchas y miedos quizás infundados.

—Sus pesadillas, ¿de qué tratan y qué tan frecuentes son?

—Mis pesadillas empezaron hace algún tiempo atrás, más bien sería un año o quizás más. En principio eran una vez al mes, luego fueron cada dos semanas y ahora son casi a diario, salvo algún día. Mi marido dice que estoy empeorando en esta situación que debe existir alguna explicación científica, que me lleve a un estado de paz y pueda seguir adelante con mi vida de una manera normal, pero si le soy sincera, casi no duermo.

—Ante las particularidades de su caso creo que lo más apropiado y recomendable sería aplicar una serie de terapias de restauración e hipnosis, ¿ha acudido a algún tipo de especialista para abordar su condición?, los estados del sueño son varios antes de alcanzar la fase REM. Discúlpame si sé algo al respecto, he interrogado a Jules y lo sé, he roto el protocolo aún sin saber que se trataba de ti, respondiendo a su pregunta...

—Eso ya lo sé, esto no tiene nada que ver con parálisis de sueño, esto va mucho más allá no sé explicarlo bien con palabras, lo que siento, la lucha a la que someto a mi cuerpo es cada vez más extenuante y real, sé que sonará a locura, pero a veces creo sentir la presión de manos y uñas de entes o personas sobre la superficie de mi piel, he experimentado ardores, miedo, aprehensión intolerable e irascibilidad, temo creer que estoy enloqueciendo, ni yo misma le encuentro una explicación a este tipo de eventos que se suscitan mientras duermo.... No entiendo, ¿por qué siempre estoy huyendo?, ni ¿por qué creo sentir dejá vú de sitios y rostros que desconozco por completo?, ¿por qué tengo la sensación de haber vivido cosas y haber visto sitios en los que nunca he estado?

—Eso intentaremos averiguar en las sesiones de hipnosis. La hipnosis de regresión es una disciplina en la que tratamos de responder a las preguntas de las fobias y otros miedos exagerados, sueños recurrentes, patrones repetitivos y dañinos en relaciones personales, dolores inexplicables y otros síntomas de los pacientes. Por medio de la terapia de hipnosis podremos valorar a fondo el porqué de este comportamiento de la psiquis y encontrar la sanación de aquellos problemas emocionales de origen desconocido o extraños; muchos de mis pacientes acuden a mí por la misma razón u otras de índole similar como: la depresión, la ansiedad, los ataques de pánico, las fobias o problemas recurrentes personales o sexuales. La terapia de hipnosis nos servirá en su

caso Brianna para ayudarla a avanzar en la consciencia y esto es así porque al visitar otras vidas con frecuencia existe la posibilidad de visitar también los otros planos espirituales elevados con lo cual la persona podría encontrarse con sus guías y maestros espirituales y con los seres queridos que han desencarnado anteriormente obteniendo de paso información extremadamente valiosa para su proceso de sanación en su vida actual que de otra forma no hubiese podido acceder mientras se encuentre en su cuerpo físico. En el momento en el que una persona es sometida a un estado de miedo exagerado, como por ejemplo cuando su vida es amenazada, el inconsciente toma el control con el fin de que la parte más primitiva de nosotros sea la que se defienda y actúe en consecuencia. Es por eso que bajo un estado de rabia, decimos cosas de las cuales después nos arrepentimos, porque el consciente en ese momento está parcialmente desconectado. Es un mero mecanismo de defensa de la naturaleza. Entonces el evento traumático queda almacenado en el inconsciente y la mente consciente no recuerda ¿qué fue realmente lo que sucedió?, entonces de allí en adelante el inconsciente tomará decisiones basándose en la información que tiene errónea o no, allí resguardada. Es entonces cuando a través de la hipnosis, experimentando el estado de regresión, la persona visita ese evento traumático y por consecuente queda al descubierto la memoria que antes estaba oculta y con base en la cual se estaban tomando decisiones arbitrarias, porque el consciente está atento durante la regresión y en el momento de revivir este evento lo registra en la memoria consciente. A partir de allí, el inconsciente ya no puede continuar tomando las decisiones que estaba tomando y es allí cuando inicia el proceso de sanación y el cambio, porque la mente consciente ya no puede permitir continuar participando en ese acto que el consciente durante la regresión ya analizó y lo encontró inadecuado. Es justo allí donde yo como hipnoterapeuta en el proceso de regresión le aportaré elementos para completar su sanación, fundamentándonos en el descubrimiento de su memoria escondida, inhibiendo ese escotoma que le está afectando en la actualidad. Ahora que nos hemos conocido un poco más y hemos hablado al respecto, le explicaré en tres fases sencillas si usted acepta, por supuesto, de cómo haremos para entrar en esa fase de hipnosis. Como ve... mi despacho es amplio y cuenta con todo lo necesario para crear esa atmósfera idónea que nos permita acceder a esos estados de la mente si así lo desea el paciente.

Brianna echó un vistazo al despacho, era sin lugar a dudas amplio, con una gran ventana que permitía la entrada de la luz natural al costado de un

diván ergonómico y unas plantas en frente de una pequeña chimenea que se avistaban diagonal al gran pupitre de madera desde que el especialista la observaba sentada enfrente de la dos cómodas sillas de respaldar acolchonado y paredes celestes que invitaban a la relajación y a la paz.

—Antoine, he de aceptar de que todo lo que dices me parece fantástico, pero yo...

—Aún no crees la eficacia de este método, ¿es eso?, si me permites hacer la observación Brianna, hagamos algo, intentemos solo en esta sesión y si no crees que esto pueda ayudarte con tus problemas esta será la única sesión y nuestro adiós definitivo para siempre, ¿qué dices?

El doctor sentado delante de Bree era un hombre de estatura media y complexión esbelta con cabellos oscuros y ojos marrones, su angulosa quijada se veía recubierta por una leve capa de vellos faciales en forma de perilla que resaltaban sus labios delgados rosados y su nariz alargada. Brianna se recostó solo un momento sobre el cómodo respaldar para observarle, su sexto sentido le decía que confiara pero su cerebro pensante de psiquiatra le gritaba que se fuese de esa clínica en ese momento, y lo hubiese hecho si no hubiese recordado la promesa que le había hecho anteayer a Bastian, antes de partir a Galicia. Ella se repetía a ella misma una y otra vez, aún permaneciendo impertérrita y meditabunda... “*Abre tu mente Bree, abre tu mente*”.

Cavilando y elucubrando todo lo que le había llevado hasta allí, ella rompió el silencio de improviso mirando al doctor Broussard directamente a los ojos.

—Acepto Antoine, me someteré a esta sesión de hipnosis siguiendo tus indicaciones y una vez concluida ya valoraré si deseo seguir continuando con el tratamiento del que hace un momento me hablabas.

—Con eso me conformo Brianna. Pasemos al diván desde donde paso a paso te guiaré en este proceso desconocido para ti. —Ella se puso en pie de un impulso y caminó a la esquina oeste del despacho donde se dejó caer sobre el sofá reclinable de cuero chocolate vintage.

—Muy bien. Las fases por las que pasaremos es lo que llamaremos la mecánica de la hipnosis, que consiste en responder una serie de interrogantes por medio de la inducción, la profundización, las sugerencias e indicaciones terapéuticas que yo te iré proporcionando a medida que avancemos en este proceso, después haremos una recapitulación y trataremos de resolver las

dudas que surjan en la sesión y si es necesario asignaremos otra sesión para seguir adentrándonos hasta resolver el motivo por el cual llegaste aquí en primera instancia. Comencemos... Recuéstate, ponte cómoda y cierra los ojos.

Brianna obedeció al hipnoterapeuta centrándose en el sonido de su voz con el pulso acelerado, le oyó a la distancia discurrir una gaveta y avanzar hacia su dirección, en segundos oía a través del vidrio templado de la ventana cerrada el sonido de los coches y el diario ajeteo de la ciudad hasta que la voz del doctor que la localizó al costado del diván la hizo sobresaltarse; cumplir esta promesa se estaba convirtiendo en toda una odisea. El sonido de Dr. Broussard la devolvió de sus tribulaciones.

—Brianna te colocaré un pulsómetro para seguir y controlar tus latidos y te proveeré de unos audífonos con el objetivo de inhibir el ruido externo que nos ayude a profundizar y llegar más rápido a la fase de relajación que buscamos. —Brianna con los ojos cerrados escuchó dos pasos más y fue cuando del equipo de sonido del lado este de la especie de camastro, oyó salir el sonido del mar y en segundos su sentido del olfato percibió un aroma hasta antes inocuo, pero que ahora penetraba sus fosas nasales, era una mezcla de coco con un poco de lavanda y vainilla— podía jurar ella—, tratando de darle forma a ese tipo de olores en su cabeza. De un momento para otro sintió como comenzaba a relajarse cuando el hipnoterapeuta le indicó que se acercaría a tomar sus pulsaciones con una voz bastante más sutil y fina aunque muy varonil. El hipnotizador se dirigió a ella con un tono suave y un ritmo pausado a través de un micrófono, mencionando las distintas partes del cuerpo de ella, indicándole que se concentrara en cada una y las relajara por completo. Empezó por los pies y acabó por la frente, la parte donde se acumulaba más tensión. Pasada esta primera fase y sin abandonar el ambiente relajante, la invitó a imaginarse un lugar tranquilo, apartado y seguro, dejándose llevar por el sonido del mar. Con el cuerpo semi relajado Brianna se imaginó en la cúspide de una especie de faro altísimo y antiguo lleno de escaleras, a pesar del vértigo que sentía por las alturas, su sensación fue de inmediato de desasociado, su cuerpo comenzó a ponerse rígido y a agitarse. La voz de Antoine trataba de calmarla mientras Bree tiritante se estremecía en el diván de enfrente. Con un hilo de voz Antoine prosiguió:

—No tengas miedo, céntrate en la respiración y comienza a bajar el bloque de escaleras, busca la salida... —Siguiendo la voz a lo lejos,

Brianna comenzó a centrarse en su respiración y en los órganos implicados en ella, pronto divisó una puerta y accedió al interior del faro cuando otro miedo desconocido para ella la sobrecogió de sobremanera, la claustrofobia emergió de repente, el miedo a los espacios cerrados le hacían creer que las paredes se cerraban ante ella reduciendo el espacio; cuando el sonido de su móvil comenzó a timbrar invadiendo el despacho insistente con la melodía de *Christophe Maé* con su «*Mon paradis*». Antoine en segundos entendió que el móvil no pararía de sonar y que la sesión no les llevaría por esta interrupción a ninguna parte. El doctor se concentró en relajarla lo más que pudo y devolverla al estado actual previo al de la etapa de la primera fase de hipnosis. —Ahora contaré hasta cinco y estarás aquí en el consultorio de la calle 52 *Springvale*, después de tronar mis dedos, a la cuenta de 1, 2, 3, 4, 5. Brianna abrió los ojos como platos de improviso, como si su alma acabara de ocupar su cuerpo nuevamente. El sonido de su móvil era insistente.

—Lo siento, debí apagarlo al ingresar —dijo quitándose las orejeras y poniéndose en pie, caminando en dirección a la silla desde donde antes había dejado su bolso.

—Jules ¿Qué pasa?, estaba en medio de una sesión.

—¿Has visto las noticias? —inquirió Jules al otro lado del teléfono mientras se pasaba una mano por el pelo apelmazándolo.

—¿Por qué? —preguntó Brianna desconcertada.

—¿Has hablado con Bastian desde que marchó?

—Me estás asustando... ¿Por qué lo dices?; *Habla de una vez!*, si me has llamado es por algo. No me digas que ha ocurrido un accidente, no he hablado con él desde ayer, cuando me llamó yo estaba en la ducha y no alcancé a cogerle el teléfono.

—¿Brianna, él iba a Galicia verdad? Pon las noticias, está en todos los medios.

—Te llamo más tarde —dijo Bree cerrando la comunicación y girándose.

—Lo siento doctor Broussard debo marcharme, ahora mismo no tengo cabeza para esto ¿Tiene algún televisor o algún medio donde pueda ver las noticias?

—Lo entiendo, pierda cuidado, hay uno en la sala de estar. Brianna abrió la puerta con premura, secundada por el doctor.

—Lauren, ¿Podrías poner RTÉ 1 en la pantalla?

—¿Cuánto le debo? —dijo Brianna azorada.

—No me debe nada, su esposo ha pagado la consulta y las dos primeras sesiones de hipnosis.

—Bastian ha hecho ¿qué...?, me conoce tan bien, no dejó nada al azar, quería asegurarse de que viniera y tomara este tratamiento.

Las imágenes que aparecieron en pantalla hablaban de un homicidio y un robo en el laboratorio arqueológico de la Universidad de A Coruña y la desaparición del Director de Estudios Célticos. Brianna con solo oír aquello pensó en lo peor, tomó en seguida su teléfono y vio que tenía dos mensajes de voz sin oír.

—Debo irme o voy a enloquecer —sentenció ella alterada.

—No debería conducir en esas condiciones Brianna. Si desea le llamo un taxi para que la recoja, ya podrá mañana venir a buscar el coche o mandar a alguien a por el coche.

—No quiero molestar Antoine.

—No es ninguna molestia Brianna, es más yo...

—No se preocupe por mí, estaré bien —dijo Brianna antes de echar andar en dirección a la puerta y atravesarla perdiéndose en segundos ante la atenta mirada de Dr. Broussard.

Excediendo el límite de velocidad y atravesando la carretera M, Brianna se vio sobrecogida por la incertidumbre y el miedo, marcó los 9 dígitos del teléfono de su marido. El contestador saltó al momento seguido de un pitido agudo.

—¡Maldición! —espetó golpeando el volante haciendo sonar el claxon.

—No me hagas esto por favor, contesta Bastian por lo que más quieras, contesta... —Brianna hizo un giro indebido en la salida más próxima de improviso aún sumida en el sentimiento de aprensión y miedo. Fue cuando Jules le telefoneó preguntándole por Langlois, su paradero y la razón de este viaje repentino. Ella le informó que se había ido a Galicia por aquello del descubrimiento que Reinaldo Saineiro le había instado a descubrir conjunto a él, formando parte del equipo y colaborando en la investigación acerca del hallazgo con consecuencias importantes para la historia.

—Ya lo conoces Jules —espetó ella airada. Solo tiene que estar la palabra historia al lado de minas o yacimientos y mi marido pierde la razón,

es lo único que sé, además de que Bastian abandonó todos sus compromisos y tomó el primer vuelo que saliera rumbo a España disponible.

—Todo suena un tanto extraño Brianna.

—Lo sé. Esto, lo que sea que fuera Jules, era muy importante para Bastian, no he hablado con él desde que se fue, nos hemos enviado mensajes y eso es lo único que sé. No lo soporto más, tengo que obtener noticias de él y aquí sentada en la otra parte del mundo no las obtendré —aseveró ella descendiendo del auto y pagando el parquin del Aeropuerto.

—Jules, me voy en el primer vuelo que salga de Dublín a Galicia, he pasado por casa, he recogido tres cosas necesarias para mi maleta, he tomado mis tarjetas y el pasaporte. Me he apuntado en una lista de espera y cancelaciones, no me importa lo que cueste el billete, tengo que ir... —La chica al teléfono mientras tramitaba todo me aseguró que siempre habían plazas que son liberadas a último minuto, en su mayoría en clase económica, sinceramente me da igual la clase que sea, solo quiero ver a mi marido y confirmar que esté bien, ¿me entiendes...? Estoy muy preocupada porque él no contesta a mis llamadas, pero ya le conoces, odia la tecnología y las redes, quiero pensar que ese el motivo real de su «no respuesta», estoy enloqueciendo, así que dime si ha habido más noticias... Si la policía ha hecho avances en la investigación o han desvelado la identidad del occiso del laboratorio.

—Espera un segundo Bree, creo que te estás apresurando, detente un segundo y piensa con cabeza fría.

—Es demasiado tarde para eso, es más, ya me conoces... Estoy pasando el control del Aeropuerto, te llamaré cuando me instale en un hotel, lo prometo. Espero estar de vuelta en menos de cuatro días. Gracias por todo Jules —dijo ella cerrando la comunicación de improviso y guardándose el móvil en la gabardina.

—¡Brianna O'Connor! —exclamó la azafata con un leve movimiento de cabeza, de izquierda a derecha.

—Sí, soy yo, ¿Tiene disponibilidad la aerolínea?

—En efecto señora O'Connor, hemos recibido una cancelación de última hora por lo que disponemos de un asiento en clase económica, ¿desea usted tomarlo?

—Por supuesto, por eso estoy aquí —arguyó dejando sobre el *counter* su pasaporte a la vista, el cual la azafata tomó con prestreza. La azafata la miró de arriba abajo haciendo la reserva y devolviéndole el pasaporte sonriente.

—Buen viaje señora O’Connor, gracias por preferirnos.

—Espero que usted tenga razón joven, y este sea un buen viaje, gracias —apostilló tomando su equipaje y poniéndose en marcha.

Brianna avanzó por el estrecho pasillo rectangular que la dirigiría a la plataforma movediza y luego al avión, la zozobra no le permitía pararse ni un segundo a analizar la situación, había actuado movida por sus impulsos, eso hacía cuando estaba fuera de control, que no era a diario, su profesión le había servido para serenarse y refrenar sus instintos de acción y huída, ella inexplicablemente no entendía como un evento puntual podría anular años de terapia y experiencia, siempre había sido impulsiva aunque hubiese refrenado ese instinto, pero justo ahora debía hacer algo, ¡lo sabía!, su sexto sentido y espíritu de supervivencia, además de su incansable necesidad de conocimiento y explicaciones habían hecho resurgir su capacidad primitiva e impulsiva, que era la que la había llevado a tomar esta decisión apresurada y poco meditada. Su miedo y su nerviosismo iban en aumento minuto a minuto, la pregunta que no podía sacarse de la cabeza mientras el capitán hablaba por el interfono con la tripulación dando las directrices del vuelo era... ¿Qué le habría pasado Bastian? ¿Dónde se encontraría?, y ¿por qué no contestaba a su teléfono o la llamaba para procurarle quietud y la paz de sus sentidos?

La noche había llegado a A Coruña sin que ella se apercibiera del paso del tiempo. Brianna salió del Aeropuerto afanándose para tomar un taxi rumbo al hotel *Meliá Maria Pita* en el centro, cuando llegó y ascendió por las escaleras de techos y costados acristalados que permitían disfrutar de la luna y de las estrellas del cielo, pensó que quizás había tenido que hacer ese viaje con Bastian, cancelar algunos de sus incontables compromisos y pegarse esa merecida escapada idílica que hacía mucho no se daban ambos juntos. Ya delante del joven de recepción le indicó que las habitaciones disponibles que les quedaban eran las más costosas con vistas al mar, elegantes, luminosas con suelos maderables y terraza. Brianna solo quería descansar, le daba igual el coste así como una autómatas sacó la tarjeta de crédito para dejársela al chico sobre la repisa y con la vista perdida al horizonte observó como esta ciudad costera relucía en medio de apacibles fuentes, con el olor y el sonido del mar que le daban a este precioso edificio acristalado ese brillo especial. Entró en la amplia habitación con dos enormes ventanales dejando la maleta sobre la cama, caminó hacia los cristales y disfrutó del espectáculo de las vistas sacando de su chaqueta el móvil para llamar a Jules como había prometido.

—Jules, soy yo, estoy en el *hotel Meliá Maria Pita*, sé que es tarde y la diferencia horaria hace que estés durmiendo a tus anchas a estas horas, solo quería que supieras que estoy aquí y que no me iré sin Bastian.

A la mañana siguiente, Brianna se levantó con un hambre de mil demonios, entre el nerviosismo y sus apresuradas decisiones de ayer se había olvidado de cenar, cayendo dormida casi al instante de sacarse la ropa y tenderse a descansar sobre la cama, cayendo presa como de una especie de sueño profundo que le había hecho olvidar todo por segundos. Ahora tras la luz del nuevo día debía ponerse manos a la obra, debía decidir ¿Por dónde empezar y a quién preguntar?. Su marido había dicho que estaba alojado en el *hotel Plaza*, por lo que tomaría una ducha rápida y bajaría a degustar el delicioso y abundante desayuno buffet y luego se aproximaría al *hotel* y a la estación de policía más cercana para poner la denuncia de desaparición e informarse. Ella estaba segura que algo le había ocurrido Bastian, él jamás dejaría pasar una noche sin telefonearle.

Salió del *hotel Plaza* sin explicación aparente, salvo el hecho que su marido no había vuelto desde la última vez que había sido visto tomando el almuerzo en el restaurante del hotel, su cuenta había sido cancelada en su totalidad hace dos días por encargo y en metálico. La joven en cuestión identificada como su esposa, se había esfumado una vez recogido su maletín y sus demás enseres personales entre ellos, su ordenador portátil y su portafolio.

—Salí de aquel sitio presa del pánico... «¡Su esposa!», era imposible que Bastian tuviese un escarceo sin que yo lo notase, es más, era impensable, ese no era mi compañero ni el hombre con el que me había casado. Me fui de allí meditabunda directo a la *Avenida Porto da Coruña 7* donde se ubicaba la Jefatura Superior de Policía de Galicia. Al entrar, observé las dependencias vacías, salvo la eterna fila de trámites administrativos, un guardia con uniforme verde y quepí me guió a través de un pasillo que se extendió hasta desembocar en una habitación cuadrada donde detrás de unos escritorios se encontraban otros agentes. Logré atisbar a otros policías detrás de los ordenadores, otros al teléfono y otros con la típica taza de café conversando mientras el sonido de las teclas y el ring ring del teléfono se esparcía por lo basto y ancho de la habitación causándome una sensación de agobio. De repente atravesando mi campo visual vi a un agente con un hombre esposado que caminaba haciendo traspies, el guardia lo traía maniatado y su compañero

dejaba su taza de café sobre el escritorio diciendo: “¿Por qué fue esta vez?”. A los pocos segundos un oficial más joven se apersonó a preguntarme.

—¿En qué podemos colaborarle señora?

—Sorry official, I don't speak Spanish. May speak with someone to speak in English? It's real important for me...

La expresión del rostro del chico de incompreensión le hizo a Brianna darse de cuenta de la barrera del idioma.

—¿Algunos de ustedes habla inglés aquí? Creo que es lo que habla esta turista.

Risas invadieron la estancia. “*Si supiera decírselo ya le diría: a miña moza, falo o idioma que quieres...*”.

—¡Calla de una vez! Creo que Hernández habla inglés o algo así— gritó una voz al final del corredor.

—¡HERNÁNDEZ!

—¿Qué pasa? ¿Por qué esos gritos?

—Atiende a la señora.

— Sí señora dígame, ¿En qué puedo ayudarle?

Jorge, el oficial más viejo, canoso y bajito con marcadas líneas de expresión que estaba al corriente de todo, y nada se movía en la oficina sin que él se enterase pasó detrás de él diciéndole:

—Que no te entiende paletto, que le hables en inglés. Que sirva de algo el curso que te pagó la Jefatura.

—Sorry, May I help you miss?

Brianna suspiró aliviada dejando expeler un sonoro y largo resoplido contestando en inglés.

—Sí, por supuesto, necesito poner una denuncia por la desaparición de una persona.

Hernández no era un jovenzuelo, pero si era un gallardo hombre entrado en canas y en años, varonil metro setenta y cinco de estatura, con cara lampiña, ojos verdes y cabello corto castaño oscuro con profundas entradas que bañaban sus sienes como finos hilos grises.

—Venga conmigo —dijo en inglés guiándole al final del cubículo de separaciones transparentes. Me ha dicho usted que desea levantar una denuncia por desaparición.

—¿Desaparición de quién? Yo cumplo y le doy el formulario a llenar, pero ya le digo... Si es chaval o chavala debemos informarle que... en la mayoría de los casos están fugados en casa de una amiga o noviete o están pasando la mona después del botellón y la farra de la juerga de la noche anterior, hemos tenido muchos casos; por ello le digo que no podremos hacer nada hasta que pase unas... —Brianna le interrumpió sin vacilaciones.

—Es mi marido el que ha desaparecido y fue hace dos días. He tomado un vuelo directo desde Dublín para estar al tanto. No es un adolescente salido y cachondo, es una persona seria, un profesional respetable que hizo este viaje para prestarle colaboración a uno de los institutos de su país, ¿me entiende? Así que ahórrese el caso de la amiguita o de la borrachera del bar de la esquina.

El oficial envaró la espalda prestando especial cuidado en las palabras que hasta hace unos momentos le sonaban a palabras vacías y sin sentido.

—Me está diciendo usted que no reside en el país, y que ha venido hasta aquí porque su marido no se ha puesto en contacto y no ha vuelto desde...

—En efecto, es lo que trato de explicarle oficial... ¿Cómo el Gobierno español tomará las medias de encontrarle, si no está notificado de su desaparición, si ni siquiera conocían de su existencia? El nombre de mi esposo es Bastian Langlois, él vino aquí en calidad de arqueólogo asesor por el descubrimiento de un nuevo yacimiento antiguo celta en uno de los castros gallegos, lo siento sino puedo proporcionarle más datos al respecto, es que la verdad los desconozco. Mi marido y yo... —Ella hizo una pausa larga torciendo los ojos y poniéndolos en blanco para continuar.

—Mi marido y yo no nos inmiscuimos en nuestras profesiones y asignaciones. Entenderá que lo único que yo sepa es que mi marido vino aquí a reunirse como su amigo, el famoso y reconocido arqueólogo Reinaldo Saineiro, que no es más que el encargado de...

—¡Espere un momento!, ¿usted ha dicho Saineiro?; el arqueólogo desaparecido desde hace dos días, el que llevaba a cabo los trabajos de extracción y el encargado del Laboratorio de la Universidad en la que encontramos el cuerpo. Deme un segundo, tengo que consultar —dijo en inglés cerrado tomando el auricular del teléfono y marcando la extensión al departamento encargado de homicidios.

—Jorge, ¿eres tú o es Gabriel el que lleva el caso del homicidio del laboratorio de la Universidad de hace dos días? Tengo frente a mí una posible pista que seguir que nos ayude a dar con el paradero del arqueólogo gallego.

Sí créeme, no te estoy tomando el pelo. El que diga que las señales de Dios no caen del cielo está totalmente equivocado, esta señal es enorme, de cabellos rojos y muy bonita— dijo mirado a Brianna, mientras la conversación transcurría en castellano.

—¿Podrías decirle a Gabriel que tan pronto termine con lo que está haciendo se pase por mi oficina?, gracias.

De un momento al otro se cambió al inglés ante la atenta mirada de ella de desconcierto.

—A ver señora... Permítame su pasaporte, ¿estamos buscando entonces al señor O'Connor?

—No, estamos buscando al señor Langlois, mi marido.

—Déjeme ver si le entiendo, usted es....

—La esposa, he viajado desde Dublín donde residimos y laboramos ambos... Ya he pasado esta mañana por la embajada y no tienen registros de él.

—Sí, eso ya lo he entendido antes señora O'Connor, ahora cuéntemelo todo desde el principio, mientras hago unas llamadas pertinentes a la policía de migración y abro el expediente correspondiente para notificar de una desaparición de la cual, ni siquiera sabíamos que teníamos que tomar parte, pero que parece estar extrañamente relacionada con la investigación en curso de homicidios y la posible fuga o desaparición de otra posible víctima mortal.

Brianna vio al momento entrar a otro oficial con gafete que decía G. Saénz, el oficial en cuestión era alto y lánguido de piel aceitunada con ojos saltones negros y cabello oscuro.

—Gabriel, está es la señora O'Connor, creo que debes oír su historia...

Brianna contó a grandes rasgos lo acontecido, el motivo del viaje de su marido, la amistad con el Dr. Saineiro y la escueta comunicación que había tenido con él y que había alertado sus sospechas y su inminente desplazo hasta el norte de las costas ibéricas, después de lo relatado en los medios y las características especiales en las que se habían suscitados los hechos. El oficial en cuestión David Hernández prometió hacer una investigación más profunda y mantenerla en la medida de lo posible, al pendiente de los avances de la investigación de la desaparición de su esposo. Brianna salió de la Jefatura aún más preocupada de lo que había entrado al enterarse de la condición y del extraño caso también de desaparición del amigo de su marido. Ya por la

tarde, después de tomar en un restaurante de la esquina unas vienas y unas tablas de quesos con aceitunas acompañada de unas dos birras de *Estrella Galicia* bien fría, de la que tanto hablaba su esposo cada vez que volvía de viaje a Irlanda, ella se encaminó de vuelta caminando en dirección a su *hotel*. Su ubicación privilegiada le permitía estar cerca de todo a 500 m del puerto y muy cerca de las principales atracciones coruñesas. Bree iba tan inmersa en sus cavilaciones que no notó que unos ojos la perseguían de cerca desde un automóvil de color azul oscuro apostado cerca de la entrada. La silueta oculta tras una capucha gris la había acosado y sitiado desde que había abandonado el hotel Plaza al mediodía y luego la había seguido los pasos hasta la Jefatura y de vuelta a su hotel. El sonido del teléfono vibrando en su mano mientras Brianna atravesaba las escaleras de entrada al hotel bajo el techo acristalado, le hizo por segundos perderla de vista solo un momento. Una voz masculina grave rompió el silencio.

—¿Has hecho lo que te encomendé?

—Por supuesto, pero creo que han surgido problemas. Hay una mujer siguiendo los pasos del francés, ha ido esta mañana al hotel Plaza justo después de que yo me marchase. Está haciendo preguntas y removiendo las aguas, la he seguido hasta la Jefatura de la policía, creo que se nos vienen complicaciones —dijo la rubia menuda detrás del volante con un tono mordaz.

—Entonces ya sabes qué hacer —bramó la voz grave antes de cerrar la comunicación de golpe.

El día comenzó un poco más extraño que el anterior, tenía las ventanas batidas y el cuarto a oscuras, solo Jules sabía dónde me encontraba pero el teléfono al costado de la cabecera de mi cama no dejaba de timbrar. Estiré un brazo para darle alcance echando mano del interruptor de la lámpara de la mesita de noche, necesitaba que la tenue lumbre despejara las sombras de mi habitación así fuese momentáneamente.

—Sí —dijo ella frotándose los ojos aún somnolientos al descolgar el teléfono.

—Perdónome si la he despertado señora O'Connor, soy el oficial David Hernández, estoy en la recepción, necesitaría conversar con usted acerca de la denuncia presentada ayer en la Jefatura.

—Aún no estoy lista oficial —aseveró pasándose el dorso de la mano echando una mirada fugaz a su reloj de pulso, mucho me da vergüenza admitir que aún sigo en cama, deme treinta minutos y le alcanzó en el bar del hotel.

La imagen de ella caminando con su pantalón cremas con estampado de patas de gallo rojo y negro, su camisa blanca manga larga de seda con cuello V y su billetera en mano le hicieron al oficial desviar la mirada para mirarla de hito en hito mientras avanzaba en su dirección. Brianna a O'Connor no era una mujer corriente, era una mujer llamativa y exótica que levantaba todas las miradas por donde pasaba sin apenas ella percibirlo; con sus ojos verdes claros y su pelo corto rojo estilo Bob asimétrico largo con flequillo y su prominente altura no pasaba desapercibida. David vio como casi todos los ojos sin distinción de sexo la seguían al ritmo del contornear del movimiento de sus caderas. El oficial apuró su trago de quinto y esperó hasta que ella se detuviese delante.

—Buenos días señora O'Connor, mucho me temo que tengo noticias para usted —apostilló el oficial poniéndose de pie y sorbiendo un poco más de su copa sin dejar de hacer contacto visual.

—¿Buenas o malas? No me lo diga por favor, al menos no aquí... ¿Podríamos marchar de aquí oficial, así sea al bar de la esquina, necesito estirar las piernas y tomar un poco de aire fresco.

—Por supuesto, no tengo ningún problema cuando vengo de paisano —dijo sacando de su billetera un billete de diez euros siguiéndola a través del pasillo.

La imagen de la silueta de los dos abandonando el *hotel Meliá Maria Pita* puso en alerta a unos ojos fisgones que habían estado vigilantes desde las primeras horas del alba. Parecía que justo hoy era el momento preciso para dar seguimiento a la segunda parte de su plan.

—¿Qué significa su afirmación de hace un momento, al menos dígame ¿A qué tipo de noticias se refiere?

El estridor de los platos en la cafetería le indicaba que estaban sirviendo aún el almuerzo a las 11h.

—Disculpe joven —dijo ella deteniendo a un joven camarero

completamente vestido de negro.

—¿Podría traerme un taza de café irlandés bien cargado y un pequeño bocadillo de pernil ibérico con queso gouda?, gracias. Deme al menos unos cinco minutos más oficial para volver a ser persona, necesito al menos tomarme una taza de café —dijo ella recostándose del respaldo de la silla observándole detenidamente.

El camarero regresó a los tres minutos con un pequeño platito con el bocata y una taza de café irlandés.

—Tenemos noticias inquietantes del amigo de su esposo, ese, el tal... —dijo con su acento chapucero en inglés revisando su libretita blanca.

—Reinaldo Saineiro. Esto es un asunto oficial por lo que requiero de su completa discreción.

—Por supuesto oficial, faltaba más... confirmó ella sorbiendo un poco más de su taza de café. El oficial se inclinó hacia delante recostándose del borde la mesa cuadrada adoptando una actitud confidencial mirando de soslayo de un lado a otro y bajando el nivel de su timbre de voz para no ser escuchado mientras veía pasar al barman con una pequeña bandeja llena de pequeñas muestras de choripan, tortilla española, alitas fritas y chorizo español brindándolas ante la atenta mirada de algunos comensales que disfrutaban de sus vasos de quinto y de un anciano que no soltaba la máquina de tragaperras con el típico sonido estridente. El silencio tensó el ambiente y la voz de él salió melodiosa, casi como un susurro.

—Apareció su cuerpo...

Brianna se puso lívida ante la declaración del oficial de la ley dejando su taza de café sobrecogida por la noticia. Él continuó con su perorata.

—Un grupo de excursionistas recorría el camino cerrado de *Dunas de Corrubedo* infringiendo las normas como siempre, saltándose el cordón policial que impedía el paso, atravesado el pequeño sendero de madera a modo de puerto en medio de aquellas dunas de arenas e insertándose más adentro del camino. Allí descubrieron el cadáver de un hombre mayor de estatura media con canas y frente amplia con gafas. Hemos cotejado la tarde de ayer sus credenciales y sus huellas dactilares una vez procedido al levantamiento del cuerpo al ser llevado a la morgue para su posterior autopsia. Los restos físicos del occiso pertenecen al Dr. Saineiro. Temo no poderle decir más al respecto, forma parte de un proceso abierto y ya le

he dicho más de lo que debería, pero entiendo que usted ha hecho un viaje muy largo, y cuando ayer justo al marchar me dejó su tarjeta... Pensé que al menos merecía conocer estos datos, al ver si esto arrojaba alguna luz para descubrir el paradero desconocido de su esposo, que es el motivo por el que asumo, está usted aquí.

Bree con sus manos nerviosas apartó un poco más la taza del café que le había servido y traído el camarero sin perder de vista el semblante del oficial.

—Mi esposo entonces sigue...

—Mucho me temo que tendrá que acompañarme de nuevo a la Jefatura a rendir declaración esta tarde, le dejo mi tarjeta por si recuerda cualquier cosa que pueda ayudarnos con la investigación de la muerte de su amigo. Estaremos en contacto señora O'Connor, dijo poniéndose en pie el oficial Hernández.

«Ahora mientras veía alejarse al oficial, sabía que mis sospechas no eran infundadas, algo extraño había ocurrido en ese yacimiento y yo estaba decidida a saber más al respecto. No me detendría hasta tener noticias de Bastian. Caminé hacia mi hotel, me había dejado con las prisas el teléfono móvil cargando en la habitación, necesitaba hablar con alguien que al menos me entendiera, necesitaba hablar con Jules, pedirle quizás el teléfono de la esposa de Saineiro. No recordaba su nombre porque solo una vez habíamos coincidido todos juntos una vez en unas vacaciones en Ourense. Necesitaba más datos, alguna pista que me llevase a descubrir ¿Qué había ocurrido a mi marido? Tomé el ascensor dirigiéndome a mi habitación, pasé la llave por el contacto y la puerta cedió ocasionando un chasquido al cerrarse...».

Brianna no daba crédito a la imagen ante ella. Su habitación estaba toda desordenada, los dos ventanales estaban abiertos de par en par, la lámpara estaba caída y las colchas revueltas, y más allá de la puerta de la habitación se percató que su teléfono móvil y su tablet habían desaparecido al igual que su pasaporte. Minutos más tardes la policía se encargaba del asalto. El gerente del hotel se disculpaba con la señora O'Connor ofreciéndole la mejor suite del edificio y la oportunidad para quedarse hasta el fin de semana, lo que significaba tres días más sin costo alguno. El policía en cuestión que se había apersonado era el oficial Hernández junto con Jorge. Brianna permanecía sentada en la silla del

escritorio observando a los oficiales registrar sus pertenencias. David se acercó a Brianna con el rictus alterado y los labios apretados semejando una línea recta, ella se sostenía la cabeza y empezaba a pensar que todo aquello no era solo producto de la casualidad.

—Siento mucho que esté pasando por todo esto. ¿Ha logrado hacer una lista de las cosas faltantes?

—No falta nada más, solo mi pasaporte y los dos equipos electrónicos, pero ¿para qué le serviría mi pasaporte al atracador? No lo entiendo...

—Se me vienen muchas cosas a la cabeza que podría hacerse con un pasaporte europeo señora O'Connor, pero lo cierto es que no tenemos la certeza de ninguna de ellas. Solo sabemos con seguridad que ingresaron a su habitación y que escaparon quizás por las terrazas en dirección a la playa. Sería fácil perderse entre los turistas. Deme un segundo, tengo que contestar esta llamada.

—Hernández al habla... ¿Qué?, voy para allá enseguida. Lo siento señora O'Connor, debemos irnos. Una última pregunta, ¿posee usted alguna fotocopia de su pasaporte o algún documento de identidad consigo?

—No traigo nada encima oficial Hernández, pero ahora que lo dice... Si pudiese ingresar a mi correo electrónico podría obtenerla. Bastian tuvo que escanearme el pasaporte el año pasado cuando necesitaba hacer una reserva a Escocia y no estaba en casa.

—Entonces le sugiero que se acerca a su embajada y de parte mientras la investigación avanza, necesitará esos documentos cuando abandone el país.

—¿A dónde nos dirigimos con tanta prisa compañero? —dijo Jorge intrigado ingresando a la patrulla policial seguido de David.

—A la playa nudista de Arelonga.

La *praia de Arelonga* se encontraba justo a los pies de los castros de Baroña, era un lugar apartado y tranquilo, su ubicación era envidiable en medio de una pequeña ensenada. Las olas reventaban a la orilla de la arena blanca mientras las gaviotas alzaban el vuelo al este. Los oficiales David y Jorge descendían a pie en medio del sendero de pinos hasta

encontrarse de lleno con el mar de curiosos naturistas que rodeaban el cuerpo de un hombre que parecía tumbado de bruces con el pelo enmarañado, la ropa rasgada y la carne en estado de descomposición. A simple vista se podría observar una especie de mordidas y erupciones sobre la piel azulada. El oficial al agacharse a una corta distancia descubrió el brillo de su anillo en el dedo anular, sus vestimentas parecían maltrechas por las sales del mar. El oficial Hernández volvió el rostro, el sol se hallaba en medio del cielo cegándole momentáneamente.

—¿Quién fue el primero en encontrar el cuerpo?

El silencio sepulcral se extendió a lo largo de los rostros pálidos que le observaban con completo mutismo volviendo a sus asuntos. Hernández observó que algo parecía relucir dentro de la cabeza del occiso, aunque no lograba alcanzar a ver ¿de qué se trataba?

—¡Jorge! ¿Tienes unos guantes?, las pinzas y una de esas bolsas plásticas transparentes para catalogar... Acordona el área por favor y dispersa a los curiosos y llévatelos uno a uno a la Jefatura. Pide refuerzos y un coche patrulla.

Jorge se inclinó hacia él dejándole el instrumental.

—A ver... Esta playa está clausurada, deben abandonarla de forma inmediata ya que formará parte de una investigación judicial por parte de la policía, marchaos a vuestras casas.

—Esto parece... —dijo David tomando las pinzas y extrayendo el extremo dorado sin alcanzar a ver ¿de qué se trataba?, hasta tenerlo entre la punta de las pinzas inclinándolo para observarlo mejor con los rayos de sol. *¡Vaya, esto no me lo esperaba!* Es una especie de brazalete cilíndrico con cabeza de dragones dirías —dijo poniéndose en pie buscando una segunda opinión de su compañero antes de ingresarlo a la bolsa transparente diciendo: *“Llámate al Juez de Guardia y a la Comisión Judicial, hemos de proceder a levantar el cuerpo y dar inicio al protocolo”*.

Dentro de un coche azul una chica rubia de largos cabellos resguardada bajo la capucha de su chándal negro y sus vaqueros rotos y botas con tachuelas en perfecto gaélico dijo:

—Sí, ya me he desecho del inconveniente. Le hemos pegado quizás un susto de muerte a la esposa. —La voz grave a través del teléfono le dijo

—:

—Te dije que te hicieras cargo, no quería cabos sueltos.

—Pero la mujer en cuestión no sabía nada, ni siquiera es de aquí, su pasaporte dice que es de nacionalidad irlandesa, tiene un sello del aeropuerto de entrada de hace escasos dos días, creí que no era necesario llegar a...

—Te haré responsable si aquella mujer representa un peligro a futuro, ¿me entiendes?, cuando nos reunamos todos en la sesión del mes próximo ya acordaremos cuál será tu castigo por desobedecer un mandato de la *Orden*.

El atardecer llegó sin apenas darme cuenta, mis dotes detectivescas de ayer no habían dado frutos... Me levanté esta mañana decidida a entablar comunicación con la viuda, *Analía Cobiellas*. No fue fácil dar con su número, pero en mi papel de investigadora me apersoné al Instituto de Estudios Célticos Gallegos donde Reinaldo formaba parte de la directiva y me inventé un símil para conseguir el número de teléfono de su ex esposa por medio de un pequeño soborno a la secretaria personal de Saineiro, argumentando mi estatus de mujer desesperada por noticias de mi esposo. El engaño coló y me permitió hacerme con el número de Analía y cuando al fin lo tuve en mis manos, tomé el teléfono de tarjeta prepago y le marqué directo a su teléfono móvil. El teléfono timbró un par de veces hasta que la voz al fin de una mujer emergió del auricular.

—¡Sí...! —Un silencio incómodo siguió aquella afirmación. Brianna se identificó como la esposa de Bastian Langlois, arqueólogo especialista amigo de Rei.

—¿Me recuerdas de las vacaciones en Pontevedra hace algunos años Analía a la que fuimos los cuatro a las playas de Ourense?

—Le soy sincera, no la recuerdo. He tratado de borrar todo lo vivido con mi marido en el pasado, y aunque no le deseara ningún daño, le diré que no estoy interesada en mantener esta conversación con una extraña. No sé cómo consiguió mi número telefónico, le voy ahorrar el no poner una queja en la guardia civil, por lo que le recomiendo que no se vuelva a poner en contacto conmigo nuevamente. Buenos días señora.

—El teléfono se cerró de golpe. Ya no sabía qué más hacer. Parecía que el fin de mi estancia en Galicia había llegado y me encontraba en un punto muerto. Ahora recién salía de la embajada con mi pasaporte nuevo

en dirección al hotel cuando la imagen del oficial Hernández en la puerta al detenerse el taxi me sobresaltó. Había pasado dos días desde el fatídico hecho en mi habitación de hotel y aunque no había sido molestada ni violentada desde entonces, la imagen de aquel misterioso guardia civil me alteraba de sobremanera y me ponía nerviosa sin explicármelo.

—Señora O'Connor, he preguntado por usted en recepción, la estaba esperando.

—¿Ha tenido noticias de la pérdida de mis documentos o está aquí por qué ha averiguado algo del paradero de Bastian? Yo soy ahora su única familia, sus padres murieron hace un año y medio por lo que le ruego que se deje de evasivas y protocolos y me informe lo que sea que haya averiguado, si acaso ese es el motivo real de su visita.

—Señora O'Connor, ¿me permite llamarle Brianna?

—No veo inconveniente oficial, esto es una visita judicial no es una visita de cortesía, puede llamarme por mi nombre por supuesto. Además usted ha sido muy amable por lo que no tengo razones para exigirle formalismos.

—Estoy excediendo mis funciones al presentarme aquí, no siguiendo los procedimientos citándola en la comisaría. Pero no creí que fuese apropiado darle una noticia de esta envergadura en medio de ruidos perennes y rostros desconocidos.

—¿Qué intenta decirme oficial?

—¿Me permite invitarla a una copa, antes de notificarle lo que he venido a informarle?, mucho me temo que será necesaria.

Ambos echaron a andar en dirección al bar del hotel, ella con su vestido cruzado negro y su gabardina, sin quitarle los ojos de encima al agente de la ley, y él con sus pantalones chinos y camisa celeste con corbata y americana azul.

—No me iré con rodeos Brianna. Siento notificarle que hemos encontrado el cuerpo sin vida de su esposo. —El Barman extendió la copa de vino justo en el momento que él culminó aquella frase. Ambos sentados uno frente a otro, en la barra del bar. Una lágrima repentina y un sollozo casi inarticulado brotaron de la garganta de la turista irlandesa. Sus ojos se anegaron en lágrimas que parecían una cascada incesante que no le permitía pronunciar palabras.

—¿Cómo ocurrió o debería preguntar... Quién es el responsable? —dijo asestando un golpe fijo en la barra de madera ante la atenta mirada

del barman.

David rompió el silencio.

—Aún desconocemos muchos detalles al respecto, pero la investigación sigue en curso. Lo que puedo decirle con certeza es que apareció apostado y de bruces en medio de las arenas de la playa nudista de Arelonga. Temo ser portador de malas noticias, dijo David mirándola acongojado.

—Brianna debe dejar de buscar, el cuerpo de su esposo está en la morgue municipal, necesitamos que lo identifique y pase por este engorroso proceso de una forma rápida, para que pueda volver a su país y a su vida habitual. Aquí no encontrará respuestas, dijo deslizando su mano y poniéndola sobre la mano de ella a manera de soporte, que levantó la vista al momento con los ojos nublados en lágrimas y esnifando por la nariz.

—Lo mejor sería que estuviese acompañada y no sola, en la morgue le darán todo el papeleo recurrente, una vez contactada la embajada para el proceso de repatriación del cuerpo si así lo desea.

Brianna no dejaba de llorar y esnifar por la nariz.

—Necesito saber... ¿Quién ha hecho esto y por qué? Necesito verle —inquirió furiosa.

—Yo puedo acompañarle a la morgue si lo desea, así le haría de intérprete, pocos aquí hablan su idioma. Pero antes, necesito hacerle unas dos preguntas... Ella esnifó nuevamente y asintió turbada por la situación.

—¿Sabe usted si su esposo tenía una aventura? Y número dos —dijo el oficial sacándose una foto de la chaqueta con la imagen de la pulsera torneada de oro con cabezales de dragón en la fíbula... ¿Reconoce usted este brazalete? Su esposo lo tenía enredado en el cabello, es una reliquia de particular belleza que parece muy antigua, pero no nos pareció extraño al mencionar usted en su denuncia que su marido era arqueólogo y evidentemente le hemos investigado y resulta que además es muy reconocido en su ámbito, por lo que le vuelvo a preguntar... ¿Es propiedad suya este brazalete antiguo? —Brianna observó la pulsera maravillada y sorprendida, era justo igual a la que había visto en una de sus pesadillas hace una semana, el trabajado del torneado, las fíbulas delicadas los ojos rojos de los dragones. Todo ocurrió en cuestión de

segundos. Pero Brianna sabía que definitivamente esa pulsera antigua no era propiedad de su marido, pero si Bastian estaba en posesión de un brazalete como ese parecido a lo que a veces llenaban las ilustraciones antiguas de los siglos pasados, era porque aquel brazalete sería la clave para averiguar la verdad de lo que había acontecido en el castro y desvelar el misterio de su muerte. El brazalete tenía que ser importante, lo que no sabía era, ¿cómo estaba en su posesión y qué tenía que ver con su extraña muerte y con la investigación pertinente acerca del yacimiento?

—La primera respuesta a su pregunta es no, y la segunda... Era mío. El brazalete es una reliquia antigua de mi familia, fue un regalo que le hice a Bastian el día de nuestra boda hace tres años.

David Hernández volvió a romper el silencio.

—¿Tiene algún recibo que corrobore su historia?

—Cómo voy a tenerlo oficial. Ya le he dicho que es una pieza que ha pasado de generación en generación en mi familia... ¿Acaso duda de mi palabra?, ¿por qué tendría que inventar esto al respecto?

—Lo encontramos atado a su cabello ¿Cómo pudo llegar hasta allí si estaba en su muñeca?

—En eso no puedo ayudarlo oficial, no soy adivina —dijo Brianna mordiéndose los labios, sabía que había mentido descaradamente, pero no estaba dispuesta a perder la única pista que la conduciría a la verdad, le costase lo que le costase, así que mintió y prosiguió a contarle la historia del supuesto día y fecha cuando el brazalete, herencia de su familia, había dejado de serlo para convertirse en un objeto y ritual de compromiso entre los amantes que se juraban amor ante el altar.

La posterior visita a la morgue y la presentación jurada y atestiguada de la identidad de su esposo fue más difícil para la turista de lo que David pensó. Brianna hubiese deseado estar cerca de cualquiera de sus amigas o de Jules para paliar un poco el dolor de la extrañez y las miles de palabras no enunciadas que se habían perdido en el silencio. Bastian nunca oiría la promesa que su mujer había hecho en medio de la morgue en francés: *«Je vous jure mon amour que j'arriverai à la fin de ce mystère. Peu m'importe ce que je dois faire ou où aller, je jure dans cette chambre froide que je tiendrai ma promesse d'essayer ce traitement avec le Dr. Antoine... Et je jure par mon sang et mes os, que je ne perdrai pas et que je ne me rendrai pas jusqu'à ce que je sache la vérité sur sa mort et le sens étrange et le sens de cette pièce qui semble être liée à nous, dans le passé ou dans le*

présent mon ange. Nous nous reverrons à un moment donné, mon trésor». Te juro mi amor que llegaré al final de este misterio. No me importa lo que tenga que hacer ni a dónde tenga que ir, te juro en esta cámara fría que cumpliré mi promesa de probar ese tratamiento con el Dr. Antoine... Y te juro por mi sangre y mis huesos que no desfalleceré ni me rendiré antes de saber la verdad sobre tu muerte y el extraño significado y sentido de esa pieza que parece haber estado relacionada con nosotros, en el presente o en el pasado mi ángel. Descuida mi tesoro, nos volveremos a ver nuevamente en algún momento».

—¿Qué está diciendo la irlandesa? —preguntó el médico forense.

—Ni idea. Está hablando en su idioma creo, debe ser gaélico irlandés o algo así —respondió David encogiéndose de hombros.

Brianna volvió el rostro hacia el vitral observando al médico forense y al policía secándose las lágrimas y encaminándose hacia ellos. La impresión del estado del cuerpo de su esposo la dejó lívida y meditabunda. Tuvo que sostenerse de las paredes del pasillo para evitar caerse. David apareció al momento.

—¿Se encuentra bien señora O'Connor?

—Vuelvo a ser la señora O'Connor —dijo sonriendo sin ganas volviendo el rostro para mirarle de soslayo.

—Déjeme acercarla a su hotel Brianna por favor, me preocupa su condición.

Ella dio dos pasos y trastabilló en un leve vahído.

—¡Brianna! ¿Hace cuánto no come?

—Hace más 24 horas, la comida me importa poco en este momento oficial.

—Me siento un poco frustrado de no haber podido ayudarla más, al menos déjeme invitarla a cenar, hacer que olvide al menos unas horas su dolor y su soledad en un país extraño y lejos de los suyos.

—Está bien David, aunque no creo ser la compañía idónea en estos momentos, suelo ser divertida y locuaz, pero justo ahora me siento otra persona. Acepto su invitación solo a cenar, quiero dejarlo claro, dijo reafirmando sus palabras para no dejar tela de duda al respecto.

—Está claro Brianna, nunca insinué nada más. Te llevaré a mi cafetería favorita para que no pienses que esto es ninguna especie de cita, sino algo informal de conocidos o amigos, un sitio lleno de gente, con

mucho ruido que te impida recrearte en tu dolor... Por cierto, antes de irnos el forense me dijo que pasaras por su oficina para entregarte el informe y los objetos personales de tu esposo.

—Ya que estamos aquí, acabemos con todo esto de una vez David —dijo ella poniéndose erguida, suspirando profundo para avanzar.

La cena en la cafetería y cervecería *Aroma* en la esquina entre la *Rúa Fiscal José Gómez Naveira* y la *Av. Pedro Barrié de la Maza*, justo en frente del paseo marítimo dio paso a las confidencias. Después de unas cuatro cervezas de *Estrella Galicia* con una tabla de pulpo gallego y ensaladilla rusa, ambos abandonaron el *Bar restaurante Aroma* rumbo al paseo marítimo; el rugido de las olas en su ir y venir, y el olor a yodo y salitre era lo más palpable en la especie de ventana abierta al mar de 13 kilómetros de extensión bajo la luz de la luna y las estrellas. Él había insistido en tomar un taxi hacia su hotel y ella había insistido en dar una vuelta, admirando resignada la belleza icónica de esta ciudad portuaria que emergía en medio de una península unida a tierra por un estrecho istmo en donde el mar parecía rodearlo casi todo. Brianna sabía que esta era su última noche en *A Coruña*, la ciudad que le había quitado a fuerzas aquello que más quería.

—Ya lo he arreglado todo, me iré pasado mañana, he conseguido expatriar el cuerpo de mi esposo rumbo a Francia. A Bastian le hubiese gustado —sentenció sonriendo sin poder evitar recordarlo. —Bastian intentó medio año atrás tratar de convencerme de mudarnos para allá, y yo me resistí con fiereza; estaba muy ocupada con mis proyectos, no encontraba la forma de explicarle cómo... como Irlanda es algo más que la tierra que me vio nacer, estoy atada a esa tierra y he echado raíces de una forma que no puedo explicar...

—Lo entiendo, para ti dejar España, Galicia más bien no es un simple tránsito de un pasado hacia un futuro, sino que en el mismo se muestra el tiempo eterno —inquirió David sonriendo, deteniéndose a su costado. Ambos se miraron en complicidad, la cerveza gallega parecía estar haciendo efecto porque Brianna esbozó una sonrisa sexy, a pesar de su reciente pérdida. La brisa marina fría soplaba a esas horas agitando sus cabellos. David no supo porqué, pero dio un paso en frente mirando a esta mujer exótica de cabellos rojizos de hito en hito, y llevado casi por un impulso juntó sus labios con los de ella en un movimiento sutil y rápido, los labios de ella permanecieron en el trance estáticos y entreabiertos

mientras ella daba un paso atrás barriéndolo con la mirada en completa ataraxia, ella no entendió de dónde había provenído aquel impulso fugaz e indeseado, aquel hombre solo le conocía de hace cinco días y sabía perfectamente por lo que estaba pasando en ese momento. Ella alteró el rictus y giró el rostro mirando al mar, dejando que este con su inmensidad borrara sus huellas. David lo supo de inmediato por su actitud. Había metido la pata hasta el fondo y se había pasado ocho pueblos, había dejado que sus partes blandas premiaran sobre su cabeza. Ella cortó el silencio de un momento a otro.

—Lo siento David yo... no quiero ser grosera contigo, pero no puedo.

—No tienes que disculparte Brianna, el que ha de disculparse soy yo... No he sabido respetar tu dolor. Te ruego que me perdones y lo olvides, he sido un necio.

—David, no estropeemos la noche, dejemos estos segundos en el olvido —dijo ella avanzando en el paseo a paso lento. Él la miró alejarse avanzando por el paseo marítimo sin volver la vista atrás. David reanudó la marcha dos minutos después decidido a devolverle al menos el trayecto que faltaba rumbo hacia el hotel, aquella dosis de amnesia momentánea que él le había prometido horas atrás.

CAPÍTULO V.

París, 21 de septiembre del 2018.

A la luz mortecina de las primeras horas del alba y bajo la sombras de los árboles y hojas marchitas que se desprendían en caída libre yendo a parar sobre los caminos embarrados y pavimentados en medio de lápidas y mausoleos pintorescos en donde avanzaba la procesión de unas veinte personas con rostros largos y pálidos entre sollozos, vestidos de colores opacos con lentes y fulares delicados y los hombres con corbatas de seda con chaquetas desplazándose desde la entrada principal del *Boulevard Ménilmontant* al remanso de paz del cementerio de *Perè Lachaise* alejado de la bulliciosa capital francesa. Casi justo después de descender de la carroza funeraria rumbo hacia el nicho en donde Brianna O'Connor había decidido enterrar a su marido, en medio de personajes ilustres y afamados artistas. La procesión había avanzado entre hipidos hacia el monumento a los muertos en medio de un rumor casi inaudible pero continuo, siguiendo por la Avenida principal hasta más allá de la capilla desviándose en dirección noreste sobre la calle *Molière et La Fontaine* con esculturas y lápidas en la que el arte barroco neo bizantino antiguo relucía a través de los ojos anegados y las caras demacradas de los presentes que se habían aglomerado para despedir al *doctor Langlois*. El sacerdote caminaba a paso lento pero cercano a la procesión, mientras la viuda desconsolada que precedía la marcha lánguida y ojerosa de cabellos rojizos, era arropada bajo el ala protector de *Jules Duschampis*, el eterno amigo y colega del arqueólogo. Brianna sostenía entre sus manos un ramillete de lirios blancos, las flores favoritas de Bastian, ante la atenta mirada de sus colegas y amigos que le hacían la calle de honor para darle al francés el último adiós. El entierro fue lo más sobrio que hubiese querido el difunto, en el las estatuas y las enormes esculturas de los mausoleos y el mini bosque denso parecía por

segundos cobrar vida a través de las sombras dispersas que otorgaban al cementerio su mini clima peculiar, en donde los tímidos rayos de sol apenas comenzaban a emerger desvaneciendo aquella niebla blanquecina que le otorgaba al *Perè Lachaise*, ese halo de misterio.

Horas más tarde después de recorrer lo más de 386 kilómetros para cumplir la última voluntad del difunto, Brianna se dirigió hacia el país del *Loira Atlántico*, hacia el distrito de *Nantes*, en donde Bastian poseía la hacienda familiar en la que había crecido y desde la que soñaba cada día con conquistar un poco más del mundo. Aquella casa era el refugio particular de la pareja en primavera, pero este año sería la excepción... Brianna había dejado atrás el “estanque negro” luego de pedir la baja laboral inmediata por tres meses prorrogables. Los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles a medida que el automóvil atravesaba la carretera recreando sombras vivientes a través del parabrisas del peugeot azul mientras ingresaba en los terrenos de la casa familiar de los *Langlois-Marchant*, en donde ella y su esposo habían pasado las más fantásticas vacaciones bajo la sofocante y seca primavera francesa. Ahora frente a sus ojos, la casa solariega de nueve piezas con orientación al norte construida 1804 en un terreno abierto de 18000 m² en medio de una colina, sería su refugio particular hasta que la administración decidiera que haría con los bienes y posesiones de su difunto esposo. La cita en el distrito de Nantes estaba dictaminada para entre cuatro semanas en la oficina del abogado de la familia, en donde se llevaría a cabo la lectura del testamento según lo acordado por el occiso .

Glasgow, 11 de septiembre del 2018.

Era una de esas típicas mañana en Glasgow en donde las nubes vaticinaban las bendiciones caídas del cielo en forma de agua. Niall aparcó al lado sur del río Clyde, descendió del coche admirando la imponente y moderna construcción del SEC Armadillo, el auditorio de estructura imponente y brillante con capacidad para 3000 personas, lugar dónde había decidido tendría lugar la gran clausura de su ciclo de conferencias de los «keltoi» titulada “Almas Salvajes”. El auditorio estaba lleno las $\frac{3}{4}$ partes cuando el presentador sobre el podio tomaba la palabra para esgrimir con frases cortas, la trayectoria, experiencia y el dominio de una de las eminencias proveniente del *Trinity College of Dublin*. La voz que emergió

del micrófono ante el gigante auditorio expectante reverberó en la sala, el hecho de que la acústica fuese realmente buena era una de las razones por la que el Niall Jónsson había elegido este auditorio entre otros, al igual que por la proximidad con la Universidad de Glasgow por la cual tenía acceso fácilmente atravesando el puente que comunicaba el Centro de Conferencias y Exhibiciones Escocesas con el camino por Argyle Street a solo escasos nueve minutos desde donde se encontraba ahora, tras el cobijo de los pesados y amplios cortinajes tras bambalinas, esperando en medio de las sombras para aparecer en el escenario mientras el ponente y director del Hunterian Museum detrás del podio enunciaba su nombre en medio de aplausos.

—Doctor Jónsson, criptólogo e historiador del Trinity College of Dublín y director del *Instituto de Estudios Celtas*... Démosle la bienvenida al Auditorio Clyde —dijo el ponente entre aplausos.

—Gracias a todos. Es un placer para mí acabar este ciclo de conferencias en la ciudad de Glasgow, y que mejor manera de iniciar esta ponencia que compartir con ustedes no solo el pasado y la historia, sino la enjundia que hemos ido recopilando por los siglos que hace que tengamos en la actualidad una idea menos confusa de este pueblo bélico y exuberante que nos dejó no solo un legado sino una huella imborrable en el mundo... “Los celtas...”.

La muchedumbre estalló en aplausos y vítores mientras una de las puertas del piso superior del auditorio principal se deslizaba sutilmente dándole paso a un joven enjuto que cojeaba de la pierna izquierda arrastrándola en dirección hacia las butacas de la parte posterior del primer piso. Niall con un leve movimiento de manos y bajo la luz potente de los focos que le apuntaban al rostro enmudeció a la sala. El joven de cabellos negros, mirada zafia, estatura media con nariz pronunciada y porte enclenque se sentó en la penúltima hilera hundiéndose en la silla para evitar ser descubierto, mimetizándose entre los participantes, observando como Niall Jónsson se apoderaba del amplio y maduro auditorio en pocos segundos con su acostumbrado carisma innato, cautivando al público valiéndose de su dominio y la destreza casi inherente en el desarrollo del tema, como si se tratase de los bardos con su magia de antaño.

—Todos sabemos que los celtas no dejaron testimonios escritos que atestigüen sus hazañas ni andanzas, pero hay claras pruebas sobre todo en el noreste de Europa de la existencia de estas tribus. Lo que conocemos de ellos nos viene legado del posterior proceso de la cristianización ocurrida en el siglo XI, que nos llegó de la mano de los clérigos y monjes escribanos que las

adaptaron como epopeyas románticas cambiando nombres y datos que hicieran que la iglesia creara una visión un poco más romántica y desmitificada de lo que en realidad pudo haber acontecido, enmarcado en el concepto y en lo que perseguía la iglesia en ese momento histórico...

La conferencia pasó por los siglos, remarcando en consenso: *El libro de las Invasiones*, *El Libro de Dun Cow*, *El libro de Lecan* y *el Libro de Leinster*.

—Pasaremos al apartado de preguntas —culminó diciendo Niall mientras bebía un poco de su botella de agua.

El timbrar del móvil dentro de la chaqueta hizo que el joven situado atrás en el auditorio a varios metros de distancia del historiador se sobresaltara. El joven aprovechó la ronda de preguntas para con sigilo contestar la llamada.

—Aye? Awrite, pal!—. «¿Sí?, qué tal colega».

—¿Le has encontrado al fin?

—Sí, lo tengo delante de mí, frente a un enorme auditorio.

El enclenque hombre deslizó la mirada hacia escenario desde dónde el profesor Jónsson explicaba los pormenores históricos de la Liga Celta de los 6. La extraña voz en inglés del otro lado del auricular prosiguió cambiándose al islandés.

—¿Lo sabe?

—Creo que aún no.

—No le pierdas de vista. Las noticias vuelan, pronto estará sobre aviso y se pondrá en marcha todo el plan. Le conozco bien, no puede evitarlo, tiene ínfulas de héroe de epopeya. Él nos llevará *an smerald* «la esmeralda», ya he movido algunos hilos, todo está en marcha.

El pitido agudo del móvil indicaba que el ignoto con acento extraño había colgado la comunicación telefónica sin previo aviso. La multitud estallaba nuevamente en una larga ovación, mientras Niall Jónsson daba por terminada la conferencia, al mismo tiempo que el joven de constitución débil planeaba su siguiente movimiento siniestro.

Veinte cinco minutos más tarde Niall emprendía paso lento en medio del monumental edificio de la Universidad de *Glasgow* en medio de los dos claustros unidos por un pasaje que albergaban las aulas con su propia magia transportándole a otro tiempo en la historia en lo que sus pasos y su mente le llevaban de la mano a siglos atrás en los mismos jardines preciosos y vistas espléndidas del ayer; ahora observaba el gran edificio que albergaba el museo

más antiguo de Escocia, el Hunterian Museum, recordó a su amigo, el médico cirujano Jhon Hunter que estaba obsesionado con la disecciones, los cuerpos y los dientes, aquel médico que con su colección de 14000 muestras habían también conseguido por capricho el esqueleto del “gigante” irlandés. Hunter era un médico extraño pero un genio con una sed de conocimiento en potencia, casi como todos los genios de la historia que vivía de sus obsesiones, sus investigaciones y sus trabajos. Niall deslizó la mirada alcanzando a ver la fachada de la iglesia y rememoró el Gran Salón, que era la sala destinada a los banquetes medievales de antaño, continuó caminando, paseando por el patio interior y admirando la fachada majestuosa con los brazos cruzados a la altura de su espalda, para luego detenerse a estrechar algunas manos conocidas, entre sonrisas forzadas de camino hacia la Biblioteca, cuando sin apercibirse de su presencia una mano como salida de la nada le rozó el hombro izquierdo sobresaltándole.

—Profesor Jónsson. —Niall giró su torso con la destreza de un guerrero y la mirada escudriñadora de un halcón.

—Siento interrumpirlo, yo hace poco estaba en el *Auditorio Clyde* y me fue imposible ordenar mis ideas para hacerle alguna pregunta a cabalidad, y ahora que lo he hecho, su ponencia ha terminado, pero no podía dejar pasar la oportunidad, no todos los días le tenemos en Escocia, su eminencia. El joven enjuto sonrió de medio lado y sus ojos brillaron con la falsedad de un zirconio que reluce y brilla enmascarando sus destellos. El profesor se detuvo y se giró para apreciar mejor al joven extraño y arguyó con solemnidad, mientras miraba la pierna en desnivel un poco ladeada que indicaba que su cojera no era algo reciente.

—Por supuesto, soy todo oídos... —El joven sonrió al momento.

—Me preguntaba si... ¿Aún es posible cambiar el curso de la historia doctor?

—No le entiendo, mi conferencia era acerca de los celtas.

—En efecto...—sonrió el joven dejando ver sus dientes amarillos, encaramados y abundantes para el espacio de su boca, como el jolgorio en un festival. Unas botas sobre los empedrados suelos atravesaban las enormes bóvedas del claustro. *James McKinighan* había atisbando a ver a su colega detenido de espaldas en medio del pabellón. Niall Jónsson era inconfundible con su 1.84 de estatura, piel nacarada, fuertes brazos, cabellera rubia semi larga, espaldas anchas; semejava un gigante nórdico con aspecto conspicuo. Desde la distancia James no alcanzaba a atisbar sus facciones varoniles, ni

sus ojos azules. Ellos habían sido colegas el tiempo que Jónsson había vivido en Edimburgo hace cinco años, los dos eran apasionados por la historia, eso era lo que les había hecho congeniar desde la primera oportunidad. James llegó justo al momento en el que joven procedía a elucubrar su racionamiento utilizando el símil de los otomanos, para esclarecer su pregunta haciendo alusión a los celtas.

—¡Jónsson!, dichosos los ojos que te ven. He movido cielo y tierra ayer en Edimburgo y al final no he alcanzado a toparme contigo.

—Mi viejo amigo *McKinigghan* —exclamó él con una abierta sonrisa estrechando su mano.

—Tengo noticias inquietantes, haz sabido lo del nuevo yacimiento.

—Disculpa, me das dos minutos James...

Niall se giró sobre sus talones ante la atenta mirada del joven que permanecía circunspecto ante la escena del reencuentro de dos grandes camaradas.

—Lo siento joven, su pregunta es algo compleja, creo que esconde varios matices, la verdad es que no dicto cátedra ya, me desarrollo más bien en el proceso investigativo y lo que ello concierne, pero como siempre trato de resolver las inquietudes de mis estudiantes, sobre todo a los que van a mis seminarios y conferencias...

Niall sacó del bolsillo de su americana azul de cuadros con líneas blancas su tarjeta.

—Póngase en contacto con mi asistente, él es el que gestiona todo en mi despacho. Él me hará llegar sus dudas y sus argumentos, y yo tan pronto pueda le responderé por medio de un correo electrónico. Si me disculpa, debo dejarle ahora por cuestiones académicas urgentes.

Jónsson dio un paso en dirección contraria y él y James se perdieron bajo el reflejo de la luz anaranjada delante del *Parque Kelvingrove*.

—¿Cómo me decías? Un nuevo yacimiento... ¡Cuéntamelo todo!

—¿Te has enterado de las últimas noticias del grupo de los 6?

—La verdad solo he abandonado el hotel para ir...

—Ya te he dicho que he intentado dar contigo por todos los medios, te he llamado infinidad de veces.

—Lo siento, ya me conoces, sabes que me deslindo de los móviles y las apps vanguardista. Soy chapado a la antigua, me encanta lo *vintage*, no he encendido el móvil desde que dejé Dublín. Entonces, no sabes nada del nuevo descubrimiento en España.

—Perdón, no lo entiendo, ¿a qué te refieres?

—Me refiero al yacimiento que aduce Saineriro y la organización española que probará sin tela de duda los antecedentes celtas en la región ibérica. Lo que ellos llaman la prueba fehaciente de la *leyenda de Breogán*.

—Me dejas muy intrigado —insistió Niall rememorando su episodio rápido en esas tierras.

—Lo entiendo, siempre hemos concedido el grupo de seis que aquella leyenda solo formaba parte de un mito antiguo, una ensoñación de los ibéricos tratando de sustentar sus hazañas. Desconozco los pormenores del hallazgo, pero si te digo que este descubrimiento le dará la vuelta al mundo y a la historia. Lo único que sé es que los restos arqueológicos encontrados allí datan según expertos arqueólogos del siglo XI o previos a este período... ¿Te imaginas?

—¿Dónde ocurrió esto exactamente?

—En donde siempre sustentaron los españoles, en Brigantia, actualmente...

—No es necesario que me recuerdes *el libro de las invasiones*, lo conozco a la perfección. Eso quiere decir que si ellos tenían razón el nuevo descubrimiento tuvo lugar en *Gallæcia* al extremo noroeste de la península. Lo que ellos conocen hoy día como... Galicia.

Nantes, 11 de octubre del 2018 .

Brianna sentada en el despacho de *Lèone Blanchard*, el abogado de la familia *Langlois-Marchant* esperaba a que terminara la llamada telefónica que había surgido de improviso cuando el amable abogado les había recibido en su despacho de la *Rue Racine* a tempranas horas de un lluvioso día de otoño.

—Mis disculpas señores, era de suma importancia resolver este inconveniente, pero no lo retrasemos más —dijo dirigiéndose a ellos que le aguardaban en el amplio despacho crema de decoración de estilo inglés.

—La lectura del testamento ológrafo solo se hace delante del legatario...

—Lo he entendido claro. Bree te esperaré afuera y te llevaré a casa tan pronto termine el trámite.

—Pero, Jules...

—No pasa nada, las normas son las normas.

El abogado procedió a leer el documento elaborado por su cliente. “Mi firma o en este caso yo, como representante legal al cual de ahora en adelante llamaremos «albacea testamentario» he sido nombrado como tal por el testador, *Bastian Louis Langlois Marchant* en pleno uso de sus facultades. El poder de representación ha sido designado como tal por el tribunal de testamentarías... La sucesión hereditaria se rige por la ley del Estado en que el causante tuviera su «domicilio» en el momento de su fallecimiento, siendo reconocido este como uno de sus domicilios, por lo que los bienes registrados en Dublín serán materia competente del estado en mención, nosotros nos referiremos solo a los bienes en territorio galés o francés para efectos que constituye todo lo referente redactado en su momento hace seis meses por su esposo...”.

—¿Cómo ha ido todo Bree?, ¿cómo te encuentras?

—Ha sido más rápido de lo que esperaba, lo que quiero ahora es irme a casa. Te contaré todo cuando hayamos llegado. —Jules aceleró el paso y ambos abandonaron las oficinas *Antélis Avocats Associés* bajo el cobijo de un paraguas negro que les reguardaba de la lluvia antes de poner el coche en marcha rumbo a la casa solariega. Ya resguardados dentro de la enorme propiedad de suelos maderables, espacio diáfano y paredes blancas en su gran conjunto con decoración modernista, Jules inclinado frente a la chimenea atizándole a las tablas que crujían volatilizando unas pequeñas chispas incandescentes, se puso en pie para tomar la copa de vino blanco que Brianna dejaba en sus manos colocándose un chal de lana sobre los hombros para detenerse frente el amplio ventanal que daba al enorme jardín que en primavera lucía esplendoroso, pero que en invierno era más bien sombrío. Jules se quedó detenido observándola. Brianna no parecía la misma mujer que hacía un mes, su aspecto ahora era un poco desgarrado y parecía haber perdido bastante peso, sus ojeras eran más visibles que la última vez que la había visto en el cementerio, y en su rostro ya no mostraba atisbos de alegría ni ilusión, sino más bien todo lo contrario.

Ella rompió su largo silencio diciendo:

—He sido nombrada como heredera universal de los bienes de Bastian.
—Ella se giró de improviso dando largas zancadas soltando una imprecación,

al tiempo que su rictus se alteraba atravesando un ademán hosco su rostro macilento mientras lanzaba la copa contra la chimenea, casi como un acto reflejo.

—«¡Bree!, ¿qué tienes?».

—¿Desde cuándo yo dejé de saber lo que hacía y pensaba mi marido Jules...? Me he quedado pétrea con cara de ilusa cuando el abogado ha hecho mención a cuentas de banco y una caja de seguridad que yo desconocía, así como también a bienes, que ni siquiera sabía que existían, mi marido me legó una serie de excentricidades y con ellas esta casa, un coche antiguo bentling y un gato siamés que está al resguardo de la ama de llaves de esta residencia.

—Querida, era de esperarse que te lo dejase todo luego de la muerte de sus padres... ¿Qué vas a hacer?

—Simple, lo que él quería que hiciera, asumir la administración de estos bienes y darle el mejor uso que pueda encontrarle.

—Yo parto esta noche a Dublín, debo retomar el trabajo en el laboratorio... Brianna, ¿te quedarás aquí en Francia entonces?

—No estoy preparada para regresar a nuestra casa, no ahora cuando aún todo está tan reciente, la casa no me vendría bien, compartimos muchos años allí, no soportaría su ausencia, no podría Jules, me conozco... Necesito la distancia al menos por ahora, al menos he dejado de llorar, puede que todo esto del gato, las cuentas y las nuevas responsabilidades adquiridas me ayuden a no recordar, lo que aún me lastima.

—Sabes que cuentas con mi apoyo mon amie —inquirió Jules acariciándole el brazo y arqueando las cejas.

—Eres un buen amigo Jules y pierde cuidado, lo sé .

INTERLUDIO II.

Dundalk, provincia de Leinster, siglo XIV d.c.

Bañadas por la tranquilidad de la noche las murallas del Castillo de Roche con sus fuertes muros a la distancia se mostraban impenetrables en medio de una colina con vistas a la campiña y a las enormes pendientes con hierbas que trepaban hasta los adarves fortificados de sus muros, desde dónde a través de sus ventanales se podían observar cuesta abajo el accidentado afloramiento rocoso en donde la hierba húmeda recubría todos los caminos mostrando las amplias vistas hacia Louth. Edward había estado rodeando el inexpugnable castillo para que sin provisiones el ejército inglés fuese un blanco fácil de sus conquistas, pero justo hoy, con el cabello enmarañado y ondeando al viento, Edward Bruce, con cortes semi profundos en el brazo, pierna y rostro, pero aún fuerte sobre su cabello recordaba la emboscada de dos días atrás con el ataque de *Mac Duile Chain de Canbrassill* y *Mac Artain de Iveagh*, mientras a corta distancia de la fortaleza y con la vista puesta sobre su objetivo esperaba estoicamente preparándose para la obligación de cumplir con su promesa y destruir a sus enemigos los Vernon y los Butler, y tomar su castillo con la ayuda de Thomas, el conde de Moray. Esta vez no fracasarían, utilizarían el pasaje secreto conjunto al foso que habían descubierto y penetrarían en las dependencias antes de que los enclenques soldados pudiesen ponerse en guardia y plantarles cara.

No muy lejos de allí en la ciudad de Dundalk, el ejército escocés comandado por Kendrew O'Neill y sus soldados penetraron en la ciudad. El sonido del viento se alzó como un chillido ululante en medio de la noche cuando Kendrew, el valeroso, como le solían llamar, en un leve movimiento

de antorchas mostró la señal para iniciar el combate. Los hombres comandados por O'Neill y sus aliados se lanzaron con ferocidad al cruento combate entrando en la ciudad al galope encima de la montura de sus caballos con su indumentaria militar, protegidos por la cota de malla y sus túnicas con el león rampante rojo y los cascos planos y redondos blandiendo las espadas y las hachas con el chasquido metalizado del choque de las armas afiladas cortado el aire y la carne abierta por las heridas infligidas. El ejército escocés con un fluido estilo de la lucha, organizado y disciplinados aplastó y ahuyentó a los enemigos entre alaridos y lamentos mientras el cielo era invadido por cientos de flechas al aire que los arqueros disparaban desde una distancia prudencial para incidir sobre el bando enemigo. La guerra no había cesado desde que Domnhal Mac Brian O'Neill había instado a los irlandeses a rebelarse, a demoler y a asolar todo a su paso. La gran cornamusa reverberó en el aire, el sonido de la guerra agarró de improviso y desorganizados a los Burgh y Ormonde cuando entre la neblina matutina atisbaron a ver la imagen de aquellos gigantes y fornidos guerreros que irrumpiendo en su ciudad en medio de gritos, lanzas y hachas voladoras que incidían sobre el cuerpo del enemigo que apresaba su ciudad.

El fuego enardecía las viviendas mientras los soldados destruían todo a su paso. El día se había vuelto de golpe en un auténtica pesadilla, los escoceses y sus aliados irlandeses en medio del silencio por la conmoción y el dolor de los heridos que dejaban a su paso en una especie de río de sangre en conjunto con los gritos de los familiares de las víctimas, las mujeres corriendo despavoridas con el rostro del terror grabado en su semblante, los niños llorando desconsolados al son de los escudos colisionando con el duro y seco sonido del golpe del filo de las espadas cercenando miembros y atravesando la carne de los soldados aguerridos enzarzados en un combate frenético con los endeble soldados de Ulster que despedían sangre a borbotones manchando la tierra y sus ropajes. Una voz se elevó entre la barahúnda—:

—«¡Tomad la plata y las armas y quemadlo todo! Que arda hasta los cimientos, no les dejaremos nada a los ingleses».

A los pocos minutos... ¡Catamplúm!, la explosión sonó a los lejos, al mismo tiempo que los caballos abandonaban la ciudad en medio de la noche dejando a su paso un humo negro en medio de las llamas enormes a sus espaldas, la muerte y el horror.

Carrickfergus, julio de 1315.

La lluvia fuerte e incesante había estado cayendo desde entrada la primavera y no se había detenido ni con la llegada del verano. A mediados de julio era oficialmente uno de los peores veranos que se recordaba en la costa noreste de Irlanda, ya que los constantes aluviones de agua a los que era sometida la isla habían impedido que las tablas de madera se secarán para producir la leña suficiente, así como también que la comida escaseara en todo el territorio. La fuerte precipitación habían traído como consecuencia también la pérdida de las cosechas antiguas y el impedimento del afloramiento de los nuevos brotes de hortalizas y granos lo que había provocado que la cosecha vigente se pudriera al igual que la paja y el heno que no se secaban no pudiendo haber forraje para el bestiar y esto sumado a las guerras y el mal tiempo sempiterno habían traído como efecto virulento que las enfermedades comenzaran a aflorar de manera significativa arrasando a gran parte de los habitantes de la región. La vida era difícil en la ciudad pesquera de Carrickfergus en el emplazamiento que había sido conquistado por los hermanos Bruce. A lo lejos, unas botas sucias, desgastadas y llenas de hierba y estiércol habían llegado al pueblo caminando, la imagen difusa de una silueta casi fantasmagórica se aproximaba tiritante en medio de las calles, un anciano desvaído, mustio y flaco atisbaba a la distancia la imagen de una joven mujer demacrada y harapienta al igual que el pueblo, maloliente y sórdido que sumada a sus habitantes otra alma más que de seguro no viviría al acabar el invierno. Brigid desvió la mirada en dirección al fondo noreste donde se divisaba la *Taberna de Maud*, el único de los tres sitios aledaños donde existía una posada decente en los buenos tiempos. Brigid de Burgh recordaba como su esposo siempre le había hablado muy bien del cantinero de la taberna, un tal Sullivan, ella había conseguido escapar de la masacre pero no había corrido con mayor suerte, su esposo Jhon William Burgh, conde de Ulster, había perecido en el asedio a la ciudad y eso solo significaba que ella había quedado a la deriva, vilipendiada y señalada por los conocidos y marcada por todos ahora como la del bando enemigo que luchaba codo a codo al costado de los ingleses. Ahora arrastrando su mullida y pesada túnica y su capa empapada por la lluvia arrastraba su cuerpo hacia el único sitio donde podría calentarse y disfrutar de una comida decente. En la posada de

Maud reinaba el silencio cuando ella ingresó. Las mesas estaban rodeadas de hombres y mujeres de la vida fácil que pululaban en derredor entre risas estentóreas amenizadas por conversaciones vacías en medio de un ambiente en el que whiskey ayudaba a olvidar las desgracias y el hambre. Brígid nunca había estado en uno de esos sitios aunque había oído hablar de ellos muchas veces, por lo que solo al entrar con los ropajes húmedos que se le pegaban al cuerpo como una segunda piel, con los cabellos húmedos desparramados y semi recogidos rojizos en una trenza, pero sobretodo con aquel aire de altivez que la caracterizaba y que no había mermado ni con la desgracia... Brígid de Burgh supo que llamaría la atención de todos al momento. De un momento a otro cuando las puertas roñosas de la taberna rugieron tras su imagen marchita cediéndole el paso al interior de la tasca, la estancia completa enmudeció. Ella pudo en seguida aún con la cabeza agachada sentir las miradas persistentes que la taladraban desde lejos, miradas zafias y libidinosas que desde siempre ella había ignorado desde su fortaleza, ahora eran ellos, el pueblo intruso, el que la observaba con recelo, algunas miradas eran de desprecio, otras eran de ira y otras tantas estaban cargadas de lascivia. Cuando finalmente Brígid levantó la cabeza casi pareció sorprenderle encontrar al tabernero mirándole sorprendido. Dio dos pasos y se obligó a seguir en dirección a la barra, necesitaba conseguir un lugar donde pernoctar.

—Necesito un lugar para dormir —anunció de pronto Brígid como si la sola pregunta le incomodara.

—No acostumbro a quedarme en sitios como este pero...

La boca se le secó y desvió la mirada hacia el salón repleto de hombres y en un movimiento ágil levantó la cabeza con su acostumbrada soberbia mirando al hombre directo a los ojos. El tabernero Sullivan se dirigió a ella sirviendo de una de las jarras una especie de líquido ambarino que una mujer regordeta recogía dirigiéndose al laberinto de mesas en el salón principal.

—Puedo ofrecerle una habitación pequeña, muy pequeña y lúgubre, pero con una ventana y sábanas secas si lo requiere señora —arguyó Sullivan con gesto reverencial, asintiendo y reprimiendo una risilla en los labios.

—¡Qué maravilla! —replicó Brígid con cinismo. No esperaba encontrar algo mejor. El tabernero hizo una seña con las manos y una mujer de cabellos oscuros y contextura recia se dirigió escaleras arriba.

—¿Dónde está vuestro esposo?, esto no es un sitio para un dama, al menos no para una sola.

—Mi esposo está muerto.

—¡Oh, qué pena señora!, mis condolencias sinceras. Pero supongo que una mujer de su clase... dijo mirándola de manera triangular. Tendrá con qué pagar por su estadía, arguyó carraspeando el tabernero educadamente sin dejar de mirarla.

—Le informo que los precios son un poco más elevados que hace tres meses atrás.

Ella suspiró profundo dejando salir el vaho, constriñendo su rictus y se sacó una de las sortijas que tenía entre los dedos.

—Supongo que se quedará con nosotros por una corta estancia. Esto solo le sirve siete días sin derecho a comida, ni bebida, ni agua caliente señora.

Ella le miró con desprecio y se sacó otra sortija más de las tres que tenía entre los dedos y la dejó sobre la rústica barra de madera. El tabernero le sonrió.

—Muy bien, le estarán preparando la habitación en unos momentos, tan pronto esté acomodada le subirán un poco de caldo, callos y pan acompañado de un poco de whiskey que viene bien para el frío, le adelanto que este es el único sitio donde aún queda un poco —dijo aproximándose sobre la barra y cubriéndose un poco la boca como si le dijera una especie de secreto.

—«¡Bienvenida a la Posada de Maud!» —sentenció el tabernero con sorna.

Brigid subió las escaleras hacia el piso superior con el ruido de las quejumbrosas repisas de madera que crujían al avanzar guiada por la misma joven que había visto antes perderse con la sola seña del tronar de los dedos de Sullivan, ansiaba quitarse las ropas mojadas y extenderse a descansar luego de su larga caminata a la intemperie. El viaje largo había sumido a sus huesos y a sus articulaciones en un cansancio perenne. Ya dentro del habitáculo, la habitación era muy poca cosa, pequeña, con una cama aún más pequeña y alguna manta de lana raída y casi traslúcida. Brigid comenzó a quitarse las pesadas piezas de ropa húmeda y se acercó a la pequeña fogata que la chica había dejado encendida para caldear la habitación, cuando el golpeteo de la puerta le anunció la presencia de la chica en su puerta nuevamente. Brigid de Burgh solo con su túnica crema delgada y los cabellos rojizos húmedos se acercó a la puerta.

—¿Quién es?—. La muchacha respondió al momento.

—Traigo la comida señora. —Brigid abrió la puerta y el olor del caldo hizo que su estómago que no probaba nada desde hace dos días se contrajera, ella procuró evitar verse sumida en una ansiedad sobrecogedora que la instaba a arrancarle el plato de las manos y devorarlo en segundos. La muchacha o *lassie* como le decían en esas zonas colocó los platos y la pequeña jarra justo cerca a la pequeña mesa circular de tres patas de madera que se encontraba cerca de la cama y retrocediendo sobre sus pasos avanzó hacia la puerta y la cerró detrás de ella. Brigid sola, dentro de lo que ahora era su propia fortaleza rústica y oscura se abalanzó sobre la mesa devorando con ansia viva el pan y bebiendo como nunca creyó hacerlo, de pie y con prisas, casi atragantándose con las manos cenizas y rugosas por el agua.

Los siete días pasaron volando sin que el clima cambiara. Las primeras noches había tenido que soportar los incordiosos acezos de sus vecinos de las habitaciones contiguas. Las risas y el sonido de las botas subiendo las escaleras en una melodía de ir y venir. Pero aquella mañana de verano ella debía tomar una decisión ya que no poseía más de lo que llevaba encima. Los dos primeros días habían intentado tumbarle la puerta y entrar, luego, las pocas veces que bajó para estirar las piernas, la gente la empujaba y la trataba con desprecio. El cuarto día había dado el último de sus anillos para conseguir ropa seca y gruesa y unos calzados apropiados en conjunto con una capa y remedios. Ya solo le quedaban sus pendientes y el collar de las pocas pertenencias que portaba cuando llegó al pueblo; luego de deshacerse de ellos no sabía qué haría. El miedo había cegado sus sentidos y había mal negociado los bienes que le habían ofrecido a cambio de poco o casi nada y ahora su situación empeoraba porque la gente comenzaba a susurrar entre murmullos que ella era una de esos invasores que le habían despojado de todo cuanto tenían, era una furcia y asquerosa inglesa.

Descendió la escalera justo para intentar negociar un mejor acuerdo con el señor Sullivan. La desgracia había caído sobre ella. Ella solo esperaba que la gente del pueblo no la reconociera de otra época en dónde ir al pueblo con sus sirvientas significaba obtener la mejor lana, joyas y viandas con la arrogancia que siempre la caracterizaba en eso entonces, como la noble que era.

Los caminos desde cualquiera sitio se mostraban inundados, los rostros de los viandantes por el puerto y pueblo los últimos días lucían lánguidos y

demacrados, la gente se mostraba débil hasta para luchar por lo que creían que por derecho les pertenecía, el pan escaseaba aún más, eso lo había constatado porque sus porciones eran cada vez más reducidas y ahora detenida delante del tabernero se había indignado al descubrir que los precios se habían encarecido aún más.

—Tenés que marcharos de aquí si querés sobrevivir señora, ya no puedo ayudaros, os digo esto de buena fe. —afirmó el hombre elevando la voz para hacerse oír entre la algarabía—. «Marcharos lejos y fuera de la ciudad y del puerto, y nadie os molestará».

—Si lo hiciera... moriría de inanición. Acaso crees que mi dinero no tiene ningún valor, no vale al igual que el de aquellos caballeros —dijo poniendo el collar que llevaba en las manos sobre la barra indignada. Brigid no supo cómo, pero de la nada apareció un niño pilluelo de alrededor de ocho años y le arrebató el collar de entre las manos en su descuido y salió corriendo despedido de la taberna como alma que lleva el diablo. Ella se giró descorazonada y asustada. —«¡Ladrón, ladrón!» —alcanzó gritar con todas sus fuerzas, los hombres que se hallaban al fondo del laberinto de mesas con las mujeres sentadas sobre sus regazos y bebiendo en descontrol de sus copas enmudecieron solo un momento y se removieron volviendo a sus quehaceres; uno de ellos se le acercó mirándola con desdén y le escupió las botas a verla de cerca en la barra.

—Tú eres una de ellos —farfulló acercándose amenazadoramente. Ella volvió el rostro hacia Sullivan aterrorizada.

—Le pido un poco de indulgencia para quedarme dos días al menos por caridad. No tengo ya con qué pagarle...

El tabernero la miró de arriba abajo diciendo—:

—Aún tienes con que pagar mujer —dijo arqueando las cejas. Otros tres hombres se pusieron en pie mientras acaecía la escena en una especie de cámara lenta. Y ella se giraba observando sus rostros adustos y su actitud beligerante. Volvió a voltearse encogiéndose un poco y mirando por encima de sus hombros.

—Sabe que mi intención era pagarle por otros días sus descabellados precios, todos aquí han visto que aquel jovenzuelo me ha robado —dijo señalándoles furiosa.

Una voz emergió del fondo de repente entre risillas pendecieras.

—Pues ya sabés mi señora qué hacer para poder comer y dormir caliente

—apostilló uno de los hombres al fondo del salón llevándose las manos a las caderas con mofa señalando su entrepierna, consiguiendo que los otros hombres le secundaran en imprecaciones soeces y burlas. Las risas reinaron por momentos mientras varios de los hombres la miraban con lascivia.

La puerta se abrió dejando constar la descarga de agua proveniente del cielo que parecía decidida a inundar todo el pueblo. Al otro lado atravesando la puerta se erigió de golpe enmudeciendo la posada la imagen de cuatro hombres fornidos y altos. No es que fueran algo fuera de lo común en esas tierras, pero uno de ellos era muy conocido por ser el sobrino de Domnall O'Neill, el pueblo había festejado sus últimas hazañas en conjunto con Bruce en Dundalk y ahora mientras algunos pasaban a su costado y postraban sus cabezas y le saludaban con respeto golpeándose el pecho con el puño cerrado y quitándose los sombreros... Kendrew O'Neill, William O'Floinn, Thomas O'Cathain y Richard McGueiwn caminaban con aplomo en dirección a la barra entre risas, habían venido de lejos bromeando y apostando a un poco de aquel whiskey que les ayudaría a relajar sus cansados músculos y sanar sus heridas de combate; cuando Kendrew a la distancia logró ver a una mujer de cabellos ondulados rojizos. Una mujer como no había visto otra igual: ella era alta y muy delgada con el pelo rojo cobrizo que le caía como una cascada sobre el pecho en un remolino de rizos, el atuendo de su vestido era elegante pero desgastado con el dobladillo sucio, la mujer que miraba a la distancia tenía la piel nacarada, pudo ver por encima de sus ropas que quizás en otros tiempos podía haberse visto mejor, pero no por ello, aún con las piernas delgadas y larguiruchas que se adivinaban a pesar de que estaban cubiertas por el vestido había dejado de impresionarle. William, Thomás y Richard se desviaron hacia una mesa vacía situada al fondo del salón, al mismo tiempo que Kendrew caminaba deslumbrado hacia la barra donde la mujer aún discutía con el posadero. Ella solo se había medio girado cuando reinó el silencio, lo había mirado por una fracción de minutos por encima del hombro y se había vuelto a girar airada hacia Sullivan, dispuesta a resolver su estadía y comida en la *Posada y Taberna de Maud...* «Dicen que las almas gemelas cuando se ven se reconocen, él la había reconocido al instante, aunque su aspecto distara bastante al de Caitlan y su complexión fuese distinta, aún así ella mantenía su mismo tono de piel, sus ojos eran glaucos impresionantes como las piedras preciosas y su pelo era del mismo rojo cobrizo, aunque ligeramente más rizado. Era ella, sin duda». Él la había estado buscando por años pero la suerte le había sido adversa hasta ese momento. El destino le

jugaba ahora una broma macabra, la había hecho volver pero convertida en su enemiga, y nada más y nada menos que en medio de una acérrima guerra. Él era escocés y ella era inglesa, lo suyo más que seguro, era imposible. Kendrew caminó como en medio de un trance y alcanzó a oír su voz melodiosa y suave, impregnándose de los recuerdos del pasado.

—No tenés con qué pagar señora, y puesto que asumo que debajo de esos ropajes raídos no tenés escondidos otros anillos... si alguno de los caballeros aquí presentes no se apiadan de vos Brígid de Burgh, vuestra majestad pasará la noche en los establos o lo que es tantísimo peor, en las calles bajo aquella lluvia.

La imagen imponente de Kendrew se postró detrás de ella y desajustó el chisquero colocando sobre la barra la bolsa de cuero llena de monedas.

—Yo pagaré por la señora. —Brígid se giró furiosa.

—¡No estoy en venta!. —La risa ahogada y profunda de Kendrew resonó en la taberna. Ella abrió sus ojos con sorpresa ante esa invitación y la sangre se le subió a la cara incendiando sus mejillas. Este era el maldito escocés que le había quitado todo, incluido sus posesiones y su marido.

—Lo siento señor, he dado la última habitación disponible de la dama hace algunas horas a otro cliente. Comprended mi situación, son tiempos difíciles. No disponemos de más habitaciones, pero si usted lo requiere, yo os ofrezco la mía propia y no tiene que pagarme nada, le acomodaré en una enorme habitación con ventanas que dan a la calle, con sabanas y mantas limpias y calientes, una cama, mesas y una pequeña chimenea; una de las chicas le servirá la cena, si gustase quedarse mi señor... Para mí sería todo un honor, todo sea por la causa. —Ella se dispuso a alejarse con gesto irritado, pero él estiró rápidamente la mano y la cogió por el brazo deteniéndola ante la atenta mirada de sus vasallos.

—¿Dónde va? No puede salir allá fuera, no sé si os habés dado cuenta de que afuera diluvia. No me agradaría ver como se le humedecen las ropas y tirita de frío señora, permitidme hacer esto por usted. —Los dedos arácnidos de él la sostenían del brazo, ella luchó con ferocidad y volvió el rostro para observarle, en los labios de él había instaurada una sonrisa sarcástica. El carácter escarpado de ella volvió a relucir en un segundo.

—¡Suélteme salvaje! —dijo afanándose para zafarse de su fuerte agarre.

—Cuando los Burgh y los Butler os enfrenten otra vez en batalla no tendrán piedad de ti ni de los vuestros, y yo bailaré alegremente sobre vuestra

lápida.

De golpe Thomas, William y Richard se pusieron en pie en el fondo del salón. Por encima se veía que esta mujer por sus vestimentas y su manera de hablar era una inglesa. Kendrew desvió la mirada mientras ella se dirigía a la puerta principal bajo el cobertizo de madera de la taberna y él volviendo el rostro hacia al tabernero le dijo—:

—Tomaré aquella habitación de la que hablabas y ella viene conmigo.

El tabernero sonrió licencioso mostrando sus dientes podridos, asintiendo y bajando la mirada.

—Por supuesto señor, mandaré enseguida a preparar la habitación como usted ordena —dijo lacónico con la mirada zafia.

Los camaradas de Kendrew se acercaron.

—¿Qué estás haciendo? La gente en el salón dice que aquella mujer no es otra que la esposa de William de Burgh, deberías estar...

—¿Matándola... pensabais decir...?

—No estamos en el campo de batalla y no somos animales. Si aquella mujer logró escapar de aquel infierno, nuestro señor debe tener sus motivos, ¿no lo creéis? —dijo echando a andar dejándolos a los tres atónitos en medio de la barra.

La puerta se abrió y la vio detenida bajo el resguardo del pequeño cobertizo, sus zapatos estaban mojados y el dobladillo del vestido aunque desgastado se mostraba ahora húmedo y manchado. El repiqueteo de la lluvia incidía sobre el suelo y todo alrededor de la Posada de *Maud*, afuera las calles lucían vacías, solo pobladas por las mujeres públicas. Una voz emergió del silencio—:

—¿Donde irá señora de Burgh? —Ella le observó de soslayo.

—No os incumbe señor —dijo Brigid escueta.

—Sullivan, el posadero y tabernero está haciendo los arreglos para la habitación y subiendo la comida. No pretendo aprovecharme de vuestra situación señora, debe estarlo pasando bastante mal con la reciente muerte de vuestro esposo.

—No os atreveis a nombrarlo —espetó ella furiosa.

—Mucho me temo que tiene razón, no es de mi incumbencia, tal vez algunos de los lugareños que la observaban cuando llegué a la taberna, la ayuden a pasar sus desavenencias señora Burgh —dijo inclinando su cabeza

con un gesto venial girándose, no sin antes agregar... «Buenos días».

—¡Esperad! —exclamó incrédula ella ante la invitación.

—¿Vuestra merced está afirmando que no intentaré forzarme a nada y que no os deberé nada a cambio?

—Eso es lo que he dicho señora. Mis hombres y yo estaremos al menos una semana en el pueblo. Usted podrá irse cuando desee o disponga —dijo volteándose y echando a andar ante los latidos acelerados de su corazón y su guerra interna. Mientras Kendrew rehacía sus pasos solo se preguntaba... Cómo les explicaría a sus oficiales que pasaría la noche en aquella mustia posada, y además con el enemigo en su propia habitación. Sabía que era mal visto y castigado por la iglesia, sabía que la vilipendiarían como una *barragana* por su condición de mujer, pero ella además de mujer, era una viuda, eso debía valer. Sabía que no podría evitar la habladurías aunque estas no mancharan a largo plazo su reputación, lo único que rogaba al cielo es que los chismorreos no llegasen a Edward, ni a su hermano, y sobre todo que ella no quedase desprotegida. Por un momento pensó en el hecho de lo absurda que era la vida al igual que irónica, que la había vuelto a poner a ella en su camino pero en condiciones tan difíciles y cruentas. Además no podía permitir que Edward desconfiara de él, ni de los suyos, ya bastante le había costado ganarse su respeto en el campo de batalla para forjar esta alianza. Kendrew ingresó nuevamente en la taberna. William su amigo más cercano desde niño y compañero de armas se acercó a él sigiloso mientras el tabernero vertía un poco de la jarra en un vaso diciéndole—:

—Ya tengo todo listo señor. —Will les interrumpió.

—¿Qué estás haciendo, piensas pasar la noche aquí?

Kendrew terció el gesto ante la pregunta incómoda que le hacía su amigo.

—Sí, contestó parco. —Y vos os quedarás conmigo, sos el único en quién confío plenamente.

—Me alegro que hayas entrado en cordura. Ayudar a aquella mujer era todo, menos sensato.

—Ya lo sé, pero ella viene con nosotros si así lo desea, ya lo he arreglado todo con el posadero, él os conseguirá un pequeño sitio al lado de la bodega mientras estemos aquí. —Will lo miró incrédulo.

—Si necesitabas una furcia habérmelo dicho antes, yo hubiese podido

conseguirlo.

—No es lo que creéis ninguno de vosotros —dijo O'Neill avanzando en dirección a la escalera, una vez que Sullivan le indicó el número de la pieza. Ambos avanzaron ascendiendo uno al costado del otro hasta hallarse frente a la puerta. Kendrew ingresó a la habitación seguido de William.

—Pues entonces explicádmelo, porque no os entiendo. Ella es el enemigo, podría estar aquí solo buscando vengarse de vos o siendo una espía. Hablaré con los chicos y resolveremos este asunto rápidamente.

—¡Esperad! No os atreváis a ponerle un dedo encima. Os ordeno que no dispongáis de nada sin mi previa autorización. Yo asumiré las consecuencias y responderé ante Bruce por ella, llegado el caso, ¿os queda claro? —dijo aventando la puerta tras él.

—Sos mi hermano Kendrew, no de sangre, pero sí de corazón. Eres el hermano que yo elegí y os quiero, aunque no lo haya afirmado nunca en voz alta, espero que no os estés equivocando. —William se apresuró a salir por la puerta, crispado y cabizbajo descendió las escaleras con apremio para tropezarse con ella en la mitad de la escalera. Will se detuvo unos segundos con un gesto de desaprobación, la miró de hito en hito y continuó la marcha hasta llegar al rayano.

El golpeteo de la puerta hizo sobresaltar a Kendrew mientras se desvestía.

—Si...

—Soy yo, he pensado en vuestra propuesta y yo... —dijo una voz al otro lado de la puerta. Kendrew se sacó las botas pesadas y húmedas y abrió la puerta de golpe solo con la túnica y los pantalones puestos.

—¿Qué habés decidido? —Ella bajó el rostro solo unos segundos y luego lo volvió para observarle de cerca.

—Yo podría vender mis zarcillos, pero eso solo me serviría unos días. Quiero que quede claro que solo acepto vuestra propuesta por el temor que me infunden aquellos hombres de la taberna. Sé que encontraré una solución a mi situación, pero si en estos momentos me baso en mi orgullo lo perderé todo y estaré peor que justo ahora.

Kendrew la miró con intriga.

—Pasad si querés señora Burgh... ¿O vais a quedaros afuera en el corredor? —dijo cediéndole el paso. Ella caminó despacio mientras él aún

sostenía la puerta con su brazo estirado, y su cuerpo largo y firme.

—Esto es temporal...

—Por supuesto que es temporal —dijo él cerrando la puerta una vez ella había entrado en la habitación. —«Mi estancia en este sitio también lo es, pronto mis hombres y yo partiremos» —dijo sacándose la túnica húmeda al costado del crepitar de las llamas dejando ver su fuerte tono muscular y los vellos rubios que le cubrían parte del pecho. —Brigid desvió la mirada evitando mirarle y acallar la atronadora marcha de su corazón y la saliva que dé a golpe se le había acumulado en la garganta haciéndole tragar grueso al observarle con concupiscencia, ella no dejaba de repetirse: «¡Dios!, esto es pecado, es pecado mortal», dándose la vuelta. Kendrew esbozó una semi sonrisa pícara al tiempo que los cabellos húmedos y largos se le venían al rostro.

—Creo que he errado en aceptar vuestra propuesta —inquirió ella avergonzada con las mejillas ardiendo en dirección a la puerta.

—¡Esperad, deteneos! Siento si os he ofendido señora, pero llevo estas ropas húmedas más tiempo del que deseo admitir. Además usted por lo que he sabido es viuda, me imagino que estará acostumbrada a ver a un hombre despojado de sus ropajes.

—En eso, os equivocais —dijo mirándole el torso desnudo y los bombachos medio desajustados deslizándose por sus caderas. Él comprendió al momento lo que ella había querido decirle, sin acabar la frase.

—No os haré nada señora, ni yo ni nadie, mantendréis vuestra honra, despreocuparos —dijo soltándole el brazo y alejándose un poco para seguir desvistiéndose mientras se caldeaba la habitación.

Ella avanzó camino a la puerta en el preciso momento que la joven encargada traía la cena y con un movimiento rítmico tocaba la puerta para anunciarse.

—Traigo vuestra cena señor ¿Puedo pasar?

—¡Adelante, pasad y dejadla sobre la mesa mujer!

La lluvia había cesado momentáneamente pero el sol seguía ausente, Kendrew se encontró con los oficiales bajo su mando.

—Sé lo que estáis pensando. Pero os digo que todo ello es falso. Y

también os digo que ninguna palabra de esto a Edward. En una semana o más estaremos lejos de aquí y esto solo será una anécdota más de guerra que contar cuando todo haya acabado y seamos victoriosos. —Todos se miraron entre sí, todos sabían que había algo más en aquella actitud y proceder de su señor, pero era en vano insistirle a Kendrew para que soltara prenda, le conocían muy bien, no descubrirían nada que él no quisiese contar.

Entró en la habitación pasada las doce de la noche, ella dormía sujetando un pequeño puñal en actitud defensiva sentada sobre la cama, mientras agarraba con fiereza la manta felpuda de mejor calidad que la que le habían cedido por sus costosas joyas los días anteriores. Kendrew sonrió al verla *¡Qué cambiada estaba!*, no se explicaba cómo era posible sentir eso que sentía al mirarla a pesar del tiempo transcurrido y de lucir ella tan distinta. Descubrió recreándose en las vistas que los olores le traían a la mente recuerdos vívidos del pasado. Él era consciente de que ella no le había reconocido. Rememoró las últimas palabras que la druidesa le había dicho antes de marchar, aquellas que no había querido aceptar y que deseaba relegar al olvido más próximo. Gáine había dicho—:

«Tendrás que estar dispuesto a mentir y a matar si la quieres, tendrás que hacer que os elija en cada vida si quieres romper la maldición, el destino os pondrá a prueba muchas veces, el tiempo será vuestro peor enemigo». —Tengo que hacer que me elija en cada vida, aunque sepa que voy a perderla. —*«Así es hombre del norte».* —¿Qué tipo de maldición es esta? Esto es más bien una tortura... —*«La que habéis provocado ambos con vuestra obstinación».*

Kendrew se acercó para sacarle el puñal para evitar que se lastimara observando sus facciones, así como su cabello cobrizo que caía fluido sobre sus hombros iluminado ahora por la lumbre de la lámpara. Ella despertó de un momento a otro al sentir el frío tacto de sus manos y le lanzó una mirada pétrea retándole con la mirada reculando, alejándose asustadiza.

—Lo siento señora Burgh no quería despertaros, os lo aseguro, esto no lo necesita —dijo haciéndose con el puñal—. No acostumbro a tomar mujeres por la fuerza, si es lo que pensáis de mí, lo dejaré aquí sobre la mesa, puede volver a dormir cuando guste, ya lo tomará mañana al alba —sentenció él

dándole la espalda sin poder evitar preguntarse... *¿Cómo lo conseguiría, cómo conseguiría que Brigid lo aceptase?*, si ella le veía como el peor de los males, como el vil hombre creador de sus desgracias y encima estaba el factor de ser ella una mujer de su posición. Ella se le quedó mirando recelosa. Pesaba que la vida era cruel al igual que la guerra que la había obligado a ceder y a humillarse aceptando la propuesta de O'Neill a pesar del sentimiento de ira que yacía en sus entrañas y llenaba su corazón de inquina y congoja por los hechos. *No, no se acostumbraría*—pensaba—. Cortarle la cabeza al enemigo tras acabar con él y dejarla a la vista de todos era un plan que empezaba a rondarle la cabeza, pero ahora, visto lo visto era imposible. Ella sería paciente, esperaría como los cardos de la tierra de él inmutables, hasta que llegara el momento preciso. Lo haría cuando él confiara en ella, echaría mano de todos sus encantos—pensaba rencorosa—. Más valía hacerse la humilde ahora ante aquellos bribones, solo así su marido y los suyos masacrados podrían ser vengados, acercándose ella a los traidores de un modo más audaz, más osado y más cínico, para luego humillarlos en una traición monstruosa. Tenía que idear un plan. Ahora lo sabía. Así fue como bajo la luz mortecina de la lámpara comenzó a maquinarse una intriga mientras le observaba escribiendo sobre la mesa al costado de la ventana. Pensó por segundos que quizás no era tan malo haberse visto envuelta en esta tesitura, ya que eso le garantizaba estar más cerca del enemigo de lo que cualquier militar u oficial de los Burgh, Vernon, Murray o Butler pudiesen estar, quizás ella si pudiese ayudar con la causa, pero para ello debía resistir y tratar de obviar el desprecio que sentía por el asesino de su esposo, recordaba ahora como había pasado frío y hambre vagando hasta verse en la ciudad pesquera más cercana, sabía que corrían tiempos difíciles por lo que la comida tardaría menos en escasear en las ciudades grandes y costeras, era justo eso la razón por la que había llegado aquel sitio.

La ciudad cenicienta se erguía inhiesta entre las altas montañas con los primeros rayos tímidos de sol que no tardarían en difuminarse. La guerra duraba tanto y las condiciones eran tan precarias que ya la gente comenzaba a olvidar como el humo de la ciudad no solo oscurecía el cielo, sino que en esos momentos significaba el progreso de un puerto boyante como lo era Carrickfergus. Ahora la ciudad ruinoso cubierta de cadáveres mostraba su cara más tétrica, en donde la peste y el hambre estaba por todas partes y en dónde la gente había perdido la esperanza en los rezos y en la iglesia después

del desastre de las cosechas y las no respuestas a sus súplicas con fervorosas oraciones, la iglesia comenzada a ser apartada del círculo de confianza y estatus que habían adquirido hasta ahora; los provenientes de las islas británicas caían como naipes de un castillo y la gente se había vuelto adusta y recelosa de todo. Brigid abrió los ojos de golpe de vuelta en la pesadilla de los días anteriores. Tras un largo silencio recordó todo lo acontecido ayer y se paró para contemplarle, él seguía dormido y se hallaba tendido entre un tumulto de mantas y pieles no muy lejos entre los restos desgastados de la chimenea y la puerta. Su cuerpo de guerrero escocés lleno de marcas estaba desprovisto de ropa hasta dónde sus ojos alcanzaban a ver, él era grande y musculoso como una montaña, con el pelo y la barba castaña clara y con unos ojos de un azul intenso. La mata de cabello rubio ensortijado con ligeros bucles le caía hasta la mitad del pecho, justo donde los rayos de sol se derramaban por la ventana. Sin apartar la mirada de él, una ráfaga de viento helado se coló de golpe por las ventanas que cedieron por la fuerza del viento abriéndose de par en par. De golpe él abrió los ojos y se incorporó de un salto del suelo como un soldado en guardia en medio de una especie de trance, caminando rápidamente hasta cerrar las ventanas nuevamente, ella le miró por segundos que le parecieron eternos, sus bombachos casi dejaban ver todo su cuerpo deslizándose por sus caderas afiladas observando el nacimiento de sus nalgas, al mismo tiempo que comenzaron a aporrearle la puerta. Kendrew se dirigió a toda prisa a abrir. La imagen de William y Thomas se erigió como un obelisco frente a su puerta.

—Ha llegado un mensajero directo de Escocia.

Kendrew se apresuró a ponerse la camisa y las botas mientras ambos observaban a la mujer cubrirse con las mantas. Él se vistió a toda prisa y antes de echarse encima la capa con el cinturón con la espada se dirigió a ella diciéndole—:

—Te daré unas monedas para que compres un poco de avena, pan y cerveza, dijo él mirándola. —Brigid era una mujer de una belleza arrebatadora hasta recién levantada. Ella lo miró en silencio. Él hizo una pausa observándola con el pelo revuelto en medio de la cama, tratando de no desviar sus pensamientos y luego se marchó siguiendo a sus hombres.

—O'Neill, no te ha tratado bien la moza que tienes que dormir en el suelo —preguntó Thomas curioso riendo.

—No es lo que pensáis, ya os lo he dicho... ¿Dónde está Richard? —Él

tiene la carta de Bruce.

—Pues entonces ¡Démonos prisa!

Adormecer a los enemigos mientras aún disfrutaban en la ebriedad del triunfo... Era lo que había decidido Brigid de Burgh aquella mañana. Brigid había huido de los invasores que se habían dedicado a quemar y destrozar las tierras de los Vernon, su familia, para encontrárselos justo aquí, los Bruce eran una gran guadaña que había que cortar de raíz porque dañaban todo a su paso—pensaba—, y Kendrew O'Neill era uno de los cabecillas y los causantes de su desgracia. Horas más tarde, todo se volvió más oscuro y había nubes en el horizonte. Brigid descendió después de almuerzo y se dirigió a preguntarle a Sullivan si sabía dónde podía conseguir el pan y las demás cosas. Un hombre de aspecto desgarrado, delgado, moreno, de rostro aguileño y atractivo se le acercó cauteloso.

—Señora, yo también puedo pagar por vuestra compañía. Soy un hombre decente y puedo satisfacer sus necesidades —dijo mostrándole un saquito lleno de monedas.

—¿Cómo os atrevéis?— respondió ella furiosa apretando los puños y los dientes.

—Le he visto antes con otro hombre, su vestido elegante no me engaña señora...

Kendrew la había visto bajar la escalera altiva como una reina y había estado observando detalladamente sus movimientos, sabía que ella no confiaba en él y que había acudido a él solo por necesidad, tenía que decidir si confiaría de verdad en ella o se dejaría llevar por sus instintos al reconocerla, aún a sabiendas que se jugaba su propia cabeza y peor aún, la de los oficiales a su cargo en donde un error podría significar perder la vida y la guerra. Kendrew se puso en pie apenas vio el movimiento sutil del anónimo caballero y como un fantasma que es invocado se materializó de la nada.

—Eso fue un craso error caballero —dijo tras sus espaldas. La dama en cuestión está conmigo. Kendrew advirtió más ojos observándoles y poniéndose en pie. Thomas, Richard y William le secundaron mostrando sus armas que habían permanecido ocultas debajo de sus capas apuntándoles a

los otros hombres que se erguían como estatuas.

—Lo siento señora... —dijo Kendrew. No era mi intención que...

—Yo ya no sé qué es peor, si aceptar vuestras migajas maldito escocés o la compañía de aquel caballero —dijo ella reanudando la marcha. Volvió a erguirse altiva en un gesto majestuoso mientras pensaba «*Más vale hacerse la humilde ante aquellos bribones así mientras más se confíen de mí, peor será mi venganza*». —Los ojos chispeantes de él la traspasaron siguiéndola con la mirada mientras ella se alejaba rumbo a la puerta.

—«Si cuesta es porque vale la pena, porque los grandes sacrificios, traerán las mayores recompensas» —se dijo él resignado recordando las palabras de su padre. Thomas volvió el rostro observándole.

—Creo que es evidente que esa mujer te ha cautivado, aunque está un poco esmirriada, ¿no?, no hay suficiente dónde... —dijo Tomás el más pícaro de los chicos haciendo un gesto con las manos.

Ella se alejó con una elegancia pasmosa digna de una reina, sin que los ojos de él se apartaran de sus formas hasta que ella atravesó la puerta. El tabernero vertió el líquido de una botella en los vasos de Thomas y Will volviendo a llenarlo y se volvió a servir otras mesas.

—Olvidar eso por ahora, repasaremos el plan de Bruce, nos encontraremos de aquí a un momento afuera dónde siempre para hablar del asunto.

Ella hizo caso omiso del ajetreo de la ciudad que parecía cada vez más como una especie de cementerio viviente, la delincuencia había ido en aumento al igual que las vilezas, la gente estaba necesitada y solo eso primaba sobre cualquier condición antes respetada, el hambre era el que dictaminaba los impulsos y las acciones de los hombres, hambre y frío eran la peor combinación que conllevarían día tras día a una peor amenaza, una pandemia en donde la enfermedad solo llevaría a una vía de sentido único, la muerte.

«Repasé mis escasas posesiones y cavilé detenidamente una vez el camino se quedó desolado, me preguntaba meditabunda ¿Por qué el orgullo nos hacía hacer cosas extrañas? Dos individuos ataviados con capas oscuras ingresaron a la taberna del gato negro, observé el rostro de uno de ellos por una fracción de segundos y creí reconocerle entre tantos otros que alguna vez había visto en el castillo reunidos con los Vernon, no estaba del todo segura y

no había forma de estarlo de no encararlo. Continué en la distancia mirándoles furtivamente mientras permanecían sentados, me debatí entre proseguir con mi plan o no, pero al verlos levantarse comprendí que tenía que tomar mi decisión ahora, porque aquellos hombres duros con aspecto de extranjeros con capuchas se macharían antes de que mi miedo o mi rabia decidiera un bando, sin apenas darme cuenta me aproximé a la barra y me acerqué un poco más a uno de ellos que me sonrió socarronamente. Noté que debajo de las capas y rostro adusto tenían espadas, seguramente alguien de la taberna se había ido de la lengua y habían venido a por O'Neill, no quería una reyerta en medio de sillas voladoras y espadas, así que hice lo que creí conveniente, le sonreí, lanzándole una mirada insinuante y me levanté presurosa en dirección a la puerta sin romper el contacto visual. El caballero en cuestión me siguió hasta la puerta trasera y de allí al callejón, me dirigí diligente hacia el extremo en donde guardaban los enseres. La imagen del hombre oculto bajo la capucha de hace unos minutos atrás de aspecto repulsivo me sobresaltó, pero me armé de valor, tenía que urdir mi venganza y si para ello debía pagarle a un demonio rufián desfigurado, pues así lo haría. Cuando estuvo afuera y más cerca, se abalanzó sobre mí tomándome fuerte por los brazos con sus grandes y callosas manos cuando yo retrocedí...».

—No puedes hacerle esto a un hombre muchacha, si me provocas... has de cumplir —dijo desafiante. —Yo rompí el silencio entre un grito de horror y rezando para que mis súplicas sirvieran para que me soltara y consiguiera llamar su atención en otros menesteres.

—Tengo un mensaje urgente para el coronel Mortimer y los Burgh — espeté en un arrebato de desesperación. —El hombre se detuvo en el acto apartándome como si mi solo tacto le lacerara de golpe, empujándome un poco hacia adelante.

—¡Hablad de una vez, mujer!

—¿No recordáis mi rostro, acaso no os sueno familiar?

—La verdad es que... —dijo sonriente mostrando su dentadura podrida y tocándose la cicatriz espantosa en forma de estrella que coronaba su puente nasal.

—No es vuestro rostro lo que he visto en primera instancia, ni lo que ha llamado mi atención, señora.

—Soy Brigid de Burgh.

Él la miró circunspecto, aquel nombre si le sonaba de algo.

—¿Burgh?. —Había dicho aquella mujer—pensó el extranjero extrañado. En ese momento el rufián de la capa detuvo su ataque de testosterona a pesar de que su bragueta hinchada pensara lo contrario que su cabeza, esto era una guerra, ya habría momentos para furcias y casquivanas, lo primero era la obligación, por eso le habían mandado allí y confiado en él. En minutos pensó que ejecutar su misión sería más difícil, pero no, parecía ser que aún entre la enfermedad y el hambre incipiente la suerte había tocado a su puerta.

—¿Qué tienes que decirme Brigid de Burgh?

—Escuchar muy bien, lo que os voy a contar a cerca de O’Neill, pero esto no os saldrá gratis... No me importa cómo lo lograréis, pero sea como sea lo quiero muerto, él tiene que pagar por todo lo que le ha hecho a mi familia y a los Burgh...

—A ver si me ha quedado claro... Estás dentro de la habitación del cabecilla de la banda, Kendrew O’Neill, el mano derecha de Edward Bruce, hermano de Robert... ¿Podrías matarlo si quisieras muchacha...? Aunque no creo que sea buena idea, pondrían a otro en su lugar. Nos sirve más que por ahora siga vivo, debo encontrarme con Mortimer en dos días; vuestra misión será que averigües todo cuánto podéis acerca de los movimientos de Robert y Edward, el ejército, las armas, el resguardo de las municiones, la ubicación de los soldados, los barcos, todo. Acordaremos dónde y cuándo me haréis llegar y con quién esa información y allí haremos el intercambio... Por mi parte yo os daré dinero cada vez que me deis información valiosa como esta, y vos nos informarás a nosotros y solo a nosotros y los llevarás a él y a los suyos a una trampa que les hará cavar su propia fosa para siempre —dijo sonriendo mordaz el hombre de la capa mientras depositaba en las manos de ellas una bolsa pequeña de fieltro llena de monedas seguido del tintineo de las monedas y aquel brillo centellante en la mirada de la codicia prendada en sus ojos.

La oscuridad se acentuó hasta que la Posada de *Maud* pequeña y maloliente apareció frente a mí nuevamente, quedando bañada por un charco de luz nocturna, sin darme cuenta había perdido la noción del tiempo desde cuando salí a medio día. Ingresé en aquel ambiente cargado de testosterona, risas y actos inmorales. No había dado ni tres pasos cuando él se me acercó

por detrás y unos fríos dedos se cernieron sobre mi hombro asustándome, de la sorpresa surgió un grito acallado dando un traspié, ante el bramido del guerrero furioso y salvaje escocés.

—¿Dónde estabas?

—No me digas ahora que debo daros explicaciones de a dónde voy y qué hago O’Neill —dijo zafándose de su agarre en un movimiento brusco.

—Solo pensé que podía haberos pasado algo, que podíais estar en peligro. Ya visto que estás bien, me retiro.

Ella le miró extrañada.

—¿Es en serio? —dijo ella elevando la voz. —Él se detuvo de espaldas.

—¿Vos estabais preocupado por mí?

—Eso ya no tiene importancia, buenas noches —farfulló él dirigiéndose a la puerta de la posada.

«A la mañana siguiente cuando la luz del amanecer iluminó la ventana, descubrí que estaba sola en la habitación, él no había vuelto en toda la noche. Lo había estropeado todo con mi comportamiento ¿Cómo le haría para continuar con mi plan?, ¿cómo lo conseguiría, si él se mantenía distante? Me levanté y preparé rápidamente para bajar.

A las pocas horas les localicé junto al local del herrero y me escabullí para espiarles resollando detrás del cobijo de una de las casas aledañas. Ellos se alejaron un poco, Richard miró de soslayo sobre sus hombros para asegurarse que no hubiese nadie en derredor».

—¿Has enviado las cartas a Bruce?

—Sí, las he enviado y he recibido respuesta, pronto partiremos, los hombres de Burgh y Conchabair se están movilizando hacia el sur. Lo decidí anoche, acamparemos a 16 kilómetros al norte de Louth, cuando Will y Thomas regresen os mostraré el mapa, desde allí lideraremos la estrategia.

Brigid se alejó sigilosa a paso rápido sin volver el rostro, casi de inmediato en medio de las casas en dirección a la calle principal después de haber escuchado la confesión O’Neill. Ahora solo debía seguir el plan y encontrar al informante enfrente a la cantina del prostíbulo.

—¿Has arreglado las cosas con Will o sigue enojado contigo?, esto seguro es culpa de aquella mujer.

—William y yo tenemos nuestras desavenencias... No tengo ganas de

hablaros de eso.

—Con alguien tendréis que hablar O'Neill, sabes que no os juzgaré nunca, pero... Sos consciente de que ella es una Burgh.

—Muy consciente. Pero el corazón no atiende razones, ella ha cautivado mi alma. Pero no os preocupéis, esto jamás interferirá en nuestros planes. Sé muy bien cómo mantener atada mi bragueta y mi cabeza, aunque a veces esta última, no obedezca a razones.

—«Os compadezco», el conflicto interno por el que lucháis, es muy grande.

—Más de lo que creéis, mi buen amigo.

—Entonces... no ha pasado nada entre vosotros aún durmiendo en la misma habitación hace una semana.

—No pasará nada, porque si... Si llegara a pasar... entonces si tendríais que preocuparos.

—Entonces ella os responde —preguntó Richard incrédulo.

—Ella me odia —repuso Kendrew.

—Entonces no entiendo nada —arguyó el vasallo.

—Algún día, todos vosotros lo entenderéis y os acordaréis de mí, por ahora pierde cuidado. —Kendrew se quedó meditabundo e impertérrito por segundos, para luego con un hilo de voz encarar a su amigo nuevamente.

—Richard, puedo hacerte una pregunta. —«Por supuesto»—. ¿Dime algo que no desaparezca con las muertes, las enfermedades, las guerras y la hambruna?

Richard le señaló a una de las mujeres que en la calles se le insinuaban a los hombres que pasaban.

—Ellas, ellas permanecen constante.

Kendrew esbozó una sonrisa.

—«Gracias» —dijo mientras echaba a andar en la dirección a la casa de los placeres ante la estupefacta mirada de su amigo, que no se creía lo que sus ojos veían.

El sonido de la campana sonando anunciando su llegada hizo que *madame Jóna* se apresurara a atender a su nuevo y rico cliente.

—Puedo ofrecerlos lo que sea que busquéis para saciar vuestro apetito caballero.

—¿Está segura madame de eso?

Madame Jóna sonrió benévola y se le subieron los colores a las mejillas espolvoreándolas de un color carmesí.

—Por supuesto, de eso depende mi reputación. Dígame usted ¿Qué desea?, y yo le traeré a esa musa de sus sueños.

—Necesito algo más que una mujer.

—¡Oh señor!, por lo que asumo, sus gustos son caros y pocos frecuentes.

—No se equivoque madame Jóna... Necesito un compromiso con usted, un contrato que garantice mi anonimato y que se cumpla lo que yo diga.

—¡Oh!, temo que no le estoy entendiendo caballero.

—Necesito que haga de recadera y entregue unas cartas y un dinero mes por mes sin excepción, yo que sé... contrate a alguien discreto y leal; desde ya os digo que estaré pendiente de que se cumpla este contrato y que no perdonaré las tretas, ni engaños y castigaré fuertemente a quién robe el dinero que os mande, y sobre todo... Necesito que la persona en cuestión, llamémosle destinatario misterioso, no sepa de dónde proviene el dinero ni quién lo envía, ¿me entiende?

—Creo que empiezo a entenderle señor.

«El día transcurrió lento, vi la turba cercándose sobre mí, detenida enfrente de aquellas casas miré hacia el final de la calle y le vi, la imagen inconfundible del escocés rubio de grandes huesos y mandíbula cuadrada salía de adentro de la casa de los placeres de la señora Jóna. Unas mujeres merodeaban cerca de la puerta y murmuraban en una voz baja y les lanzaban elocuentes miradas a los hombres que pisaban charcos y tomaban oscuros atajos por los callejones despoblados y sombríos de sus manos. De un momento a otro, yo no pude creer lo que mis ojos veían... Como todos los hombres, allí iba él, a buscar la amistad de las piernas de alguna. Los recuerdos ascendieron espumosos hasta la superficie de mi memoria al verle... «Estaba hecho, todo estaba hecho», ahora solo quedaba asumir las consecuencias de mis actos. Había dado el paso sin dudarlo, y ahora estaba inmersa en todo un barullo de emociones que flotaban sobre mi cabeza y me confundía. Luego de una semana conviviendo con él, comencé a ver un cambio en aquel hombre, notaba que se privaba de sus porciones de comida para cedérmelas; debo aceptar que un sentimiento de arrepentimiento surgió

de mí haciéndome sentir fatal a los pocos días de cometer mi fechoría. Las porciones se habían reducido y a pesar de ser él uno de los altos cargos a los que se le garantizaba la comida, sus porciones estaban siendo cada vez más escasas, lo que solo indicaba la precaria situación en la que el pueblo se hallaba por la guerra. Él me cedía casi más de la mitad de su comida, pero aún así estaba hambrienta, así que por vergüenza y por orgullo me escabullí a media mañana y tiré de mi cuerpo para con algunos de mis chelines turbios producto de la traición que ya de nada me servían, intentar hacer algo bueno con ese dinero manchado, algo por ínfimo que fuera que le ayudase a él a enfrentar lo que vendría y reparar en el algo lo que había hecho, aquel acto vil e intencionado pero desafortunado para castigar y malograr los planes del único oficial que me había brindado una mano sin pedirme nada a cambio. La culpa estaba carcomiéndome desde hace días, por ello decidí que si no había avena, ni pan, ni cebada, ni whiskey... compraría lo que fuera que hubiese; había oído la pasada tarde en la taberna de Maud que al final casi de la calle desde donde se hallaba la casa de madame Jóna había un hombre que contrabandeaba con víveres. Las malas lenguas decían que las había robado de un campamento en medio del campo de batalla. Ahora mismo me daba igual si hubiesen caído del cielo, soñaba con el pan recién horneado y las tartas del castillo del pasado, me alimentaba de aquel recuerdo y de ese sabor invisible para que mi mente no perdiera el norte, sabía que no volvería a degustarlos, no en un futuro cercano. Salí por la puerta trasera que daba a los que los hombres habían convertido en orinales en donde el olor azufre almizclado con el pasto y la hierba producía una especie de hedor que se extendía por todo el callejón. Pagué una suma desorbitada por una decenas de hogazas de pan seco y mohoso que por el temor que tenía a que me las arrebataran en el camino como el pasado, las escondí debajo de mi vestido y caminé hasta la posada nuevamente, mientras rehacía el camino me quedé viendo a la gente con caras larguiruchas y macilentas y fue cuando me percaté que hasta las mujeres de la vida alegre habían desaparecido en gran cantidad de las calles, reprimí el deseo de imaginar que destino les había aguardado, por primera vez sentí la pobreza y la muerte respirándome en la nuca con su aliento pesado y fétido. Entré en la que yo llamaba la habitación de O'Neill y lo encontré redactando unas cartas con prisas, lucía delgado y débil, mucho más que hace dos días. Caminé hacia su costado y me levanté un poco la túnica para sacar las hogazas de pan envueltas en una fina tela grisácea y la dejé al costado del papel y el cálamo y me di la vuelta sin

mirarle con intención de dejarle.

—¿De dónde has sacado eso?

Ella no le contestó, se miraron quedamente antes de que ella se girara avanzando hacia la puerta. Él se puso en pie rodeando la mesa mientras ella alcanzaba la manivela. Él pensó quizás que este era el inicio de esos 900 años para expiar sus pecados. Kendrew cerró los ojos, la cercanía de ella, el olor de sus cabellos a río y a leña... Los olores le traían a la mente de él los recuerdos intensos del pasado.

—¡Oh Dios, no puedo soportarlo! —susurró—. ¡Esperad, no os vayáis! —farfulló sin creérselo. Ella se volvió sobre sus talones para mirarle con ternura por primera vez. Él caminó hasta detenerse delante de ella. No, no podía, no, no debía —pensaba él anhelando el contacto—, sabía que la perdería otra vez, pero cómo negarse a ella y al llamado de su instinto. Para ella el corazón se le había detenido en un instante y luego había comenzado a bombearle cuando él clamó su atención y un torrente de sangre le recorrió todo el cuerpo.

«Nos miramos quedamente. Nuestros ojos se encontraron y se conectaron. Nunca lo había visto con el aspecto que tenía en aquel momento, frágil, vulnerable aún siendo un guerrero escocés valeroso y fiero. Él dio un paso más hacia mi dirección y sin perder el contacto visual eliminó el intersticio entre los dos y se inclinó para besarme, cuando instintivamente le miré los labios y entreabrí los míos expectante sin dejar de mirarle. Nuestros labios se rozaron en una sincronía pasmosa, el tacto de su mano, su enorme cuerpo delante, sus manos tomando mi cuello, abrí más los labios para recibirle acallando un gemido en su boca experta, sentí su lengua suave, húmeda y sedosa sobre la mía. De un momento a otro sus labios cambiaron el ritmo y su tacto se incrementó, pasando con firmeza de mi cuello a mi cintura y espalda mientras los labios de él se mostraban ahora más exigentes. El silencio mudo entre los dos, nuestros cuerpos en una lucha frenética, todo se hacía deliciosamente irónico y aunque no quisiera, lo disfrutaba de sobremanera, inmersa en una duda culposa, ¿cómo podía mirar a este hombre y besarlo de esta forma?, si solo él era el causante de todas mis desgracias —recordé furiosa. Una sonrisa sardónica surgió de mí sin pensarlo y me aparté rompiendo el vínculo con el corazón queriéndome salir del pecho y la piel de gallina inexplicablemente. En solo ese beso Kendrew O'Neill se había llevado mi alma y había despertado lo que jamás William Burgh despertó en

mí, una pasión, un ansia por poseer su alma y su corazón al mismo tiempo que su cuerpo, ¿qué demonios estaba ocurriéndome?, ni yo misma me reconocía».

—Yo... —farfulló ella separándose en medio del respirar acelerado que no conseguía calmar sus sentidos. Los ojos de Kendrew se tornaron oscuros por el deseo y él bramó como poseído fuera de sí, entendiendo lo que ocurría.

—Provocadme así otra vez y os demostraré de qué soy capaz, señora Burgh. —La voz de él era un precepto, con aquel tono grueso y melodioso que se escuchaba macerado y disfrazado con un fondo hostil, lo único que consiguió con esa fiereza contenida es que ella le deseara aún más, pero Brigid no iba a aceptarlo, era una Burgh y aún le quedaba algo de orgullo, comprendió en ese momento que su proceder no era el de una dama.

—Que os quede claro que no estaba en mis cabales O'Neill cuando respondí a vuestro beso... —Él le lanzó una mirada cargada de reproche.

—El amor es más fuerte que la muerte y el rencor Brigid, nunca lo olvidéis... —dijo girándose sobre sus talones y marchándose de la pieza.

—¿Amor...? Ha dicho amor... —arguyó ella incrédula que ahora sí estaba confundida del todo.

Desde el encierro silencioso de ese día cuando vi que no le hallé en toda la tarde y que él no volvió aquella noche, entendí que aquellos hombres que no había podido quitarme de encima con sus capas y sus miradas gatunas solo me usaban, como desde aquel primer día en que me les acerqué, siempre era lo mismo, siempre me seguían a cortas distancias. Era cierto que recibí el dinero en un inicio de sus manos, pero pasado siete días solo ya no lo quería, traté de apartarme pero me fue imposible y hasta fui amenazada, fue cuando comprendí que no estaba dispuesta a seguir con el plan. De un momento a otro me di cuenta lo que había orquestado y sus consecuencias, y fue cuando fui consciente de que no quería que Kendrew muriese, fue cuando la puerta se medio abrió de improviso, nuestros ojos volvieron a hacer contacto cuando el coló la cabeza por medio de la puerta diciendo—:

—Vine a deciros que me marchó mañana, que no os preocupes por lo de la habitación, he acordado un pacto justo con el posadero hasta el fin de semana. Buenos días —dijo cerrando la puerta. Ella se levantó como un resorte y corrió para encontrarle bajando las escaleras.

—¡Esperad, no podéis marchar! Kendrew, tenemos que hablar... Él se detuvo en medio de la escalera mirándola extrañado. —Espero que todo esto

no sea por lo de ayer.

—No, no tiene nada que ver, ha llegado el momento en el que debo seguir mi camino —dijo reanudando sus pasos. Ella corrió tras él cuando él salía de la taberna.

—¡Kendrew!, por favor... Por favor escúchame.

Él la miró incrédulo, Brigid de Burgh había dicho, por favor, eso sí que no se lo esperaba. Afuera se veía la ciudad emergiendo como una dama lúgubre y cansada.

Ella apresuró los pasos mientras él se alejaba.

—Kendrew, he hecho algo de lo que me arrepiento... Os he traicionado y por ello no puedo permitir que marchéis.

Él se encontraba de espaldas, ya era doloroso despedirse y aceptar que no la vería otra vez. Se detuvo cuando ella pronunció aquella última frase y se giró como un ciclón rehaciendo sus pasos nuevamente.

—¿De qué demonios estás hablando mujer?

«La deslealtad es la peor trampa para el alma ya que con ella solo cavas un agujero inmenso y negro en el que conscientemente ingresas condenando tu consciencia y tu corazón, aún a pesar de que conoces de antemano las consecuencias inherentes que traerán tus actos, y aun así se ejecuta de forma fría y despacio con alevosía. Él la agarró del codo guiándola hacia un grupo de árboles desaliñados de yermas ramas. Ella sintió el duro y glacial peso de su mirada acerada y levantó la barbilla para encontrarse mirando a los ojos leonados de aquel dios céltico antes de poder farfullar».

—Escuché hace algunos días cuando hablabais con aquel, el más bajo de vosotros que irías a Louth... Kendrew, lo siento. Cuando urdí este plan estaba llena de inquina y odio y porqué negarlo, os quería muerto pero he cambiado de parecer.

—Me estás diciendo que el enemigo sabe la localización del campamento de mi ejército. Me estás diciendo que saben que nos dirigimos a *Inniskeen*.

—No, no fue lo que dije. Dije que a 16 kilómetros de Louth.

—¿Hacia cuál dirección?

—No lo dije.

—¿Por qué me lo decís o mejor aún, porqué lo hiciste? me he quitado el pan de la boca y así es como me lo pagáis, Brigid de Burgh.

—No quiero que os pase nada.

—Creo que es un poco tarde para ello querida... Exactamente, ¿qué habéis hecho o dicho?

—He dicho que estaréis a 16 kilómetros de Louth. He dicho que Edward se sumará a la causa, planean matarlo allí y tomarles por sorpresa... ¿Estás furioso conmigo, verdad?

—Bastante, pero no os haría daño. Debes comprender que vuestros actos podrían costar la vida de cientos de mis hombres.

—No pensé en eso.

—¡No!, ya lo sé, vos solo me queríais muerto y no os importó a quién os lleváis por delante —dijo girando sobre sus talones y caminando hacia la *Taberna de Maud*. Al fondo de las mesas estaban Richard, William y Tomás brindando y sonriendo. Kendrew le hizo una seña y ellos se pusieron de pie siguiéndole con prisas. Afuera había empezado a llover, las minúsculas y delgadas gotas caían mojando sus ropas, ellos se detuvieron en medio de todo, las calles estaban vacías, era la hora de la comida. Brigid les había seguido como perro faldero.

—William tienes todo listo para marchar.

—¿Qué hace ella aquí? —espetó Richard sorprendido.

—¡Olvidadla y respóndedme!

—Casi todo listo, marchamos mañana.

—¿Podríais tenerlo en una hora?

Thomas dio un paso adelante.

—Esto no era el plan, no entiendo las prisas Kendrew.

—Burgh y sus aliados nos llevan ventaja, saben perfectamente la ubicación de nuestro ejército, aunque no nuestra estrategia —espetó el escocés deslizando la mirada del suelo al rostro de Brigid que se había quedado detenida allí en medio de los cuatro hombres. William dio un paso adelante debatiéndose contra O'Neill.

—¿Cómo es eso posible Kendrew? —Él no dijo nada, pero observó que su jefe miraba a aquella mujer quedamente. De repente el sonido metálico de su espada rompió el silencio al ser desenvainada, Thomas y Richard se pusieron en alerta.

—Esto es todo culpa de esa mujer —dijo arremetiendo contra ella

amenazadoramente. Brigid temblaba y cerraba los ojos dando traspies mientras observaba la escena acaecer frente a sus ojos. Los tres hombres veían a William enfrentarse contra la indefensa mujer con manos desnudas y en posición de defensa procurando cubrirse.

—¡Dejad que se marche! —gritó Kendrew tras sus espaldas. Will se puso delante de él acribillándole con la mirada.

—Estás loco... ¡Vas a dejarla vivir sin más, volverá a traicionarnos! — espetó William iracundo. Thomas terció el gesto y exclamó.

—Mi señor, no os entiendo — dijo su vasallo.

—No, no podéis, os limitaréis a seguir mi mandato... ¡William marchaos a ultimar los detalles para el viaje, debemos darnos prisa! —dijo Kendrew de forma abrupta.

Alrededor de ellos la vida continuaba. Richard miró a la señora Burgh con aspereza.

—¿Por qué lo hizo, por venganza o por miedo?

—¡Dejadla en paz y marchemonos, hay que avisar a Edward!

A veces, el amar a alguien con todas tus fuerzas solo te llevaba a alejarte, sabiendo que le procurarás un bienestar mejor, quizás un futuro brillante aunque no fuese a tu lado. Kendrew se medio giró volviendo el rostro en su dirección a ella y alzó la mano en un gesto silencioso de despedida observándola por última vez. Su corazón acababa de partirse en mil pedazos, la maldición seguía vigente, la había encontrado pero eso no había servido de nada, la vida se ensañaba con ellos a su paso; le había permitido verla aunque casi siempre enojada, disfrutar de su compañía y de alguna sonrisa escondida y el del rozar de sus labios con ardor contenido ante el fragante rechazo repentino después, pero sabía que debía abandonarla. Brigid seguía mirándole con los ojos turbados circunspecta. Kendrew le dio la espalda murmurando para él mismo ante el gélido frío de la mañana... «*No será esta vez amada mía, pero no dejaré de intentarlo, os lo prometo, regresaré en primavera aunque solo sea a veros desde lejos, si Dios me lo permite*».

Kendrew emprendió el camino hacia los establos y montó sobre el lomo del animal echándolo hacia atrás para coger impulso y marcharse galopando a través del sendero, mientras ella continuaba mirándole abstraída y impertérrita en medio del campo yermo casi contra natura. No había ya nadie en el horizonte próximo, los hombres se le habían sumado azuzando sus caballos y marchando tras él minutos más tarde. Ella se tapó la cara y lloró,

lloró en silencio su marcha mientras su cuerpo se sacudía en medio de los sollozos.

Habían puesto zanjas y diques para proteger el puerto y los barrios. El pueblo era una auténtica ratonera: pequeño, húmedo y maloliente y una vez marchado el escocés, a Brigid la habían mudado a su vieja habitación con la puerta quejumbrosa y los retablos de madera desprendidos con algunos clavos de hierro oxidados y las mismas condiciones precarias de antes. Ella miró en derredor con las manos sobre su cintura, era lo único que podía costearse. La gente seguía muriendo en las calles y su estado de delgadez, su rostro pálido y las curvas de su fisonomía habían desaparecido para dar paso a una mujer extremadamente delgada con unos ojos vidriosos y un cabello rojizo seco. No, no llegaría al invierno—pensaba ella—. Hacía dos días desde que no probaba bocado, se había gastado lo último que tenía de aquellas monedas en remedios y hierbas y al final había tenido que vender el abrigo de lana de oveja gruesa con tela de cuadros que le había dejado el escocés. No había querido hacerlo pero era eso o morir de frío e inanición. Con lo conseguido de la venta había alcanzado para comer unos siete días en pequeñas porciones, pero justo hoy había vuelto a presentar un poco de fiebre y por mucho que había querido mantenerse bajo el cobijo de las delgadas mantas y la cama exigua de su habitación, no había conseguido estar caliente y eso le había ocasionado un resfrío fuerte que la tenía sumida con la respiración apesadumbrada hora tras hora, con flemas y tos constante, tendida sobre el lecho sin poder levantarse. Ahora que había pasado una semana desde que Kendrew había marchado rememoraba como las dos semanas y tres días que había pasado con él habían sido sus mejores momentos desde que murió su marido ya que desde la marcha de O'Neill escaseaba el alimento y el dinero más que nunca, ocasionando grandes cantidades de cuerpos apilados en las calles.

De Kendrew O'Neill a Madame Jóna.

Septiembre de 1315.

Madame Jóna:

No tengo mucho tiempo para escribir así que seré escueto y directo con mi misiva mientras nos preparamos para la lucha en medio del clima inclemente y el blandir de las espadas. Necesito que me informe cómo se encuentra la señora Burgh y si se ha recuperado de su enfermedad, al igual que necesito saber si ha garantizado la discreción de aquel pedido que le encomendé, y si se ha asegurado de que ella reciba ambas cosas con prontitud.

Kendrew.

De Madame Jóna a Kendrew O'Neill.

Nobber, 21 Noviembre de 1315.

Señor O'Neill:

Le informo que su encargo ha llegado a las manos de su destinatario según lo acordado y que esta, la destinataria en cuestión ha insistido en desvelar el anonimato del pretendiente secreto y la procedencia del dinero, se ha mostrado reacia en todo momento a recibir ese obsequio pero al final ha aceptado las misivas y lo otro que me encomendó, lo cual le ha servido para paliar su enfermedad. Hace unos días la vi por el mercado bastante más repuesta, pero debo informarle y quizás pecho por tomarme la libertad de corregirle, espero que esto no le resulte un atrevimiento de mi parte ni le cause molestias. Desconozco el motivo por completo, y como no había podido comunicarme antes con usted no había podido decirle que la señora Burgh ahora se hace llamar, señora O'Neill.

Respetablemente,

Madame Jóna.

Kendrew en medio del sonido de la gaita desplegó la hoja de papel esbozando una sonrisa. «O'Neill», no se lo podía creer.

De Néill Bermingham a Brigid O'Neill.

3 de Diciembre de 1315.

Apreciada señora O'Neill:

Me he tomado la libertad de escribiros esta nota corta como vuestro ferviente admirador, le informo que intenté averiguar un poco más sobre usted. He pedido gentilmente ayuda a un amigo de confianza, un soldado de las tropas inglesas que hiciese las gestiones para que por medio de su intervención consiguiese mientras me encuentro de viaje que alguien se acercase a Carrickfergus e hiciese las investigaciones pertinentes, le confieso que estuve intrigado cuando por fin pude conocer su apellido «O'Neill». Lo que me hace pensar que tiene ancestros escoceses o irlandeses en medio de esta sangrienta y aterradora invasión. Os ruego que me dispense al citarle la guerra. No volveré a hablaros de asuntos funestos y tristes, solo le pido que mantenga las fuerzas y que luche para permitirme el privilegio, si la gracia lo cree posible y el Dios todo poderoso lo provee, de conocerla en primavera en persona.

Vuestro ferviente admirador y amigo,

Néill Bermingham.

De Brigid O'Neill a Néill Bermingham

Loughsewdy, 25 de diciembre de 1315.

Apreciado señor Bermingham:

He recibido vuestra carta y he sufrido con las menciones de la batalla. Solo deseo que os encuentres con buena salud y que la guerra acabe pronto. Los años me han hecho cambiar de perspectivas y en estos momentos pese a la situación difícil que afrontamos, ya no me decanto por un bando ni por otro, no me gusta recordar el pasado y prefiero mantenerme neutral. La guerra trae muchas veces muertes injustificadas, desidia, hambre y bajas pasiones. Mentiría si no os confesase que alguna vez he estado del bando contrario, aunque sea en pensamiento, pero que ahora mismo no me decido a que bando pertenecer, ambos tienen sus desgracias y sus hechos funestos, por lo que desde algún tiempo solo me dedico a ayudar en Carrickfergus a quién pueda con su generosidad, por supuesto, la cual le agradezco, ya que me ha permitido no solo sobrevivir sino tener esperanzas nuevamente. Remito en adición una bendición irlandesa, desconozco la autoría de la misma ya que la escuché de unos campesinos que me aseguraron que era más antigua que sus huesos y que espero os llegue y os guarde de todo el mal de esta guerra.

Respetablemente y con aprecio,

Brigid O'Neill.

Kendrew desplegó la otra hoja leyendo letra a letra las últimas palabras.

“Recuerda siempre olvidar las cosas que te entristecieron. Pero nunca te olvides de recordar las cosas que te alegraron. Recuerda siempre olvidar a los amigos que resultaron falsos, pero nunca olvides recordar a aquellos que permanecieron fieles. Que el día más triste de tu futuro, no sea peor, que el día más feliz de tu pasado. Que la fortuna de las colinas celtas te abracen y que el infortunio sea breve y te deje rico en bendiciones».

Brigid O'Neill

Bendición Irlandesa.

«Algunas heridas son demasiadas profundas para curarse, descubrí asombrada después de su partida que le había amado en silencio a pesar de mi ira y mi deseo de venganza, había amado aquel escocés. En apenas dos semanas había surgido como de la nada un sentimiento fuerte, asolador, algo inexplicable que yo ocultaba a través de mi capa de indiferencia y reproches, él podía haberme matado por la traición cometida en un arrebato cruel y loco, pero no lo hizo. Dos meses después escuché de un viajero que se encontraba de paso, que Edward Bruce, el rey supremo y el conde de Carrick se había retirado y se había negado a presentar batalla después de la escaramuza planeada por los Butler, marchándose hacia el norte hacia la región de *Armagh* con sus aliados, entre ellos Kendrew O'Neill, William O'Floinn y Tomás O'Cathain. Richard McGueiwn había muerto en la emboscada. El viajero me aseguró que a su retirada Bruce y sus hombres habían incendiado *Corelaine* y derribado el puente sobre el río Bann para evitar el paso de las tropas de los Burgh y los Butler que los perseguían.

Al final había traicionado la confianza de todos, comunicándoles a los Burgh y sus aliados donde estarían el ejército cuando hacía mis funciones de espía contra el guerrero escocés de que sin querer me había enamorado, y a su vez había traicionado a los míos, confesándole a Kendrew lo que había hecho a sus espaldas. Comprendí un año más tarde entre la flema y la debilidad de mis huesos dentro de una ruinoso habitación de alquiler después de haberlo tenido todo, que a veces hay que poner tierra de en medio aunque existan sentimientos, lo nuestro era imposible, nos llevaría seguro al fondo del pozo más profundo y oscuro. Extrañamente y pese a la muerte que me rondaba en derredor, conseguí sobrevivir gracias a las cartas y a la generosidad de un admirador secreto inglés que me llamaba *lady O'Neill*, con la marcha de Kendrew y su ejército había decidido cambiar mi nombre que representaba el desprecio de aquellos que recordaban lo acontecido y que habían sobrevivido a la pandemia. Ahora que lo recuerdo, las pocas libras que en ese entonces me daba aquel niño por intermediación de mi admirador y pretendiente en conjunto con sus cartas, fue lo que me permitió comprar algunas cosas cuando todo escaseó y los precios se habían disparado por las nubes. Nunca supe quién era aquel extraño pretendiente, siempre me decía que vendría en primavera, mes tras mes, hasta que cesaron las cartas en la primavera de 1318. Poco después llegado el verano, donde hasta la

correspondencia escaseaba y los viajeros éramos nosotros mismos buscando otro sitio mejor donde vivir, me enteré de la muerte de Kendrew en la Batalla de *Faughart*, extrañamente las cartas cesaron por esa época, lo que me hizo pensar que a pesar de ser yo una Burgh, era él, el pretendiente que me enviaba las cartas fingiendo ser otro, siempre sentí extrañeza que un comerciante de telas tuviese dominio de las lenguas, la escritura suelta y fluida y dominara el lenguaje de las batallas. Ese otoño gélido y sombrío comprendí que era cierto que podía quererse en la distancia. Nuestros momentos fueron tan cortos, cargados de reproches y riñas que ocultaban un mar de sentimientos que no podían ser, ni salir a la luz. Éramos de bandos contrarios con ideales distintos, pero pese a todo, a dos años de esa época recién casada con el señor Jhon O'Connor, paradójicamente como mi admirador secreto, un comerciante de telas que llegó ese mismo verano; debo aceptar que jamás olvidé a Kendrew y que su recuerdo me reconforta aún hoy y lo mantengo en mis plegarias, porque cuando creí con la pandemia tener los días contados... Aprendí que aún el enemigo más fiero puede albergar sentimientos y solidarizarse, pese a arriesgar su propio cuello y crear desconfianza entre los suyos para salvar a alguien del bando contrario. Hoy, trece años después, me dirijo al páramo en medio de las ruinas cristianas primarias donde todo acabó, en *Faughart*, al norte de Dundalk y donde él dio su último respiro antes de ser cegado por las armas. Nunca más volví a ser una Burgh, mi familia cercana y el pueblo entero había muerto al terminar la guerra, y yo me afianzaba en evitar a mis parientes lejanos de otras tierras, porque conocer a Kendrew O'Neill me había cambiado por completo.

La puerta se abrió de golpe y Brigid interrumpió la escritura ocultando su diario bajo su falda.

—Ya estoy listo mamá, ¿me dirás dónde nos dirigimos?

—Es un secreto corazón, prometedme que no lo contarás nunca a nadie, ni a papá, solo puedo decirles que ese sitio al que vamos... es muy especial para mí.

El joven asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa con el brillo de la inocencia instaurado en sus ojos, Brigid que le miraba maravillada y orgullosa no pudo evitar hacerle a él un mejor homenaje.

—Kendrew, le traerías el abrigo a mamá.

CAPÍTULO VI .

Nantes, 2019.

EStoy tumbada boca abajo en un lugar oscuro que no reconozco. La brisa helada de montaña me hiela hasta los huesos y el viento me trae el olor a madera y a pasto mojado, aquel aroma característico que es el que me acompañaba siempre en mis travesías por la montaña y los fiordos, esa esencia de olor a mar y a salitre. Me siento confundida y desorientada, todo está oscuro... ¿Dónde estoy?, camino un poco más, el silbido del viento me orienta hacia una estrecha ventana, una pequeña fisura me guía hasta el viento glacial del norte, deslizo la mirada hacia abajo y logro ver mis tejanos rotos y la blusa sin mangas blancas de seda con el poncho y los zapatos de plumas negras ¿A quién se le ocurre andar en estas fachas con este frío?, me asomo por el pequeño resquicio de piedra y noto que es como una especie de ventana angosta y rectangular tapeada con tablas; me pregunto: ¿contra quién se protegen o quién no quieren que entre o salga? Es cuando me percató que me encuentro en un sitio desconocido, un sitio en el que nunca he estado. Giro sobre mis talones mirándome los pies y poco a poco la especie de niebla pesada y densa que me impedía mirar con claridad se disipa mostrándome una especie de celda rústica individual, como aquellas habitaciones destinadas a los monjes en el monasterio. El viento gélido ululante continúa azotando las tablas de la ventana que se mueven con fuerza. De repente la puerta se abre, un hombre rubio con cabellera leonada larga con trenzas y ojos azules rasgados, alto y fuerte como una montaña entra y se yergue a escasos metros de una especie de bulto que yace en el suelo. De pronto le veo correr y gritar cayendo de rodillas como los beatos al suelo dentro de una iglesia; desde donde estoy no distingo los rostros, pero estoy segura de que son dos cuerpos. Me siento intrusa y fuera de lugar observando esta escena acaecer frente a mis ojos como una película en movimiento. Sus vestiduras, las tinturas sobre su cuerpo y lo cerril de aquel hombre desconocido me cautiva con cada movimiento, no puedo dejar de mirarle haciendo que todo lo demás desaparezca alrededor. Su ojos están ahora cubiertos de lágrimas, puedo ver a la perfección su camisa larga hasta los muslos recubierta de una especie de piel y cuero endurecido que se ciñe a su pecho con su pantalón largo y una especie de tela tipo capa ¿Dónde demonios están las cámaras de televisión?, ¿qué serie de época estaremos filmando?, ¿qué hago yo aquí?—me pregunto. Me quedo impertérrita ante la escena que se desarrolla ante mis ojos, casi no respiro, no me muevo ni un ápice, no quiero interrumpirlos... solo espero que el director grite: ¡Corten!, pero no ocurre, y es entonces cuando me decido alejarme de la ventana. El guerrero bárbaro levanta el rostro y me mira directo a los ojos, mi corazón late en descontrol cuando lo veo ponerse en pie y aproximarse, es cuando caigo en cuenta de que esto no es una película, grito desesperada, esto es un sueño, un puñetero sueño y nada más ¡Despierta! —digo volteándome y estrellando mi cabeza en los bloques de piedra cercanos a la ventana, «Es un sueño, es un sueño, me repito constantemente».

Me levanto con el corazón latiendo en descontrol, resollando frenética y sudada ¿Qué ha sido eso?, ¿qué tipo de pesadilla ha sido esa? Trato de

calmarme respirando profundo, observo alrededor y me percató que estoy en una de las habitaciones de la casa solariega en Nantes, suelo llamarle así porque aún no me acostumbro a llamarle mi casa. Me levanto y camino hasta la cocina hasta hallar el refrigerador. La señora Eve se ha marchado a media tarde cuando vino a limpiar y a dejarme a Félin, bebo un poco de agua y escucho el ronroneo del gato que me hace desviar la mirada hacia la esquina este de la casa, a los pocos minutos le observo, en definitiva es un elegante ejemplar de gato siamés que camina con aristocracia con sus patas negras, se acerca y se frota contra mis piernas en un movimiento insistente.

—¿A que también le extrañas, a que sí?, la casa se siente vacía sin él y ahora solo somos tú y yo contra el mundo Félin, solos tú y yo.

Briana levanta el gato del suelo acunándolo entre sus brazos caminando derecho.

—Venga, volvamos a la cama, es muy temprano aún para despertar. «Me deslizo entre las mantas y dejo que el gato se quede, este sin mucho insistir se echa de inmediato sobre las cobijas y mueve la cola de arriba y abajo haciendo círculos en un movimiento rítmico casi hipnótico mientras me observa, sonrío sin crearme lo cliché que es todo esto, me deslizo más bajo las mantas de franela hasta que pronto me vence el sueño. Todo está oscuro otra vez, oigo el sonido de unos pasos corriendo a través del camino persiguiéndome con sus linternas y sus perros de caza... —«¡Encuéntrenlos!», espeta aquella voz grave y cortante como el filo de una navaja, mientras sigo escondida y resguardada bajo la sombra del árbol, he dejado a Bastian atrás en el edificio abandonado, le costaba moverse por las heridas, corro en medio del bosque desesperada bajo el ulular de una lechuza blanca que alza el vuelo, sé que debo encontrar ayuda. El corazón en su marcha marcial se acelera sobrecogido por un sentimiento de inquietud y temor, sigo corriendo ocultándome detrás de los árboles cuando de repente el camino se abre en una enorme carretera llena de gente que pasea y camina manera de procesión, atravieso la Avenida desorientada y veo al mismo hombre de hace minutos atrás, corro tras él con el atronador latido de mi corazón y su sonrisa mordaz, le veo sacar un cuchillo pero no me importa, tengo que encontrar a mi marido, tengo que alcanzarle... Él hombre se adentra en medio de la barahúnda de personas y de pronto cuando estoy a punto de pillarle, yo cruzo la calle y él desaparece frente a mis ojos incrédulos. Me doy la vuelta girando sobre mis talones, le he perdido la pista, la gente pasa a mi lado tropezándome. La sensación que me ha dejado su sonrisa maliciosa me

deja un sentimiento extraño que me embarga, me siento débil en segundos, pero prosigo en mi búsqueda. Vuelvo a entrar en medio del pinar de troncos oscuros... «¡Bastian, dónde estás!», grito desesperada buscándole mirando en ambas direcciones pero nadie me contesta, es cuando atisbo a ver una luz blanca que proviene del final, sigo caminando, el tenue resplandor proviene de en medio del caminillo sombrío y largo que desemboca al antiguo edificio de donde por poco pudimos escapar antes de echar a correr al pinar. No sé cómo he llegado hasta aquí otra vez; mi instinto de supervivencia me indica que debo seguir y huir en dirección contraria, pero mi lealtad me indica que debo volver a aquel antiguo edificio siniestro para procurar mi objetivo primario; así que corro y pronto me encuentro en un claro, la imagen del ruinoso edificio alto se yergue ante mí otra vez más. No sé qué demonios haré cuando me encuentre otra vez con aquel hombre de sudadera negra con capucha y aura oscura, pero no puedo dejar a Bastian atrás, tengo que ir a por él... Me cuelo a través de una de las puertas desde dónde he visto salir a un hombre corpulento hace escasos cinco minutos mientras permanecía guarecida entre las sombras, tengo que intentar dar con Bastian, no puedo dejarle atrás. Me cuelo entre el espacio minúsculo antes de que la puerta se cierre otra vez, mi corazón late desbocado presa del pánico, el piso y todo alrededor está oscuro dentro del recinto que parece abandonado, solo a lo lejos diviso una tenue luz roja proveniente de un largo pasadizo que a primera impresión se ve interminable. Oigo el sonido de unas botas a lo lejos, alguien se acerca, la puerta quejumbrosa se abre, un pequeño haz de luz proveniente de una linterna alumbra todo de cabo a rabo, le oigo avanzar y me apego a la pared intentando mimetizarse con ella y cuando creo que todo está perdido y que no saldré con vida de esto, el ignoto parece cambiar de parecer marchándose y cerrando la puerta esta vez con llave tras de él, quedándose todo en completa oscuridad nuevamente, me deslizo presurosa por los pasillos y me subo a una plataforma movable accediendo por medio de un montacargas viejo para que me lleve a la cúspide del edificio desde donde hace escasos minutos escuché unos gritos. De pronto un ruido seco se hace eco tras el desgastado mecanismo que se ha puesto en funcionamiento, la plataforma llega al siguiente piso y desciendo de ella ocultándome justo al momento que una de las puertas se cierra con brío en la esquina oeste desde donde me encuentro.

—Bastian, ¿eres tú? —pregunto esperanzada.

—¡Chssh! —oigo detrás de mis espaldas. Por un segundo siento que mi

corazón se detiene y que estoy paralizada por el miedo, giro de a poco a poco lentamente. Frente a mis ojos de la nada emerge la imagen de una mujer de tez oscura envuelta en un vestido rojo, pero lo peor de todo es que su rostro me es un tanto familiar, su voz es gentil y dulce. Miro en derredor y en todas las direcciones, mi instinto y mi espíritu me dan fuerzas, pero me olvido de que solo soy una civil, ahora solo mi consciencia dictamina mis pasos atinando a corregir el sentido de lo justo y me veo furiosa e insensata dando dos pasos hacia adelante en su dirección. Extrañamente aquella mujer parece empatizar conmigo y conocerme. La imagen de la anciana de tez oscura se acerca a mí con su vestido rojo antiguo y una sonrisa prendada en los labios, la sensación que me brinda es de aprehensión, pero aún así, no dejo que esos sentimientos me dominen, estoy determinada a llegar hasta el fin. Me pongo de pie, todo alrededor sigue en completa calma y me arriesgo ante lo desconocido, así soy, cuando algo me motiva simplemente no puedo dejarlo, tengo que seguir cueste lo que cueste.

—No deberías estar triste... —repica la voz aguda y dulce mientras mi rostro toma varios matices.

—¿De qué habla? —La increpo sorprendida por su osadía. —No entiendo nada, debo encontrar a mi marido señora.

—Nada se pierde Cait, solo se transforma. Ya lo entenderás con el tiempo... —farfulló escueta la anciana.

—Me llamo Brianna. —La mujer sonrió. —Cierto, pero ya poco puedes hacer más que mirar en tu interior y entonces reconocerlo... Te estaba esperando... —inquirió la extraña mientras se giró caminando lento dándole la espalda.

—Pero, ¿cómo sabías que vendría aquí?, ¿cómo sabías que volvería?

—Fácil, todos vuelven aquí... —dijo sonriente. —En esta vida ya estás muerta Cait, pero en aquella otra aún no, en un momento entre esto y aquello ocurrió... moriste, quizás no te percataste de ello porque tu deseo de seguir buscando era más fuerte... Tengo dos mensajes para ti. El primero y el más importante es... Aléjate de las reliquias, y el segundo pero no menos importante, encuentra el modo de perdonar y acercarte a Njáll. Ahora debes volver, puedes atravesar esa puerta y elegir tu destino —apostilló señalándole la dirección este con el dedo índice.

Brianna caminó nerviosa e intrigada ante la presencia de aquella mujer que le inspiraba paz y abrió la puerta tomando el manubrio fuertemente entre su mano para volver el rostro en segundos y percatarse de que la extraña

mujer había desaparecido. Ella volvió el rostro dejándose guiar por sus instintos y atravesó el umbral de la puerta observando ante sus ojos una especie de pisos interminables de escaleras; en cada nivel había una puerta de diferente color que asemejaba a la de los grandes edificios de oficinas del centro del Dublín por los que accedías hacia los corredores y pasillos que se asemejaban también a aquellas puertas de colores tan comunes en Escocia o Londres, sonrió para sí misma. El espacio era silencioso y estrecho, cubierto de paredes blancas de bloques, solo escaleras y más escaleras. De un momento a otro Brianna comenzó a bajarlas con celeridad y cuando llevaba medio trozo del tramo de escaleras hecho se detuvo, algo dentro de ella le dijo que no siguiese bajando, que debía volver; miró hacia arriba y comenzó a rehacer el camino hacia la puerta, cuando atravesó la puerta ya no estaba en aquel edificio antiguo sino que estaba de vuelta en la casa en Nantes, afuera llovía a cántaros. Caminó extrañada al recordar la increíble transición y volvió el rostro para mirar la puerta que ya no estaba, se había esfumado como la niebla densa. Cayó en cuenta de que todo era un sueño, los escenarios no parecían tener concordancia con los hechos ni conexiones reales, era humanamente imposible teletransportarse y aparecer de golpe de un sitio a otro, esto era la vida real, no era ningún capítulo de *Doctor who*. Ahora que había vuelto a Nantes era consciente de que su esposo, aquel que buscaba desesperada en sueños estaba muerto, era como si desde siempre lo hubiese sabido. Giró sobre sus talones de nuevo y caminó abriendo la puerta que daba al patio de la casa solariega y el petricor inundó sus sentidos, y una vez que la lluvia tocó su rostro cerró los ojos inspirando su aroma para luego abrirlos de un momento a otro, frente a sus ojos de la nada volvió a surgir la imagen de golpe del guerrero rubio de ojos azules con el hacha mirándole. Se despertó de improviso volviendo a la realidad de golpe. Despertó incorporándose con el corazón agitado, las imágenes habían desaparecido como si fueran una especie de cinta de película antigua que ella en su mente rebobinaba una y otra vez al final del carrete. La imagen de aquella anciana y la imagen de aquel guerrero la amedrentaban. No podía seguir así, tenía que hallar una salida de esa condición o iba a enloquecer. Bree estaba empapada en sudor, desorientada y muerta de miedo aún a pesar de que la brisa se colara por la ventana abierta, ¿qué demonios había sido eso? Todo era tan real—pensaba para sí—. Había comenzado otra vez el suplicio, solo que ahora no tenía a Bastian a su lado. Miró en derredor y tuvo una vez más la sensación de sentirse observada insistentemente. El ambiente se sentía

cargado mientras el dulce petricor de la lluvia y las pequeñas gotas que se colaban a través de la ventana humedecían su rostro con el abrir y cerrar de las persianas de madera de la casa solariega que colisionaban contra el marco de la ventana agitándose briosas. Brianna se levantó a tientas de la cama para cerrar las persianas buscando a Félin, afuera estaba diluviando y el olor intenso a campo y a hierba mojada inundaba sus sentidos aletargados, el perezoso gato siamés seguía en su trona como un rey majestuoso; ella arrastró los pies y fue directo a la cocina por un vaso de leche para intentar calmarse, el animal la siguió como escolta moviendo la cola sin dejar de mirarle, mientras ella bebía el vaso de leche y respiraba profundo meditabunda observando aún la lluvia caer. Brianna puso el vaso sobre la barra de mármol gris de la cocina y pensó que ya podía adivinar los titulares de los diarios... «Brianna O'Connor psiquiatra reconocida internada por síndromes múltiples y delirios de persecución». Fue justo esa noche de lluvia cuando tomó su decisión y supo con certeza qué camino seguir, debía volver y afrontar sus peores fobias y miedos, justo como Bastian había dicho el último día que le vio, ella simplemente debía volver a Dublín.

Dublín, principios del 2019.

Me subí en un avión a los pocos días. Bastian o el sueño que tuve con él me había indicado dónde empezar, fue cuando decidí desempolvar mi apartamento en Dublín y volver a la clínica del doctor Antoine, esta vez con una actitud diferente. Esta vez aunque reacia intentaría dejarme llevar como Bastian me lo había pedido, intentaría dejar de ser tan racional y controladora, necesitaba concienciarme para llegar esa etapa de relajación profunda y placentera de la que me había hablado el doctor Broussard en mi primera visita.

—Doctor Antoine, qué gusto volver a verle— argüí poniéndome en pie

para estrechar su mano, notando que todo seguía igual en el consultorio, definitivamente la vida seguía su curso sin importarle nada, ni esperarme.

¡Brianna!, pensé que no volvería a verla por aquí, cuando mi asistente me dijo que era usted el próximo paciente no podía creerlo, debido a como acabó de ir la cita aquel día... Pase, pase. Primero que todo, siento mucho su pérdida, me enteré por un colega lo de su esposo —dijo sentándose en su silla.

—Siéntese, póngase cómoda. Puedo preguntar ¿Qué le ha hecho volver?

—Estoy aquí por una promesa y porque siento que necesito hablar con alguien al respecto de mis pesadillas y mis fobias, ya sabe que lo he intentado por dos años con otros especialistas, pero quiero probar algo diferente. Bastian creía mucho en usted y en su poder de sanación, por ello estoy aquí.

—Muy bien, ese es el primer paso para iniciar el tratamiento e intentar encontrar la sanación y las respuestas a aquellas preguntas que a veces no han sido formuladas... ¿Acepta usted entonces probar la hipnosis para intentar descubrir que está provocando sus síntomas actuales?

—Si estoy aquí doctor, es porque he venido a intentarlo, usted sabe de antemano que tengo muchos prejuicios en todas estas prácticas, tengo colegas que aducen que es perjudicial para los pacientes y que estos métodos causan alienación y adicción; como psiquiatra profesional puedo decirle que me es muy difícil afrontar estos términos de vida más allá y de inmortalidad a través de los tiempos que dé lugar a una proyección o un vínculo energético de hilo de plata o a la separación que me lleve como consecuencia a un desdoblamiento astral o psicósoma como dicen algunos especialistas. Como bien sabe Antoine me especializo en el estudio de la mente, y que yo me vea envuelta en esto y que lo acepte, es todo un desafío y una incongruencia para mi cerebro pensante y mis años de estudios, sin hablar de mis pacientes y mis creencias.

—Brianna usted no es la primera persona que acude a mi consultorio llena de prejuicios y dudas, he tenido aquí mismo sentado a arquitectos brillantes, doctores, abogados y economistas tan renuentes como usted. Quiero que quede claro que tengo toda la paciencia del mundo para intentar ahondar en sus fobias y que no le pasará nada, hay muchas dudas en este tipo de terapias y hay cientos de páginas de internet hablando de experiencias perjudiciales y demás, aunque también existen cientos de páginas que dicen lo contrario, yo soy de los que piensa que cada paciente decide en qué creer.

Usted ha venido aquí por voluntad propia y le aseguro que por algo más que un sueño que la haya alterado, eso me lo dice la experiencia. Quizás usted tuvo un sueño lúcido y siente que debe superar sus limitaciones y abordar los problemas emocionales de otro modo para conseguir resolverlos. No debe tener miedo a la hipnosis Brianna, el estado de relajación superior es un método que usan algunos doctores cuando no se han encontrado respuestas con otras técnicas. La hipnosis es un método sencillo y seguro que puede llevarle de manera espontánea a experimentar sensaciones intensas de cosas ya vividas o puede hacerlo por medio de sueños vívidos o lúcidos. La mayoría de mis pacientes pudieron con tratamiento en varias sesiones librarse de síntomas crónicos que arrastraban desde siempre, ataques de pánicos, pesadillas recurrentes, miedo sin explicación, relaciones destructivas... Yo soy el tipo de especialista que sostiene que más importante que la curación de los síntomas crónicos que padecen el paciente, lo más importante es afrontar y tener el conocimiento de que no morimos cuando lo hace nuestro cuerpo, casi parecido a como lo dice la ley de la termodinámica: “La energía no se destruye, sino que se transforma”. Nosotros somos energía, entonces por qué no podríamos transformarnos también.

Brianna le miró impertérrita, elucubrando dónde había oído esa frase que se le repetía como un estribillo de una canción pegajosa. El doctor Broussard prosiguió con su discurso. — Los conceptos científicos o las ciencias aplicadas no van de la mano ni de acuerdo con los estudios de otras disciplinas, ni religiones, eso lo sabemos todos, pero si todo lo que ha probado hasta ahora, todo lo que ha creído hasta ahora no le ha funcionado ni ayudado, ¿por qué piensa que obtendrá un resultado diferente si repite los mismos métodos? Si queremos resultados distintos debemos intentar técnicas diferentes y es por ello que la insto a probar esta nueva técnica, sin compromiso ni presiones, si usted después de probar decide no seguir con el tratamiento, así será. Si muy por el contrario usted acepta. Solo le pediré una cosa Brianna, trate de dejar a un lado sus prejuicios y las dudas, inténtelo al menos una vez, y ya veremos cómo resulta la sesión... Para recordar su infancia intentaremos descubrir los traumas encubiertos y olvidados del pasado, pero solo si usted me autoriza y me lo permite. Usted sabe muy bien que la memoria a largo plazo a veces suele jugar de una manera caprichosa encerrando aquello que nos lastima o hiere, con la hipnosis podemos acceder a aquellos niveles y abrir los bloqueos que la mente consciente y temporal aísla por el dolor... ¿Está usted de acuerdo en intentar la hipnosis entonces?

Ella asintió respirando profundo y cerrado los ojos tratando de concentrarse y obviar sus cánones.

—Lo estoy o al menos lo intentaré doctor Broussard, me pondré bajo sus directrices y su experiencia.

—Muy bien, le haré una serie de preguntas, trate de ser lo más específica posible. Recuéstese e intente relajarse y dejar su memoria en blanco, escuche la música de las olas en el mar y déjese guiar por el sonido de mi voz, destense sus músculos y relájese, respire hondo, vuelva a hacerlo, sienta como sus extremidades se vuelven cada vez más livianas, sienta como los latidos de su corazón se sosiegan al ritmo de sus respiraciones; intente imaginarse en un lugar tranquilo, lleno de paz, ahora busque una escalera, suba y encuentre esa puerta, ábrala... Ahora intentaremos ir un poco atrás en su pasado, regrese tranquila al momento o hecho que le ha provocado esta condición Brianna, regresemos al día cuando surgió este miedo, este vértigo... Muy bien, dígame que ve ahora...

—Veo una escalera de piedras, todo está oscuro, solo hay una pequeña luz que proviene de arriba, como si fuese una especie de tragaluz.

—¿Hay alguien usted Brianna?

—Estoy subiendo, llevo un vestido largo color negro, con mangas largas y brocados, joyas como diadema y una especie de velo como el que usan los árabes, la tela del vestido es delicada y sutil como una especie de gaza que arrastra los escalones mientras subo.

—¿Qué más ve?

—Nada. Voy camino a la ventana, estoy como en una especie de torre, hace mucho calor, siento que me falta el aire y mi respiración es trabajosa, subo una especie de escalera angosta de piedra con paredes fortificadas y anchas de piedra también, la escalera tiene forma de caracol. El viento es seco y huele como... Como a granada... sigo subiendo, de repente me detengo, no estoy sola. Ahora le veo... me seco el rostro, estoy llorando.

—¿Cómo es él o ella, cómo va vestido?

—Él es alto, caucásico, tiene una especie de casaca larga azul y un gorro abultado, como un turbante con una cuchara de madera frontal. He llegado a la ventana. Es una fortaleza.

—¿Sabes en qué época estás, puedes deducirlo?

—No. Desde donde estoy no puedo ver nada que me lo indique, pero la

fachada de los palacios es como estilo morisco con los arcos y las puntas, desde aquí, desde la cumbre pueden verse también las montañas.

—¿Por qué has ido allí?

— Siento su mirada desafiante, siento miedo... ¡No!, retrocedo, él es el culpable de todo, ahora lo sé, retrocedo y de repente me empuja, estoy cayendo... «¡NIKOLAJ!».

Brianna se agitaba nerviosa. El doctor Broussard sabe de inmediato que debe hacerla volver a la actualidad. La primera vez que se establece una regresión, sobre todo cuando el paciente es tan escéptico y piensa que no alcanzará aquel nivel de relajación, se vuelve de ese estado casi siempre de manera abrupta.

—¿Dónde está ahora Brianna?

—He muerto. Está oscuro todo, pero hay alguien allí.

—Bien intenta volver, piensa en Bastian y en Dublín, regresa y abra los ojos después de respirar hondo tres veces a la cuenta de: 1, 2, 3...

Un breve chasquido de los dedos y ella abrió los ojos incrédula recordando detalle a detalle todo lo que había pasado allí, descubriendo que de allí venía su fobia a las alturas, su vértigo y aquel miedo incesante y paralizador que emergía cuando se sentía afrontada a este tipo de situación, ya sea en una azotea o en algún funicular, su miedo a las alturas volvía a ella marcándola por aquel incidente, la habían asesinado arrojándola de una ventana de una torre en una fortaleza militar. Antoine vio un resplandor azul salir de ella cuando gritó aquel nombre «NIKOLAJ», había dicho en estado hipnagógico. Antoine no pudo evitar mirarle sorprendido, había hecho una pregunta demasiado abierta, había intentado que ella fuera a su niñez, a la raíz de donde surgen la mayoría de los traumas y psicosis. Era lo más básico, cualquier especialista lo sabía, pero ella se había ido mucho más atrás de manera instantánea. Había dicho estilo morisco y había hecho alusión a un gorro abultado y casaca larga, lo más seguro es que fuese un uniforme de estamento militar. Por los vestidos y descripciones podría ser Constantinopla —pensaba Antoine—. Tendría que averiguar más al respecto. Mientras tanto, ella se había quedado detenida mirando al techo con el corazón latiéndole acelerado aún.

—¿Cómo es posible todo esto? —arguyó mirándole sorprendida reclinándose para volver a sentarse.

—¿Acaso me lo he inventado?

—En verdad cree que se lo ha inventado Brianna o que yo la he controlado de alguna manera psíquica.

—¡No!, pero... Pero, pero, pero no es posible.

—Ha descrito con minuciosidad un entorno y una época muy distinta a esta. Hablemos de ello, intentemos llegar al fondo de todo esto... ¿Brianna se encuentra bien?

—¿Por qué lo pregunta doctor?

—Porque aún sigue llorando como en la regresión, en ella lloraba, tal vez aún le falten cosas que hacer, tenga pendientes aquí, y un final abrupto y no esperado le llenó de inseguridades y miedos. Podría ser que usted, no se esperó morir de esa manera y en ese momento, quizás aquella persona en cuestión era alguien de su absoluta confianza, lo que implicaría todo un nuevo panorama de reacciones que el cerebro debe notificar y corregir para poder avanzar.

Salí de la sesión con una bonita sensación de paz, alivio y gratitud, no podía creer que mi mente automáticamente se fue al pasado justo en el momento donde se produjeron situaciones dolorosas o traumáticas para mí, era imposible lo que mi mente planteaba, no lucía igual que ahora pero era yo, de eso estaba segura. Pude recordar con total claridad aquel momento de mi vida y además con la carga emocional incluida que eso conllevaba. Había dicho «Nikolaj», casi como un acto reflejo recordé a la anciana de mi pesadilla, ella había dicho «Njáll». Ninguno de los dos nombres significaban nada para mí, pero todo aquello me creó una ansia por saber más, por conocer cosas, quería constatar que no me lo había inventado. Salí directo del consultorio y me fui a la casa y telefoneé a Paula. Le dije que buscara una asistente para ayudarme con los papeles y el registro de documentos y archivos. Una vez acabé de cerrar la comunicación me fui directo al ordenador portátil y me puse a buscar en google lo que sea que fuera que me hiciera constatar que no me estaba volviendo más loca de lo que yo misma empezaba a creer. Era cierto que Antoine me había ayudado a encarar la situación luego de la regresión espontánea, habíamos hablado de los personajes implicados en ella y él me había rescatado justo en el momento en que la emoción me desbordó.

Así fue como comencé la terapia, llena de miedos e inseguridades. Yo no era capaz de tomar decisiones y no podía disfrutar de todo lo bonito que me

daba la vida desde la muerte de mi esposo. Desde que inicié y acepté aquello que había visto en mi regresión me encontré con más energía y más activa. El dolor de la pérdida de Bastian iba de a poco desapareciendo al igual que el miedo a la muerte, volví la semana siguiente a intentarlo. El doctor Broussard con sus anotaciones había hecho una serie de investigaciones según lo que yo misma en mi sesión le había desvelado, buscó en libros y consultó en internet, en mi próxima sesión me presentó a un guerrero jenízaro con la dolarna típica y ketsche que eran simplemente idénticos a los que yo había visto en mi primera regresión, me comentó un poco acerca de la historia de esta división de infantería dentro del ejército otomano. Eso le brindaba totalmente otra perspectiva a mi vida. En la siguiente regresión volvimos a ese sitio y fuimos antes de mi muerte, descubrí que era una princesa sultana el siglo XIV y que no estaba en Constantinopla, sino en *Al-Hambra*. Las siguientes sesiones fueron como momentos espejo.

«Es la puerta más grande que podemos abrir, ya que te libera de acontecimientos que han muerto en tu pasado, en otras vidas, y te permite equilibrar energías que solo se encuentran en los rincones más íntimos de nuestra existencia» —había argumentado el doctor Broussard y no se equivocó, porque solo se entienden estas cosas cuando uno vive la experiencia desde adentro y recibe la sanación y la libertad que viene de hace muchos años, de muchas vidas atrás. Conocerme mejor desde un punto de vista más integral que el que se usa en la psicoterapia tradicional me permitió sanar heridas profundas que yo ni siquiera entendía, de un momento a otro estuve fascinada con aquel tratamiento innovador y mágico para mí, comprendí que las personas no solo somos mente, condicionamientos educacionales o familiares, sino que movemos energía; nuestro espíritu busca constantemente la manera de crecer y liberarse mediante el amor, la compasión y el aprendizaje. Encontrar el modo de conciliar mente y espíritu nos reconcilia con nuestra esencia y nos permite vivir sin tanta ansiedad, miedo o inhibiciones. En mi cuarta sesión y tercera regresión toda mi experiencia física y psíquica se había transformado en cuatro palabras: esperanza, paz, luz y conocimiento, y a pesar de que mi cerebro era demasiado racional aún, la sesiones y la sensación de experimentar esa liberación espiritual en carne propia fue una experiencia muy buena que empezó a influir en mi vida desde el primer momento de la primera sesión. Ahora entendía como la agenda del doctor Broussard estaba llena por más de

un año. Antoine era un hombre con una calidez humana inimaginable, un ser humano especial, organizado y excepcional. Un profesional nato en el arte de la sugestión y la verdad...

—Como ya te he dicho antes, te lo agradezco inmensamente Antoine... Veo una gran luz en ti, eres energía de vida puede sentirte más que orgulloso contigo mismo. Yo una total racional y agnóstica, y tú justamente lo contrario a mí, un ser creyente ferviente, amable y comprensivo, del cual ahora me gustaría pensar que soy amiga. Sea quien sea que te ha asignado tu misión debe estar orgulloso de ti.

—Son las palabras más bonitas que me ha dicho un paciente.

Me dirijo hacia el lugar donde tantas tardes conducía para reunirme con Bastian al Museo Nacional de Arqueología, estaciono el coche y desciendo recorriendo el mismo trayecto con un sentimiento extraño que me sobrecoge, sigo el mismo recorrido de siempre hasta que me hallo en la sala principal y le hago señas a la secretaria indicándole que no le notifique a Jules de mi llegada.

—¡BREE! ¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no se pueden visitar a los amigos Jules?—Brianna da dos pasos más al frente con una sonrisa en prendada de los labios.

—Por supuesto, pero ¿cuándo has llegado?—arguyó Jules azorado, levantándose y dejando sus gafas sobre la repisa del laboratorio para darle un abrazo fuerte y gigante.

—Llegué hace tres semanas.

—Tres semanas... ¿Ha pasado cuánto, seis meses?

—Sí. Bastian me ha traído de vuelta.

—¡Bastian! Explícame cómo es eso de que Bastian te ha traído. Me confieso muy intrigado.

—Bueno, no es tan complejo y rebuscado. Todo empezó con un sueño. No sé si fue porque me fui a dormir pensando en él o fueron coincidencias. Lo cierto es que estoy aquí por Bastian, he vuelto a cumplir la promesa que le hice y de paso he decidido visitarte, ¿cómo va el trabajo?

—Casi como siempre querida. Esta visita ha sido totalmente inesperada, pero maravillosa. Si me esperas dos horas te llevaré a comer al sitio al que solíamos ir tu marido y yo cuando trabajábamos juntos ¿te parece?

—Por supuesto, te esperaré encantada.

Media hora transcurrió antes de que Jules Duschamps volviera a aparecer en el recibidor de la sala de espera.

—Ya estoy. He dejado unos pendientes, pero vámonos, el hambre me está matando y además me muero por conocer la historia completa. Es por aquí cerca, el *Bramble's Café*, es lo más lejos que nos podíamos permitir querida, hacen un cottage pie y unas quiches de muerte lenta, que te encantarán. Ya estamos, dijo él sosteniéndole la puerta de entrada para que ella pasara.

—Ahora sí estamos aquí. Jules hizo unas señas con la mano para llamar la atención del camarero mientras se sacaba la chaqueta ligera y el fular.

—Me alegro de que hayas decidido seguir tu camino e intentar ser feliz Brianna. Es lo mínimo que te mereces.

—Aquí huele como a... Vainilla. —Sí, es cierto, bueno eso me ha hecho recordar cómo empezó todo, últimamente los olores me seducen y son muy fuertes, casi no puedo explicarlo, es como si mi nariz y mi sentido del olfato hubiese estado dormidos por siglos sabes... y de repente ¡Pum! Todo de golpe emerge con más brío, parece mentira como las últimas semanas se ha agudizado todos mis sentidos. A veces conoces a personas mágicas sabes... ¿Crees que es posible Jules, pertenecerle a alguien sin haberle conocido?

—¡Qué poética y profunda mujer! ¿De dónde sacas eso querida?

—Esta mañana tuve un sueño extraño, como esos que he tenido las últimas semanas. En mi sueño había un hombre, no pude verle el rostro por más que lo intentara, pero él era tan real...

—Fue solo un sueño, querida. Despreocúpate.

—En parte he vuelto por eso sabes... y claro por la promesa que le hice a Bastian y a mí misma. He vuelto a ver al doctor Broussard por cierto, ya te lo había dicho, ¿no?

—Veo que estás decidida a llevar esto hasta las últimas consecuencias.

—Se lo prometí a él y vine a cumplir mi promesa. Ya me conoces, soy completamente escéptica en cuanto a campos no científicos Jules, pero he de aceptar que aquella experiencia con el doctor de estas semanas atrás, ha sido reveladora para mí, y me creó esa necesidad de saber más, de ahondar más en mi pasado. Si no te miento, salí de su consulta siendo otra persona, sintiéndome diferente, incluso físicamente desde el primer día. Tengo que

decir que Antoine es una persona especial y gracias a su terapia me siento más cómoda y más segura de mí misma. En resumidas cuentas, me ha cambiado la vida... El miedo desapareció poco a poco. El doctor Broussard es muy profesional y sabe guiarte paso a paso; todo cobró sentido mientras los días iban pasando. La verdad es que mi manera de ver la vida ha cambiado muchísimo, ahora soy una mujer con los ojos bien abiertos, ¿me entiendes? — dijo haciendo un ademán y frunciendo las cejas.

—Ahora lo entiendo todo, Antoine tiene esa calidez humana que hace que te sientas relajada y convencida, hace que te sientas segura de ti misma.

—Entonces, ¿te quedarás en Dublín?

—La verdad es que volveré más bien, pero primero tengo que resolver unos asuntos en Nantes, organizar todas las cosas de Bastian, gestionar los pagos, las cuentas, traerme a Félin.

—¿Quién?

—El gato.

—¡Oh!, cierto, lo había olvidado, uno más de tus bienes.

—Llamé a Paula y puede que muy pronto conozca a mi asistente personal. He hecho algunas entrevistas esta semana.

—¿Volverás a la clínica entonces y a dictar conferencias?

—No creo estar preparada para dictar conferencias ahora, no puedo asegurarte nada, ahora mismo estoy tomando decisiones de prisa y sin pensar, pero puede que sí, pero no ahora mismo, ¿quién sabe? No sé cuánto tiempo me tome este proyecto que quiero empezar... Gracias a Bastian y a mi trabajo, no me faltan la comida, ni el techo; económicamente estoy muy bien, aunque tengo que gestionar la contabilidad de aquí y allá y eso me tomará un tiempo... ¡Ah...! Y hay algo que no te he comentado aún. Recuerdas aquella caja de seguridad extraña que me dio el abogado en su despacho. La abrí, la verdad no sé porqué, pero así fue. Me quedé aún más perpleja de lo que estaba, en su interior había dos postales membretadas con mi nombre y un mapa ¿Me sigues Jules, recuerdas la caja?

—Sí, por supuesto, aquella por la que tiraste la copa.

—Eso fue un momento de oscuridad, me gusta llamarlo así. Bueno, volviendo a la caja, dentro de ella encontré un objeto intrigante muy antiguo con una serie de símbolos parecidos a los petroglifos tallados en las piedras... ¿Puedes creerlo?, y un mapa...

—¿Has dicho un mapa?

—Sí, uno muy antiguo y desde aquel descubrimiento me sentí un poco más turbada, no entendía nada, ¿cómo llegó esto a manos de mi marido?, ¿por qué me lo ocultó? ¿quién envió esto? Tengo tantas dudas... En fin, solo vine a agradecerte, temo decir que Bastian siempre tuvo razón, las sesiones me están ayudando a afrontar mi pérdida, mis fobias, temores y me están ayudando a paliar el dolor. Ahora me doy cuenta que estaba cayendo al vacío en un agujero negro. Tengo la sensación de haber dejado una parte de mí en Nantes. Todo esto ha sido muy intenso, bonito, un gran punto y aparte en mi vida; por eso de corazón te doy las gracias Jules, sino fuese por ti, jamás hubiese conseguido la cita con el doctor Broussard. Con la terapia ahora me siento una mujer nueva y renovada, llena de vida, siento que he descubierto mi nueva razón de ser, aquello que me falta para hallar la paz y avanzar hacia nuevos retos.

—Y se puede saber... ¿A qué te refieres, cuáles son esos retos?

—Necesito descifrar el misterio de mi marido, necesito conocerle internamente y puede que quizás, eso me lleve a desvelar el misterio también de su muerte.

—¿Estás segura de embarcarte en este viaje de venganza y descubrimientos Brianna?

—Muy segura, pero no lo haré sola, eso te lo aseguro. Vendré a verte porque ahora lo veo claro y estas sesiones han sido muy explícitas, la claridad que he recibido de los maestros, ha dado mucha luz a las preguntas que durante mucho tiempo les he buscado respuesta, sigo fascinada y en una nube ante todo... Poco a poco asimilando lo precioso de cada momento vivido.

—Me tienes totalmente sorprendido, si hasta pareces otra persona mujer, me alegro mucho por ti, Brianna. Pero volviendo al misterio de la caja... ¿En serio te encontraste con un mapa antiguo? El mapa de que hablas de qué es, acaso un mapa de un tesoro —dijo Jules con guasa.

—No lo creo, es más bien una reliquia antigua cargada de símbolos y acertijos celtas, pero creo que está cifrado.

—Te puedo dar el nombre de un contacto y el sitio donde trabaja si quieres descifrar acertijos antiguos. La persona de que te hablo es una eminencia en el tema, pero no te garantizo que te atienda. Las malas lenguas dicen que es un completo borde, que carece de tacto y sutilezas, hombre arisco de carácter huraño, ¡Me entiendes! No da cátedra, no podrás acercarte

a él como investigadora, ni fingiendo ser estudiante. Nada que él vea, pasa por sus manos sin antes pasar por las manos de su asistente personal. Hay rumores, ya sabes, de que puede que sea un poco... raro... No se le ha conocido nunca ningún lío de faldas en la universidad, ni mucho menos esposa o amante, la única persona de su confianza y capaz de llegar a él es su asistente Séan, el chico de oro le hacen llamar, del cual se rumorea que quizás tuvo que pasar por algún ritual de admisión. Todo son conjeturas, es muy extraño contar con su colaboración en proyectos externos que no sean del ámbito profesional de su facultad o del museo en el cual dirige el departamento de antigüedades. Es el mejor especialista en la cultura de los keltos que existe en Dublín y paradójicamente no es irlandés ni escocés, sino islandés, ¿Puedes creerlo? Un vikingo con doctorado en la cultura celta. El vikingo de que te hablo sino más recuerdo, forma parte de un comité especializado y eso es hace más de 20 años, dicen que escaló muy pronto y muy joven en la TCD y que sus conocimientos como historiador son inconmensurables, no sé que de cierto exista en que pertenece a la junta de las naciones celtas. Lo más posible es que sea cierto, pero como ya te dije, es un hueso duro de roer.

—Vale, lo he entendido, me llevará más tiempo del que pensé, tendré que camelarme antes a su asistente si pretendo que me dé una cita para plantearle mi asunto. La verdad no sé si pueda ayudarme, pero me arriesgaré a pensar que su curiosidad podrá con él y me aprovecharé de ese símil para tratar de obtener las respuestas a mis interrogantes haciendo servir sus conocimientos. Le pagaré el monto que exija, si me ayuda a desvelar el porqué de todo este asunto con referente a Bastian. Te lo agradezco Jules, me ha quedado claro el primer paso a seguir... Ahora descríbeme al ancianito, a ver si utilizando mi audacia y mis estudios de la mente humana descubro como ingresar en su mente y burlar esa coraza la cual utiliza para protegerse.

—En eso te equivocas querida, no es ningún anciano, es más bien, todo lo contrario. Si no me equivoco ronda los 40 y eso implica que solo te avanza tres años. A todas mis colegas las tienes fascinadas, eso de hacerse el misterioso e inaccesible parece que funciona en cuanto al género femenino, ellas le llaman «el vikingo», por su porte de deidad escandinava. Alto, fornido, facciones angulosas, con los pómulos muy marcados los ojos enormes y expresivos, de cabellos lacios rubios semilargo, hombros anchos... Las he oído tantas veces decirlo que ya me lo sé de memoria... *¡Vamos, todo un personaje que extrañamente es un intelectual, un caballero muy bien*

educado y encima multilingüe!

—Me estás describiendo un modelo.

—Eso dicen ellas, que detrás de esas gafas de monturas azules parece un adonis, una mezcla de Clark Ken y Superman pero rubio platino. Hay rumores de que... De que sale con su asistente. No me creas a mí, es lo que dice la gente, pero ya sabes lo que decía Bastian de los cotilleos de la facultad.

—Conoce las dos partes de la historia y saca tus propias conclusiones.

—Exacto. Bastian siempre fue tan objetivo.

—Necesito que me cuentes todo, absolutamente todo lo que sepas de él, necesito un plan para poder acercarme y solicitar su ayuda con el mapa.

—En eso no podré ayudarte, sé muy poco del historiador, lo que sí sé es que su nombre es Niall Jónsson, graduado con honores del *Trinity Colleague of Dublin*, el primero en su clase, el presidente del club de ciencias sociales, capitán del equipo de rugby de su facultad y bla, bla, bla... Bueno, si te metes a la red de la facultad en la que trabajas seguro lo encontrarás como colaborador, parece que todo lo que se mueve comprendiendo del siglo XI al XVI de los celtas pasa por él, seguro la intranet de la facultad te dirá mucho más de sus proyectos y funciones de lo que yo podría informarte. Pero ándate con cuidado Bree, no deseo que nada malo te ocurra. Ese incidente que me contaste por el que pasaste en Galicia en medio de tu arrebató hormonal, «así fue como le llamaste», no es nada corriente, la verdad no sé bien en lo que estaba Bastian trabajando, y el único que podría saberlo está seis metros bajo tierra también, y ese era Reinaldo Saineiro, su mejor amigo y colega de toda la vida. Si Bastian confiaba en alguien, era en él, de eso estoy seguro.

—Y en ti Jules.

—No estoy tan seguro de eso. A mí no me dijo nada de su secreto, pero si recuerdo que figuraba en su agenda una cita con Jónsson en el *Huntarien Museum* para el martes que viene. Si él pudo conseguir esa cita Bree, tú también puedes. —Eres un genio—. Ella se abalanzó a sus brazos y la cobijó en un abrazo momentáneo.

—Te deseo suerte, si necesitas mi ayuda ya sabes dónde encontrarme. Y hagas lo que hagas vete con cuidado, todo esto de la muerte de Bastian me suena muy sospechoso, quizás había empezado a meterse con la gente equivocada, a preguntar cosas que no debía, ya sabes...

—Y crees que este tal Jónsson... ¿Cómo dijiste qué se llamaba?

—Niall.

—¿Crees que él pueda ser de ese tipo de persona peligrosa?

—Niall Jónsson puede ser lo que sea, hasta ratón de biblioteca, pero bárbaro y asesino te aseguro que no es. Si Bastian confiaba en él, era porque es de fiar y...

—¿Qué ibas a decir? —preguntó ella mirándola inquisidoramente.

—Y porque no habían más opciones, al menos no en Dublín.

—¿Crees que descubriré algo que me haga querer menos a mi esposo? Algo quizás inculpador, deshonesto e ilegal...

—Eso no lo sé. Pero te aseguro que Bastian te adoraba querida, con los ojos cerrados, y que él era incapaz de hacerte algo así. Si es lo que piensas.

—Gracias Jules. Eres un sol y un excelente amigo.

Brianna echó andar con su gabardina en el antebrazo y su maletín de cuero entre las manos con la mirada perdida. Se preguntaba, ¿cómo lo haría para llegar a alguien que se protegía más que la obra de arte más importante dentro de la cámara acorazada del IMMA?

TERCERA PARTE.

BESADA POR EL FUEGO

«Las ganas de encontrarte, de tocarte, de besarte, de perderme, de adentrarme en la locura de amor... Me permiten olvidarme, ocultarme, escaparme, para volver a encontrarme en tus labios como ayer ...».

Elizabeth Hay

CAPÍTULO VII .

Glasgow, 2019.

En una soleada y húmeda mañana de octubre el timbrar insistente de un teléfono en medio de una oficina de estilo inglés a las afueras de Dorset interrumpió los círculos de humo que Ulfúr formaba al aire con su puro entre los dedos con la mirada perdida mientras las cenizas se deslizaban volatilizándose entre sus dedos. Una voz ronca en el auricular balbuceó al momento de Ulfur descolgar el teléfono.

—¿Si?, ¡Ah, eres tú Cédric! te he dicho que no me llames a este número nunca.... ¿Acaso has olvidado las normas?

—Tienes que oír esto, es muy importante. Si me he atrevido a usar esta medida desesperada rompiendo el protocolo de nuestra orden es por lo que me ha informado Mael.

—¿Qué puede ser tan importante para que rompas el pacto? Nadie debe relacionarnos, pertenecemos a organizaciones y ordenes diferentes, lo decidimos así cuando iniciamos todo esto en *Lifley* hace tantos años atrás, decidimos que no mantendríamos contacto si no fuese absolutamente necesario. Ninguno de los seis estaríamos interconectados y no utilizaríamos este número si no fuese un caso de fuerza mayor. Sabemos que Niall nos ha estado entorpeciendo el camino por años, ha intentado inmiscuirse en nuestros asuntos, él es nuestro mayor problema, él más que ninguno puede descubrir que no somos solo una organización, sino una hermandad oculta unida por el linaje de sangre más puro de los dioses ancestrales.

—Esto no tiene nada que ver con él, no esta vez. Me dijiste que si alguna vez se empezaba a mover un rumor o alguien preguntaba cosas u oía hablar de mapas antiguos ligados con petroglifos y yacimientos celtas vetustos te notificara... Lo que no entendí en aquel entonces en nuestra última gran reunión es que tenía que ver aquello con la búsqueda de las reliquias y el

manuscrito desaparecido, y que relación guarda con la Hermandad — preguntó Cédric.

—¡Todo!, acaso lo olvidas... ¡Habla de una vez!

—Recuerdas la viuda del arqueólogo galo, aquella que nuestro contacto en España nos notificó y la cual tu hija dejó escapar indemne. Pues resulta que nuestro principal contacto en Dublín nos ha notificado que la viuda tiene en su poder un mapa y que está haciendo averiguaciones y preguntando por ciertos círculos en Irlanda y Escocia.

—Esto está comenzando a ser un problema como predijimos mi amigo Cédric, sabes perfectamente que si nos salimos del contexto y del objetivo de nuestra orden, lo más posible es que aquello llegue a oídos de Jónsson y eso no podemos permitirlo. Este juego de tronas lleva muchos siglos y una mujer no va a venir a trastocar todo esto. No podemos permitir que Jónsson logre su cometido. Tenemos que descubrir quién es “la esmeralda”, nuestro eslabón débil y tenemos que deshacernos de esta nueva viuda aparecida antes de que los problemas se salgan de control.

—La viuda parece ser que tiene el mapa —farfulló Cédric elocuente.

—¿Cómo demonios se ha hecho con el mapa esa mujer?, yo juraba que lo tenía Jónsson en su poder —inquirió Úlfur. En fin, eso es lo de menos ahora, hay que pararle los pies lo más pronto posible Cédric. Sabes que Jónsson se ha mantenido en bajo perfil durante siglos. Debe estar cansando de dar batalla, son muchos años sin resultados... pero si alguien empieza de nuevo a remover todo el pasado, entonces podemos perder todo lo que hemos obtenido hasta ahora.

—Pues nos encargaremos de que no sea así. Te dije que lo mejor era deshacerse de aquella mujer en España, la dejaste ir o lo hizo tu contacto y ahora se ven las consecuencias. El francés se ha puesto en contacto hace dos días conmigo, he movido mis hilos y ya la tengo bajo la mira.

—¡Perfecto!, tengo la persona ideal para que le dé solución a este problema —sentenció Úlfur apagando su puro contra el cenicero y sonriendo cáustico antes de cerrar la comunicación de improviso .

Dublín, 2019.

Volver a estar al frente de lo que conocía como mi rutina no fue fácil. Paula mi incondicional amiga londinense se había ofrecido a ayudarme y así fue como de la nada conocí a Enya, una chica londinense joven de cabellos rubios y ojos marrones saltones que sería mi asistente personal para ayudarme con todo lo que se me venía encima. No me veía con ganas de redactar los informes de los pacientes e ir a venir en medio de los ojos acusadores de la señora McBright o del ladrido incipiente del perro del señor Hayes del piso de abajo. Enya se había convertido en mi cobijo en pocas semanas, disfrutaba de su compañía jovial y del ímpetu por la vida al oírla conversar y descubrir el mundo a través de sus ojos cargados de aquella inocencia acendrada y esa ansia experimental juvenil que como siempre quería comerse el mundo. Era una chica sencilla de rasgos afables y encanto innato que hacía que todos los jovencuelos del edificio la miraran como una estrella de cine recién salida de una película, el chico del 3B la solía llamar la joven venus haciendo alusión a la belleza femenina y rebosante que Botticelli había plasmado en sus cuadros de Simonetta al cual mi vecino del 3B veía reflejado como en un espejo en el rostro y cuerpo de mi asistente, que era cierto que poseía una belleza exótica que evocaba a las modelos de la época dorada hollywoodense con su acento anglosajón ligeramente marcado y extraño que a veces parecía forzado; pero lo cierto es que Enya era una chica muy eficiente y organizada que en menos de una semana se había apoderado de mi ordenador y había reordenado las cuadrículas de mis pacientes y los papeles desordenados del escritorio de Bastian y la guardilla, se había encargado de las facturas y de mi propia casa; la cual había puesto en punto para mi regreso inminente de Nantes. Ahora la recuerdo allí sentada detrás de la mesa con los cabellos ensortijados perdida en sus libros mientras ondeaba sus bucles detrás de aquellas gafas de montura tipo *Harry Potter*. Yo había llegado ese día con mi típico tejanero, unas tenis con una camiseta blanca y mi típica gabardina de cuadros a la entrevista en la cafetería que había sido

rápida y escueta, la verdad no había puesto muchos reparos en ella, era cierto que quería conocerla mejor, pero después de que Paula me asegurara de que era una joven eficiente, locuaz y brillante no tenía muchos peros a la hora de la entrevista, la contraté ese mismo día y empezamos a colaborar codo con codo, esa misma semana, venía a casa dos veces por semanas y con su magia hacía ver toda mi casa como de revista. Félin siempre se mostraba arisco con ella por lo que cuando estaba en la casa debía mantenerlo encerrado en la habitación mientras trabajábamos y colaborábamos devolviendo los mensajes y tratando de tener todo a punto para el trabajo que me había solicitado la Universidad. Había prometido hacer una ponencia extraordinaria por lo que prepararla y ponerme al día me estaba costando más tiempo que el de costumbre que de sacar a andar de buenas a primeras a un viejo coche de exhibición desengrasado y antiguo. Ella en menos de una semana se movía con ligereza y aplomo, estaba pensando llevármela también un fin de semana a Nantes a ver si también podría hacer fluir su magia allí como aquí en Dublín. Yo por mi parte, había ido relegando funciones hasta hallarme después de 6 meses en casa, cosa que no creí lograr en tiempo record, sobre todo por los pasados acontecimientos, sucesos que no me habían llevado a dejar de insistir desde que había visto a Jules para conseguir una cita con el rector de la Trinity College. Había decidido tomar su consejo y seguir la jerarquía como si fuera un tipo de institución monárquica. Mi haz oculto bajo la manga era conseguir con esa reunión llegar al asistente personal de historiador más escurridizo que había conocido en mi vida. Sabía que jamás llegaría a él presentándome, era muy conocido por parte de mis compañeros de la Universidad que la gran eminencia, el doctor Jónsson no concedía entrevistas, ni ojeaba artículos sino formaban parte de un proceso concienzudo de una investigación que él lideraba o que le repercutía en su campo investigativo. Niall Jónsson se había forjado una fama de viejo senil arrogante y ermitaño, un completo extraño con un coeficiente intelectual que sobresalía de la media y que según las especulaciones de algunos colegas podría ser un *queer*. Parecía ser que me faltaba tener algo entre las piernas para conseguir una cita con él. Por ello estaba usando todo lo que tenía a mi favor, la artillería pesada. Mi último haz bajo la manga era utilizar la influencia del presidente de UCD. *Hugh Brady*, un antiguo conocido de Bastian que me había conseguido una entrevista con el rector *Johnn Hegarthy* en su despacho.

—Rector Hegarthy. Es un placer para mí conocerle, Hugh me ha

hablado tanto de usted.

—Dra. O'Connor el gusto es mío. Brady me ha hablado mucho de usted también, de sus proyectos, de su labor educativa, pero de su consulta no ha querido avanzarme nada al respecto con referente a esta reunión y me confieso muy intrigado al respecto, tome asiento por favor.

—Gracias. Sé que es un hombre ocupado así que no me iré por las ramas... La verdad el motivo real de mi visita es pedirle colaboración al respecto de un proyecto investigativo personal acerca de una de las civilizaciones más atrayentes que nos competen sobre todo en Dublín por el pasado histórico como los son los keltos. Mi esposo fue un afamado arqueólogo, no sé si lo conoció, su nombre era Bastian Langlois y digo era, puesto que hace poco ha fallecido. Él estaba envuelto en una investigación regente de un nuevo descubrimiento dentro de la cultura céltica para lo que viajó a España para colaborar con Instituto Galego de Estudos Célticos, de allí surgieron una serie de artículos y objetos de estudio por lo que había solicitado una entrevista personal con el doctor en historia y criptólogo, Niall Jónsson que figura dentro de su plantilla como uno de los más respetables colaboradores. Como ha de suponer esta investigación tiene una envergadura importante histórica, la cual yo me he tomado como un proyecto personal, ya que Bastian me legó una serie de objetos que comprenden quizás un período previo al más antiguo en registros conocidos y me gustaría solicitarle su apoyo e influencia a ver si usted podría interceder en mi nombre para conseguir recuperar esa cita que previamente había sido acordada entre el señor Jónsson y mi esposo, Bastian Langlois.

—Doctora O'Connor, temo no poder serle de mucha ayuda. El doctor Jónsson no concede entrevistas ni dicta cátedra hace muchos años en esta Universidad. Su trabajo aquí es puramente investigativo. Trabaja directamente en su despacho en el Centro Estudios Irlandeses y Escoceses y en el laboratorio arqueológico cuando se le requiere, no asiste a las reuniones trimestrales, envía a su representante en su nombre y le mentiría si no le dijese que le veo una vez al año y que eso es toda una proeza en él. Lo lamento, ahora entiendo porque Hugh no me comentó nada al respecto, sabría de antemano mi respuesta. Le hubiese dicho que eso que plantea es muy improbable ya que el casi nunca está dentro del campus y viaja frecuentemente a Escocia para dictar conferencias, pero no en el ámbito universitario. Temo haberla hecho perder el tiempo doctora O'Connor, me sabe mal.

—No me ha hecho perder el tiempo en lo absoluto rector, no se disculpe, la que lo lamenta soy yo, ya que además de algo académico esto se ha convertido en un proyecto personal de naturaleza inminente, temo que por compromiso hacia la humanidad y a la promesa que le he hecho a mi difunto esposo llevaré este proyecto hasta las últimas consecuencias, no me detendré hasta conseguirlo. Aunque... Ahora que lo pienso, tal vez usted podría servirme de ayuda aún, he sabido por parte de un colega y amigo personal y cercano que el señor Jónsson tiene un asistente que atiende los asuntos de esta índole en su nombre, ¿cree usted que podría ponerme en contacto con él o conseguirme una cita lo más pronto posible antes del martes de la semana que viene, solo con el objetivo de plantearle a él parte de los descubrimientos que se llevaron a cabo en aquel castro y ver si es posible que se materialice este proyecto en conjunto, y quizás pueda contar con la colaboración del centro de estudios irlandeses y escoceses del *Trinity* en esta investigación multidisciplinaria y quién sabe, si hay suerte, quizás consiga trabajar hombro con hombro con el doctor Jónsson.

—Eso realmente sería algo sorprendente en este tiempo. La verdad puede que Séan estuviese en el centro hasta hace dos horas ya que el doctor Jónsson está en su gira por Escocia y no regresará hasta la semana siguiente. Siempre deja a Séan a cargo de sus pendientes por cualquiera situación que pudiese surgir cuando no se encuentra en Dublín. Déjeme ver si tengo por aquí alguna tarjeta de nuestra última reunión hace tres semanas...

Johnn hurgó en sus gavetas ante la atenta mirada de Brianna.

—En efecto, aquí está. —A Brianna se le iluminaron los ojos con un resplandor inusitado.

—¿Puedo quedármela rector?

—Por supuesto. Temo no servirle de más ayuda. Pero si consigue cubrir y completar su investigación doctora O'Connor me gustaría conocer los pormenores de la misma.

—Por supuesto, le garantizo que si consigo resolver los pendientes y completar el estudio, usted será uno de los primeros afortunados en conocer los informes y la historia —inquirió ella poniéndose en pie y estrechando su mano con una sonrisa abierta.

—Gracias por todo rector Hegarthy, ha sido un verdadero placer conocerle y perdone que le haya robado un poco de su valioso tiempo.

—El gusto ha sido todo mío doctora O'Connor. Si algún día necesito un psiquiatra, créame que no dudaré ni un segundo en acudir a su consulta.

Brianna caminó por los pasillos desilusionada, en el bolsillo de su chaqueta llevaba la cartulina blanca con los nombres del asistente y quizás amante del enigmático doctor escurridizo. “Seguro todo un personaje”, pensaba ella. Mientras continuaba con sus elucubraciones. Recordó que Jules le había dicho que la cita con Bastian estaba asignada para dentro de 9 días, y justo el martes de la semana siguiente se cumplía ese plazo. El tiempo apremiaba por lo que Brianna debería acelerar el proceso y volverse todo un incordio si planeaba conseguir esa cita con Jónsson, el tiempo no se detenía, sino que corría más de prisa cuando más se necesitaba que se ralentizara. Ella debía acelerar todo el proceso y forzar quizás un encuentro con su asistente cuanto antes. Así conocería de primera mano los procedimientos y el modo de actuar del misterioso historiador. Caminó de prisa hasta situarse en frente de la oficina del Consejo Administrativo de la Universidad, se acercó al mostrador desde donde una chica de cabello oscuro y complexión robusta con aquel deje juvenil perenne tecleaba frente al ordenador ensimismada.

—Disculpe —dijo Brianna acercándose para hacerse oír.

—Si, ¿En qué puedo ayudarla madame?

—Lo siento, he llegado un poco tarde, tenía unos informes que hacerle llegar a Seán McGowan con referente a una investigación personal que está realizando el doctor Jónsson en Escocia, soy la asistente personal del rector de la universidad de Glasgow, disculpe el secretismo pero esto es un asunto de suma urgencia y necesito hacerle llegar estos documentos personalmente. Nuestra cita era para hace media hora, pero he perdido el tren y no he conseguido llegar antes.

—La verdad el señor McGowan salió hace un rato, pero creo que volverá en media hora. Siempre cuando se retira me lo notifica, y no me ha informado de nada al respecto. Si desea esperarle puede hacerlo —arguyó la chica cuando el sonido de la central telefónica captó su atención.

—Departamento Administrativo del Trinity College... ¿En qué podemos ayudarle?

Brianna se alejó solo un poco y se dejó caer en la silla al lado del enorme seto de cactus a su costado izquierdo que adornaba la estancia desde donde los rayos tímidos del sol se colaban por debajo de las persianas. Media hora más tarde Séan pasó caminando a paso ligero haciendo un ligero gesto con el dedo índice y la cabeza. La secretaria que estaba al teléfono tapó la boquilla del teléfono sentenciando.

—Ese es Séan McGowan, la anuncio enseguida.

—¡No!, recuerde el carácter secreto de esta investigación, no se preocupe, yo le sigo.

Briana caminó todo lo rápido que pudo, esperaba que su encanto natural le hiciera detenerse y no ponerse a la defensiva una vez que su falsa pantalla cayera sobre su peso y él supiese que todo había sido una treta para saltarse el protocolo de la Universidad. Tocó la puerta dos veces y la abrió encontrándole detrás del pupitre de madera robusta de cedro. Él estaba de espaldas observando en dirección a la ventana cuando ella se escabulló en su despacho. Él giró el rostro para mirarle sorprendido.

—¿Quién es usted?, no recuerdo que tuviese ninguna cita concertada — dijo descolgando el teléfono para llamar a la secretaria. Brianna se apresuró para cerrarle la comunicación ante la expresión absorta y demudada de su rostro mucho antes que él alcanzara a notificarle a la secretaria y a los servicios de seguridad de la universidad.

—Lo siento si lo interrumpí, seré rápida y lo más transparente posible con usted. Es cierto que usted no tiene una cita concertada conmigo, y que usted no me conoce... —La expresión del rostro de Séan comenzaba a cambiar de matiz entre la incomprensión y la desconfianza. Séan se puso en guardia.

—¿Es usted reportera o de algún diario local —farfulló dirigiéndose a la puerta. —¿Cómo logró eludir el cerco de seguridad para llegar hasta aquí?

—No soy nada eso se lo aseguro. Si me permite explicarme le contaré todo desde el principio, si después de oírme desea que me marche, lo haré de inmediato. No soy una ladrona, ni vengo de parte de ninguna revista, cadena televisa o diario, ni mucho menos, estudiante del campus. Mi nombre es Brianna O'Connor, soy doctora en psicología graduada de la UCD, pero no es el motivo por el que estoy aquí, no he eludido los círculos de seguridad señor McGowan, tenía una cita concertada con el rector, el doctor *Johnn Hegarthy*. He venido para tratar de conseguir una cita que dicen que es casi imposible con su jefe, el rector me informó que doctor Jónsson está en Escocia y que no recibe ni escucha a nadie que no pase primero por su aprobación.

—A ver si he entendido señora O'Connor. Usted está aquí para conseguir una cita con el doctor Jónsson con referente a una investigación pendiente policial y un descubrimiento de un nuevo yacimiento en un castro en la otra parte del mundo en la que se presupone que hubieron objetos de la

cultura céltica y que él como historiador, a pesar de las pruebas es el único que puede ayudarla... ¿Es lo que me trata de decirme No me ha quedado claro que gana el Trinity College con esto ni porqué a mi jefe podría interesarle inmiscuirse en un asunto como este. Usted le ha mentido a Maya, la secretaria, al respecto de sus verdaderas intenciones solo para llegar hasta mí. No creo que sea un procedimiento idóneo para alguien que viene de lejos a solicitar ayuda y que aduce no desea obtener ninguna publicación recurrente, ni beneficios subsiguientes. Por otra parte, siento informarle que el profesor Jónsson no concede entrevistas particulares y que solo él, elige los proyectos en los que desea participar. Es un hombre muy ocupado con una agenda sin huecos durante los próximos seis meses, ahora mismo está cerrando el ciclo de conferencias en Glasgow. Temo no poder ayudarla señora O'Connor con su proyecto y créame cuando le digo que siento mucho la pérdida del doctor Langlois.

Brianna se puso en pie.

—Agradezco que me haya escuchado señor McGowan.

—No se preocupe. Le indico el camino...

—No será necesario señor McGowan, sé perfectamente cómo llegar a la salida, gracias.

La puerta se cerró detrás de ella y la imagen de una Brianna cabizbaja se perdió a través de los pasillos. Séan se quedó observando la puerta extrañado el tiempo suficiente como para que pareciese que el reloj se había detenido cuando el sonido de su móvil lo volvió a la realidad.

—Séan, eres tú.

—Sí Niall, soy yo, dime ¿En qué puedo ayudarte?

—Te llamo porque voy rumbo a mi hotel y mañana me tomaré el día libre, ya que pasado mañana debo estar en la Universidad de Glasgow develando una estatua, hay todo un revuelo aquí con mi presencia desde que accedí a participar en aquel bloque radial de la Universidad para contar un poco más del trabajo que hacemos en el centro de estudios en Dublín.

—¿Has accedido a qué, Niall?

—No te burles, ya me conoces, sabes que Hamish siempre logra convencerme de sus disparatadas ideas e intervenciones, el martes hemos quedado en el Huntarian, estoy deseando que llegue ese día para al fin conversar sin público presente... Pero ¿Cómo van las cosas en el centro? ¿Hay novedades?

—No me creerás lo que ha acaecido hoy por aquí en el despacho. Ha

venido una psiquiatra de muy lejos para sacar una cita con su eminencia.

—Te he dicho que no me llames de ese modo, no soy la reina de Inglaterra.

—Pues casi pareciera que lo es, tengo que deshacerme de más periodistas, colegas y mujeres que la casa real británica o ya olvidado la última vez que se coló en su despacho aquella estudiante de arte, y la catedrática colega obsesionada con usted... Por cierto, la mujer extraña era de una belleza exuberante, de esas que aunque lo niegue le agradan y mucho, con esos cabellos rojos de fuego y ojos claros... que bien que le visto como se le van los ojos detrás de...

—¡Para!, no sigas por esa línea... ¿Qué quería aquella mujer?

—No lo entendí muy bien, ella era un tanto misteriosa, me dio la impresión que ocultaba cosas, ya sabe, lo único que me comentó era algo de solicitar su apoyo con referente a un proyecto de investigación acerca de los celtas...

Era domingo por la mañana. Los tímidos rayos de sol de Dublín sorprendieron a Brianna recolectando las fotos de los periódicos que hacían mención al descubrimiento en Galicia, en el artículo de media página de *Irish News*, salía Saineiro y Langlois en la única foto oficial tomada antes de que Reinaldo abandonara el laboratorio aquel fatídico día, ella pasó los bordes de los dedos por encima de la foto de su marido. En el periódico había un reportaje especializado de una revista de la Universidad en la que arqueóloga encargada regente del laboratorio de la Universidad de A Coruña, Alina Ulloa, hablaba del descubrimiento sin precedentes fallido y de la investigación policial que se había cerrado por hurto. Brianna resopló indignada por el secretismo y la ocultación de evidencias en la investigación policial que descartaba la vinculación con los asesinatos de los dos arqueólogos, de eso estaba ella segura, Bastian y Reinaldo los habían matado por su participación en este descubrimiento y su trabajo en el yacimiento. Brianna apartó el diario dejando su vaso de whisky a un costado, había pasado la noche en vela pero este artículo le había hecho tomar su decisión. Tecleó el ordenador abriendo una nueva ventana para escribir un correo electrónico al joven Séan McGowan instándolo a interceder ante su jefe una vez más. Séan, una vez recibido el correo en la comodidad de su apartamento delante de su ordenador con su taza de café irlandés cargado, no dejaba de sorprenderse por la insistencia y la arrolladora presencia de la mujer que había persistido

durante toda la tarde y la noche en sus pensamientos y en sus sueños húmedos haciéndose cargo, que había sido la única forma de dejar a un lado el llamado de sus instintos y acallar sus pensamientos impúdicos porqué cada punto en aquella extraña mujer pelirroja, sus facciones, sus ojos, su fisonomía, había significado todo un reto para su hombría cuando la tenía delante, pero a puertas cerradas, eso era otra historia. Por su parte Brianna, pensaba que solo le quedaba un solo haz que mover en este tablero de ajedrez, cuando el asistente del doctor Jónsson había sido tajante y parco de palabras como un guardián del calabozo. Su única opción era aún la más peligrosa, ahora sabía que Niall Jónsson era más que hermético y desconfiado, era un hombre inaccesible, distante e idólatra, su última y desesperada movida era más que descabellada... Si a Niall Jónsson le gustaban los hombres, pues ella trataría de ser eso. Cada vez daba más por sentado que existía una relación extraña entre este y su asistente, que la había tratado como la esposa recelosa ofendida casi arrojándola a la calle. Por lo que Brianna optó por vestirse con su traje más masculino posible con corbata y todo a juego, inclusive pensó en ponerse una media en los pantalones, pero desistió al momento sintiéndose tarada y torpe, tomó las llaves de su coche y se fue al peluquero a recortarse las puntas para que el estilo Bob asimétrico nórdico la hiciese lucir mucho más masculina, descartó el ponerse mucho maquillaje, utilizó una camisa blanca y unos pantalones tipo *Sherlock Holmes grises* con zapatos de cordones de color vino y americana gris gruesa con corbata negra, llevando solo entre sus manos dos artículos, un pequeño maletín de ruedas y su ordenador portátil, cuando el taxi se detuvo en el Aeropuerto ella había decidido hacer un salto de fe desesperado, ya frente al counter de la aerolínea *Airlingus* y decidida a ir a por todas farfulló casi entre dientes.

—Quiero un billete de avión de ida directo al aeropuerto de Glasgow .

CAPÍTULO VIII .

Glasgow, 2019.

Aquel amanecer escocés se pintaba despejado y brillante, justo como cuando el sol sale luego de la lluvia causando aquel efecto óptico de descomposición solar en el espectro visible sin llegar a la formación de un arcoíris, ese brillo especial que hace ver distintos a los mismos arboles y los campos que resplandecen con más verdor que de costumbre mientras los tibios rayos de sol se colaban a través del enorme pasillo del claustro. La conferencia había terminado luego de hora y media de ponencia. El doctor Jónsson había salido del auditorio luego de saludar a dos colegas con su viejo maletín de cuero curtido en su mano atravesando con celeridad el claustro de techo abovedado de la *Universidad de Glasgow* que con su imponente arquitectura neogótica parecía funcionar como un trampolín al pasado en un abrir y cerrar de ojos. Niall oía el rumor de las conversaciones de los estudiantes y profesores en conjunto con el ajetreo matutino anodino y constante del edificio mientras caminaba, de un momento a otro miró de soslayo recordando un pasado allí bajo el mismo techo y los mismos pasillos que había recorrido cientos de veces meditabundo, pudo verse en segundos caminando en la misma dirección que hoy atravesaba para reunirse con Hamish, justo como hoy, enarcó una ceja dejando apenas vislumbrar un ligero ademán que se quedó prendado de sus labios a manera de una media sonrisa socarrona; llevaba puesto un traje de color azul marino de tres bolsillos con líneas blancas delgadísimas con chaleco, corbata y pañuelo muy al estilo británico. Su cabello rubio platinado semi corto resaltaba sobre el sobrio color azul de la chaqueta del traje denotándole de un resplandor especial parecido al de una especie de aura brillante que le envolvía. Una ligera brisa le agitó el pelo haciéndole un remolino momentáneo que produjo que se le vinieran las finas hebras de cabello sobre

el rostro, al mismo tiempo que el sonido de unos tacones incidiendo sobre la gravilla con pisadas apremiantes se detuvo detrás de la silueta masculina casi dándole alcance. Una voz clara y alta surgió de la nada como un rugido.

—Doctor Jónsson —farfulló Brianna con la respiración descompensada tras sus espaldas, mientras él se dirigía en dirección a la Biblioteca donde había quedado con su colega y amigo, Hamish O’Sullivan.

«Cuando te topas nuevamente con tu alma gemela algo salvaje ocurre parecido a la erupción de un volcán imparable y difícil de contener y explicar, esa fuerza titánica te sobrecoge casi sin percatarte, tirando por la borda las leyes de la física para dar paso a la química y la comunión de las almas haciéndote eclipsar, reconociéndote en los ojos de la persona que tienes delante...» Niall se detuvo y volvió el rostro por encima de su hombro al oír su nombre ser enunciado y casi como si estuviese frente a la presencia de un fantasma, aquella voz hizo que se le pusiera la piel de gallina y se le erizara los vellos de la nuca y los brazos al momento. Solo al volver el rostro y sus miradas colisionar, él logró reconocerla. Aquella mujer que tenía delante tenía la misma mirada, el mismo brillo en los ojos en los que se había embebido tantas veces hipnotizado, la misma boca y las facciones que eran muy parecidas a la de la mujer que le había robado el corazón, la misma por la que aún luchaba y parecía estar cada vez más inalcanzable que nunca en este infierno de destino, él no daba crédito a lo que sus ojos veían. Ella estaba allí. Con la misma mirada esmeralda detenida delante de él, con el pelo rojo cobrizo semi corto y ataviada con un traje masculino y moderno de tres piezas con camisa abotonada hasta el cuello blanca. Si Bree había querido llamar la atención de Niall Jónsson lo había conseguido, y no solo por su atuendo. Ella no se demoró en pronunciarse, sabía por boca de su asistente personal en el *Trinity* que el doctor Jónsson era un hombre parco de palabras, casi un ermitaño que en ocasiones resultaba un ser humano arisco y perspicaz sin dejar echar por borda la arrolladora inteligencia e ingenio que desprendían y a la cual sus colegas aducían reconocer en él no solo por su trabajo investigativo y su experiencia. Niall era un historiador afamado y reconocido, un estudioso de las artes y las ciencias, una eminencia en cuanto a los antiguos keltos, era eso lo que la había llevado a arriesgarlo todo, necesitaba desvelar las pistas que tenía en su poder para entender la razón por la que habían matado a Bastian y encontrar al culpable, en su cabeza solo se acumulaban preguntas sin respuestas... ¿Quién habría sido capaz de

orquestar semejante atrocidad?, y la pregunta obligada que taladraba en su interior y la más importante era... ¿Qué tenía que ver el trabajo de Bastian y los descubrimientos que habían salido a la luz en España con toda esta trama de sucesos?

—Soy Brianna O'Connor, discúlpeme si me he presentado así sin coordinar con usted un encuentro formal. Soy la psiquiatra que ha intentado ponerse en contacto con usted y algunas veces lo he incordiado con mis llamadas y correos. Siento tener que extralimitarme y venir hasta aquí a buscarle. Sé que mi caso no es algo que le motive, ni es ninguna investigación que le acometa al campus de la Universidad, ni mucho menos que sea de su índole pero, si estoy aquí es porque he sido informada que usted es la persona en Dublín más conocedora de los signos y símbolos igmotos célticos, su historia y todo lo que a ellos se refiere, yo quiera o no por muy irlandesa que sea, desconozco mucho de nuestra historia... Lo siento si he tomado medidas desesperadas y le he investigado doctor Jónsson... — apostilló ella ante el rostro desencajado del historiador.

El golpe de la mezcla entre emoción y miedo abatió al momento a Niall. Él ya había renunciado a encontrarla, se había pasado veintitrés años de su vida tratando de dar con ella cuando había logrado emanciparse e iniciar la búsqueda como otras tantas veces en el pasado y ahora a sus treinta nueve años ella estaba allí frente a él, lo supo apenas la vio, tenía las facciones un poco distintas a la mujer que recordaba y a la que comparaba de época en época, pero si había algo que era inequívocamente reconocible y que le hacía estar seguro de estar frente a la mujer a la que había querido como un desquiciado, era la conjunción de su sonrisa y sus ojos, aquel gesto muy de Caitlan a pesar de que su cabello no tuviese aquel brillo de fuego y sus contextura esbelta ahora se viese acaecida con algunas curvas... Él había dejado de oírla mientras sus labios se movían en movimientos silenciosos para él. Su corazón lo sabía, su cuerpo entero también lo supo cuando dio un brinco tan solo al mirarla. Niall de un momento a otro sintió un leve vahído momentáneo. Bree detuvo sus argumentaciones al observar el tambaleo momentáneo que se apoderó del cuerpo del historiador.

—¿Se encuentra bien doctor Jónsson? —preguntó Bree como movida por algo más grande que ella, algo inexplicable, al momento que se aproximaba y le tomaba del antebrazo para evitar que cayese. El leve roce de los dedos de ella le provocó a Niall un corrientazo que atravesó su espina

dorsal erizándole todo el cuerpo y dilatando sus pupilas.

—Sí, lo siento. Estoy un poco mareado —dijo dando dos pasos atrás apartándose.

—Déjeme y le acompaño a un banco mientras se siente mejor.

Atravesaron juntos el enorme patio. El hombre alto y gruñón, como lo había descrito su asistente, no era más que un hombre corpulento de músculos gráciles y pelo rubísimo con deslumbrantes ojos azules rasgados. Brianna le observó de reojo mientras él también la observaba a ella alucinado por lo que estaba aconteciendo. La curva de su boca y la mirada de ella le atravesaron el corazón como otras tantas veces había pasado abotargando sus sentidos. Caminaron juntos atravesando el enorme patio en dirección al banco más cercano. Él se dejó guiar por ella y luego se dejó caer en el banco sentándose a su lado.

—¿Se encuentra mejor, le busco agua o algo?, quizás ha sido una bajada de tensión o de azúcar, le buscaré algo dulce.

—No —dijo rozando ligeramente su rodilla con su mano, lo que le provocó a ella la misma sensación que ante él había experimentado, su cuerpo despertó a la vida, y todos los vellos de su cuerpo se erizaron sobrecogiéndola en un sentimiento inexplicable ya que ambos eran dos perfectos desconocidos. Él observó los cambios de su semblante y la reacción de su cuerpo y retiró su mano al momento disculpándose.

—Lo siento, yo...

—No, no pasa nada.

—Mee... Me repite su nombre otra vez señora —dijo mirándole la mano izquierda sorprendiéndose de encontrar en su dedo anular una delicada alianza forjada que asemejaba ser muy antigua con trozos de oro blanco y dorado.

—Soy Brianna O'Connor, mil disculpas por presentarme de este modo impersonal y abrupto doctor.

—Sí cierto, me lo dijo antes... Es usted la doctora en psiquiatría médica de la que tanto me ha hablado mi asistente Séan McGowan ¿Es la que ha sido tan insistente los días anteriores...? ¿A qué debo el honor señora?

—No me iré con rodeos doctor Jónsson, no quise ultimar más detalles con su asistente por razones personales y obvias, pero ahora puedo ser totalmente sincera y transparente con usted. Estoy aquí por un extraño artilugio, un crimen y el descubrimiento de un nuevo yacimiento celta en lenguaje cifrado. Si me permite déjeme invitarle aquí cerca a un café que

calme sus nervios y entonces le cuento un poco más de mí y de mi historia... si no es mucha molestia y si me lo permite por supuesto, no soy ninguna acosadora. Lo siento si he sido imprudente y he sobrepasado los límites, quizás usted tuviese algo que hacer y yo le estoy aquí reteniendo... —dijo hurgando su cartera en busca de una tarjeta que sacó de su tarjetero metálico de color plata y se la dejó en las manos para ponerse de pie. Él la miró desde abajo casi alcanzando con un leve movimiento su rostro enlazando su mirada a la de ella, Niall era un hombre alto y fornido que pensaba que ella estaba más extraña que la última vez que la había visto hace tanto tiempo.

—Señora... O'Connor ¿cierto? —terció Niall incrédulo de lo que estaba ocurriendo. Ella asintió con la cabeza en afirmación sonriendo.

—Yo tenía una cita con un viejo amigo, pero usted ha venido desde... —Dublín —se apresuró a farfullar ella.

—Dublín. Muy interesante —repitió él enarcando las cejas. —Ha hecho un largo viaje señora O'Connor. Creo que puedo posponer mi reunión y aceptar su invitación a ese café —dijo levantándose enfundándose la tarjeta dentro su chaqueta con una sonrisa marcada en sus labios. Ella le miró alterando su rictus con los labios curvados descolocada, aquel hombre distaba mucho de lo que había descrito su asistente el señor McGowan, él era alto y a Bree le pareció galante aunque muy reservado, era como si... Como si con la mirada pudiese desvelar su alma y desnudarla derribando sus muros, en segundos pensó que seguro era un hombre apuesto al igual que inteligente, de eso estaba segura, su amplio currículum lo precedía —pensaba ella—. Niall levantó un poco su brazo y ladeó la cabeza en dirección al horizonte instándola a seguir.

—Vamos, le indico el camino a la cafetería más cercana en el campus. Bree no supo muy bien porqué aquel hombre le provocaba simpatía y le resultaba ligeramente familiar a pesar de que ambos no se conocían de nada; de la misma forma que ella misma no supo cómo explicar su reacción al verle cuando sintió como su cuerpo y sus hormonas respondían ante la imagen del caballero enigmático que tenía delante. Ella sonrió con una camaradería que la sorprendió a ella misma, mientras se aproximaban al aparcamiento y él le devolvió la mirada por primera vez sincera y brillante como los rayos de sol que tocaban sus rostros. Sí, eso pensó Bree cuando le vio sonreír, la imagen de aquel hombre huraño, ratón de biblioteca empezaba a desvanecerse de su mente de un pincelazo dejando entrever a otro hombre que le era perfectamente contrario a la imagen que ella se había formado de él en la

última semana. Sin darse cuenta ella se encontró escudriñándole concienzudamente a manera de escáner con la vista, se sorprendía al ver que su sonrisa fuese contagiosa y por primera vez desde que había llegado a Escocia se sintió ridícula con su atuendo masculino y quiso encorvarse para pasar desapercibida, se reprendió mentalmente a ella misma no haberse puesto su mejor vestido que gritaba femineidad para este encuentro, le reprochaba a la vida que aquel vikingo le fuese indiferente por su condición, por primera vez en meses quería que un hombre desconocido para ella la mirase de verdad. Ella no quería que él le viese como una igual ahora que le tenía delante, ella quería que él la mirase como la mujer que era, profesional, carismática y muy femenina. Decidió en instantes romper el hielo, ya que eso sería el modo más rápido de avanzar en su cometido, sabía que de esa reunión dependería de convencerlo para aunar fuerzas y seguir su investigación.

—Señor Jónsson... Así que su asistente personal le ha tenido al tanto de mis intervenciones e insistencia.

—Así es señora O'Connor. Séan y yo somos transparentes el uno con el otro. Debo reconocer que estoy intrigado por su asunto... Es aquí, entremos.

Atravesaron el umbral y se acomodaron en la esquina este del pub donde había una mesa disponible. Un chico vestido con tejanos y suéter negro se aproximó diligente.

—Un mocaccino para mí, y lo que desee el señor.

—Lo mismo que usted —sentenció Niall distraído.

—Bien iré al grano doctor Jónsson, ante todo agradezco que una persona como usted encuentre tiempo para concederme esta reunión. Sé que usted no me conoce, pero estoy segura de que sabe que día es hoy.

Niall sonrió arqueando una ceja y su rostro adquirió un matiz diferente ante la sorpresa.

—Martes. Pero aún quiero saber, ¿cómo supo que estaría aquí?

—Su asistente ayudó en eso, al igual que saber que tenía una cita pendiente hoy con mi esposo.

—¿Perdone?, mi viejo amigo no se ha vuelto a casar recientemente, y usted no es la señora O'Sullivan.

—Disculpe sino me expliqué bien. Mi esposo, Bastian Langlois, tenía una cita concertada previamente con usted el día de hoy en este campus. —A Niall se le borró la sonrisa del rostro al momento al oír esa afirmación, había olvidado por un segundo la alianza que relucía en su dedo anular. Ella prosiguió con su perorata. —Él es el motivo real por el que estoy aquí en

primer lugar, doctor Jónsson...

—«Mientras caminábamos de vuelta al aparcamiento luego de salir de la cafetería descubrí que el efecto de la primera impresión había pasado y volví a ser yo mismo, qué suerte había tenido, la había encontrado al fin o mejor dicho, ella había dado conmigo. La miré indolente y agradecido de que ella acudiese a mí y necesitara mi ayuda esta vez, eso lo haría todo más fácil. Necesitaba coincidir, estar cerca de ella para intentar refrescar su memoria que parecía un pergamino en blanco capaz de escribir otra historia, en cambio la mía era totalmente sicodélica y mordaz mezclando y alterando todo lo acaecido en el pasado hasta verme allí una vez más frente a ella. Brianna... ese había dicho ella que era su nombre, y yo solo pude pensar que aquel nombre era hermoso y muy digno de ella, todo volvía a su cauce con el tiempo, las coincidencias simplemente no existían en ninguna realidad. Me quedé otra vez maravillado de que la vida le hubiese otorgado otra vez el título de princesa disfrazado en su nombre y por supuesto, acepté gustoso la idea de unir esfuerzos para encontrar respuestas, solo para poder quedar con ella otra vez tan pronto llegara a Dublín, a sabiendas de que lo que me contaría en nuestras posteriores reuniones no iba a ser de mi agrado en absoluto, porqué oír de su boca querer a otro hombre y embarcarse en esta tesitura y aventura riesgosa solo por él, era algo que me hacía enloquecer, pero debía controlarme, necesitaba saber más de ella y de su esposo, así como también de la condiciones de su actual vida; los celos que se asomaron peligrosos por un instante se antojaron casi eternos mientras cobraban fuerza y tomaban parte de mi control y raciocinio hasta que ella afirmó que su esposo había perecido en condiciones extrañas, lo que solo significaba que la alianza en su dedo iba ser más difícil de desligar que lo que había pensado. Era cierto que a medida que habíamos coincidido en el tiempo espacio, habíamos creado un fuerte vínculo, la atracción entre los dos como efecto estaba garantizada y era descomunal, esperaba que eso sirviera de algo, fue cuando la vi observarme con descaro y retirar la vista nerviosa, a partir de ese momento me permití relajarme y supe que la suerte estaba echada mucho antes de que el sol atisbara al alba en el horizonte de esa mañana. Otro acto en nuestras vidas empezaría a escribirse a partir del ocaso».

Habían transcurrido tres semanas en la que la camaradería y nuestras reuniones de las 17 a las 19 horas habían dado sitio a una posible amistad emergente. Todo había empezado aquel día en Escocia en el que él me escuchó atentamente y se ofreció ayudarme a descifrar el misterio de Bastian. En las últimas semanas se nos había sumado el Séan a una de nuestras pesquisas en la gran biblioteca del Trinity, aquella sala era como un santuario, había oído cientos de veces hablar a gente y turistas de ella, la verdad no me había llamado mucho la atención como para acercarme y conocerla en persona pero allí estábamos, en medio de grandes literatos, genios en ascenso y estudiosos en diversas disciplinas, me pregunté mirando en derredor qué misterios podrían ocultar esas paredes, cuántas conversaciones habrían acontecido allí, cuántas conspiraciones se habrían entretejido en sus muros y cuántos besos hubiesen tenido lugar en medio de este santuario de libros, deslicé la vista para observarlo mientras trabajaba y releía los libros concentrado en el lenguaje encriptado de las imágenes y los símbolos igmotos. Niall estaba buscando similitudes o un patrón recurrente que le permitiese descifrar ese dialecto antiguo cifrado en las fotos que les llevé y en las imágenes de los diarios españoles, y yo simplemente no pude evitar deslizar la mirada por su cuerpo, ni mucho menos pude evitar que mi mente y mi cuerpo tomaran el control de mis reflejos y mis pensamientos, mientras él absorto trabajaba y yo procuraba tomar apuntes como su secretaria, volvió el rostro de improviso y me tomó de sorpresa observándole, no dijo nada, solo se puso en pie de un momento a otro y me miró a los ojos diciéndome.

—Ven conmigo —arguyó estirando su mano e instándome a seguirle. El sonido de las pisadas en medio del silencio incipiente que reinaba entre los murmullos espaciados de estudiantes y el sonido casi sordo del carrito o de algún libro al ser utilizado nos hizo volver el rostro al unísono al mismo tiempo que McGowan se acercaba a nosotros con pasos apremiantes, él siempre iba vestido de pantalón de cuadros y camisa blanca con su chaqueta gris a juego y bajo su brazo un libro, él era un obsesionado con la alquimia, eso lo había descubierto las últimas semanas que habíamos coincidido los 3, y ésa era la razón por lo que siempre llevaba un libro distinto de esta disciplina bajo el brazo. Séan se había ofrecido a participar en esta investigación una vez que se había sentido seducido por la idea, aquella vez

que Niall y yo dilucidábamos la información acerca de la cantidad de castros en los que habían desaparecido material arqueológico y se habían perdido muestras y profanado el terreno dejando marcas incipientes que alteraba y deterioraba el material en estudio. Habían surgido una serie de incongruencias con la supuesta teoría del reconocimiento de las naciones celtas al descubrir que nuestra investigación podría refutar una teoría antigua que cambiaría la historia hasta ahora aceptada como válida, nada le hacía más ilusión a Séan McGowan que entrar en la historia, y esta, según lo veía él, podría ser su oportunidad de oro.

—Llego tarde, ¿dónde vais, habéis descubierto algo nuevo?

Niall sacó de dentro del bolsillo de su chaqueta una tarjeta que le permitía tener acceso a una cámara en una zona restringida dentro de la gran Biblioteca. En nuestra segunda reunión Niall se había presentado con una serie de libros antiguos del siglo XVI que marcaba mapas, trazados y algunos enunciados que nos hacían sospechar que los escribanos monjes podrían haber adulterado la historia solo un poco para alinearla a los preceptos de Roma y la iglesia en plena conquista de cristianización en los siglos anteriores, lo que había quedado constatado en las historias de hazañas de la mitología céltica como lo era en algunos pasajes del Libro de las Invasiones, el Libro de Dun Cow, el Libro de Lecan y el Libro Leinster, aquel por el que había conocido a Bastian en primera instancia por sus obsesiones en la búsqueda de las raíces de su línea de sangre galesa. Fue cuando aproveché para hablarles en aquella ocasión a Séan y a Niall del misterioso mapa del que me había hablado una colega de Bastian; decidí en aquel entonces no desvelar todas mis cartas haciéndoles ver que una tercera persona disponía de información y evidencia desconocida que nos afectaba, sin aceptar que esa persona era inexistente, ni mucho menos que era yo la persona que lo tenía en su poder, no sabía que podía significar, ni qué injerencias podría tener aquel extraño artilugio de pistones y claves cifradas con la muerte de mi marido, ya que estos sucesos eran de mucho antes del viaje a Galicia, la muerte de Saineiro y la desaparición fugaz de la prensa y las investigaciones del panorama habitual y del escándalo policial al otro lado del continente. Así que decidí hacerme con esa estratagema, necesitaba creer, pero sobre todo confiar más en ellos. Les hablé a ambos del misterioso mapa sin dejar relucir que aquel estaba resguardado seguro y lejos de Dublín. Podía decirse que confiaba en ellos en las pocas semanas que habíamos compartido juntos pero no lo suficiente como para desvelar aquella trama en la que mi marido era un

partícipe consagrado y yo era una total ignorante acerca del mismo, les mostré fotos del cilindro con las inscripciones y las postales guardándome para mí el mapa y las claves en las tarjetas encriptadas con mensajes que había decidido averiguar con otra fuente externa por recomendación de Paula, ya que era partidaria de la dogma que decía que nunca debías poner todos tus huevos en la misma cesta y que la diversificación era lo mejor forma para obtener los mejores frutos en cuanto a transacciones e investigaciones. Niall parecía muy interesado en eso extrañamente, mucho más que en el descubrimiento del yacimiento en el castro de Boroña y los fallecimientos de los dos arqueólogos, por instantes le observé especialmente seducido por los signos y el paso del tiempo, esto solo traía a colación toda una historia oculta detrás de los mensajes cifrados en manuscritos antiguos y petroglifos con un sinfín de significados distintos para el que poseyera el alfabeto y algún artilugio que me permitiera escudriñar y enfocar la investigación en otra dirección. No les mostré jamás la foto del mapa. Quería saber hasta qué grado de implicación y compromiso tenían en la investigación para poder desvelar el pequeño secreto de mi marido y mi correlación sin explicación con ese extraño paquete. Así que pasamos semanas analizando cada uno de los signos rúnicos y sus significados. Séan nos proveía de la materia prima de tomos y artículos de diarios e internet, esa era otra de sus pasiones ocultas y la razón de sus conexiones ilimitadas dadas por el acceso controlado bajo su mando por un hacker dentro la deep web, con el cual trabajaba de manera conjunta cuanto lo requería, descubrí por descontado porque aquellos dos hombres brillantes eran un dúo dinámico imbatible, uno enfrascado en el pasado y con conocimientos inconmensurables, el otro en el presente con visión de futuro y dispuesto a cruzar límites con trazas de epopeya histórica sobre sus hombros; eran simplemente como el ying y el yang juntos, y desde que había llegado yo con mi mente psíquica, disciplinada e íntegra, Niall bromeaba en que juntos éramos como un trisquel, tres espirales del mismo tamaño y sentido, el equilibrio absoluto perfecto en el lenguaje céltico hacia la eterna evolución.

Esta mañana conduzco hacia el condado de Limerick, *al Adare Manor Hotel*. Séan McGowan me ha pedido que nos viéramos allí en la tarde. Séan es un joven vivaz de 30 años de cabellos negros y ojos almendrados, alto aunque más bajo que Niall, pero aún así tiene mi estatura y una complexión que indica que no abandona el gimnasio ni aunque le paguen, por lo que es

atlético y de condición física fuerte. Ha estado muy extraño al teléfono cuando me telefoneó dos días atrás pidiéndome cambiar nuestra reunión vespertina de los jueves en la tarde en *Gallway* por la cita a la que acudo hoy en Limerick. Me encontré aparcando el coche que era de Bastian color terracota, cuando le vi hacerme señas con las manos, sonreí y descendí del vehículo con las carpetas que puse sobre el capó del coche para ponerme la gabardina crema y avanzar. Hoy parecía que llovería como casi siempre, apenas unas pequeñas gotitas de lluvia anunciaban lo que se veía venir. Aceleré el paso con mis pantalones de cuadros y mi suéter cuello alto negro y me escabullí bajo el cobijo de la entrada de la cafetería desde donde el olor a dulces y a café inundaba el ambiente y abotagaban mis sentidos.

—Me tienes en ascuas Séan, ¿has encontrado algo fuera de lo común en lo que estás investigando? —inquirí curiosa.

—Siento decirte que no es por eso que te he invitado a comer.

—¡Vaya!, entonces estoy aún más intrigada, tengo unos pendientes y debo volar a Nantes el fin de semana. Soy toda oídos...

—Esto... Es que no sé por dónde empezar.

—Creo que por el inicio es la mejor opción —dijo ella sonriendo pertinaz.

—Allí va... ¿Alguna vez has oído hablar del Trinity Ball?

—No sé muy bien de qué va la celebración, pero supongo que por el nombre es una especie de baile, ¿no?

—Sí. No estás muy alejada, en efecto es un baile anual, es un evento importantísimo en el campus y es antiquísimo, se lleva celebrando desde hace muchísimo tiempo, lo cierto es que el evento ya casi está aquí y no tengo con quién ir y yo pensaba que... Que quizás tu...

—¿No vas con Niall entonces...? Pues claro es un evento oficial no podéis...

—¿Por qué tendría que ir con él Bree? No entiendo. En fin, el doctor Jónsson no acude a estos eventos, en todos los años que llevo trabajando con él jamás le he oído que asistiera, pero este año por cosas del destino está como presidente del comité organizador por lo que puede que quizás se vea obligado a ir. Me preguntaba si tú... tú aceptarías ser mi pareja de baile para esa noche.

—Yooo...

—Si no puedes, no pasa nada Brianna.

—No, no es eso. Es un baile estudiantil ¿verdad?

—Sí que lo es, pero no estaremos como los estudiantes de carpa en carpa y bebiendo por todos los sitios. Es un evento anual bonito con trayectoria histórica en el cual se mueve mucho dinero y se hacen conexiones que pueden ser muy lucrativas para la Universidad o de manera personal, pero lo entiendo si crees que yo soy uno de esos estudiantes, tan solo porque tomo algunas clases no significa que sea un crío... soy un hombre listo, audaz y sensato, la verdad no sé cómo se me ocurrió invitarte.

—Acepto Séan, iré al baile contigo, puede que me venga bien el no estar apartada del mundo tanto tiempo entre mis preocupaciones, mis responsabilidades y mis obsesiones. No tenías que traerme a esta hermosa cafetería histórica para esto, llena de tantos libros y con esta arquitectura exquisita que reposa sobre sus muros y paredes.

—No te he hecho venir aquí solo por eso, te he hecho venir porque he encontrado algo importante, pero también te invité aquí porque creí que te encantaría, porque está muy cerca de la región de Connacht de la que procede tu apellido «*Ua Conchobair*», que es uno de los más antiguos de Irlanda, perteneciente al linaje real.

—Disculpa si me sorprende por esa información. Me quedé huérfana muy temprano y fui criada por una tía lejana por lo que desconozco la historia.

—No te preocupes. Niall me envió aquí para venir al viejo monasterio Clonmacnoise, pero volviendo a lo del baile, te aseguro que no te arrepentirás Brianna, será un evento genial lleno de luces, música, exquisiteces de comidas, decoración exuberante y fuegos artificiales.

—Ya veo que te emociona mucho ir Séan, será todo un honor acompañarte —apostilló ella sonriendo con guasa.

—La verdad debo confesarte ya, que nunca fui cuando cursaba la carrera. Era de esos alumnos... no sé si lo sepas...

—Sí lo sé, no te preocupes.

—¡Vaya!, ¿en serio?, me sorprende que supieras que era un *nerd* y un inadapto —dijo cabizbajo haciendo un mohín tratando de ocultar su vergüenza.

— Perdón, no pensé que te referías a eso, sino...

El timbre del teléfono la distrajo unos segundos. Brianna poniéndose en pie se alejó un poco de la mesa ante la atenta mirada de él que le seguía aún sin creerse que una mujer tan hermosa como ella, sería su acompañante al baile de la trinidad. Él no se había atrevido a ir nunca pero esta vez, quería

que fuese diferente. Sabía que Niall por nada del mundo aceptaría la invitación insistente de la profesora que dictaba cátedra de biología molecular en la Universidad. Brianna regresó a la mesa presurosa.

—Lo siento debo irme, Enya ha tenido un inconveniente con los archivos e informes de Bastian. Debo dejarte.

—¿Está bien entonces?

—Sí no te preocupes gajes del oficio.

—Te enviaré el pase de entrada por correo a la dirección a la que te hago llegar todo los informes y recortes Brianna.

—Es perfecto Séan, porque mucho me temo que estaré en la oficina mucho tiempo trabajando. Te dejo, nos vemos entonces.

—Es en dos semanas, tú no te preocupes de nada, yo me encargaré de todo.

—Está bien, te tomo la palabra y despreocúpate, mantendré vuestro secreto a salvo. Ahora debo irme, dale mis saludos al doctor Jónsson.

Brianna tomó su bolso y se puso en pie despidiéndose de Séan meditabundo, “*secreto...*” —había dicho en voz alta él enarcando las cejas.

El teléfono timbró en el bolsillo de Séan mientras las veía alejarse, el número que remarcaba en su pantalla no le era desconocido.

—Si.

—¿Has averiguado algo?

—Poca cosa, pero te contaré todo tan pronto llegué a Dublín.

—Por cierto me he tropezado con Fiona Walsh, me ha dicho que irás al evento. Pensé que no te sumarías a esa absurda y patética idea de ir al baile de la temporada. Ya no sé dónde esconderme para librarme de ella. Me está presionando para que la invite y ha tenido el valor de invitarme ella cuando le he dado vueltas. No puede entender que solo iré porque soy el encargado de discurso inaugural de los estudiantes y luego de haberlo pronunciado ante la muchedumbre, antes de que estallen los fuegos y todos se aboquen a sus copas me iré. Ya me dirás el lunes como te fue en el evento.

—Para mi será todo un honor darte los pormenores del evento, ya que iré con la doctora O’Connor, no sé de dónde he sacado fuerzas para preguntárselo pero lo he hecho y ella ha aceptado al final.

—¿Te refieres a Brianna? —preguntó Niall inquisitivo.

—Sí, a quién más podría ser —respondió Séan.

—¿Brianna irá entonces al *Trinity Ball contigo*?

—Por supuesto. Nunca he hecho esto antes, para una sola vez que vaya hacerlo, me aseguraré gran amigo de que sea excepcional .

CAPÍTULO IX .

Dublín, primavera del 2020.

El evento de hoy conocido por todos como el *Trinity Ball*, era la fiesta privada al aire libre más grande de Europa, o al menos eso me había dicho Séan en su carta cuando envió por mensajería el boleto de acceso con acuse de recibido por medio del cartero. Era viernes en la noche y la ciudad de Dublín parecía mostrarse hoy diferente a otros tantos viernes en donde aquel zumbido acostumbrado y cercano al centro llenaba todo de una especie de algarabía en la que primaba el alcohol y los clubes se mostraban a reventar desde las horas tempranas de la tarde; pero la noche de hoy, había dado lugar a un cambio distinto, en vez del sonido peculiar taciturno acostumbrado... Este viernes había dado paso a las risas, al abucheo y al sonido peculiar de los coches en su ir y venir y al clack clack de los zapatos incidiendo en las adoquinadas calles de las aceras de Dublín. Me asomé por la ventana mientras Félin se arremolinaba por detrás de las cortinas plisadas, Enya había marchado tan solo cuatro horas antes dejando todos los pendientes en orden. La luna llena se mostraba espectacular en medio de las ramas de los arboles de sombras mortecinas bajo el manto de la noche. Una farola ornamentada de hierro iluminaba la calle de frente de mi edificio, pude ver a través de la ventana de mi apartamento a unos chicos salir de los portales de los edificios colindantes y montar en coches en dirección al centro vestidos con el clásico “*black code*”, como decía la tarjeta del evento del *Trinity*. Pocos minutos después vi acercarse sigilosa una limosina negra que se detuvo en frente de mi edificio, eran las 20:00h cuando vi bajar a Séan McGowan de aquel vehículo suntuoso con su esmoquin de cuadros negro y blanco con las solapas y el pantalón negro y la pajarita en tono burgundy dirigiéndose hacia mi portal. El sonido del timbre inundó la estancia y me

aproximé al intercomunicador presionando el botoncillo redondo.

—Bajo en seguida —le contesté—. Por lo que volví el rostro para mirarme nuevamente en el espejo, el peluquero se había esforzado por crear en mi cabello unas *ondas al agua* muy al estilo de los años 20 con el poco cabello que podía trabajar. Recordé cuando horas atrás mi estilista me había dicho “ojalá llevaras el cabello por los hombros en un corte recto, hubiese sido más fácil trabajar con tu pelo”, pero ahora que veía mi imagen reflejada en el espejo podía constatar de que había logrado el peinado ideal para mi atuendo inspirado en el estilo de Gran Gatsby, vestido verde esmeralda largo con cuello halter adornado con pedrerías y un fajón de la misma tela verde que hacía que la tela solo a la altura de mis caderas se ciñera a mis formas y para complementar mi look, me calcé unas sandalias plataforma de color cobre con guantes largos a juego de seda, quería que cuando Niall Jónsson me mirara se quedara boquiabierto y esa fue la única razón por la que compré este vestido que permitía lucir por su corte un cuello imponente y unas piernas largas contorneadas. Sin darme cuenta mientras me alistaba me tropecé por casualidad con la pulsera de oro torneada que había traído de Galicia con aquellas fístulas tan peculiares con forma de dragón en el broche, sentí la necesidad de usarla aquel día, no puedo explicar porqué, fue como si la pieza de oro me llamara a forma de ecos interminables, así que lo hice, la saqué de la cajita del alhajero y me la coloqué sobre el guante de seda como accesorio a juego con unos pendientes sencillos no muy llamativos para no lucir recargada por la pedrería del traje. Al llegar a la puerta y abrir, Séan no pudo esconder su reacción al verme enfundada con aquel vestido glamoroso, me barrió con la mirada de arriba y abajo una dos veces o quizás tres, con aquel deje pícaro instaurado en sus labios y aquel brillo de sus ojos almendrados. Cada vez más al estar en su presencia me costaba creer que sus inclinaciones sexuales fuesen las contrarias a las mías, su mirada casi felina y su sonrisa pícaro me hacía dudar de aquello de la timidez del pasado.

—Te ves muy hermosa Brianna, seré la envidia de toda la fiesta — exclamó Séan tomando las manos de Brianna para besar su muñeca con sus labios sobre el guante, reincorporándose y poniendo el brazo en jarra para que ella lo anidara al suyo y se dejara guiar por él a través de la calle.

—Una limosina... ¿Era necesario todo esto Séan?

—Para una vez en la vida que hago algo así querida, quería que fuera inolvidable, así que la respuesta es sí, era necesario, porque quiero algo que pueda recordar cuando me encuentre en el asilo de ancianos y sonreír

recordando mis años mozos y más si es un recuerdo hermoso al lado de una bella mujer.

—Le miré inquisitiva y esboqué una media sonrisa que murió antes de concretarse, deslicé la mirada en dirección a la limo y avancé de su brazo meditabunda.

El coche se deslizó por las calles adoquinadas, los estudiantes del *Trinity* se habían apoderado de las calles de la ciudad con sus mejores galas por todos lados que miráramos. Nos bajamos en *College Green* ya que los diversos accesos a calles paralelas habían sido cerrados por la actividad, y esta calle era el acceso más corto al control de entrada del evento. Entendí rápidamente porque a pesar del código de etiqueta negro algunos estudiantes iban en bambas con un estilo muy *hipster* o de manera casual con gafas oscuras antirreflejos brillantes, pajaritas de cuadros o con vestidos cortos o faldillas con cortes extraños asimétricos, la verdadera razón eran los infinitos adoquines que me estaban jugando una mala pasada con los tacones que no había experimentado desde mi época de estudiante, teniendo que sostenerme fuertemente para evitar caer del brazo de Séan, que encantado me devolvía aquella mirada de pillo, sosteniéndome con firmeza del talle y tomándome del brazo, maldecí no haberlo pensando antes mientras nos encaminábamos hacia la entrada, doblando una esquina desde donde podíamos ver las colas interminables a pesar de que Séan con su pase tendría acceso a la entrada asignada para ex miembros y *staff* universitario. El ronroneo de una moto acercándose entre el rumor de la gente, las risas y los chistes de los chicos haciéndose selfies en la fila mientras nos dirigíamos a la puerta nos hizo volver el rostro a Séan y a mí al instante. Sobre una moto de gran cilindrada negra *Harley Davinson*, un hombre ataviado con un esmoquin negro con lunares blancos de solapas brillantes lisas en la misma tonalidad, con su camisa blanca y pajarita a tono llegaba a la escena y le otorgaba al guardia una credencial que hizo que el seguridad del campus abriera el portón grande para dejarlo ingresar. Séan y yo nos miramos cómplices con una sonrisa que había quedado estrangulada arqueando nuestras cejas. Ingresamos al gran patio desde donde pudimos ver a aquel sujeto descender de la moto y sacarse el casco negro que mantenía su identidad en el anonimato. «Debe ser un alto cargo en la universidad», me susurró al oído Séan. Para mi sorpresa, el extraño motorista guardaba el casco en la parte trasera de la moto cuando agitó la cabeza y se rastrillo el pelo rubio platino acomodándose los

mechones rebeldes que se salían de la coleta de cabello con los dedos, mientras mis ojos como platos inusualmente apercibían de que se trataba nada más y nada menos que de Niall Jónsson, el tipo más solitario y hermético pero apuesto que había conocido en muchos años. La voz de McGowan me hizo cerrar los labios y tragar grueso tratando de guardar las formas.

—Es Jónsson... ¿Quién iba a decirlo? No sabía que tuviese una moto. Séan aceleró el paso a fin de alcanzarle pero pronto notó que me costaba seguirle el ritmo por los zapatos, así que desaceleró su avanzada y sonrió servicial diciéndome—:

—Esta sí que va ser, una noche interesante.

Una vez alcanzamos la hermosa fachada del Trinity en medio de luces y formas, me pareció como si los edificios colindantes se hubieran magnificado desde la última vez que los había visto en su ajetreo diario. Los edificios del campus lucían ahora iluminados con luces de colores arremolinados en medio de erigidas carpas en cada cuadrángulo de hierba. Las carpas estaban repartidas por todo el campus, cada una con un tipo de música diferente para garantizar que hubiera algo adecuado para todos los gustos, también habían un montón de furgonetas de alimentos surtidos para evitar los antojos de bocadillos de medianoche. Todo estaba muy organizado y medido para que la noche fuera sobre ruedas como me había comentado mi flamante acompañante. El *Trinity Ball* era uno de los eventos más importantes y antiguos de la Universidad que marcaba el fin de los exámenes en medio de temperaturas un poco heladas, el barro y mucho alcohol situado en medio del campus universitario. Séan me iba explicando la trayectoria y el cronograma de artistas y bandas de música en aparición mientras avanzábamos saludando cada diez minutos entre estudiantes y colegas a los que me presentaba como su acompañante. Divisé a Niall al fondo del acceso norte al jardín en medio de las grandes letras y el logo del baile del año. No pude evitar mirarle fijamente sin saber discernir porqué un simple desconocido despertaba en mí aquella inusitada fascinación, me reproché en silencio mi actitud, Bastian no llevaba muerto ni un año aún. Él sin más se giró al oír su nombre de boca de Séan y cuando lo hizo mis ojos se agrandaron y mi gesto reveló traidor la inesperada impresión al verle de frente, el vikingo sin duda era un hombre imponente, que aquella noche lucía majestuoso. Él avanzó hacia nosotros sonreído y absorto en su escrutinio hacia mi persona que de una u otra forma me hizo sonrojarme y deslizar la mirada perdida por encima de su hombro.

—No sabía si habían llegado ya —afirmó Niall sin dejar de mirarla con intensidad. Y cuando ella creyó que iba a lograr hacerse la indiferente sin que él lo percatase, él añadió: “Señora O’Connor está usted deslumbrante”. Para nosotros los del Trinity es todo un honor contar con su presencia en este evento... Temo que debo dejarles —dijo apretando fuertemente la mano de Séan y ronzando ligeramente la mejilla izquierda de ella con un sutil beso tomándola desprevenida, antes de volver entre sus pasos en dirección a una de las carpas desde donde Brianna divisó al rector *Johnn Hegarthy*.

A los pocos minutos vio salir a Niall a la distancia del brazo de una hermosa mujer alta de cabello rubios enfundada en un vestido de corte imperio azul metalizado que se fijaba demasiado a sus formas para su edad. Brianna terció el gesto entrecruzando sus brazos y volvió el rostro antes de que Séan se percatase de su incomodidad momentánea. Una vez acabó de saludar al rector se acercó con una sonrisa en los labios hacia ella diciendo—:

—Vamos querida a por unos canapés y unos tragos —arguyó con guasa mientras el ambiente comenzaba a caldearse y poco a poco las filas disminuía en la entrada.

—Creo que es una excelente noche señor McGowan, apostilló Brianna y sonrió sibilina.

En medio del sonido de la música sobre la tarima de la carpa principal los teloneros colocaron un micrófono y a los pocos minutos la música cesó de repente. La carpa era muy espaciosa por lo que podía albergar a más de cien personas sin problemas sin chocarse unas contra otras, un chirrido incómodo del micrófono en las pruebas de sonido que pronto fue solucionado dio paso al anfitrión de la noche. En pocos segundos el auténtico y misterioso vikingo tomó el micrófono para iniciar su discurso, con aquellos mechones rebeldes que sobresalían dándole un aspecto desenfadado y moderno «Buenas noches a todos...» —exclamó ceremonioso, mientras el auditorio enmudecía ante su voz gruesa y varonil.

No supe porqué pero temblé en mi esquina abrazándome la cintura con un brazo mientras en la otra mano sostenía la copa de champagne que me había dejado el camarero. Séan intentó distraerme y llamar mi atención con uno de sus acostumbrados chistes tipo *Mr. Bean*, pero la verdad yo seguía absorta mirando ensimismada al portentoso Dios vikingo moverse con soltura y mostrándose divertido como nunca antes. Siempre pensé que pese a nuestras reuniones, él era un hombre comedido y parco de palabras pero esa

noche me había demostrado que estaba equivocada, parecía un hombre totalmente distinto al que había conocido, muy seguro de sí y extrovertido, con una personalidad arrolladora que en vez de desalentarme hacía que lo encontrara sin querer reconocerlo aún más fascinante y atractivo, ¿qué me estaba pasando...? Necesitaba algo más fuerte para adormecer mis hormonas, así que salí a por la carpa del whisky cuando Metabolix saltaba al escenario con un atuendo característicamente extravagante interpretando todos sus golpes con su guitarra crujiente y sus sintetizadores de efecto espacial. La sección rítmica hizo temblar el piso mientras Tebi Rex en una carpa no muy lejos de allí recibía una bienvenida entusiasta, la atmósfera de un momento a otro dentro de la tienda del whisky se fue volviendo un poco sudorosa y progresivamente más pervertida. Una misteriosa llamada había alejado a mi acompañante escasos minutos atrás de mi lado, mientras abandonábamos la carpa en medio de una neblina de guitarras ruidosas y lavados de teclado psicodélicos.

—¿Estás bien Brianna? Necesito ausentarme unos minutos y atender un pendiente urgente del laboratorio, solo será un momento.

—Sí estoy bien, necesito un poco de aire fresco lejos de tanta música —espeté haciéndome oír a pesar de la música estridente a nuestras espaldas.

—¿Estarás bien entonces? —inquirió Séan, mientras ella seguía bebiendo de su copa hasta vaciarla.

—Por supuesto, haz lo que tengas que hacer —aseveró ella volviendo a beber su copa.

—En nada estoy contigo de nuevo, lo prometo, había dicho Séan alejándose entre la turba.

Brianna continuó caminando con pasos cortos alejándose un poco más y subiendo por la explanada del parque central dejando atrás al Dj en la carpa a rayas de la tienda de *campana* en un caleidoscopio de arpegios de teclado y ritmos pegajosos. Caminó alejándose un poco del sonido de la música y los estudiantes estirados sobre la hierba o en las interminables colas hacia lavabo dispersos todos como estrellas en una constelación cósmica por los jardines del campus, continuó ascendiendo la cuesta hasta subir por un sendero que parecía distante pero hermoso que hacía la función de mirador del campus desde donde se observaba todo alrededor desde otra perspectiva en un ambiente tranquilo y silencioso. Brianna había bebido bastante las últimas dos horas tratando de no pensar, necesitaba aire fresco para calmar sus

sentidos. Volvió sin pensarlo a su memoria el recuerdo de la mujer que había visto antes del brazo del historiador, se preguntó en silencio ¿Quién sería ella?, empezaba a echar por tierra toda esa teoría que le había contado Jules acerca de la supuesta relación homosexual con su asistente. Era cierto que Niall era un hombre discreto y amable, pero también era cierto que jamás había notado en él alguna traza de comportamiento diferente al que tantas veces había visto en los otros hombres de su pasado, no es que conociera a los hombres a la perfección, ni que hubiese salido con tantos, pero la experiencia le hacía tener su dudas al respecto de aquel rumor desde el momento uno en que lo había conocido. No sabía qué pensar al respecto, como casi nada de lo que se refería a él, porque Niall Jónsson era todo un enigma para ella, ahora que lo pensaba con cabeza fría se daba cuenta que le conocía tan poco desde hace un mes, pero había algo en él que la inquietaba, algo casi adictivo, quizás era lo misterioso y sexy que le parecía a pesar de todo, o muy por el contrario podría ser su olor característico, había leído mucho al respecto y desde que había iniciado su terapia con el doctor Antoine, no dejaba pasar inapercibido algunos olores como esos que a veces solía sentir cuando volvía de sus pesadillas más aterradoras. Sin dudas Niall Jónsson tenía un olor característico y un aspecto casi sublime que nublaba sus sentidos cuando estaba cerca de él, casi igual que algo primigenio, era como una esencia perdurable que se asemejaba maderable con pequeñas notas cítricas como las de las cáscaras de naranja, una mezcla extraña entre el dulzor y lo cítrico con notas grabadas a fuego por la naturaleza—pensaba ella—. Sonrió para ella misma con aquel razonamiento, se estaba obsesionando con él intuía... ¿Qué le importaba a ella que aquella mujer fuese algo especial para él?, ¿qué más le daba si él era un queer o no? Lo único que de verdad le debía importar de él, era que él desentrañara los misterios y el lenguaje oculto en los signos y libros que le llevarían a la verdad sobre Bastian, eso debía bastar. Debía más bien alegrarse de estar en aquel lugar idílico con su perfecto vestido en medio de la naturaleza, aquella fuerza sobrehumana con la que se sentía tan unida. Unos pasos cortos y distantes se acercaban mientras ella seguía meditabunda armando y remontando sus pensamientos con elucubraciones complejas y absurdas. Niall la había visto alejarse al momento que Séan se distanció unos segundos, se le habían subido a la cabeza los celos cuando la vio de su brazo, hermosa y distante. Él la había seguido sigiloso a una corta distancia y había caminado muy despacio moviéndose entre las sombras hasta hallarla allí con el rostro puesto en el

cielo y los brazos entrecruzados a la altura de su cintura. El sonido de su voz la sacó de su ensimismamiento.

—¡Estás aquí Brianna!, pensé que te había ido... ¿Dónde está Séan?

—Ha recibido una llamada urgente de una colega y se ha ido a atenderla, me dijo que serían solo unos minutos... Por cierto, felicitaciones, fue muy conmovedor tu discurso de invitación al alumnado.

—Gracias. —Niall la observó, ella lucía distinta e indiferente aunque igual de encantadora. Ella rompió el silencio mirándole en la penumbra.

—¿Dónde dejaste a tu pareja? —dijo constriñendo el rictus.

—No es mi pareja, sentenció. —Ella le observó detenidamente mientras continuaba bebiendo de su copa, él estiró su brazo para tomarla en vilo y colocarla encima del macetero.

—Cierto ahora recién entiendo toda esta pantalla.

—¿Pantalla?, ¿de qué estás hablando? —preguntó él. Ella ríe sarcástica.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo, no diré nada, ambos pueden permanecer ocultos como hasta ahora. Niall la cogió del brazo con fuerza obligándola a mirarle a los ojos indignado.

—¿De qué demonios estás hablando Brianna?

—De ustedes... Sé que estáis juntos.

Ella no supo de dónde había salido aquel reproche, ni porqué lo había enunciado en voz alta, cuando debió permanecer más bien callada y calmada.

—¿Te refieres a Fiona Walsh y yo? —dijo mirándole incrédulo como no dando crédito a las palabras de ella.

—No nos hagamos los ilusos, sé que no soy de tu tipo —dijo con la voz trémula zafándose de su agarre. Aún así no sé porqué me siento del modo como me siento cuando estoy a tu lado, ni mucho menos puedo explicar lo que sentí cuando te vi junto a ella... Cada vez que estoy cerca de ti Niall, siento cosas que no había sentido jamás y no sé que voy hacer con ello, quiero que te quede claro que no estoy borracha, puede que el alcohol haya inhibido mi sensatez y aligerado mi lengua, no te estaría diciendo todo esto sino estuviera segura de que Séan y tú son pareja y necesitan cubrir las apariencias, y solo por eso entiendo tu comportamiento y la forma como necesitas cubrir las apariencias al lado de una... Mujer como ella, pero yo también soy mujer, y no se te ocurrió invitarme —dijo con voz desgastada y presurosa. Brianna levantó la mano lentamente con delicadeza sin dejar de mirarle a los ojos tocándole el rostro, él permaneció circunspecto.

—Sé que estoy diciendo cosas absurdas, precipitadas pero inevitables y

te preguntará... qué tipo de mujer soy, ahora lo sabes... Estas cuatro semanas han sido toda una montaña rusa llena de confusión y sentimientos aleatorios. Lo cierto es que mañana me olvidaré de todo esto y fingiré que no ha pasado nada doctor Jónsson, no se preocupe, pero tenía que decirlo, no podía seguir guardándome toda esta maraña por dentro y simplemente darle borrar—inquirió decidida girando sobre sus talones.

El agudo zumbido del ¡Pum! y los fuegos artificiales abriéndose en medio del cielo negro inesperadamente, marcó el inicio del fin de la noche. Niall no podía creer lo que tenía ante sus ojos, se quedó pétreo sin saber qué hacer, la confesión de ella lo sacó de su autocontrol y le hizo dar un paso en frente mirándola escéptico pero intensamente como si fuese una saeta o estrella fugaz que brillaba en medio de la penumbra, él no quería estropearlo todo, la había mantenido distante, era cierto; había procurado guardar las formas y se había alejado de ella poco a poco a pesar del dolor otorgándole más funciones a Séan de las que quería aquella tercera semana desde que habían coincidido, con la ilusión de que ella no desapareciese de su radar, ni le ocurriese nada malo como tantas otras veces, tres semanas era su marca oficial, había sido así desde hace tanto; esta era la cuarta semana y él sabía que algo había cambiado, pero no sabía qué, él simplemente no quería tentar a la suerte y cuando la vio esa noche puso a prueba toda su teoría. Quizás el motivo porque ella siguiera allí en su espacio y tiempo era que por primera vez él no había intentado ahondar más ni acercarse a ella, a pesar de la inevitable y abrasadora atracción y los sentimientos que habían vuelto de golpe agolpándose en su pecho al verla, pero toda esa noche había conspirado para moverlo contra natura, deslizó la mirada y entonces atisbó el brazalete que refulgía en su mano, él simplemente no entendía cómo aquella pieza habría sobrevivido tanto tiempo, ni mucho menos, cómo había llegado hasta su dueña otra vez... El mundo daba vueltas sin dudarlo y todo simplemente volvía al primigenio—pensó—. El estallido de los fuegos artificiales que seguía apareciendo tras sus espaldas había dejado suspendido en un instante eterno el momento mientras la pólvora formaba una lluvia de estrellas haciendo formas diversas en el firmamento con destellos de colores seguidos de cada detonación en el cielo. Niall reaccionó en pocos segundos mientras ambos se miraban intensamente bajo la luz de los fuegos y fue cuando supo que era ahora o nunca, no lo dudó ni un segundo más, avanzó presuroso hacia ella y guiado por un impulso más allá de sus fuerzas y su autocontrol eliminó el pequeño intersticio entre ambos, le encerró la cara entre sus manos con

exquisita suavidad y la besó. El beso fue un ligero roce en una amalgama de sensaciones ásperas, tiernas y húmedas en el preciso momento en que sus bocas se tocaron. Ella permaneció inmóvil con los ojos exultantes fugitivos. En su rostro se atisbaba la interrogante, la pregunta... Él rompió el silencio y la miró detenidamente sin quitarle las manos del rostro, las palabras se le agolparon en la garganta pero él no las dejó salir por miedo a romper el hechizo. Había leído quizás mal las señales —pensaba.

—Lo siento, no debí hacer eso... Lo cierto es que... Lo cierto es que no me eres indiferente Brianna, sino más bien todo lo contrario, me gustas muchísimo, pero yo no quería forzar nada ni presionarte, aún está muy cerca la muerte de tu esposo —dijo volviendo el rostro y la mirada al suelo.

Lo había hecho, había enunciado el nombre del hombre que había pasado años con ella en vez de él, el hombre por el que ellos habían coincidido, él continuó diciendo...

—Pero si no lo hacía, si después de lo que dijiste yo ignoraba todo esto, dijo haciendo un círculo en su pecho. Yo simplemente iba a enloquecer — exclamó Niall apartándose de ella. Lo siento, no quise pasarme...

Brianna aún le observaba absorta en sus pensamientos. No supo qué decir, ni qué esperar, acaso una repetición de la furia desatada del impulso que les había llevado hasta apenas escasos segundos atrás, a aquel beso; mientras se miraban uno frente al otro resollando sin poder evitarlo. La boca de ella tembló mientras su corazón no dejaba atrás la atronadora marcha marcial en su pecho. Bree no supo que impulso la guió pero dio un paso al frente casi como autómata y selló sus labios con los del gigante rubio. Él no esperó jamás una reacción como ésa de su parte pero no la rechazó, más bien la invitó a proseguir para reclamar como una corsaria su boca como suya, sus lenguas se tocaron con un tacto aterciopelado y húmedo en un beso tan liberador, que ella sintió sus barreras colapsar mientras vibraba y gemía contra sus labios, no supo de dónde provenía aquella necesidad, aquella ansia eclipsadora. Niall enterró su mano entre su cabello y continuó besándola con más pasión, mientras los fuegos artificiales seguían llenando el cielo de colores y formas, y los estudiantes aullaban, gritaban y reían ante el espectáculo de luz y color que acaecía en el cielo. De entre los destellos de luz que iluminaban aún el firmamento la imagen de Fiona Walsh se erigió entre las sombras interrumpiéndoles.

—¡Niall! —espetó Fiona colérica ante el espectáculo pasional que sus ojos habían atisbado a mirar.

—¡Fiona! —farfulló Niall cruzando la mirada por las mejillas de Brianna para mirarla de soslayo apartándose. Brianna echó a andar por el sendero al momento en completo mutismo ante la atenta mirada de los dos, detenidos en el mirador. El ruido de los fuegos los distrajo solo un segundo.

—Yo simplemente no daba crédito a lo que veían mis ojos desde la explanada, eras tú, siempre tuve razón, no eres ningún queer como todos dicen —sentenció Fiona indignada.

—Nunca dije que lo fuera Fiona —arguyó Niall con un ademán marcado en sus labios.

—Entonces tu asistente y tú no son...

—Es la segunda vez que oigo esa afirmación esta noche y tengo que desmentirlo totalmente, no socaves mi paciencia Fiona, me conoces... ¿Qué haces aquí, cómo te atreves a meterte en mi vida? Que yo sepa tú y yo no tenemos ningún compromiso —dijo mirándola hastiado—. Es más, no tengo que darte explicaciones de mis actos, deja de presionarme sin control o tendré que poner una querrela por acoso en la Administración. Siento ser tan pragmático y directo, yo siempre he sido amable y paciente contigo hasta hoy, pero esta noche tengo mejores cosas que hacer que mostrarme magnánimo, lo siento, espero que puedas entenderlo, dijo echando a andar tras de Bree que había descendido la pequeña colina mirador acelerando el paso hasta perderse entre las sombras de la noche.

Séan se aproximó al patio central donde la había dejado pero no logró verla. Brianna al llegar al rayano se topó con él de frente que la buscaba insistente con la mirada.

—Estás aquí, te estaba buscando hace minutos. Lo siento Brianna, me ha tomado más tiempo del que pensé... ¿Estás bien mujer?

—Quiero marcharme Séan en este momento... ¿Me llevas a casa?

—Brianna, nunca quise dejarte sola. Yo...

—Olvidemos este incidente, yo solo quiero irme de este sitio... y quiero irme ahora —espetó con firmeza.

—Vale, llamaré a la limo entonces, dijo sacándose el móvil del bolsillo de su esmoquin.

Minutos más tarde se hallaban frente al bloque de edificio nuevamente.

—Lo siento Brianna no quise abandonarte, no sé lo que ha pasado en el baile y no preguntaré, pero me disculpo y espero puedas perdonarme por dejarte sola.

—No es nada Séan. Estoy cansada y tengo muchos pendientes mañana, pero gracias por la invitación —dijo tirando de la manivela del coche para descender del vehículo.

—Te acompaño —dijo él descendiendo al mismo tiempo que ella bajaba por la puerta contraria. Ella volvió el rostro para mirarle debajo de la luz mortecina de la farola de la calle de la acera de enfrente.

—No es necesario que me lleves a la puerta del edificio, no es un baile de adolescentes que regresan tarde a casa esperando la reprimenda de los padres trasnochados; somos adultos Séan... Y yo conozco perfectamente el camino a mi casa, gracias por la invitación de esta noche y muchas gracias por traerme de vuelta, exclamó Brianna cerrando la puerta del coche.

La brisa nocturna le golpeó el rostro mientras avanzaba hacia su edificio, ella se encontró de golpe azorada y confusa, su corazón latía con fuerza y su cuerpo se estremecía y temblaba aún al recordar aquel beso; ella introdujo la llave en el paño del portón exterior y se perdió en el recibidor del bloque de apartamentos temblando mientras oía el motor de la limosina alejándose. El sonido de los tacones se perdieron en el rellano y ella caminó con prisas hasta dar con la puerta de su apartamento y el piso que había compartido con su difunto esposo. Brianna ingresó distraída y embotada llevándose los dedos a los labios instintivamente mientras su ritmo cardíaco seguía acelerado. Ella nunca esperó que él hiciese eso, pero él lo había hecho, y eso no era lo peor, lo peor era que le había gustado y aquel simple gesto la había hecho descontrolarse y replanteárselo todo desde el inicio. Un cúmulo de dudas se anidaron en su mente... ¿Qué demonios había sido eso que le había hecho dar un brinco como al vacío seguida de aquella sensación de adrenalina? ¿Por qué no le había detenido en un principio cuando avanzó?, y la pregunta obligada era... ¿Por qué le había besado en respuesta iniciando ese segundo beso para calmar sus dudas...? La respuesta era sencilla, clara e inequívoca, ella simplemente se sentía atraída poderosamente por el historiador vikingo y ese sentimiento era casi asolador, esa era la razón por la que había reaccionado de esa forma, ahora lo sabía .

CAPÍTULO X .

Dublín, 2020.

Con la cabeza más confundida que nunca por lo sucedido en la fiesta me metí en la cama entre las sábanas y las mantas hundiéndome entre ellas, tratando de olvidar todo lo ocurrido y reprochándome a mí misma por mi comportamiento desvergonzado de aquella noche, a fin de cuentas no le conocía de nada y no tenía derecho a exigir nada, ni siquiera explicaciones... ¿En qué rayos pensaba, por qué me molestaba tanto entonces?, ni yo misma lo entendía. Hace escasos meses no me era posible imaginarme con nadie, el dolor de perder a Bastian y asumir nuestros fallos fue demasiado para mí... ¿Cómo era entonces que el historiador me resultaba tan seductoramente atractivo, a quién engañaba?, la atracción entre los dos era poderosa, ahora entendía aquella frase trillada en la que aducían que: “El duelo es diferente para cada quién, es una epopeya inmensa en la que cada individuo asume y lucha a su manera por volver a llegar a la llamada zona de paz, aquella en la que encuentre el equilibrio para la mente, alma y el cuerpo...”, que me fijara en Niall indicaba que había atravesado la última etapa de mi duelo, pero eso no me haría echar por la borda mis promesas, era una mujer de palabra y llevaría mi investigación hasta las últimas consecuencias. Cuando inicié este viaje no estaba muy segura de nada al respecto, desconocía tantas cosas del mundo arqueológico, sus simbolismos y sus significados. Cuando decidí ir a la caza del vikingo no era consciente del enorme proceso y los obstáculos que nos encontraríamos en el camino, era cierto eso que dicen que el estar bien conectado te garantiza el éxito en ciertas empresas, pero era totalmente irónico que al estar tan bien

conectada y enfocada en mi objetivo había atravesado la última etapa de mi duelo surgiendo a su vez otros sentimientos inusitados, me di la vuelta y me arremoliné entre las cobijas y apagué la lumbre de la mesita de noche hasta que poco a poco entré en calor y luego de unos minutos sentí como mis párpados pesados cedían al sopor que me atenazaba arrastrándome a la oscuridad una vez más, llevándome a un sitio onírico desconocido.

El viento soplaba con fuerzas y el vaivén de las aguas mecía el casco de la embarcación, el sonido de unas botas dando tumbos y agarrándose de las paredes para evitar caerse provenían del exterior y se extendía por medio de un corredor largo que conducía a los camarotes, el intruso se detuvo al conseguir observar lo que acontecía a través de la ventana circular. Brianna volvió el rostro hacia la ventana observando al extraño que les miraba, mientras ella y el portentoso desconocido daban rienda suelta a la pasión. Él profería unos gruñidos guturales y los acezos de ella se extendían a lo largo del habitáculo cerrado aunque tratara de acallarlos mordiéndose los labios, con las pieles perladas en sudor y los cuerpos enhebrados meciéndose en sincronía. Brianna no alcanzaba a atisbar con claridad el semblante de su acompañante, su cabellera se le venía al rostro y el sudor de ella se le deslizaba por la espalda, vientre y el pelo que se le pegaba a la nuca mientras sus pechos rebotaban delante de él en un movimiento rítmico y el cabello de él le cubría el rostro al inclinarse hacia delante mientras tomaba a Brianna por su zaga y la alzaba con apremio manteniendo el ritmo, al tiempo que ella rodeaba con las piernas enlazadas sus fuertes y afiladas caderas enlazándole el cuello con sus brazos buscando desesperada sus labios... La luz se colaba por la pequeña ventana, la habitación olía a ellos, a una mezcla de sudor, sexo, ropas mojadas y tabaco. La cabellera rubia y lacia de él por debajo de los hombros enmarcaba una faz bien parecida y perfectamente afeitada, él volvió a gruñir sin detener sus arremetidas tomándole la boca con apetito voraz mientras las manos de ella le recorrían el cuerpo, él inclinó la cabeza hacia atrás en medio de la maraña de finas hebras doradas que discurrieron como cascada desvelando su identidad, fue cuando ella alcanzó a vislumbrar el rostro de su amante con claridad meridiana reconociéndole sorprendida aún sumida en el deleite del clímax con los labios entreabiertos.

— «¡Oh por Dios!, ¿Niall?» — espetó Bree incrédula.

Era él, lucía igual que él pero con los cabellos largos y pinturas en el rostro, mostraba un aspecto fiero y salvaje, era como si fuese él y al mismo

tiempo no lo fuese. De la impresión Brianna se despertó de improviso sobresaltada abriendo los ojos como platos, con la respiración agitada y el sudor deslizándosele por el cuerpo. No podía creerlo... Niall y ella en una pasión desenfrenada, eso no era posible. Fue cuando recordó donde había visto ese rostro tinturado otra vez. Siempre el rostro del historiador le había parecido extrañamente familiar desde que le vio la primera vez bajo el techo abovedado de la Universidad de Glasgow y ahora ante los sueños rememoró que lo había visto en sueños mucho antes de conocerle, él había venido a ella en su campo onírico una y otra vez asustándola, pero este sueño era distinto, todo en él era distinto y por primera vez ante su presencia ella no se había sentido asustada ni inquieta, sino más bien todo lo contrario, aquel sueño que Brianna evocaba una y otra vez para no perder detalle anotándolo como le había indicado el doctor Broussard, como una especie de un ejercicio mental que la ayudaba a la comprensión en las que las imágenes de su entorno y del sujeto en cuestión y los olores venía a su mente como flashazos, como si fueran sucesos reales que parecían ocurrir en esta época, aunque por su aspecto él parecía provenir de otra época muy distinta a esta, su aspecto fibroso y fiero, las tinturas y el pelo rubio platinado podía ser el de un guerrero ancestral, ¿qué estaba pasándole? Ella no entendía nada, sería posible que ella se estuviera obsesionando con él sin remedio... Después de anotar todo en la libretita que había sacado del cajón al costado de la cama se sentó al borde de la misma intentando recomponerse, atacando su repentina taquicardia con una dosis abrupta de respiraciones profundas seguidas y un entendimiento claro de la realidad emergente.

El consultorio del doctor Broussard no había cambiado mucho desde la última vez que Brianna lo visitó, entre los pocos cambios se podía notar era la aparición de un nuevo helecho que había reemplazado al pequeño arbusto en la maceta anterior, y el otro casi imperceptible cambio era el de la secretaria del doctor que se había tinturado el pelo de color caramelo otorgándole a este unos brillos que afinaban sus facciones y la hacían lucir más joven de lo que en realidad era. La puerta se abrió dejando ver a uno de los pacientes salir y a Antoine de pie en el umbral acompañándolo hasta el mostrador para hablar con su asistente. Giró de improviso el rostro mientras ella le observaba con detenimiento y él sorprendido por su presencia allí sonrió abiertamente alcanzando a verla sentada en el sofá de cuero negro.

—¡Brianna!

—Doctor Broussard.

—Si estás aquí es porque es serio —dijo acercándose a ella.

—La última vez habíamos avanzado mucho, pero dejaste de venir de repente y nunca supe porqué. Pero has vuelto, estoy sorprendido y agradezco la confianza.

—Lo sé Antoine y me disculpo por ello.

—Venga, pasa adelante y dime ¿qué puedo hacer por ti?, dijo cediéndole el paso y cerrando la puerta tras él.

—Bueno, estoy aquí por unos sueños, al cual no le encuentro explicación y no puedo comentarlo con nadie.

—A ver si entendí bien, ¿sueños o pesadillas...? Hasta ahora hemos tratado tus aflicciones y miedos y necesito saber ¿cómo ha ido con eso, si esto ha cambiado y de qué se trata para poder ayudarte? Y sobre todo... ¿Qué tipo de sueños te inquietan ahora, que te hacen creer necesitar mi ayuda?

—Me da un poco de corte decírtelo Antoine... Son sueños... Son sueños eróticos más bien la razón de mi visita.

—¡Vaya!, eso es todo un elemento nuevo con el que no hemos tratado antes. Pero es algo bastante normal, cientos de pacientes los tienen porqué te preocupas entonces, ¿en los sueños ocurre algo que no deseas o te sientes amenazada por algo o alguien?

—No es un sueño recurrente pero es un sueño que....

—¿El sueño que tuviste era un sueño lúcido o más bien viaje onírico?,

Él observó los ademanes de su rostro. Su cara estaba hecha un poema, sus ojos discurrían paseándose en medio de la consulta por lo que volvió a dirigirse a ella.

—¿Por qué te preocupa o debería preguntarte más bien por quién?, y qué hace que te hayas tomado la molestia de venir hasta aquí si pareces tan reacia a entrar en detalles... Déjame decirte sin que me cuentes nada más Brianna, que Sigmund Freud afirmaba: *«Que en todo sueño anida un deseo reprimido y que los sueños eróticos también suelen disfrazar otros aspectos relacionados con nuestros miedos y ansiedades»*; cuestiones que reprimimos por temor a enfrentarlas o asumirlas. Si bien en los sueños habla el inconsciente y podemos liberar fantasías ocultas, nuestra mente tiene la capacidad de crear y dirigir lo que soñamos muchas veces, debo preguntarte ¿quién es él y si le conoces?

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo he intuido por la forma por cómo mueves las manos y tu actitud nerviosa.

—Ese es el problema principal, que le conozco Antoine, es como si él se hubiese metido bajo mi piel sin mi permiso, ¿me entiendes?, yo...

—Todo sueño es interpretable Brianna, es decir, que puede encontrarse un sentido en nuestra vida actual. Te parece si comenzamos y descomponemos este sueño en tres en partes y dejamos la interpretación para el final. No tiene nada de qué avergonzarse, recuerde que puede contarme lo que quiera, no saldrá de estas cuatro paredes. —Ella le lanzó una mirada circunspecta y constriñó el rictus.

—No es la primera vez que sueño con él y eso es lo que más me inquieta... Soñaba con él antes de conocerle, recién me he dado cuenta. Si esto no es extraño no sé que lo sea doctor... Cómo mi mente puede crear un rostro, un cuerpo, una persona que jamás haya visto en la vida que resulta que existe, que es real y que encima llego a conocerle. Esto me da un miedo terrible, me he levantado sobresaltada al verle el rostro.

—Entonces todo iba bien hasta que supo quién era su contraparte, el amante en su sueño.

—Exacto. En mi sueño teníamos relaciones de una manera desenfrenada y salvaje, pero el deleite y el júbilo, la forma como nos acoplábamos juntos era increíble. Su olor... Recuerdo cada olor y cada esencia de ese camarote, recuerdo su imagen aunque sea muy distinta a la de ahora. Lo había visto antes en otras ocasiones pero siempre tenía un miedo enorme de acercarme a aquel bárbaro guerrero, miedo a que me tocara y me procurara algún daño, y ahora resulta que todo ese miedo, todo ese rechazo se ha esfumado y nos ha llevado a un nivel más íntimo. En mis sueños él no es él, y al mismo tiempo lo es, tenía el rostro tinteado de azul y símbolos tatuados en el cuerpo con el pelo largo espolvoreado y con trenzas, todo es un tanto extraño pero últimamente siento que no puedo evitar rendirme al embrujo de sus ojos. Ya sé que puede que sea gay, que tenga pareja o lo que sea, pero cuando estoy cerca de él...

—Perdone que la interrumpa... ¿Esto es parte de su sueño o es la realidad con este hombre que se llama...?

—Niall Jónsson, y si quieres saber la verdad es un poco de ambas, realidad y ficción, mi eterno conflicto, pero mi subconsciente me juega malas pasadas, ¿cómo es que este hombre me despierta cosas de la nada?, ¿cómo es que desde que le conozco me siento un poco unida a él? No sé explicarlo es

más que atracción y encima a veces siento que nos compenetramos, pero esto no puede ser... Se ha acabado se lo aseguro. Pondré punto y final a esto que hasta ahora nos une.

—Quizás este sueño quiera decir que está usted lista para dejar descansar la memoria de Bastian, quizás está lista para iniciar una nueva etapa en su vida... Perdona la pregunta pero... ¿Él la motiva Brianna? Si su respuesta es sí, entonces quizás no haya acabado, puede que sea el miedo a reconocer lo que está delante lo que la mantenga alejada. No será más bien que aquella situación, las cosas como acontecieron le dio a usted el impulso psicológico necesario para desenterrar aquello a lo que se había cerrado a un nivel emocional para así ser menos vulnerable, más objetiva. El autoconocimiento de nuestras vulnerabilidades no hace que desaparezcan, pero tener una concepción más profunda sobre ello implica que cada vez que afloran en cualquier momento o etapa de nuestras vidas podremos reconocerla y actuar en consecuencia. Entonces podrá explorar esas emociones por muy dolorosas que sean, se permitirá que fluyan y en ese momento que se proyecten ante sus ojos podrá desvestir sus sentimientos y abrir un panorama nuevo o un método para afrontarlos.

—¿Qué me está queriendo decir doctor?

—Quizás usted ya conoce la respuesta a esa pregunta. Que esto que según usted aduce que no tiene explicación, puede que quizás, si la tenga.

—Aceptaría que iniciáramos una terapia de regresión abordando este tema que la inquieta, aceptaría que fuéramos y viéramos atrás en su pasado, quizá allí se encuentre la explicación a todo lo que le ocurre con este hombre y sus sentimientos encontrados. Aquella relación singular con este hombre que dice usted le mueve en muchos sentidos, aquella compenetración, esa fascinación, aquello de lo que siente que no puede escapar, puede que la explicación más probable sea que ustedes ya han estado juntos en el pasado, en otras vidas anteriores. Generalmente reencarnamos para estar juntos a quiénes queremos. La reencarnación es un hecho, pero no tratemos de buscarle lógica humana psicológica Brianna. Antiguamente se pensaba que la tierra era plana y ya ve lo que sabe hoy en día. Las relaciones no tienen que haber sido de pareja, pudieron haber sido de padre e hijo, esposo o esposa, amigos íntimos, parientes, etc. El sexo no importa ya que puede variar entre una y otra reencarnación, pero mi experiencia con otros pacientes me dice que cuando uno en esta vida está muy enamorado de alguien y el amor perdura y tiene características singulares, lo más probable es que hayan

estado juntos en el pasado.

—¿Enamorada...? Ha dicho usted que estoy enamorada. Mi respuesta es no, creo que esta vez prefiero mantenerme solo el plano de una consulta terapéutica normal entre un especialista y su paciente, sino se ofende.

—No es lo que he dicho Brianna, lo que es cierto es que según todo lo que me ha comentado en la última hora acerca de este hombre, este tal Niall, usted acepta que siente una conexión fuerte y atrayente con él sin explicación aparente. Generalmente en la reencarnación el amor se profundiza, y poco a poco va creciendo para ser menos egoísta, más desinteresado hasta que después de muchas, muchas vidas, simplemente es perfecto. Generalmente las personas con las que uno se relaciona en esta vida han estado muy cerca de nosotros en vidas anteriores. Llevo muchos años en esta disciplina, he hecho más de 139 regresiones a lo largo de mi carrera y he ayudado a mucha gente en su vida y en cada caso en particular... Las reencarnaciones no acometen tan solo al amor, también pueden darse por duelo, por ira, por vergüenza, por temor... La verdad reencarnamos otras veces porque tenemos cosas pendientes que aprender para avanzar, se sorprendería de oír algunos testimonios, y digo esto sin ningún atisbo de orgullo, esta es mi misión en este mundo y estoy aquí para esto, para ayudar a la gente, para mostrarle por medio de ellos mismos el camino a la paz y quizás su razón de vivir. Pueden destruirse los lazos de amor, cierto... La separación física de los seres queridos es transitoria, la comunicación siempre continúa en otros niveles. Aquellas personas que se conocieron y amaron en el pasado reencarnarán en el futuro, es así de simple aunque ellos mismos no recuerden esos sucesos de sus vidas pasadas, dicen que la piel tiene memoria, pues yo le diría que el alma también; es por ello que dos personas que parecen no conocerse de nada y ser tan distintas, se sienten tan fuertemente atraídas el uno por el otro, quizás allí radique la explicación también que hay gente que nos cae bien desde el primer momento y de que hay gente que nos repela sin haberlos tratado. Mi consejo Brianna, es que lo piense. No le deje al destino su suerte o su felicidad, sea proactiva y aprenda de sus fallos y no se detenga. Debe salir a la búsqueda de la felicidad, no esperar que ella venga a usted... Debe afrontar sus miedos.

—Lo cierto es que salí del consultorio como una mujer nueva y diferente, al menos así me sentía cuando abandoné la terapia. Las palabras de Antoine volvían a tomar formas en mi cabeza. Conduje el coche por la misma Avenida a la que una vez el mismo Niall me había conducido mientras

esperaba en su coche. Me detuve frente a la acera del chalet en el que vivía, todo parecía seguir igual. La brisa movía las ramas de los árboles y el sol descendía por detrás de las colinas hacia al oeste. Perdí por completo el sentido dejándome llevar por el ritmo de mis latidos, apagué el motor del coche observando la puerta de su portal decidida a probar no sé qué teoría científica, llevaba puesto mis tejanos y una camiseta de rayas azul y blanco y la gabardina crema con las bailarinas a juego. Hubiese querido vestirme mejor pero llegar hasta allí para mí, había sido una auténtica proeza, si me iba a casa y no seguía lo que mi mente me dictaba en ese momento puede que todo cambiara, por eso estaba allí. Volví a mirar la puerta azul de su residencia, me imaginé en segundos tocando el timbre de su casa y apagué el motor del coche decidida a que tuviésemos esa conversación. Desde afuera la casa de Niall se veía tranquila y una luz del salón se extendía pasando por debajo de la puerta, el sol se había ocultado dando paso al comienzo de la noche en escasos minutos, la temperatura y la brisa del tramontana me hacían frotar mis manos y calentarlas con un ligero bufido dejando salir el aire caliente de mi boca; saqué la llave del contacto y abrí la puerta cuando la puerta azul de la casa de él se abrió de repente, y vi salir de allí a la misma mujer que le había encarado en la colina del campus. Él estaba detenido frente a ella con los brazos paralelos a sus caderas, ella giró y yo cerré la puerta de mi coche y me hundí en el asiento para pasar desapercibida, pero sin dejar de observar la escena que ocurría en la acera de en frente. Al momento él sonrió y le cedió la mano y ella dio un paso enfrente y le abrazó. Me sentí estúpida en el momento quitando el rostro y volviéndolo hacia el lado contrario, ¿qué demonios hacía allí? ¿Por qué iba yo a interrumpirles? Me reincorporé en el asiento al momento, decidida de dejar de comportarme de esa manera y afrontar la realidad, puede que no fuese gay pero no estaba disponible, metí la llave en el contacto del volante al momento y encendí la máquina del coche metiendo segunda y pisando el acelerador fuertemente, dejando a los dos amantes atrás en el umbral de la puerta.

La luz del nuevo día emergiendo por la ventana de mi recámara dejó atrás la insensatez y mis dudas, ahora sabía que por mi propio bien debía alejarme. Lo entendí perfecto cuando me dejé avasallar por el ataque de celos al verla salir de su casa. No iba a permitir que lo que sea que fuese esto, interrumpiera mi objetivo que era resarcir el nombre de mi difunto esposo en el panorama oficial y darle a los culpables su merecido, así que me dirigí a mi

consulta como cada lunes y miércoles de la semana y aparqué cerca de la puerta, allí en la acera y sosteniendo dos café estaba Enya puntual como siempre, me sonreí al verla mientras atravesaba la amplia carretera desde donde había aparcado el coche diagonal a la entrada de mi consultorio ubicado en el *número 22 de Elmwood Center en el Baggot Street Upper 4*.

—¿Todo bien el fin de semana? —le pregunté lanzándole una mirada sardónica cuando nos cruzamos por fin.

—Todo bien —me respondió ella, mientras ingresábamos juntas. Esa mañana tenía a dos pacientes esperándome citados para la 10 y las 11. Eso era justo lo que necesitaba, trabajo y más trabajo para no pensar. Le había pedido a Enya que viniera para que supliera la baja desde hace un mes de mi secretaria personal, la señora Sinead, que había estado todo el tiempo conmigo desde que abrí la consulta. Su reciente operación de rodilla le imposibilitaba seguir al menos dos meses asistiéndome y yo ya me había ido acostumbrando a los dotes innatos, al ingenio y a la seriedad de Enya que desde que la había contratado por recomendación de Paula para ayudarme como asistente personal a llevar las gestiones desde mi regreso a Dublín, se había convertido en mi incondicional. Mientras me sacaba la gabardina ella asomó la cabeza por la puerta para indicarme que tenía visitas aguardándome.

—No estoy esperando a nadie Enya —le dije escueta.

—Pues el doctor Niall Jónsson está aquí y desea verla, pero no tiene ninguna cita concertada por usted, no aparece en la agenda.

—¿El paciente de las 10 ya llegó?

—La verdad es que aún no, ¿le hago pasar entonces?

—Sí claro. Hazle pasar.

La puerta volvió a abrirse dejando ver la imagen del gigante rubio con su típico traje inglés frente a ella. Brianna le observó y haciendo una seña con la mano le indicó que se sentara delante de ella en las butacas situadas delante de su escritorio de madera añeja.

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí a mi consulta Niall, yo iba a ir hablar contigo hoy mismo, pienso que he sido un poco egoísta a tratar de involucrarles a ambos, a Séan y a ti en este asunto que nada tiene que ver con ustedes. Te agradezco Niall lo que has hecho hasta ahora, en serio. Me has ayudado muchísimo y he avanzado mucho más de lo que creí en meses cuando empecé esta investigación en solitario, al menos ahora sé qué camino seguir y entiendo más claro las cosas que van saliendo a la luz poco a poco, he pensado en hacer otro viaje a Galicia y charlar un poco con el oficial a

cargo del caso, pero no quiero liarte la cabeza ni afectar tu agenda con tantas cosas.

—No es por eso por lo que he venido. He venido a aclarar lo de la otra noche, te marchaste muy a prisa y no conseguí encontrarte nuevamente Brianna.

—No tienes que hacerlo. No es necesario.

—Te equivocas, si tengo y debo hacerlo.

—Mira Niall, lo mejor de todo esto, es descubrir las cosas que nos llevaron a iniciar y tratar de entender las razones lo mejor posible, por ello creo que lo más apropiado para todos es que cada uno siga por su camino, cualquiera que este fuese. Creo que no los merecemos y somos lo bastante maduros como para no dañar la amistad que ha surgido entre los tres, aunque creo que estaré ocupada estos meses hasta que consiga resolver mi asunto, luego podemos juntarnos en una cena informal o en un bar de copas los tres y hablar de la vida.

—¿Esto es en serio Brianna?, ¿acaso has olvidado que no hemos resuelto aún nada de las interrogantes del principio?

—Muy en serio doctor Jónsson, se reafirmó ella abriendo la gaveta de escritorio.

—He extendido un cheque por sus servicios prestados durante estas cuatro semanas. Por favor tómelo.

Niall la miró boquiabierto, no se creía lo que ella acababa de decir.

—No voy aceptarlo Brianna, jamás dije que te cobraría por nada, y para dejar todo claro entre nosotros, no soy gay, nunca lo he sido y no tengo ningún tipo de relación con Séan McGowan ni Fiona Walsh que no sea la estrictamente profesional en el campus. No pensé jamás que los chismes de Universidad traspasaran esas puertas. Buen día doctora O'Connor, no le quitaré más su tiempo y espero que encuentre lo que busca, sea lo que sea — dijo levantándose de la butaca crema girando sobre sus talones y marchándose indignado, dejándola a ella atrás con el cheque en la mano .

INTERLUDIO III.

Al-Hambra, siglo XIV d.c.

El sonido de unos pasos firmes atravesando el patio de los arrayanes dejando atrás la imagen de los estanques y las galerías fortificadas en donde los muros silenciosos e imponentes con patios ajardinados cobraban vida en medio de las fuentes que manaban agua incesante traída directo desde el río Darro, logrando transportarte desde el oasis verdoso de los patios hasta las bermejas y gruesas torres que parecían susurrar con el viento miles de historias de épocas pasadas. Zeheb atravesaba la Torre Comares rumbo hacia el salón del trono por órdenes expresas de su majestad, el sultán *Muhammed V*, dirigiéndose a través del largo pasillo rectangular desde donde en la distancia lograba atisbar a los dos guardias apostados en las puertas y a Alí, el jefe del harén, con su turbante oscuro y su caftán gris y negro. Los silenciosos hombres guardianes de la puerta vestidos de rojo con los sombreros altos cónicos negros con sus largas alabardas cruzadas le cedieron el paso con movimientos sincronizados al tiempo que la puerta se deslizaba dejando vislumbrar el efecto cegador y apabullante del sol sobre las paredes que se esparcía por todo lo alto y ancho del salón dando la sensación de teñirlo todo de oro, coloreando a pinceladas tenues y fuertes el espacio claroscuro de la sala desde el zócalo alicatado con figuras geométricas y vegetales, pasando por los cinco ventanales con semi arcos y de allí a solo poco hacia la cúpula abovedada de mocárabes de los 7 cielos. Desde el centro de la sala se erigía indiscutible el trono del sultán Abu Abd Allah *Muhammed Ibn Yusuf*, conocido como Al-Ghani, que precedía el salón glorificado por los rayos de sol de la tarde que se colaban a través de los ventanales a sus espaldas iluminándolo como si emergieran de él los rayos celestiales de Alá y desde donde las vistas permitían entrever la grandeza de su Imperio a sus espaldas, al mismo tiempo que la luz que se filtraba entre los

espacios abiertos y cerrados mostrando el trabajo excelso de los artesanos y la glorificación de las escrituras que evocaban tierras lejanas y áridas en donde un pueblo había forjado a la fuerza, con espadas y con temibles guerreros, el control de una parte de Europa. El sultán *Muhammed V* en sus dominios era más fuerte que nunca desde que había vencido a su usurpador y se había vuelto a hacerse con el trono desde hace cinco años. Ahora a sus dos bandas el Gran Consejo de pie le flanqueaba como haciéndole una calle de honor; los distintos ministros y los visires aguardaban las noticias del norte mientras dos de sus compañeros jenízaros fuertemente armados y en completa actitud beligerante custodiaban el tesoro más importante del palacio, al emir, al califa y al enviado por el profeta, al sultán, que como siempre que lo ameritaba el Consejo se hallaba sentado sobre su imponente trono elevado, erguido con su caftán abotonado de hermosa seda del color del membrillo con su turbante de pluma de garza y con un diamante en el centro. Zeheb entre sus manos llevaba noticias del frente del desarrollo de la guerra envuelto en un cilindro tallado que habían venido de mano en mano y habían llegado a hasta él como *Bekeyle*. Zeheb entró al gran salón haciendo una reverencia y se postró de rodillas extendiendo el cilindro a las manos del gran visir que se hizo con la misiva, mientras él en actitud sumisa con el rostro vuelto hacia el suelo escuchaba a Mehmed pasha leer las noticias del frente en la batalla... « ¡Oh gran excelencia!, nuestros enemigos avanzan, en medio de lluvias de flechas encendidas entre detonaciones de cañones humeantes en el mar, en medio de la bruma. Nos lanzamos a la batalla con fiereza desde el primer momento entre el sonido de blandir de las espadas al chocar en medio de una lluvia de sangre y polvo, elevando nuestros sables y armas, cualesquiera fueran entre gruñidos, gritos y lanzas que se insertaban en nuestras carnes y la de nuestro temidos enemigos en esta guerra. El campo de batalla es un mar de cuerpos mutilados y moribundos por una parte, y por otra, una manada hombres corriendo hacia la batalla sin cuartel con los cascos de media luna y la estrella símbolo de nuestro estandarte hondeando la bandera nazarí... Hemos sido arrasados mi sultán, nuestros enemigos, ganan territorio...».

El sultán apretó los dientes y los puños.

—Mehmed pasha comuníquese con el capitán de la flota, para que desplieguen más soldados que marchen enseguida para proteger las fronteras. Debemos garantizar la fortaleza y el dominio absoluto del puerto de Málaga y las rutas comerciales.

Zeheb sin alzar la vista del suelo replegándose se puso en pie para marcharse cuando el sultán a viva voz le detuvo.

—Aún no os retires Zeheb... Tenemos asuntos importantes que tratar. El Consejo de Ministros está aquí en pleno para tratar un asunto de suma urgencia y para dar fe de ello y acatar mis normas.

El sultán le cedió la palabra al gran visir, *Mehmed pasha*, con su larga barba blanca, mirada sibilina y turbante blanco que rompió el silencio reverberando su voz en toda la sala.

—Por orden de su majestad imperial el gran sultán Muhammed Inb Yusuf... Zeheb Boyadjiev sos acusado de sedición, herejía y alta traición hacia el sultán. Los miembros en el *Divan* están aquí presentes después de leer las pruebas inefables del delito, a esperas de que el sultán dictamine vuestro destino.

Zeheb abrió los ojos horrorizado, dando un paso atrás y abogando para ser escuchado.

—Su excelencia, mi sultán... ¡Yo jamás os traicionaría!

—Si todo cuanto decís es cierto Zeheb, ¿Cómo explicáis esto?

El sultán leyó una de las cartas requisadas que *Zeheb Boyadjiev* de puño y letra había escrito a la sultana Nur Aisha. Zeheb tragó grueso ante la mirada iracunda y la voz grave del sultán que se elevaba al tiempo que sus mejillas se enardecían y sus puños apretados parecían formarse en una roca con las uñas clavándose en la carne lastimándose.

—He confiado en vos sobre muchas cosas, os he promovido, os he legado lo más importante para mí, la confianza, he puesto en vuestras manos la seguridad de mi familia y así es como me os pagáis, ofendiéndome, incumpliendo vuestro juramento y lo que dictaminan las sagradas escrituras. Yo, el gran sultán Muhammed no toleraré ningún alto de rebeldía, ni a ninguno que infrinja nuestras leyes, por lo tanto... Vos sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Su excelencia yo... —dijo el joven jenízaro elevando el rostro para mirarle directamente a los ojos.

—No hace falta que digáis nada Zeheb, a mis manos han llegado estos poemas, así que imagino que conoces perfectamente las consecuencias de esta afrenta... ¡Guardias, llevadlo a las mazmorras! Mañana mismo será decapitado en la plaza de armas. Pero antes, aseguraros de que mi hermana Nur parta esta misma tarde hacia el Palacio Partal. *Mehmed pasha*, encargaos de hacer las gestiones para que todo salga según lo establecido, os haré

responsable si algo sale mal.

—Sí, vuestra excelencia, como usted ordene mi sultán —sentenció Mehmed.

Los dos altos y fornidos hombres jenizaros de rostro pálido que se encontraban al costado del sultán tomaron a Zeheb del brazo y se lo llevaron a rastras mientras el antiguo esclavo búlgaro batallaba por librarse. Conocía de antemano su destino y las consecuencias que acarrearían sus actos, su maldición y su condena pero aún así, no dejaba de serle difícil su situación, aún a sabiendas que la sultana lo estimaba, una vez más volvería a perderla... —Lo arrastraron hasta llevarlo a través de un oscuro pasillo de piedras despojado total de sus prendas, su börk y su caftán; su cuerpo ahora se encontraba solo envuelto en una delgada túnica crema con los cabellos sueltos al aire y el sudor apelmazándose sobre su rostro, los guardias reales lo condujeron a través de los muros y lo arrojaron dentro de una celda subterránea y oscura. *Nikolaj* elevó el rostro al techo sombrío desde el desolado, sucio y taciturno habitáculo donde lo habían confinado a pasar sus últimas horas. Zeheb no necesitó consultar a las estrellas para saber que el propio Amhet, su amigo y compañero de la guardia que le había conducido apresado minutos antes en completo mutismo era el que le había traicionado por oro o quizás por más poder para ganarse el favor del sultán abandonándolo a su suerte sin siquiera mirarle, su amigo de toda la vida y su compatriota búlgaro era el único que conocía parte de la historia y era el único que podría haberse hecho sin problema con esas misivas. Pasaron algunas horas cuando el mismo Amhet volvió con vestigios de viandas en una vasija de madera que llevaba en una mano, mientras en la otra sostenía la antorcha iluminada que cimbraba las flamas ardientes. Zeheb volvió el rostro y le miró con intensidad a través de las llamas ondeantes, sus miradas coincidieron en medio de la penumbra; quizás eran ideas suyas, pensó el joven búlgaro, pero fue justo en ese instante cuando creyó atisbar quizás un deje de arrepentimiento por parte de Amhet que conmovido le observaba inflexible y dubitativo; él jamás pensó que su majestad ordenaría sin dudarle la muerte inminente de su amigo, y ahora más que nadie se sentía responsable y hundido por su insensata decisión y rabieta, cargaría con esta traición sobre su consciencia todo lo que le restaba de vida, ahora que lo pensaba en frío no sabía muy bien si podría con ese peso sobre sus hombros. Abrió la puerta de la maciza celda que cedió tras el crujido estridente, inclinó la cabeza para atravesar el umbral observando a su compañero reclinado sobre un frío muro

de piedra en la esquina de aquel calabozo sin ventanas a la que no llegaba ni tan solo la luz proveniente del exterior, y dejó la vasija con viandas sobre el suelo próximo a la puerta con barrotes de hierro forjado bajo la atenta mirada de un guardia custodio que se hallaba a unos escasos metros del amplio pasillo, se dio media vuelta girando sobre sus talones cuando una voz en un lenguaje nativo extraño se elevó tras sus espaldas.

—Os perdono. Conoces perfectamente el destino que me aguarda. Solo os pediré un último favor, conseguídmeme un poco de cálamo y papel para escribir un poema de despedida a la sultana, el cual deberás entregarle una vez haya abandonado este mundo... ¿Lo harás?, o serás tan cobarde como para ni siquiera ejecutar la última voluntad de un desgraciado al que habéis condenado a la muerte aún siendo vuestro amigo.

Amhet volvió el rostro fulminándolo con la mirada bajo la lumbre de las llamas y las sombras que creaban formas en la noche, se volvió sin pronunciar palabras y echó a andar por el oscuro corredor. A los pocos minutos volvió con el papel y un trozo de cálamo, sin pronunciar palabras y casi arrepintiéndose de haberle escuchado dejó a su único amigo y compañero escribir las últimas rimas de despedida a su amada.

Los miembros del Consejo habían marchado del divan dejando solo al sultán en el salón dorado circunspecto y meditabundo. Muhammed sentado desde su magnífico trono desplazó la vista dentro el amplio salón y luego hacia la cúpula leyendo la bóveda esquifada y el salón lleno de alabanzas que le hablaban del poder, la gloria y la eternidad, ahora rememoraba como segundos antes de que iniciara el *Consejo de Ministros*, justo cuando tuvo entre sus manos de la mano de un traidor las pruebas de lo que se estaba suscitando bajo sus narices, solo pudo elevar la mirada al cielo y reparar detenidamente los sitios dentro del salón donde se encontraba desplegado el escudo nazarí de sus antepasados que repetía: “Solo Alá es vencedor”. Muhammed elevó su plegaria al todopoderoso Alá, alcanzando a repetir lo que decían las paredes... «No hay más conquistador que Dios, no hay más conquistador que Dios... ¡Oh gran Alá!, dame la sabiduría, tú que todo lo ves y los sabes para encontrar las fuerzas para tomar la decisión correcta basada en la justicia sin ser despiadado».

Sin apenas darse cuenta el sultán se remontó trece años atrás cuando comenzó todo.

El sonido de los cascos de los caballos al galope a los lejos atravesando los jardines de Generalife con sus amplias estancias y magníficas vistas de la Sierra Nevada desde donde Nur de 15 años y el sultán Muhammed practicaban al juego del arco y la flecha en medio de un entorno bucólico, inmersos en el sonido del agua y el deleite de los placeres bajo el resguardo de los jenízaros, la guardia real que no eran más que diestros combatientes aguerridos, ataviados con el ketché característico en conjunto con el capitanat de color azul con amplios calzones y los calzados de piel, armados con su arcabuz y pistolas. Algunos de ellos, los más jóvenes y bien parecidos milicianos con bigotes esponjosos portaban los estandartes reales y la bandera, y los otros, aquellos con más experiencia y diestros en el manejo de la armas y el arte de la guerra con sus casacas de piel, los temidos combatientes considerados la élite de infantería del ejército otomano permanecían alertas con sus sables yatagán en sus vainas preparados para entrar en guardia, al momento que el *alfaqueque* atravesaba el jardín con su típico turbante desmontando su caballo de un salto y se dirigía en actitud sumisa y diligente hacia el sultán para notificarle de la llegada de los soldados musulmanes que venían desde el Mar Negro con los nuevos esclavos cristianos traídos directo de los Balcanes. Muhammed dio un paso en avanzada tomando entre sus manos el pergamino, rasgando el lacre y caminando con apremio alejándose de los jardines con su fastuoso y colorido caftán azul dejando atrás a Nur sultana con su elegante túnica bordada de grandes mangas abullonadas con exquisitas telas de seda y damasco con diseños que los calígrafos reales habían adornado a juego con la corona y las joyas dignas de una princesa, como lo era el fino tocado de piedras preciosas labradas sobre sus cabellos negros y el tul a juego transparente y delicado del mismo color celeste que recubría su sedoso y largo cabello; atravesando el patio de la acequia en dirección al carruaje acompañada de sus dos doncellas rumbo hacia Al-Hambra. La imponente fortaleza rojiza que se erigía en lo alto de la colina dominándolo todo. Nur atravesó los enormes muros que resguardaban los palacios una vez que descendió del carruaje de seis caballos, dirigiéndose hacia una de las torres, la torre del homenaje al cual le estaba prohibido el acceso salvo en ocasiones especiales y actos conmemorativos, pudiendo solo acceder a ella en compañía de un pequeño séquito de mujeres favorecidas por el sultán, la sultana y la mavidé cuando aún vivía en el palacio. Nur, inquieta como era desde niña, retaba a todos los guardias y se escabullía de sus doncellas casi siempre desde muy joven, tenía

la personalidad de un príncipe en vez de una princesa, pasaba largas horas instruyéndose en el arte del arco y la flecha y en el estudio de las lenguas y la música, había sido criada como un príncipe, sin abandonar las artes del tejer, tocar el çeng y el canto que tanto le agradaban propias de su condición de princesa, la mavidé bromeaba con que había dado a luz a dos príncipes en vez de a uno... «¡Oh gran Alá, me has provisto de unos hijos maravillosos!» — decía sonriente la madre sultana cuando llegaba a ella los rumores de los tantos paseos y las fugas de Nur de sus doncellas así como del torbellino y confusión a los que su hija sometía a todos los sirvientes en el palacio cuando hacía lo que no debía hacer según la tradición, la sultana Nur desde siempre había sido una visionaria que soñaba despierta en que sería ella la que una vez dirigiera el imperio nazarí unida con su hermano cuando estuviese preparada y fuese el momento propicio. Fue cuando una tarde de primavera la princesa Nur fugada se coló a través del patio de machuca huyendo de sus custodios y doncellas descubriendo por casualidad un pequeño resquicio a través de una cámara oculta desde la que se accedía por uno de los corredores y que daba acceso por un camino rústico y angosto condenado y tapeado sin mucho esfuerzo que conducía a un largo pasadizo secreto bajo tierra casi sellado que desembocaba en el interior de una de las gruesas, cuadriculadas y altas torres del palacio, en este caso, la torre homenaje, desde allí ella sonriente divisaba *todo el imperio, el pueblo y la Sierra Nevada alcanzando a atisbar la torre de la vela, la torre de la pólvora deslizando la mirada desde lo alto pasando por el jardín de los adarves, la plaza de los aljibes, la puerta de la tahoma en dirección al Palacio Mexuar*; desde ese día, ese sitio se convirtió en el refugio particular que le permitía extrapolarse y abandonar la mente al viaje en las estrellas en medio de constelaciones enormes que le permitían estar más cerca de Alá y de sus designios según el Corán. Justo hoy en medio del ajetreo y cuando Nur vio a su hermano marcharse sin volver el rostro hacia ella a pesar de habérselo prometido, la sultana decidió repetir sus antiguas tácticas de evasión, necesitaba saber ¿qué estaba ocurriendo?, por lo que con la ayuda de una de sus tres doncellas burló la guardia real aventurándose en un carruaje comandado por uno de los sirvientes por el camino que le conduciría hasta volver a la fortaleza y de allí a la torre del homenaje. Una vez en los predios le ordenó a Eminé dejarla sola y se dirigió hasta la torre desde donde podía ver la llegada en lo alto de la torre de los esclavos que atravesaban en ese momento la puerta del vino bajo el acecho de los guardias y sus custodios, los esclavos caminaban con grilletes a paso lento

y ordenado con sus austeras túnicas cremas, delgadas y sucias, con el rostro cenizo y grasoso y con las largas barbas desaliñadas que parecían unirse en una sola bola de pelos a las largas cabelleras doradas o morenas alborotadas y húmedas. Uno a uno, cada uno de ellos descendía de una especie de carruaje enjaulado con barras metálicas y cerrojo de hierro fortificado. El *kapudan pasha* con una especie de látigo apremiaba a los hombres a descender de la especie de carromato tirado de cabellos bajo el mandato de uno de sus hombres que les tomaban de los brazos o con fuertes empujones obligándoles a bajar a la fuerza, solo uno de ellos se renegaba de cumplir con su destino y con las órdenes. El soldado dispuesto a hacerlo obedecer le propinó un fuerte golpe a la altura de la espalda con una fusta como escarmiento a su osadía obligándolo a doblarse en dos por el dolor y a descender del carruaje renegando de su destino. La joven Nur desde su torre fijó su atención en el macilento joven desgarbado de cabellos rubios largos, sus ojos atisbaron a admirar detrás de aquella capa de suciedad y de huesos, asombrada y fascinada por el desarrollo de la escena ante sus ojos, ella separó los labios ligeramente mientras le observaba con intensidad, sus ojos eran tan azules como el cielo; sus rasgos, su altura y su porte era tan imponente y soberbia que no sabía qué harían, una vez que llevara el turbante para no parecer más alto que su hermano el sultán. Nur lo vio incorporarse con los otros a regañadientes y detrás de su rostro pudo vislumbrar su fiereza y su alma indomable; su piel era del color de la cima de los picos de la Sierra Nevada, blanco como la nieve, rubio como el sol... Nur sultana jamás había visto a alguien parecido en físico y porte dentro del palacio que había sido su cobijo desde que tenía memoria. Nur expiró con fuerza, alcanzando a suponer que quizás el joven sería más joven que ella, puede que unos tres años o más, pero en definitiva, aquel chico era un gigante, su hermano el sultán Muhammed estaría contento en tenerlo dentro de sus más allegados y más dentro de su invencible séquito guiando a los soldados y a sus tropas a la Acrópolis en la próxima campaña por recuperar el territorio que habían perdido en miras de alcanzar la victoria. Nur por segundos desvió la vista hacia los trabajadores que cargaban los cubos, picas y una especie de palas, rumbo hacia del patio de los leones, antes de volver el rostro de nuevo hacia los otros jóvenes gallardos y buenmozos decididos a abandonarse a su nuevo destino, algunos gustosos, otros no tanto, a sabiendas que jamás a partir de hoy se les permitiría abandonar el celibato, ya que una vez reconocidos por el sultán y enviados a su entrenamiento arduo y continuo bajo la tutela de las

familias correspondientes y bajo la guía de los generales jenízaros que les ayudaría a adquirir las fortalezas, destrezas, la rapidez y raciocinio entregado por completo al gran sultán, pasarían a convertirse en los dignos hijos adoptivos de su majestad hasta consagrarse como jenízaros avezados a sus 25 años, justo poniendo fin a su preparación y adiestramiento dentro del seno de una familia musulmana, algunos transformados a la fe islámica, por elección, otros no, pero ambos adorando al Dios que adorasen velarían por su único objetivo que radicaría de allí en adelante en serle fiel al sultán hasta la muerte.

Llegado la hora del rezo el *almuecín* cantó elevando a Alá su plegaria, era un momento mágico en el palacio, el sol descendía por las colinas rojas más allá del río Darro, era principios de septiembre. Nikolaj había sido invitado por el gran Muhammed para cenar, el sultán había oído de uno de sus allegados que el joven jenízaro Nikolaj en su lejana Bulgaria antes de ser capturado y vendido como esclavo, era un músico consagrado y un hábil poeta. El sultán había sentido fascinación cuando el visir *Asim* le había hecho mención en una de sus reuniones de las exquisitas notas del violín que salían del instrumento al ser tocadas por sus dedos, y de la facilidad de expresión, virtudes y fuerza que había ido desarrollando el muchacho, ahora todo un hombre a lo largo de los trece años que había durado su formación. El joven búlgaro había sido rebautizado al islam casi después de dos años con el nombre Zeheb, que hacía alusión al rubio de sus cabellos, ahora como extranjero portaba el rostro afeitado solo con un esponjoso bigote y su *börk* característico, hoy en especial iba ataviado con su uniforme de la tropa de color azul, y sus ojos a la luz de la lumbre aunque fueran de un color azul cielo se veían verdosos en aquella noche, verdes como las aguas de los estanques del sultán, verdes como los ojos de Nur sultana.

Nur había salido sobrecogida minutos antes por la noticia de sus futuros esponsales, su hermano había acordado que se desposaría con un importante visir de la región de Galípoli de nombre *Osmal*. La noticia la había tomado por sorpresa y no le había hecho gracia ninguna que su hermano, por muy sultán que fuese, dispusiera de su vida sin apenas consultárselo, ¿dónde había quedado aquella complicidad con la que antiguamente disfrutaban?, ¿dónde había quedado el cariño transparente que él siempre le había mostrado y decía tenerle como una de sus favoritas?, pero quién era ella para desobedecer al gran sultán, ella había salido a refrescarse ante el cielo estrellado y la fresca

noche al patio de los leones en donde el sonido del agua y las vistas evocaban a un poema escrito sobre la piedra en medio de las columnas delgadas y cilíndricas blancas con infinidad de arcos interiores que habían sido construidas con yeso formando prismas yuxtapuestos y colgantes, que parecían estalactitas sueltas o arracimadas, cuando Zeheb de improviso ingresó desde el ala sur luego de atravesar el patio de los arrayanes en medio del calor sofocante que era aún palpable en aquella época del año y que repercutía directamente en las prendas que llevaban las concubinas del harén y las sultanas con sus galas veraniegas elaboradas con los más exquisitos brocados de seda veneciana y terciopelos bordados con filamentos de oro.

Zeheb se detuvo en medio del remor del agua y los sollozos de una mujer que le era desconocida, pero que al solo verla, supo por sus ropajes de que no se trataba de una concubina más de su majestad. Ella volvió el rostro para mirarle con los ojos llorosos secándose el rostro. Zeheb pensó que ella era sorprendentemente hermosa, sutil, delicada y alta, aunque no tanto como él, su cabello castaño oscuro y ojos grandes verdes le habían cautivado, y aunque Nikolaj aún desconocía que era la hermana del califa, no pudo evitar quedarse deslumbrado por aquella beldad. Aquella mujer misteriosa para él, no era solo una simple mujer de exuberante belleza, era la princesa y la hermana del sultán, uno de sus más grandes tesoros, lo que la convertía en una mujer de sensibilidad e ingenio y encima, en una mujer fuerte y poderosa a la vez.

Desde que el búlgaro convertido en soldado la había visto, se habían arremolinado como susurros rimas de un poema en su cabeza que fluía ante su fuente de inspiración, él sabía que una vez recluido en ese barco en el *Mar Negro* años atrás, lo había perdido todo, había perdido inclusive la esperanza y el deseo loco por vivir que antes como fuego intrépido llenaba sus entrañas y sus huesos, este que se había ido apagando poco a poco, como las estrellas fugaces que ya se habían extinguido hace muchos años perdiendo luminosidad, pero todo había cambiado de repente cuando la vio a ella en medio de su congoja a las orillas de la fuente reclinada, solo bastó una mirada fugaz para que sus ojos se quedasen grabados en su memoria y en su corazón con intensidad para siempre, ella se levantó de inmediato tiritante y se escabulló tan rápido como una presa de caza furtiva bajo la sagaz mirada del cazador a la luz de la luna. Él levantó el rostro buscándola con la mirada fugitiva, encontrándose solo en medio del patio sobrecogido, fue cuando el

guardia y encargado de los aposentos del sultán en conjunto con Alí, el jefe del harén, se acercó para guiarle a su reunión con su excelencia.

Nikolaj fue como tocado por magia en ese momento y supo que el destino volvía a hacerle una jugarreta sucia, le ponía en su camino no solo a su amor del pasado, sino a su razón de vivir aunque aún lo desconociese, con otro rostro, en otro cuerpo y en otro tiempo muy lejano a donde ambos se habían conocido por primera vez... Nikolaj no entendía como su corazón se había desbocado preso de la luz de aquellos ojos de color esmeralda, aún a pesar de estar preñados en lágrimas y enmarcados bajo el tul oscuro de sus cabellos ondulados, su delicado rostro del color de la miel, con aquellos labios rojos como las fresas, ella era simplemente, una obra de arte. Para él había sido amor a primera vista, no habían intercambiado palabras ni gestos acallados, él solo se había quedado allí, detenido, flanqueado por los guardias del palacio que le conducían, cuando ella se evaporó de la nada esfumándose como un fantasma. Él desde niño había sentido fascinación por las artes en sus cientos de representaciones artísticas y la música en su amada Bulgaria, pero solo podía acceder a los dones que Dios le habían concedido cuando entraba las artes en comunión con sus sentidos, es decir, cuando su corazón albergaba una ilusión de amor, tristeza o dolor, solo así su alma con la vocecita etérea le susurraba al oído notas amalgamadas de exquisita dulzura y frases bonitas almibaradas o ácidas, dependiendo de su musa.

—¡Zeheb!—había dicho Alí haciéndole volver de su ensoñación para que continuaran su avanzada, el sultán esperaba por él.

Fue cuando ella resguardada sobre el tallado de mocárabes y taraceas bajo el manto de las sombras—pensó—. Que su nombre era totalmente apropiado porque él en medio de aquellas fuentes de agua y esos jardines exuberantes deslumbraba como el sol con su presencia. Zeheb, como ahora se hacía llamar Nikolaj, caminaba presuroso tras el frufrú de las telas aterciopeladas vistosas de color morado y dorado del encargado de los aposentos del sultán, mientras sus recuerdos recreaban con pasmosa claridad aquel fortuito encuentro momentáneo, aquellos ojos esmeralda y esos cabellos satinados con finas hebras dignos de cualquiera deidad mitológica. Él no lo supo al principio, pero pronto reconoció el brillo de aquellos ojos... Desde aquel encuentro en el patio en donde ella se enjugaba las lágrimas. Nikolaj supo que una vez más los planetas y las estrellas se habían alineado para poner en su camino a su compañera, esta vez no estaban en igualdad de condiciones, no eran él un príncipe y ella una princesa, ni mucho menos antiguos

enemigos esperando ver quién ganaría la guerra, esta vez él era solo un sirviente, adscrito a los designios del sultán, lo que la convertía a ella en su dueña también ¿qué podría hacer?, necesitaba acercarse para poder hablar con ella, recordaba muy bien las palabras de la druidesa, pero sobre todo sabía que en su condición de jenízaro no debían entablar conversación con ninguna de las mujeres y mucho menos con los integrantes del sacro imperio, si no eran llamados o convocados en su presencia. La noche discurrió amena y tranquila, Zeheb entretuvo al sultán con su armoniosa melodía del violín y se aventuró a tocar por insistencia de su excelencia el buzuki y declamó parafraseando algunas líneas de un antiguo poema escrito a su madre que tiñó con sutiles cambios para que el amor filial fuese reemplazado por el amor pasional obteniendo el reconocimiento del sultán. Ya concretada la velada y amenizada por pequeños *lokmas* y *sharbat* abundante que traían los sirvientes en un baile de ir y venir. Nikolaj abandonó las estancias reales para perderse nuevamente en lo que sería los designios marcados por su excelencia, convertirse en un soldado fiero para el imperio otomano. La musicalidad del agua suspendida en el silencio de la noche, mientras él elevaba la vista para mirar en dirección a las torres oscuras guardándose el pergamino utilizado en la velada que se mezclaba con la magia de los astros y con los aromas del mirto y las flores que provenían de los jardines cercanos, convirtiéndose en un placer para los sentidos. Al atravesar otra vez el patio de los leones esta vez en solitario, sacó de uno de sus bolsillos un pequeño trozo de papel restantes el cual desenrolló y detenido a una distancia prudencial desde dónde la había atisbado a ver a ella segundos antes de esfumarse como el viento, él parafraseo en su idioma nativo unas líneas que habían acudido a su cabeza casi sin pensárselo... « *No seáis esclavo de las palabras y los miedos, convertiros en el guerrero valiente, audaz y mortal para afrontad cada día a la muerte y la verdad. Sin importar rasguños, heridas y tristezas afrontad la vida con otra estrategia, redefinid vuestra visión y dirigid al batallón al clímax de la guerra con coraje y precisión...*».

Las palabras invadieron sus sentidos, aquellos mismos que desde hoy mismo ya no le pertenecían. Nur desde lejos le observaba bajo el cobijo del *patio lindaja*, le había visto detenerse y desplegar una especie de papiro para luego doblarlo y echar a andar en medio de las sombras de la noche con su dolarma azul cimbreante bajo el movimiento mágico de los faldones al viento.

Zeheb dejó atrás a su paso raudo y veloz las antiguas murallas del Alcazaba que se alzaban detrás de él inhiestas en el horizonte dando la sensación a primera vista de casi tocar el cielo, sintiendo a cada paso que daba como aumentaba su ansiedad en aquella noche cálida. El encuentro con aquellos ojos verdes que le había cautivado despertando algo dormido en él hace años lo mantenía en un estado de ensoñación. Zeheb a la luz de la nueva luna llena y enorme había como en el pasado ensortijado varias líneas de un poema que empezaba a brotar de su alma desde aquella noche en la que en su jaima se había puesto a escribir, había sido fácil inspirarse abandonando las ideas de batallas, para dar paso y forma a los sentimientos que aquella misteriosa mujer le había provocado al hechizarlo con solo una mirada, como embrujándolo, en medio de un sitio evocador y un paisaje de absoluta belleza que deleitaba a todos los sentidos; justo como el manto estelar de las estrellas que ahora se desplegaban sobre su cabeza, mientras él encaminándose a su lugar de descanso batallaba en silencio con el surgimiento de nuevos sentimientos fuertes e inexplicables hasta llegar al lecho y verse vencido por el sueño.

A primeras horas del alba y guiado por el apremio, caminando entre almendros, olivos y granadas con su indumentaria habitual de color rojo turco, Zeheb atravesó el verde camino rodeado de arrayanes y cipreses del patio lindaja en dirección al palacio, sin esfuerzo pero con convicción, se dejó guiar a través de los arcos que comunicaban con el patio de los leones en su juego de sombras y luces distintas entre muros, justo al momento en que Nur sultana había decidido dar un paseo a la luz del nuevo día. Zeheb avanzaba a paso rápido cuando se vio ante su presencia abrumadora deteniéndose de improviso. Para la sultana fue toda una sorpresa verle allí, ella no podía creer lo que sus ojos miraban cuando se vio detenida delante de uno de los miembros del cuerpo jenízaro y en él reconoció al mismo joven que la había observado de una forma especial desnudándole el alma sin pronunciar palabras hace dos lunas, descubrió en ese preciso momento de que él era el mismo hombre que había visto desde la torre del homenaje hace trece años atrás, con la misma convicción y fiereza que no había visto nunca antes en otro guardia, y con una determinación y fuerza que solo había reconocido en su hermano el sultán, y para su sorpresa, también la había visto en aquel

extraño extranjero aquella noche por solo una fracción de segundos; ahora al tenerlo delante bajo la luz gloriosa del día, había constatado que su aspecto había cambiado en trece años al igual que el de ella cuya belleza se había acrecentado con los años y ahora rebosaba dulzura y femineidad. El joven esclavo convertido en jenízaro ahora ya no estaba sucio ni harapiento, ahora brillaba como el sol y parecía estar hecho todo de oro. Ella se quedó detenida unos segundos a la distancia ante la imponente presencia del guerrero rubio, ella no entendía ¿por qué la presencia de aquel hombre la descolocaba? Ambos cruzaron las miradas por cortos segundos y ella intentó esbozar una tímida sonrisa que murió en sus labios mientras él hacía una reverencia ceremoniosa. La distancia entre los dos era de tres metros pero el sentimiento del brinco al corazón del que ambos fueron víctimas, les hizo creer que estaban a más corta distancia de la que realmente se encontraban, con el retumbar de sus corazones en sus oídos y sus apesadumbradas respiraciones agitadas. Al instante salió uno de los sirvientes del sultán, Demir imitando la reverencia, evidenciando la posición de la mujer misteriosa.

—Sultana Nur —dijo reverenciándola mientras doblaba su espalda y agachaba el rostro sin mirarle. Ella levantó el rostro observando mejor al soldado jenízaro rubio que seguía mirando el suelo y reanudó su marcha con sus doncellas alejándose hacia al oeste.

—Zeheb, su majestad el sultán Muhammed espera por vos. Ambos hombres se encaminaron al palacio atravesando las enormes pilastras de mármol blanquecinas pudiendo el búlgaro atisbar el gran número de arcos interiores con paredes recubiertas de cerámicas y yeserías que presentaban armazones de madera labrada con aquel toque exquisito lleno de figuras variadas vegetales y geométricas adornadas con color, y la decoración caligráfica de escritura cursiva y cúfica en la que los poemas parecían emerger de las paredes, dando la impresión de ser un castillo de cuentos con columnas cilíndricas finas adornadas por enormes anillos en la parte superior decoradas con atauriques.

—Su excelencia —dijo el búlgaro haciendo una reverencia. —Ha sido todo un honor aceptar esta invitación al palacio.

—¡Adelante Zeheb!, hoy es un día especial —sentenció el sultán magnánimo.

—El consejo y yo hemos decidido que iremos a la guerra con los *Cemmat* y *Sekban*. Me he pasado toda la noche ideando una estrategia de batalla que discutiremos mañana en el Consejo. Estoy contento de que estés entre

nosotros, he conversado con Hizir pasha y me ha informado de los avances, fuerzas y técnicas que te han hecho ser uno de los mejores en poco tiempo con las armas, por eso he decidido premiarte, ya le he notificado al *Agá* del nuevo cargo que desempeñarás desde hoy como parte del cuerpo de *Beyliks*, quiero a los mejores a mi lado y tú eres uno de ellos, no solo por tu lealtad, sino por tu experiencia y tu ingenio, tanto artístico y táctico. Desde mañana tendrás nuevas asignaciones y formarás parte del séquito cercano que custodiará y velará por la seguridad del sultanato pero sobre todo de la familia real, serás el encargado de la guardia de la sultana y darás tu vida por defenderla a ella, a los príncipes y a mí.

Nur se había quedado conmocionada.

— ¡Zeheb! —dijo Nur en un suspiro inaudible.

El viento se llevó aquel nombre como una plegaria justo cuando la puesta de sol le daba a los mosaicos del palacio una tonalidad más rojiza en donde la combinación de las vistas, los jardines, el entorno y el agua transformaban el aire en un toque romántico mientras el mensajero oficial se aproximaba por los pasillos al costado de Alí, el eunuco y el jefe del harén.

—Han dejado esto para usted mi sultana.

Ella desenrolló el cilindro encontrando dentro un fino pergamino que decía... « *Aquí en el Edén donde las manos del hombre hicieron encajes en las paredes adornándolas de brillo, la luna está celosa de vos y se niega a elevarse en el manto negro de la noche, porque vos sos la luz que ilumina la Al-Hambra. Vuestra presencia sultana ensombrece las vistas de la Sierra, y este esclavo vuestro, este súbito romántico se muere un poco cada día en la oscuridad, al no ver a la luna que con sus destellos brillantes verdes le ha hechizado y le abducido con su belleza, convirtiéndose en su más ferviente admirador*».

Nur levantó la vista mientras el pergamino se enrollaba entre sus dedos.

—¿Quién ha dejado esto Alí? ¡Contesta!

—El mensajero mi sultana.

—Pero este mensaje no vendría de él, averiguadme de quién es.

Alí partió hacia el patio del harén en busca de Murat con una sola misión en la mente, revelar la identidad de quien había escrito la carta a su sultana.

La tarde dio paso a la noche, las luces de las velas amenizaban los aposentos de la sultana. El sonido de uno de los dedos incidiendo sobre la puerta hicieron que Eminé, una de las doncellas de la sultana Nur se pusiese en pie

como un resorte con absoluta gracia ataviada con su largo vestido crema de mangas enormes anchas abullonadas. En la puerta la voz de Alí hizo que la sultana se aproximara mientras Alí y Eminé en el pasillo aguardándose de las miradas curiosas conversaban, entrando al final minutos después Eminé cerrando las puertas.

—¿Os habéis asegurado de que Alí no hubiere contado esto a nadie?

—Sí mi sultana.

—Hablad de una vez.

—Mi sultana, Alí habló con Kemal y Ahmet y me informaron que la correspondencia había sido dejada por uno de los guardias de su majestad expresamente con especificaciones de que fuese entregado en persona aquel mensaje a usted, mi sultana.

—¿Quién de ellos se ha atrevido a semejante afrenta?

—Lo siento su majestad, no sabía que le desagradaba, ha sido el joven jenízaro rubio, Zeheb es su nombre. Alí está esperando en la puerta vuestras instrucciones.

Nur abrió los ojos incrédula y se puso lívida.

—Mi sultana ¿Os encontráis bien? —preguntó Eminé.

La sultana hizo un ligero gesto con los dedos, los cuales su doncella interpretó como una despedida, por lo que agachando la cabeza en una reverencia se alejó dando pasos hacia atrás, abrió la puerta en actitud sumisa y despidió con una mirada acallada a Alí, que se perdió en segundos por los pasillos. Eminé observó el estado de la sultana al volver, la ayudó a sentarse sobre una butuca ornamentada con exquisitos tejidos y adornos geométricos.

—¿Os traigo un poco de *Lohusa*?

—Sí, traedme un poco, me hará bien, supongo...

Nur a solas con sus pensamientos, después de Eminé marchar, se puso en pie para acceder a una pequeña cajita labrada en plata en donde guardaba sus más preciados tesoros y joyas, dentro de allí junto a otras piezas de exquisitos labrados de oro y plata se encontraba la carta con el poema que le había enviado aquel joven de oro, como ella le había puesto desde su primer encuentro. Sus palabras habían sido tan sutiles y hermosas como la seda de la pijama que recubría su cuerpo como una caricia, en instantes se sintió soliviantada, apenas si brotó de sus labios entreabiertos su nombre a manera de eco...« Zeheb» El joven sin duda la había impresionado desde la primera vez que ya le había observado en lo alto de la torre. La puerta se abrió al momento dejando vislumbrar la imagen de Eminé y Elma.

Elma se aproximó a Nur diligente.

—Mi sultana, vuestro rostro ha palidecido, ¿Os encontras bien o deseáis que llame a la médica?

—No, no es necesario. Estoy un poco cansada, dejadme sola, ambas.

La sombra de dos hombres se perdió en medio de las callejuelas y cafetines en dirección a la jaima, una vez abandonado su turno y el palacio. Zeheb miraba meditabundo por la pequeña ventana hacia el horizonte lejano, apostado sobre el bloque de piedra frío sobre sus codos, afuera todo caminaba como otro día cualquiera, con el ruido característicos de los hombres bebiendo y riendo y el crepitar de las llamas proveniente de las antorchas.

—Zeheb —había dicho Amhet—. ¿En qué estás pensando, o debería preguntar en quién? ¿Cómo es ella?

—Es una mujer otomana...

—¿Qué quiere decir con eso amigo?

—Quise decir que es una mujer fuerte, determinada, luchadora y con voluntad, además de hermosa.

Amhet lo miró circunspecto.

—¿Más que cualquiera noble búlgara?

—Las búlgaras son muy hermosas también, pero esta belleza de que os hablo, no se basa en cosas mundanas, ni en el aspecto físico como primordial, va mucho más allá, esta belleza en especial de que os hablo es diferente, es de aquellas que solo han sido enunciadas en los libros, como un ente etéreo del pensamiento extracto de los poetas escribanos sabios, pero ella es real y mis ojos la ven más vívida que nunca...

—¿Os referís a la sultana? Os he visto mirarla... Sabés perfectamente que las mujeres están prohibidas para nosotros, y más si es la hermana del sultán.

—¿Es la hermana del sultán?! —preguntó Zeheb incrédulo.

—Acaso no lo sabías... ¿Pensaste que serías correspondido por una mujer de su condición?, no seáis iluso Nikolaj o perderás vuestra cabeza, os ha costado mucho llegar hasta aquí. Vos y cualquiera mujer estáis destinados a no ser, y más si es ella, vos lo sabéis... Yo al menos deseo mantener mi cabeza sobre mis hombros, no sé vos.

—Vos como los demás no entendéis nada Amhet. Ella, la sultana... es de

aquellas personas que os sacude el alma, sin que tan solo os percatéis. Es más... mis trovas no hacen daño a nadie, yo solo reverencí la belleza de nuestra majestad, la musa que me inspiró, eso es todo.

—Si te descubren rodará vuestra cabeza, el sultán no lo durará ¡Qué Alá no lo permita!

—*Inshalla!* Pero mejor dejad de tanto hablar y descansad, mañana nos espera un arduo día.

Eminé atravesaba las dependencias solariegas después de dejar un generoso soborno a uno de los guardias, su sultana había decidido arriesgarse a conocer de frente al hombre que desde hace una semana la tenía sumida en la vigilia, tan solo faltaban dos semanas más y marcharía del palacio rumbo a Fez. El movimiento de una antorcha en el corredor de un camino que comunicaba el patio de la acequia con el palacio solariego en donde el sultán en compañía de su favorita en medio de la música, el mini banquete que desfilaba de mano en mano de sus sirvientes y la armoniosa fragancia de las flores deleitaban sus sentidos en los deliquios de la noche. Eminé echó andar en dirección este hacia el jardín de los adarves, allí sobornó a algunos guardias con oro para conseguir que uno de ellos fuese a por Zeheb. La espera en medio de los jardines en la noche parecía ser eterna, cuando el gigante rubio apareció dentro de las sombras sin su börk. Eminé lo observó bien por primera vez, sus cabellos eran rubios casi platinos y sus ojos era de un azul incandescente, quijada amplia, hombros anchos, cuerpo enorme y fuerte, era justo como lo había descrito su sultana, deslumbrante y muy guapo. Ella al verse ante su presencia no pudo evitar sonrojarse, él se detuvo frente a ella en completo mutismo observándola hasta que ella quebró el silencio de la noche.

—¿Vos sos a quién llaman Zeheb?

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza hasta que su voz grave y armoniosa interrumpió el silencio.

—¿Quién pregunta, tenéis un mensaje para mí?

Eminé se removió incómoda tratando de ocultarse tras su velo.

—Sos el artífice que ha osado dedicar rimas a su majestad, la sultana.

Él abrió los ojos y dio un paso dejando un pequeño intersticio entre ellos con mirada desafiante.

—¡Hablad de una vez! —dijo él mirando de soslayo sobre sus hombros nervioso.

Eminé extendió la mano que contenía un pequeño papiro oculto bajo un

sutil pañuelo bordado lila, le observó a los ojos y marchó en la misma dirección desde donde había venido. Zeheb se quedó detenido ante el movimiento raudo y veloz en que la doncella había depositado en su mano la misiva, y segundos después evadiéndose de la mirada de los curiosos desplegó el papel que decía: « *Desde el momento que vuestro poema llegó a mis manos no he hecho otra cosa que pensar en el rostro del autor de tan bella rima y en vuestras manos, que son la dueña de aquella caligrafía hermosa que conjunto con las palabras han musicalizado mi mundo, devolviéndome la sonrisa por minutos. Quisiera agradeceros personalmente vuestras palabras que no han hecho más que recordarme cuál es mi destino, atinando a soñar con otro camino quizás... Sé que vos arriesgáis mucho tan solo por haber llevado a cabo este acto tan sutil y personal, pero os pediré que os arriesguéis una vez más, tan solo para otorgadme el honor de conoceros en persona, antes de sellar mi destino*».

El corazón de Nikolaj dio un salto, jamás pensó que viviría lo suficiente como para que sus ojos vieran esa respuesta, él lo había creído imposible. El riesgo estaba garantizado de cualquiera manera pensó impertérrito, arriesgaba su cuello cada día bajo la adscripción de su excelencia, caviló casi toda la noche hasta que tomó su decisión... Si iba a morir por esto, pues que así fuera.

El encuentro fue acordado dos lunas más, entre sombras y recubierta con una capa con capucha la sultana Nur abandonó sus aposentos para encontrarse con el poeta esclavo bajo órdenes de su majestad el sultán a hurtadillas, como los amantes furtivos en medio de la noche. Justo el momento en que Eminé se acercaba en las dependencias solariegas bajo el tenue manto de la noche en la esquina este de los jardines que permanecía despejado de ojos furtivos. Habían pasado dos días desde la misiva, al principio la sultana quiso hacer oídos sordos a los dictámenes de su corazón, pero pasado cinco días no pudo resistirse, ordenó a sus doncellas orquestar un encuentro con el jenízaro rubio.

—Alí, la sultana desea tomar un poco de aire y dar un paseo nocturno, y estaba buscando a... Zeheb y Amhet, su escolta personal del palacio.

—Creo que los vi encaminarse hacia las cocinas, es viernes es la tradición, ya lo sabéis, pero no digáis que os los dije yo a ninguna de ustedes... —

Eminé aceleró el paso perdiéndose por los pasillos.

—¡Elma!, tengo que ausentarme una hora, no os apartéis de la sultana, vigilad su salud y sus pasos hasta que esté de vuelta, ¡Entendéis!

Zeheb apareció en medio de las sombras danzarinas que se extendían por el corredor rectangular.

—Me han informado que me buscabais. —Eminé muy nerviosa miró ambos flacos con los ojos fugitivos y la garganta seca.

—La sultana desea verle.

Ella estiró la mano dejándole un pequeño trozo de papiro entre las manos y le miró mientras se giraba. Zeheb desplegó el papel que decía... «*Encontradme en la torre de la cautiva en dos horas*».

Un rato más tarde, Zeheb aguardaba ansioso tras la sombra de un árbol cuando en medio de las grandes antorchas que iluminaban el camino hacia el patio de la sultana, emergió la sultana Nur detrás de su doncella de confianza que se quedó rezagada unos cuantos pasos atrás. Su majestad la sultana caminó nerviosa desviando la mirada en ambas direcciones, él la aguardaba al final con las manos entrecruzadas por delante, una sobre la otra a la altura de sus caderas. Ella se detuvo frente a él, y él le hizo una reverencia.

—Sultana Nur —exclamó haciéndole una reverencia.

Ella tímida alzó la mirada para verle mejor.

—Sos Zeheb, el jenízaro, ¿es cierto?

—El mismo, para servirle su majestad —dijo haciendo una reverencia.

Él le miró a los ojos y ella sintió como si la hubiese golpeado un calor furibundo que le quemaba la cara.

—Yo... —Ella tartamudeó y se sonrojó volviendo el rostro hacia un lado. Es... Es hermoso todo aquello que escribís, quiero daros las gracias por vuestras palabras que han significado un aliento momentáneo, un soplo de vida que me llena de fuerzas. Vos sos muy valiente Zeheb, eso se ve por encima de la casaca que portas al retar a mi hermano con vuestra osadía y sutileza, la cual... La cual no condeno, sino más bien os lo agradezco.

Los ojos de él fueron del espanto a la alegría sin emitir palabras, mirando en las penumbras dio en paso en frente y la miró directo a los ojos. Los ojos de Nur titilaban como estrellas. Zeheb no veía nada que no fuera ella, sintió en segundos como si el suelo se esfumara y su cuerpo levitara, volvió la vista para mirar sus botas y la levantó observándola con intensidad... Para Nur, el corazón se le detuvo un instante al toparse de frente con él, ecllosionaron las flores bajo el manto de la luna, hubo lluvia de estrellas en aquel momento que

transcurrió asemejando una eternidad y luego el corazón le volvió a bombear y un torrente de sangre que le recorrió todo el cuerpo.

—¡Sultana Nur!, debemos irnos —apremió Eminé que impaciente miraba en derredor presa del pánico.

—Debo marcharme, antes de que me echen en falta en el palacio, no puedo quedarme más.

Zeheb envalentonado y temiendo no volver a verla aunque fuesen escasos segundos en otra furtiva ocasión, rompió el protocolo espetando.

—Así que esto es todo. Me privará de vuestra presencia condenándome al olvido en este suplicio o volveré a verla como hoy mi sultana. —Ella volvió el rostro atrás, el todo de oro, el guerrero dorado como ella misma le había dicho a su dama de compañía en confidencia había dicho “mi sultana” y eso a ella le provocó un salto al corazón inesperado. Sin una palabra de despedida, se volvió caminando en medio de un grupo de árboles desaliñados de yermas ramas sintiendo el frío peso de la mirada de él que permanecía detenido observándola, mientras ella se alejaba presurosa con los cabellos flotándoles libres sobre los hombros que bajaban por su espalda en un caos salvaje de bucles de color castaño oscuro, perdiéndose entre las sombras de la noche, con el corazón latiéndole a mil por hora.

Las semanas siguieron transcurrieron tras el paso. Eminé, bajo las sombras furtivas de la noche y sobornando algunos guardias y custodios coordinó otro encuentro en el lapso de siete días. Aquella noche Eminé aguardaba en el pasillo de espaldas, lista para entrar en modo fuga si se veía forzada por la situación, su sultana desde hace días no atendía a razones, lo único que le importaba era quedar con el joven jenízaro. Nur deslizó la mirada hacia una esquina contraria echando un repaso rápido de los dos flancos por encima de su hombro, asegurándose de que no había moros en la costa, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo ante la supresión consciente del intersticio entre los dos cuando Zeheb dio un paso en frente y apenas rozó sus dedos provocándoles un respingo a la sultana por la electricidad generada de los cuerpos. El suave tacto de la piel de ella a él se le antojó parecido a la seda, cálida como el sol que le tocaba rostro al amanecer. El roce fue la chispa que crepitó haciendo combustión entre los dos convirtiéndose en una llamarada flameante que les golpeó con fuerza voraz descolocándoles y dando paso al nacimiento de la urgencia del uno por el otro, en medio del trance al que acaecían sus miradas presas de una especie de hechizo gitano. Zeheb le acarició el labio inferior con el pulgar y ella no

logró resistirse ante el sentimiento del amor que nacía tímidamente con la sutil caricia cobrando cada vez más fuerza. Solo habían pasado 10 días entre los encuentros discretos pero para Zeheb habían pasado siglos, el espacio tiempo era ridículo cuando dos almas se reconocían nuevamente, eso lo había sabido cuando la había vuelto a encontrar a pesar de los años. Él cerró el espacio entre ambos acercándose más a ella. Ella le tocó por primera vez la barbuda mejilla y sonrió sorprendida observándole intimidada por su tamaño, la fuerza atrayente y el olor que desprendía el cuerpo del joven búlgaro le embotaba los sentidos. Zeheb sin darle un respiro y mirándola con idolatría, de un momento a otro rozó sus labios dejándole un tierno ósculo en la frente. Ella se quedó detenida momentáneamente con los labios expectantes y temblorosos esperando algo que no había llegado. Él abrió sus ojos sorprendido de verla con los ojos cerrados, deseosa, aguardando... Zeheb se sorprendió ante aquella invitación silenciosa de conquista rememorando los recuerdos del pasado, la sangre se le subió hacia la cara de súbito y antes de separarse, antes de romper aquel lazo de fuego que como una soga imaginaria magnética los unía al uno con el otro, él se inclinó sutilmente y sin dejarla recomponerse aún de su sorpresa, rozó con delicadeza por tres segundos sus labios en un beso íntimo y entregado. Pero, todo cambió de la noche a la mañana en los días subsiguientes... Sus encuentros se vieron suspendidos prontamente, los vientos de occidente repuntaban a la lucha de una nueva guerra, y al uso de todo el cuerpo de jenízaros para la batalla.

—Has venido.

—¡Cómo no hacerlo mi sultana!

—Caminad conmigo por favor —dijo ella con mirada fugitiva atravesando los oscuros corredores ante las ondeantes llamas danzarinas sobre los muros.

—Os estáis arriesgando mucho mi sultana, no debéis estar aquí, moriría si os pasase algo... ¡Perdóname, Oh gran Alá!, perdóname por mis faltas, mis fallas y mis pecados.

—Sos musulmán... Yo pensaba que todos...

—Pensasteis que todos éramos cristianos. Dejé de serlo hace años cuando... Cuando me entregué a mi destino. Si abandono las cosas en las que creo por causa o efecto o circunstancias apremiantes dejaría de ser quien soy. Esto es lo que soy ahora, una mezcla de dos mundos diferentes que se amalgaman como las enraizadas del jardín, y soy un esclavo de vuestros ojos, mi corazón es vuestro mi sultana. Y sí, soy muy consciente de que esto es "*haram*". Y que el sultán jamás permitiría que vos y yo... Es un amor

condenado mi sultana.

—Pero antes erais un cristiano. Entonces puedo hablaros con franqueza porque vos me entendéis perfectamente... Zeheb, no os preocupéis por lo que mi hermano pueda opinar de vos, el gran sultán Muhammed puede tener injerencias sobre mi persona y mi destino, pero nunca sobre mi corazón. Mi corazón late por quien quiere, y ese sos vos... No os he podido sacar de la cabeza, no desde la primera rima que me enviasteis.

—Mi hermosa y valiente sultana, yo soy vuestro siervo desde mucho antes de conoceros... Confieso que no he podido sacarla de mi alma y de mi corazón desde el primer momento en que os vi llorando en aquel patio bajo la luz de las estrellas, desde ese momento mi alma dejó de pertenecerme para enjaularse en la cárcel de vuestra piel.

—¿A qué os referís entonces aquí en estas líneas? ¿Os marcháis acaso? ¿Os lo prohíbo soldado!, ¿me entendéis? ¿Os lo prohíbo, que os quede claro! —espetó colérica—. Os he pedido que vinierais para informaros que renunció a todo por vos. Os elijo Zeheb, sea cual sea ese destino. Si me quedo aquí el sultán Muhammed me obligará a desposarme y cuando regreséis... Si regresáis de la guerra... estaré muy lejos y eso sería mi muerte.

—Os lo ruego no lloréis mi sultana, me está matando vuestra congoja y tristeza. A veces la vida es así...

—No vengáis con eso, no me miréis jamás de manera condescendiente, soy tu dueña, no lo olvidéis.

—Debo partir mi sultana, debo hacerlo cuando aún poseo la fuerza, aunque no lo desee. He odiado a vuestro hermano por años y luego resulta que aquella cadena de desgracias, lágrimas y pérdidas del pasado me han conducido hasta vos... Nur, debo hacer este sacrificio por el bien vuestro y por el mío propio. Lo hago por ambos, qué diríais si os dijese que escapásemos juntos, ¿lo haríais...? Lo cierto es que nos matarían a los dos mi sultana, antes de conseguir abandonar la fortaleza. Conocéis las reglas. Me está prohibido verla y tocarla, y eso ya es peor que cualquier castigo. He sido un necio que se ha alimentado de pensamientos y sueños oníricos. Pero he recapacitado y aceptado la oferta del sultán Muhammed y mi destino, partiré con las tropas en cinco días.

—¡No oséis a dejarme Zeheb! —farfulló iracunda amenazándole.

Ambos se miraron por una fracción de segundos, las ansias y la congoja se amalgamaban en un nuevo sentimiento difícil de describir, el miedo, la desesperación, la añoranza, la separación, el corazón sangrante y desgarrado

que amenazaba con morir de un momento a otro. Él bajó la mirada al suelo, dejando sobre las manos de la sultana un pequeño pergamino que ella acunó con delicadeza entre sus manos antes de guardárselo dentro del bolsillo de la capa larga con capucha crema sentenciando:

—Entonces iros y no miréis atrás soldado —sentenció ella volviendo el rostro y el cuerpo. En el acto él negó con la cabeza sin mover las manos y la miró de espaldas lanzando una imprecación. En dos zancadas logró alcanzarla y tomarla por el codo obligándole a girarse. El corazón de Zeheb se había desquebrajado un poquito minutos antes cuando ella terció el gesto y se giró iracunda decidida a dejar todo atrás, sin apenas apercebirse de su debilidad por ella, él se vio buscándole y mirándole a los ojos con intensidad mientras sostenía con firmeza su brazo, desapareciendo en segundos todo su entorno sentenciando:

—Encontraré la forma mi sultana. Si vos aún lo deseas tanto como yo, encontraré la forma —dijo sonriente con un atisbo ínfimo de esperanzas—. Si debo morir por esto, que así sea... Deme hasta pasado mañana para urdir un plan de escape. Ahora debo irme, dijo mirando de soslayo el amplio patio que parecía desértico separándose de ella y sacudiéndose la dolarma acelerando de improviso el paso, perdiéndose hasta girar por los pasillos ingresando en las dependencias reales inmerso en sus cavilaciones.

El tiempo era un ladrón de todo y eso justo era lo que no poseía él, tiempo —pensaba Zeheb—. Debería ponerse manos a las obra si pretendía burlar la guardia real e idear un plan de escape. Murat a la distancia había presenciado la lucha febril entre los dos confusa, en segundos había decidido llegar a averiguar ¿Qué estaba ocurriendo allí?, correría y se lo contaría a la *sultana* Ayse, la favorita del sultán.

Nur se sintió tan desdichada apenas él se alejó sin volver la mirada mientras una lágrima se deslizaba por su rostro, se preguntó ¿por qué la vida era tan injusta?, caminó con rapidez tratando de aprovechar los últimos vestigios de luz desenrollando con celeridad el preciado papiro que entre sus notas traslucía: *«Y al idme y al vedla allí tan radiante, tan hermosa como siempre, sentí que daría toda mi vida por poder abrazarla, volver a sentir sus manos rozando mi cuello, poder sentir vuestro rostro tan cercano del mío, volver a besar sus labios que fueron para mí un castigo, una tortura, la más hermosa tortura que pude imaginar, quiere saber algo mi sultana... Si así son las torturas, quiero morir torturado, quiero ser torturado día y noche, y*

por las noches volved a robar como un corsario, un beso más de sus labios...».

Amhet había regresado a la vivienda que compartía con Zeheb cerca de la almunia.

—¡Zeheb, ¿dónde has ido?!

El ulular del búho se perdió en el vacío al igual que la voz de Amhet que se coló por todo el espacio a lo ancho y vasto del recinto con aspecto de mausoleo, dentro todo permanecía inmutable, era como si Zeheb nunca hubiese estado allí, miró por todos lados y estaba vacío, salvo unos libros que sabía que Zeheb guardaba receloso y con fiereza. Amhet le había visto cientos de veces ocultarlo de su mirada y alejarse distrayéndole, ahora que estaba dentro de sus aposentos, le picaba la curiosidad por saber, ¿qué ocultaba allí, y qué era tan importante como para no querer compartirlo? Se acercó caviloso con la mirada fugitiva esperando que su compañero apareciera en cualquier sitio, lo había visto volverse retraído y distante hace algunos días, desconocía la razón, pero sospechaba que tenía que ver con alguna mujer. Tomó el libro que estaba repostado debajo de su almohada y abrió el mismo pasando las páginas, de dentro del libro cayeron unos legajos sueltos que con apremio Amhet recogió observando su tersura, no era un pergamino corriente, era papel costoso traído de Oriente. Desplegó una de las páginas y leyó con prisas el contenido, sus ojos se dilataron al conocer lo que ocultaba su amigo a medida que su corazón saltaba a trompicones, no podía creérselo, ¡*Lo había conseguido!*!, había conquistado el corazón de la sultana. Amhet cerró las hojas y le invadió de improviso los celos, imaginando cuántas cosas más podrías estar disfrutando y ocultándole su amigo, cosas que a él le eran negadas. Tomó las cartas para llevárselas consigo. La sombra de la ambición, el miedo y la traición se conjuraron esa noche en aquellos ojos marrones y saltones.

La sultana se escabulló una vez acabada la cena y se aprovechó de la red de fortines y de sus doncellas que habían distraído a los guardias. Disfrazada y oculta bajo una capa larga con capucha, aprovechó la celebración en el harén y en medio de las sombras abordó el carruaje que estaba preparado justo para llevarla a la otra ladera en dirección al *Palacio Partal*.

El sultán Muhammed volvió de sus elucubraciones abandonando el gran salón dorado y se dirigió a los baños de comares, sabía a lo que se enfrentaría a la mañana siguiente, el muchacho era joven, joven e iluso —pensó convencido. Pero un desafío al sultán tenía que acarrear consecuencias, no dejaría que se repitiera la afrenta, usaría al muchacho como ejemplo para demostrar al resto qué ocurría cuando se desafiaba al gran sultán Muhammed, había decidido él mismo ejecutar la orden y solo ese hecho había conseguido alterarlo aún más, mientras recordaba con melancolía las noches que había disfrutado con Zeheb en el patio de los leones o en sus aposentos reales en medio de las conversaciones acerca de los astros y lo tanto que había disfrutado embelesado de las dulces notas musicales del sonido de buzuki y de los poemas más sutiles y hermosos que había oído antes. En tanto un carruaje llevaba a la sultana y a sus doncellas con farsas al atardecer al pequeño festín en su honor; Nur a sabiendas de que mañana se hallaría lejos había acudido emocionada tomándose todo como una despedida, ya que se fugaría en unos días con su Zeheb, vería a sus sobrinos y a sus tías una última vez en las dependencias solariegas del palacio en la otra ladera, justo en donde había empezado todo, donde su curiosidad la había llevado a seguir a su hermano esa tarde al albaicín hace tantos años, y una vez allí bajo la sombra del anonimato había observado por primera vez al esclavo búlgaro que había ganado su corazón de a poco con sus trovas y sus miradas, que habían ahondado tan profundo en su ser eclipsando al mismísimo sol y embriagándola de un sentimiento desconocido para ella aún, aquel al que llamaban amor, eso creía ella, porque se sentía renacer e iluminada solo cuando él posaba sus ojos sobre ella, aunque fuera por cortos momentos a través del cobijo de los árboles en los jardines y casi siempre bajo la luz de la luna; los ojos de Nikolaj, como ella le llamó una vez le tuvo de frente, la habían hechizado, sus rimas habían roto aquella coraza, aquella capa de indiferencia y superioridad que se había puesto por años, cuando él como una estrella aquella noche en que la luna en su cuarto menguante asemejaba las formas del estandarte de su nación había aparecido en medio del estanque en el patio, aquella noche funesta, noche en donde entre lágrimas, lo había

sabido todo... Alá había respondido a sus rezos y a sus súplicas, Alá le había enviado a *Nikolaj* reluciente como una estrella iluminándole el camino.

Nikolaj desde su celda esgrimía su última sonrisa bajo la tenue luz perpendicular que se colaba a través de la entrada del pasillo, ansiaba con vehemencia poder mirar a su luna, a su sultana, a la mujer que le había alumbrado el camino tan solo una vez, sabía que era imposible su plegaria por más que le implorara a Alá, ella para estas horas debería estar en medio de cantos, bailes y comidas en el Palacio Partal entre sonrisas, al menos así quería imaginársela él: sonriente, feliz, vívida y hermosa como era ella, aún desconociendo que aquella felicidad desbordada acabaría tan pronto se elevara el Sol al amanecer.

A la luz del alba, Zeheb oyó a venir a lo lejos el sonido de unos pasos que en minutos se erigieron con la imagen de dos jenízaros de los que hasta hace poco consideraba de los suyos, los mismos compañeros de armas en los que había batallado en medio de la montaña en campamentos nómadas arriesgando su vida por la del sultán, dicen que cuando las cosas se tuercen y los caminos parecen intrincados todos te abandonan, los falsos amigos y profetas del bien se tuercen y te dan la espalda por sus propios intereses, consiguen que crezcan las dudas y envenenan a la gente alrededor por su propia vileza. Zeheb en un intento de distracción fingió oponer resistencia solo para alcanzar a darle al traidor entre el forcejeo la carta con la que se despedía de Nur para siempre conociendo y aceptando su cruel destino. Ahora se preguntaba, ¿cuántas veces tendría que morir para conseguir ser felices?

Una vez Amhet se hizo con la carta, Zeheb se dejó guiar sin resistencia con la cabeza en alto hasta la plaza donde todo acabaría. Al salir del encierro la luz le resultó cegadora, pero pronto pudo acostumbrarse a ella, en medio de la plaza el sultán montaba su corcel pura sangre blanco vestidos con sus mejores galas y su turbante más grandes y majestuoso trenzado en medio de la formación de los jenízaros replegados a ambas bandas mientras el califa, como él se había hecho llamar se paseaba delante de la torre homenaje. Dos de los jenízaros acompañaban al hereje hasta el medio de la plaza. Amhet sintió que no podía soportarlo, se escabulló tan pronto vio replegada a las tropas y al sultán con la mirada más pétrea que le había visto jamás, se llevó al sentenciado en medio de la plaza, el sultán descendió de su caballo para posicionarse delante del ejército y del séquito del palacio. El sonido *kilij*

cortando el aire en medio de la plaza mientras el soldado búlgaro con su túnica blanca aguardaba su destino fue tan raído como un rayo en medio de una tormenta en el mar. La cabeza de Zeheb rodó por los suelos y el cuerpo cayó inerte en medio de la plaza. La plaza de armas quedó bañada de sangre, el sultán había ejecutado su condena y en ese acto había demostrado a sus hijos adoptivos, a su escuadrón militar cuál era el futuro que les depararía si se enfrentaban y ofendían al gran sultán. Muhammed suspiró profundo deteniendo la respiración unos segundos para luego disponerse a montar el corcel con uno de sus mejores caftán especiales, el negro y dorado, meditabundo. *«Sabía que este castigo no solo afectaría directamente a uno de mis soldados, sino que afectaría el epicentro de mi familia y mi propia vida. Justo cuando la cabeza de aquel esclavo convertido en una de mi sequito tocó el suelo, sabía que sería la hecatombe de mi palacio y mi reinado porque Nur, no me lo perdonaría nunca. Aquel día fue el principio del fin».*

Pasaron dos días cuando desde una de las ventanas de la torre reservado el acceso a las mujeres para los eventos especiales vieron llegar a soldados fuertemente armados sobre sus corceles. El sultán sobre su caballo blanco con su cota de malla y su casco de guerra alzaba el estandarte del profeta bajo el rugido atronador de su cuerpo de infantería y sus hombres de confianza que le secundaban, marchaban a la guerra contra los rebeldes con el sultán a la cabeza, haciendo avanzar su caballo entre su cuerpo de guerreros jenizaros listos para ir a por la batalla, listos a morir por el imperio... *«Mis leales tropas hoy emprenderemos en un viaje hacia Ronda, nuestras tropas navales no esperan en el puerto para darle su merecido a esos infieles cristianos que quiere doblegar al imperio otomano. Juntos les demostraremos que no es así... La victoria está de nuestro lado, ellos se doblegarán ante el chasquido de nuestros kilij, avanzaremos barriéndolos en combate y ganaremos esta gesta antes de la luna llena».*

A la puerta de la fortaleza amurallada de más de cinco kilómetros de largo portando el estandarte y en sus vainas las espadas yatagán se ponían en marcha el batallón de infantería y el visir engalanado con su *al-Qalá al-Hamrá*.

—¿Dónde está él? Allí está el sultán, no le veo.

—¿Dónde está? ¿Qué habréis hecho de él que no llegó anoche donde le aguardaba?, ¡Elma!, averiguad dónde está e informadme de prisa.

—Lo siento mi sultana.

—¿Qué me estáis ocultando?, ¡Decídmelo ahora, os lo ordeno!

—No queríamos causarle este dolor. Zeheb fue ejecutado ayer en la mañana, a manos del mismo sultán Muhammed.

—¿Qué? eso es imposible, no es cierto, no me mintáis.

—Sí mi sultana, la noticia corrió como un polvorín. Uno de los soldados me ha entregado esta carta.

Nur desplegó el papel dando dos pasos, sus ojos se abrieron expectante quería saber que decía su amado, ella lo había aceptado, lo había amado aún en el lenguaje mudo de sus encuentros y el sutil y casi inexistente acercamiento entre ellos, ella estaba dispuesta a todo por él, quería creer que todo era una farsa orquestada quizás por sus enemigos, su hermano y hasta su futuro marido, pero una vez comenzado a leer la carta se percató de que todo era cierto.

De Nikolaj a Nur Aisha

Amada Nur,

Mi corazón, mi alma, vuestros ojos son la luz de mi camino mi sultana. Y aunque esa dicha me sea negada y mi corazón se desangre en dolor, cuando lea esta carta ya se habrá sellado mi destino y el fin de mis días. No poseo mucho tiempo, solo el suficiente para escribir de esta celda oscura este poema el cual albergo la ilusión de que llegue a vuestras manos mi sultana. Quiero que usted sepa que siempre estuve dispuesto a morir por usted y que lo acepto gustoso, no me marchó de este mundo triste, sino más bien esperanzado a que esta condena acabe pronto y pueda yo encontrarla de nuevo para que su sola presencia, vuelva a darme vida iluminando mi mundo.

Nur desplegó con presteza la otra pequeña hoja doblada y con ojos reticentes comenzó a leer las rimas de su amado...« *Ahora en la distancia no me arrepiento de todo lo vivido con vos, de cada momento disfrutado, de cada risa robada. He hallado el sentido a mi vida, he aprendido de ti Nur, a amar los defectos del otro, a perdonar, a compartir, a cambiar por completo mi mundo, por ti mi luna, mi otra mitad. Ahora sé que esta época no es nuestro momento, ahora entiendo las señales que antes estaban vedadas... Nuestra separación, todo aquel drama, la impotencia, la rabia, los silencios,*

la pasión. Nuestro destino, nuestro amor, abruptamente trágico, sumamente vívido e inevitablemente fallido permanecerá por siglos, no importa cuántas veces debamos reencarnar, renaceremos en otros cuerpos y en otro espacio y volveremos a toparnos, volveremos a encontrarnos como estaba predestinado, en aquel paraje agreste de horizonte lejano, para cumplir la profecía... Y entonces, ya no habrá obstáculos, ya no habrá barreras, nuestro amor al final, ganará la contienda... Y aunque ahora deba decirte adiós y deba partir aún sin quererlo, no olvides nunca que he vivido feliz tan solo por conseguir encontrarte y que os he amado en cuerpo y alma ahora y siempre».

Nikolaj.

Nur sintió un breve vahído al terminar de leer las hojas de papel que se desprendieron de sus manos, sus doncellas corrieron a agarrarla.

—¡Sultana! Llamad a la médica Elma —espetó Eminé ofuscada.

Horas después dentro de los aposentos de la sultana, todo parecía una marcha fúnebre. La médica había acudido al llamado tan pronto fue notificada. Nur había quedado en estado catatónico, no comía, ni se movía solo miraba el techo con la mirada vacua.

—Dejadla descansar y suministrarle este remedio dos veces al día, con poca dosis, no os excedáis es muy fuerte, insistidle para que coma y le toque el aire. ¿Lleva así cuánto?

—Dos días entero señora.

—Bien, volveré a verla pasado mañana — dijo recogiendo su maletín.

—Acompañadla Elma, mostradle el camino, que nadie os vea, sed discretas.

La puerta se cerró. Eminé acomodaba los cojines y las mantas, chequeando de tanto en tanto la temperatura corporal de su señora. La sultana la miró por una fracción de segundos.

—Mi sultana, ¿deseáis comer algunas viandas?

Nur parpadeó cerrando los ojos y Eminé sonrió complacida.

—Iré a por vuestra comida, exigiré a los cocineros que preparen todo cuanto os apetezca mi sultana —dijo poniéndose en pie y marchando.

Al cerrarse la puerta con brío Nur se puso en pie de golpe, no estaba dispuesta a continuar con esta desgracia, solo ansiaba una cosa y ya no podía

tenerla, esa cosa era Zeheb, ansiaba verle, sus lágrimas reanudaron su camino resbalando por sus mejillas. Nur pensó que después de tanto llorar ya no le quedarían lágrimas pero estaba equivocada, su congoja era infinita, lo que hacía que sus ojos no cesaran en su tristeza. Se levantó del lecho y fue a por una caja que había resguardado hace mucho tiempo atrás; dentro del pequeño cofre había un pequeño envase de vidrio con un veneno mortífero. Lo había decidido tan pronto Eminé salió por esa puerta, ya no quería vivir, no así, no al lado de un monstruo como su hermano, ni mucho menos al costado de un viejo decrepito como el que el sultán le había encontrado como esposo. Zeheb había sido su brillo de esperanza y alegría, y todo, inclusive eso, se lo había quitado su hermano. Nur se vistió llevándose el frasco que ocultó entre sus ropas.

—¡Sultana!

—Elma.

—Mi sultana, está bien vuestra majestad, me alegro que haya salido de ese estado, debería estar descansando, la médica os ordenó reposo.

—Estoy cansada de estar allí, necesito resolver este asunto.

—¿A qué os referís majestad?

—Necesito saber quién es el responsable de todo esto.

Elma alteró el rictus haciendo un mohín con los labios.

—Pero vuestra majestad sabe, quién es el responsable.

—No me entendéis, quiero saber quién le traicionó, quiero saber cómo es que mi sultán tomó esta decisión y quiero saberlo hoy. Avisadles al secretario y a Alí que rodarán cabezas si esta misma tarde no tengo a los responsables. Convocad a la responsable del harén y a los guardias, alguien debe haber visto u oído algo. Quiero al mensajero de esta misiva y al verdugo de Zeheb frente a mí. Localizad a Amhet, él era su compañero, quizás él sepa algo que desconocemos.

La puerta se abrió de improviso.

—Sultana Nur, la sultana Ayse desea verla.

—Hacedla pasar de prisa... ¡Esperad! ¿Tenéis noticias de Amhet y Elma?

—Mucho me temo mi sultana que aún desconocemos su paradero.

—Entonces dejadnos solas a Ayse y a mí, pero no abandonéis vuestra misión, ¡Encontrad al traidor y traedlo ante mí! ¡Ambas, daos prisa!

—Sí mi sultana —sentenciaron Elma y Eminé haciendo una reverencia.

—¿Has averiguado algo Morat? —dijo Nur.

El cocinero y el encargado desconocen el paradero de Amhet...

El toque de los nudillos hizo que los guardias abriesen la puerta, la sultana se posó delante de ellos.

—¡Decidme ¿dónde está?! —espetó furiosa—. Pagaré mucho oro a quien me lo traiga, ¡Encontradlo y llevadlo junto a la plaza de armas!

Los dos guardias apostados en su puerta permanecieron en completo mutismo con la cabeza cabizbaja.

Amhet había decidido alejarse acongojado por la pérdida y los remordimientos de sus actos, desde la ejecución de su compañero sentía como una extraña forma y sombras se cernían en derredor y las pesadillas, aquella que había tenido por años desde que fue convertido en esclavo y que habían cesado desde ser reconvertido a jenízaro, renovaron con más fuerza y no le dejaban conciliar el sueño, lo que le tenía sumido en una situación de caos y desasosiego, ahora temía por su cruel destino, estaba seguro que Alá lo castigaría, se preguntaba incrédulo, ¿qué había ganado con todo aquello? Al final de la tarde rehízo el camino a casa por el mismo sendero que había marchado. Mientras rehacía el camino escuchó por todo el pueblo como se hablaba de la marcha del sultán y del numeroso ejército con las naves armadas y galeotas.

Todo en el palacio parecía ocurrir en pasmosa cotidianeidad y silencio. Nur se escabulló sigilosa burlando la guardia imperial y a sus doncellas, colándose por los túneles ocultos del palacio que daban justo en frente de su torre y de la plaza que había sido el último sitio en el que había estado Zeheb, para su sorpresa una sombra permanecía detenida frente al viejo árbol.

—¡Amhet! —dijo Nur sorprendida por su presencia.

El guardia que hasta eso entonces observaba ensimismado con la mirada perdida hacia la plaza vestido con su casaca bermeja volvió el rostro para observarla y miró en ambas direcciones notando como la guardia y sus

doncellas parecían haberse volatilizado en el aire, él no había oído sus pasos ni la había visto atravesar el sendero, ¿cómo era posible?, pero ella estaba allí, la persona a quien Amhet menos quería encontrar, desconocía los últimos eventos y la cacería que había iniciado para encontrarle.

—Mi sultana, perdonadme, no os había escuchado —dijo con ojos fugitivos haciéndole la reverencia acostumbrada. No se me permite estar cerca de usted sin la guardia, ni su escolta.

—Necesito hacerle unas preguntas, pero no aquí, sígame, conozco un lugar donde nadie podrá vernos. —La sultana miró de soslayo sobre sus hombros y lo condujo por el pasadizo que le llevaba a la torre, aquella que había sido su refugio por años, ascendió con prisas subiendo las escaleras, sabía que el tiempo era su peor enemigo, continuó ascendiendo mientras oía a lo lejos las voces y la fortaleza bullendo en derredor, se detuvo hasta llegar a la ventana de la torre en lo alto donde casi la visibilidad de ambos era imperceptible. Amhet no supo porque se había dejado guiar sorprendiéndose del camino oculto tras las rocas, pero estaba allí, detenido frente a ella, por primera vez pudo verla bien y se apercibió que era más hermosa de lo que recordaba. Zeheb tenía razón, aquella mujer poseía una belleza arrolladora de esa que hacían perder la cabeza a cualquier hombre. Pero no solo era su imagen lo que le descolocaba, por breves instantes creyó ver la imagen de Zeheb detenido tras de ella, hasta que ella, rompió el silencio—:

—No había caído en cuenta... De que vos sos la única persona que estaba junto a él, era vuestro compañero, sos el único que pudo percibir o descubrir algo más... Y sos el único que pudo traicionarlo.

—Mi sultana, nunca fue mi intención... Yo nunca quise que...

—Entonces lo reconoces, reconoces que sos el traidor.

Amhet dio un paso en frente amenazante, él era un hombre fuerte y alto, ella en comparación con él, era frágil y pequeña. Sus ojos almendrados la observaron, ella dio un paso atrás con los ojos desorbitados. Amhet no se lo pensó ni un segundo, no podía permitir que nadie lo supiese, los propios suyos, la tropa tomaría venganza por haberles traicionado, si no era que antes ella misma le hacía ejecutar aprovechándose de su condición de encargada del harén y del palacio hasta que volviese el sultán. Él aprovechó su sorpresa y el terror en sus ojos ante su imponente presencia y sin pensarlo dos veces la empujó a través de la ventana. El cuerpo de Nur se precipitó cayendo de prisa ante el brazo extendido de ella y la mirada de horror, todo fue rápido. El cuerpo colisionó con el duro suelo en un golpe seco. Ahmet detenido frente a

ventana observándola no podía creer lo que había sido capaz de hacer, comprendió enseguida que había sellado su destino y su única opción era huir, el remordimiento le había llevado de vuelta y la extrañez le había jugado una mala pasada quizás delatándose, se apresuró a descender y a tomar el mismo camino secreto que ella le había indicado, perdiéndose por los pasillo ocultos, en medio de la oscuridad de los túneles, no supo cuanto se desvió hasta que se encontró en una entrada y se escabulló hacia el exterior presa del pánico.

Los gritos se elevaron a lo lejos en una algarabía descomunal, las mujeres estaban aterrorizadas, los guardias estaban escépticos e iracundos, Amhet sabía lo que eso significaba.

Hicieron sonar la alarma elevando la voz de alerta y mandando a buscar a la médica lo más pronto posible, pero todo fue en vano. En pocos minutos y sumida con la vista perdida en medio de un charco de sangre, sin poder pronunciar palabras, Nur pereció antes de que los doctores llegaran. La carta de Zeheb y el frasco de veneno desviarían la atención de Amhet como artífice del crimen, pero eso él lo desconocía, su culpabilidad le había hecho salir huyendo aterrorizado, pensando que no tenía escapatoria. A la puesta del sol, en medio de un ambiente de caos e intrigas y miradas rehuidas que solo se arremolinaban en su cabeza, Amhet se encaminó hacia la ladera de la montaña con una soga entre las manos, había decidido terminar con aquello, la descolgó de una de las fuertes ramas y antes que el sol se ocultara del todo entre las montañas con las vistas a la Sierra Nevada, Amhet puso fin a su sufrimiento.

«Negro, vacío, oscuridad, sigo cayendo en una especie de pozo interminable, veo luz al final, está lejos, muy lejos... Siento como mis párpados pesan y mi cuerpo laxo es transportado, siento como si levitara sin remedio hacia el centro del caos. Luz y oscuridad. Muerte y Vida».

CAPÍTULO XI .

Ramsey, Isla de Mann, 2020.

El periódico universitario llegó con el alba el martes a primera hora como siempre. Niall estaba en el laboratorio cuando Séan entró con el periódico en sus manos y con una sonrisa marcada de oreja a oreja en su rostro, la foto de él junto a Brianna y el rector salía en primera plana del diario. Séan llegó silbando y dejó caer el diario sobre la mesa al costado de Niall y se dirigió hacia la nueva cafetera de nexpresso que reposaba en la esquina al lado del helecho. Niall deslizó la vista y tomó el periódico en sus manos. Allí estaba ella, enfundada en su hermoso vestido verde y en la foto se miraba perfectamente el extraño brazalete sobre los guantes de seda de color cobre. Niall soltó una imprecación al momento, Séan lo miró por encima del hombro extrañado mientras servía su café, en tanto Niall contrariado y nervioso sabía que si él podía reconocer a simple vista el brazalete vikingo con el estandarte de la casa los Ólafsson, cualquier que tuviese el diario en sus manos y con los conocimientos específicos también lo vería. Brianna por un simple acto público, sencillo y sin ninguna connotación teológica se había puesto al descubierto. Niall sabía que Úlfur no tardaría en saberlo. Era consciente de que existían grupos antiguos, ordenes secretas desde el principio de todo, ocultas pero más vivas que nunca entre las sombras, y que esas ordenes o sectas solo necesitaban una chispa, una razón para poner en marcha el mecanismo de engranaje de artillería a los que ellos denominaban “mantener el equilibrio”, aquellas organizaciones secretas no obedecían a mandatos ni autoridades judiciales presentes, aquellas ordenes se valían del poder de las influencias y el dinero para orquestarlo todo, moviendo los hilos como marioneta desde atrás y así conseguir salir impunes

sin implicaciones aparentes, ni pruebas. Aquellas logias y hermandades eran las más viejas y más poderosas de lo que la gente de calle solía imaginar. Habían surgido de entre la negrura de la noche, un grupo de encapuchados que se habían decidido a liderar y cambiar la rueda del destino a su favor al precio que fuera. Aquella orden estaba basada en otras viejas órdenes que se remontaban a siglos anteriores al siglo XII. Habían tomado como referencia algunos grimorios y ritos oscuros y habían emergido con un nuevo nombre siendo conjurados 6 de sus integrantes. Su objetivo era sencillo, hacerse con el poder del mundo a cualquier precio. Brianna sin saberlo se había puesto en el mapa, con solo usar la pulsera, ella se había colocado una diana en el pecho concediéndoles una brújula inequívoca para encontrarle. La organización creía que el antiguo brazalete vikingo se había perdido en el mar y ahora sabía que su dueña lo había vuelto a recuperar y que su aparición en esa gala llevaría a Jónsson a ella y pondría en riesgo todo el pacto, por lo que ya no sería fácil conservar el equilibrio, por lo que debían aunar fuerzas los unos con los otros como en el pasado, cuando habían decidido concatenar sus destinos por medio de un pacto de sangre indestructible e imperecedero... Pero la vida siempre se abría camino y era impredecible, por lo que al mismo tiempo que Niall sostenía el diario a kilómetros de distancia de allí se suscitaba aquella conferencia telefónica en la que se orquestaba otros lineamientos para acabar de una vez por todas con el eslabón débil de esta cadena de poder. Úlfur sabía de antemano que existía un individuo marcado en estos acontecimientos, odiaba reconocer que aquella grieta había venido de su linaje de sangre, porque un solo hecho había producido una fisura en aquel juego malévolo que arrasaría con pueblos, raíces y costumbres, con el único hecho del cumplir con el mandato de su líder costase lo que costase, para garantizar el control de tronas y el poder del que gozaban la orden hoy en día. En segundos supo que tendrían que volver al objetivo primigenio, uniendo nuevamente a esos seis hombres que habían enhebrado sus destinos condenando a generaciones para regresar cada vez más fuertes, más indestructibles, más taimados y con más ansias de poder.

Mientras el abanico de techo continuaba girando y los rayos de sol entraban colándose por la ventana en el despacho de Úlfur. El sonido del teléfono rojo oculto y privado comenzó a sonar de repente. El ruido y la vibración lo hicieron poner a su nieta Sunna en el piso, que echó a correr a los brazos de su madre que atravesaba el salón. Úlfur constriñó el rictus y se levantó abriendo las puertas de un viejo armario ubicado al costado de la

ventana desde donde se observaba la piscina y los enormes jardines y terrazas donde su nieta y su hija jugaban alrededor de la alberca en medio de los sirvientes y los perros labradores que corrían juguetones en medio de la pilastras y el techo de estilo gacebo laminado que les otorgaba sombra en los jardines. Úlfur tomó el teléfono alterando su rictus.

—¿Qué ocurre ahora? Pensé que habíamos dejado todo claro la última vez. Este teléfono es solo para emergencias reales.

—Esto es una emergencia real, créeme —sentenció Cédric. Recuerda las reliquias que estábamos buscando desde hace años.

—¿Qué hay con ellas?

—El cojo me ha llamado, el espía que metiste como estudiante TCD para tener a tu pariente vigilado. Me ha hecho llegar un diario, le he tomado una foto a la portada del mismo. Te garantizo que te interesa mirar esa foto que acabo de enviarte por whatsapp a tu otro número personal.

Úlfur bufó por lo bajo y se redirigió al cajón de la gaveta de su escritorio.

—¿Qué hay con la foto?

—Creo que debes mirarla. Ha llegado la hora de adelantar la reunión anual de este año.

Úlfur se levantó al momento y checó el teléfono, buscando la sección de las imágenes y para su sorpresa allí estaba, uno de los objetos que había buscado por años, el dragón de ojos rojos, el símbolo de su familia y una de las tres reliquias de la que hablaba la profecía. Miró con detenimiento la pieza y observó más detenidamente quien la llevaba, sin duda alguna esos ojos y ese pelo le recordaban a alguien de su pasado. Úlfur apretó los puños y golpeó la mesa de madera asestándole un fuerte golpe y soltando una imprecación. Tomó en sus manos el antiguo teléfono rojo de la orden. Cédric seguía aguardando al otro lado del auricular cuando Úlfur espetó colérico.

—La reunión será celebrada en tres semanas a partir de hoy donde siempre nos reunimos cada tres años.

—Corresponde a Venecia este año —apostilló Cédric.

—Exacto —respondió Úlfur. —Estar pendientes de mis noticias y comunicarles a los demás el cambio, ha llegado el momento de volver a emerger de entre las sombras.

Ahora Cédric sabía que deberían acabar con una de las partes del pacto, recuperar las tres piezas que podrían convertir su vida y la de otros en un infierno. Año tras año Úlfur Gunnarson, su jefe, había luchado por un sitio, por poder y el dominio de lo que movía al mundo: la religión, el dinero a

manos llenas, la política y cargos importantes. No vendría nadie, ni siquiera el sangre de su sangre a arrebatarle todo por cuanto había luchado y construido en siglos. Habían sido pacientes pero ahora había llegado el momento.

Cédric que había guardado el móvil activando el mecanismo de alarma de su coche mientras avanzaba alejándose hacia los estacionamientos del *Phoenix Park*, volvió a sacar el móvil y le marcó a Mael, que descolgó el teléfono desde Cornualles.

—Sí.

—Me alegro haberte encontrado en casa. Solo te informo que ha llegado la hora. Reuniremos lo mejor y asestaremos el golpe de gracia. Tengo nuevas instrucciones para nuestro espía en Dublín. Dile que se ponga en contacto conmigo y yo le daré directrices para llevar a cabo la siguiente parte de nuestro plan lo antes posible.

—Sí, aló, ¿hay alguien allí?

El eco del silencio se extendió por el auricular como un vacío, al otro lado no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. Brianna con el teléfono en mano lo sostenía haciendo un mohín con los labios y tamborileando los dedos sobre su escritorio impaciente desde su consultorio.

—La verdad no tengo tiempo para estos jueguecitos. Si no habla ahora mismo sea quién sea voy a colgar.

Del silencio emergió una voz grave casi cuando ella se apresuraba a cerrar el teléfono.

—¿Quiere saber quién es el verdadero Niall Jónsson, el afamado historiador...? Él no es quien usted cree, la ha engañado y mentido desde siempre, se ha aprovechado de su dolor y su ignorancia... Si tiene curiosidad por saber la verdad, encuéntreme a las 16h cerca del centro de visitantes en los acantilados de *Moher*, llevaré una parca verde y un vini azul, le aseguro que no se arrepentirá. No comparta esta información con otros y no confíe en nadie...

El sonido agudo del bip- bip- bip de la línea cortada le hizo darse cuenta que la llamada había culminado de forma abrupta e inesperada para ella sin apenas pronunciar palabras, quien sea que fuera que estaba al otro lado de la línea de teléfono sabía la relación profesional existente con Jónsson y ella.

Me dirigí a la costa oeste de Irlanda tomando uno de los dos carriles de la *M4* dirigiéndome de este a oeste. Una vez que crucé la parte central de Irlanda me topé con una especie de marañas de estrechas carreteras solitarias, había hecho este trayecto unas cuatro veces en toda mi vida pero esta vez extrañamente tenía los nervios a flor de piel mientras conducía los 286 kilómetros que separaban ambos destinos desde Dublín hacia *El Burren* en el condado de *Clare*, era cierto que era largo el camino de más de tres horas, me pregunté, ¿cuál era la razón real por la que había abandonado la tranquilidad del estanque negro en primera instancia para toparme con un desconocido? Niall, era esa razón, o quizás eran mis ganas de saber más de él al respecto, la verdadera razón por la que había cancelado todas mis citas del día y abordado el coche rumbo hacia la costa Atlántica esa mañana de miércoles para desvelar el enigma de su persona, me pregunté ¿por qué había acudido al llamado de un ignoto?, pero al escudriñar que era un lugar abierto y público y encima lleno de turistas me decanté por no quedarme con las dudas y desvelar el misterio... ¿Qué podía perder? El coche continuaba rodando por el asfalto, de la radio emergía la voz de la banda “*The Rag’n’Bone Man & Calvin Harris*” con su “*Giants*”, al tiempo que yo prestaba especial cuidado vigilando los laterales con el objetivo de que el coche no rozara las vallas de las granjas aledañas o casas del camino en mitad de la carretera.

El Centro de Visitantes de los acantilados de Moher se elevaba en el horizonte horas después. Aparqué no muy lejos. El viento azotaba con fuerza la superficie colosal de piedras agitando mis cabellos al estar orientados hacia el suroeste, las impresionantes paredes calizas estaban iluminadas por los rayos de sol regalando un espectáculo visual inigualable, mientras al oeste el astro lumínico comenzaba a caer hacia el lado del mar.

Abandoné la zona más cercana al Centro de Visitantes después de aguardar impaciente cuarenta y cinco minutos, caminé por el extremo izquierdo hasta adentrarme en los campos de hierba donde paseaba el ganado muy cerca del precipicio. Llegué al punto llamado *Hag's Head*, que se extendía a lo largo de ocho kilómetros cuando recordé lo que tantas veces me había dicho Bastian al oído cuando habíamos ido a allí otras veces, «el viento

es traicionero en los acantilados “*mon ange*”, casi siempre como un amigo cercano que se torna un enemigo». —Sonreí para mí recordando el día en el que el viento sopló de manera salvaje y me fui por ese lado recorriendo un buen trecho cerca del borde. Ese día debido al viento se había formado una laguna de agua cerca del campo... El agua provenía del mar, era un suceso extraño que había fascinado a Bastian que encontraba en la naturaleza y sus misterios lo más salvaje e increíble. Continúe caminando sintiéndome una insulsa otra vez, aferrando con fuerza mi chaqueta y rodeando mi cintura. Debía volver, ahora me daba cuenta que había sido una locura descabellada ir hasta allí y me reproché a mí misma la causa una vez más, era cierto que no había sabido nada de él desde nuestro cruce de palabras en mi consultorio, quizás era mejor que continué así.

Al ocazo a 286 kilómetros de allí, la imagen ágil y avezada de dos siluetas agazapadas una tras la otra, hicieron deslizar la cerradura de la puerta de la casa, detrás del ruido quejumbroso dándoles acceso a la residencia. Las miradas de ambos colisionaron detrás de una sonrisa lobuna. El comienzo de la penumbra era propicio para ocultar las intenciones en un barrio tranquilo y alejado del centro Dublín en donde los vecinos no miraban ni molestaban, es más desconocían quiénes vivían a su alrededor. La silueta de una mujer se desliza en marcha directa hacia el despacho de la casa, camina con firmeza, conoce por descontado el entorno, se adentra en aquella habitación que asemeja un santuario de libros con aquel gran escritorio de cedro y aquellos diminutos cajones con tiradores de hierro labrado antiguos, mientras al otro lado de la casa la otra silueta, la de un hombre que cojea atraviesa el salón dejando las huellas de las botas húmedas sobre el piso de parquet y sobre la alfombra a causa de la lluvia que cayó horas antes.

Brianna conduce de vuelta el trayecto de tres horas y medias detrás del parabrisas de su coche que oscila incesante barriendo la lluvia que cae expulsándola de un lado a otro, en la radio suena Bon Jovi con su tema “*I want you*”, mientras ella aferrada al volante canta con la vista fija al frente de su tucson gris que continúa atravesando el camino en dirección a Dublín. Horas más tarde Brianna desciende del coche tras el sonido de la alarma que bloquea los seguros ante el titilante brillo de los faros apagándose, atraviesa la calle mirando a las dos bandas antes de cruzar la vía y acelera el paso hasta llegar al recibidor del bloque de edificios, inserta la llave en el paño de la

puerta y se abre paso hacia su apartamento. Al entrar en el rellano y ascender hasta el tercer piso un pequeño haz de luz perpendicular proveniente de la luz del pasillo ilumina la entrada del hasta ahora umbrío corredor, un brisa helada le recorre el cuerpo erizándola cuando ella baja la mirada al suelo e ingresa al apartamento encendiendo la lumbre y pudiendo observar el rastro de pisadas húmedas que se pierden en el interior de su hogar. Ella supo al momento que la puerta cedió deslizándose que alguien había entrado en su apartamento. No se asustó ni un poco, caminó despacio por el pasillo que la conducía a las otras tres habitaciones encendiendo las luces al andar y deslizó con un tacto sutil la puerta del despacho que había compartido con Bastian que se abrió de par en par, la visión que encontró dentro del despacho logró perturbarla; los cuadros habían sido movidos y descolgados como quien busca una caja fuerte que en efecto habían encontrado y ahora lucía vacía y abierta al igual que las gavetas del escritorio que habían sido profanadas y cerradas de mala manera, una de ellas se había trabado dejando a la vista un trozo de papel arrugado que sobresalía por la esquina inferior, quizás por descuido o por las prisas de marchar, la mampara de la lámpara sobre el escritorio estaba torcida y a punto de caerse al borde del escritorio. Brianna en ese momento no entendía, ¿qué podría tener ella de valor o quién era el artífice de semejante impropio? Abandonó el despacho para dirigirse a su habitación que era todo un caos entre el laberinto de sábanas, colchas, mantas y almohadones que se encontraban dispersos por doquier al igual que algunas de las cajas de cartón con tapas que ella almacenaba en la parte de arriba resguardando objetos varios importante. Lo cierto era que quien quiera que fuera buscaba algo, pero ¿qué?, esa era la pregunta del millón, los cofres sobre su cómoda y la ropa dentro del armario lucían desordenados. Brianna esgrimió un mohín mientras dejaba su bolso y las llaves del coche sobre la cama, se encontraba frustrada por haber caído en tamaña trampa alejándose de su hogar. Por primera vez pensó que el objetivo primario era alejarla de allí y ella tontamente por suposiciones infundadas e ilusamente había caído en el juego adentrándose en esta aventura de viaje para quedarse parada en medio de la casi nada al borde del acantilado. Se reprochó a ella misma haber sido tan ingenua como para creer que el sujeto desconocido podría resolver el barullo en que se había convertido su vida con la aparición del historiador y el enigma del mapa. Oteó en derredor sentándose sobre la cama deshecha y fue cuando recordó algo importante que había dejado pasar por alto... Esta no era la primera vez que algo semejante le ocurría, ella ya había vivido una

situación similar a miles de millas de distancia desde que había emprendido este periplo sin retorno en búsqueda de la verdad, recordó entonces su experiencia en España, con los oficiales y la poca colaboración que había recibido por el cuerpo judicial y la forma tan rápida como habían sido sellados los expediente del incidente de robo en el hotel. En pocos segundos llegó a la conclusión de que una segunda vez no podía ser casualidad, pero, ¿qué estaban buscando o quién estaba tras sus pasos? aquellas interrogantes se agolpaban en su cabeza sin explicación aparente, ella volvió a rehacer sus pasos poniéndose en pie hasta llegar al recibidor del salón, inspiró profundo, pensó en llamar a la policía sacándose el móvil de la chaqueta y oprimiendo los dos primeros dígitos, pero pronto recordó la imagen que la jefatura tenía de ella tras la desaparición de Bastian y el estado en que se había mostrado la última vez en la comandancia, recordó que la habían tachado de loca en toda la investigación hasta que la muerte de su esposo salió a la luz aclarándolo todo y resumiéndolo en tragedia, ella misma había sido un desastre casi medio año después de aquel suceso y el deceso, por lo que desistió rápidamente de esa opción, y fue justo allí entre cavilaciones profundas y estratagemas de conspiraciones cuando recordó analizando los hechos que era lo único que ella tenía en posesión que unía a los dos incidentes... “el brazalete con las cabeza de dragones” —dijo en voz alta—, apresurando el paso y rebuscando en el cofre que tenía dentro de la gaveta para percatarse de que este había desaparecido. Ahora Brianna se encontraba más desconcertada que nunca, ¿por qué alguien querría robar una baratija de un mercadillo que simulaba ser antigua ?, algo sin valor aparente que ella había optado por conservar solo por el valor sentimental que acarreaba, era el último objeto que había tenido su marido entre las manos —pensaba ella—, y solo por ese simple hecho era lo único que Brianna había querido conservar; el brazalete le recordaba a él y de una manera u otra forma, atribuyó este hecho a la atracción fuerte e inefable por la aquella pieza desde el momento uno que la tuvo entre sus manos cuando la pieza de joyería la cautivó con sus formas y su brillo. Resoplando e indignada lamentaba el robo del efectivo de la caja fuerte, pero aún más lamentaba la desaparición de aquel extraño brazalete, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta principal percatándose de que la puerta parecía no haber sido forzada, el que había estado allí parecía que conocía muy bien la disposición de la casa ya que solo había revuelto dos habitaciones, el despacho y el dormitorio personal, porque lo que sea que buscara lo había hallado allí sin tener la necesidad de seguir rebuscando. La

existencia del mapa lo conocían pocas personas y en efecto el mapa no estaba en Dublín, su instinto le había dicho que lo dejase lejos y resguardado del mundo y así lo había hecho.

Niall salió de *The Winding Stairs* sonriendo con Hamish después de haber degustado su exquisito carpaccio de buey angus de *Kilkenny con queso azul de kearny* y espárragos mientras Hamish degustaba su magnífica *chowder* acompañado de un buen par de cervezas *Guinness*, su encuentro había sido corto aunque maravilloso. Hamish se iría a primera hora del día siguiente rumbo a Edimburgo. Ambos se pusieron en pie arrebujiándose las cazadoras para aprisionar el calor corporal antes de salir a la intemperie atravesando el puente half penny haciendo un último recorrido por el *Temple Street* antes de abordar un Uber y marchar. El automóvil verde utilitario se detuvo en la acera de enfrente del bloque de edificio del historiador. Niall descendió y cruzó la avenida mirando por encima del hombro en ambas direcciones. Un coche negro y largo permanecía detenido en frente a la puerta del bloque de edificios antiguos y justo cuando él pasó a su costado uno de los vidrios de las ventanas del coche con vidrios ahumados descendió de manera mecánica haciéndole medio girar el rostro. Dentro del coche había un hombre vestido todo de negro y Niall alcanzó a ver la imagen de otro hombre que se mantenía resguardado detrás del juego de sombras de las farolas de la acera de enfrente. Niall apremió el paso buscando las llaves dentro de su cazadora cuando la puerta del coche se abrió y del vehículo descendió una figura misteriosa que se erigió de repente intimidante, el silencio quedó roto al momento en el que Úlfur se mostró ante Niall, vestía un traje negro con sombrero de copa que ocultaba sus facciones.

—Nuestros caminos vuelven a juntarse querido Niall. He abandonado mis tierras y mi fortaleza para agradecerte en persona, gracias por encontrarla por mí... Sabía que lo harías, tienes ese don y resulta cómico ver como ese mismo don es tu bendición y tu desgracia.

—No te atrevas a tocarla Úlfur —espetó Niall apretando los dientes y los puños. Los ojos del extraño centellearon y este reprimió una carcajada mientras el semblante del historiador se mostraba torvo.

—La orden ya se está encargando de ese cometido. Ya sabes lo que ocurre, te he dejado seguir en esta cruzada imposible mucho tiempo, tan solo porque hasta hace poco nada peligraba, pero todo ha cambiado, recuerdo muy bien la profecía. La hermandad seguirá su cauce, pero tú y yo sabemos que

ella lo cambia todo como siempre, ella me pertenece, ese fue su destino y mientras esté a mi lado no le pasará nada, pero si no es así...

—No tienes ningún derecho a meterte en su vida. Ella siempre ha sido libre para elegir sin presiones, yo no la he obligado a nada, ni la he buscado esta vez.

—¿Crees qué eso me importa Niall?, sino es mía, no será de nadie. Ella y yo tenemos cuentas pendientes y créeme que no estoy interesado en una *banshee*, por mi inocente que aparente ahora ser. Estoy aquí para hacer valer el pacto y garantizar la continuidad y el estatus de la orden, no voy a perder todo lo que he logrado por años por una mujer.

—Si tan solo me aceptara y no hubiese cometido esa estupidez se acabaría la lucha perenne entre nosotros. Esta pugna por sobrevivir y demostrar quién de los dos es mejor. Todo esto es culpa tuya. Tú te metiste donde nadie te llamó.

—Esa respuesta ya la sabes por descontado primo. Siempre supe que eras un doble cara, desde pequeños sentí por ti una animadversión inefable que no podía explicar hasta que fui consciente de mi pasado.

—Padre siempre me prefirió, es con eso con lo que no pudiste vivir primo hermano —le inquirió Úlfur mofándose.

—Esto solo es una advertencia, no digas que no te lo dije... Tic, tac querido primo, tic tac.

Úlfur se desvaneció dentro de su coche al igual que la imagen de su sabueso por la vereda de enfrente en medio de la noche instantes después de que el coche rodara cuesta abajo por la Avenida.

—¡Demonios! El tiempo se acaba, no hay tiempo para sutilezas, debo encontrarla y prevenirla antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO XII .

Dublín, 2020.

Al día siguiente me levanté consternada y adolorida. El sol salía como cada amanecer, la vida seguía su paso y yo debía hacerle frente como la luz de cada día que emergía desde el centro destronando la oscuridad, mostrando a su paso una faz distinta. Traté de estirarme y volver a recuperar la movilidad de mis extremidades, no recordaba cómo había acabado allí en el sofá de la sala de estar, solo sabía que mi último pensamiento había sido alejarme y correr, pero a dónde, llamar a Paula a las tantas de la noche o a Jules no iba con mi proceder, necesitaba resolver mis problemas por mí misma. Había estado pensando después de los sucesos de ayer dejar este piso antiguo en el que Bastian y yo habíamos compartido tanto, y quizás volver a la casa de mi infancia aquella en donde los caballos y el bestiar acampaban a sus anchas. Era cierto que al paso del tiempo y tras la muerte de mis padres había decidido hacer reformas y transformar el gran terreno del granero en una casa funcional con multitud de recámaras en donde los futuros inquilinos le dieran una nueva vida a aquel lugar especial para mí del cual no había podido separarme ni queriendo, no estaba muy lejos de aquí, pensé que quizás esa era la razón por la que el Phoenix Park me seducía y por la cual acudía como cada día para practicar footing. El Phoenix Park era parte de ese recuerdo en donde entre risas y el contacto con la naturaleza me renovaba y mantenía el vínculo con mi pasado. Un maullido lastimero a lo lejos me hizo volver el rostro.

—¡Oh, por Dios, Félin! ¿Cómo era posible que le hubiese olvidado anoche?. —Me levanté de un salto buscándole con la mirada, pasar la noche sobre el sofá había conseguido estropearme la espalda, pero simplemente era incapaz de dormir allí donde habían irrumpido y vulnerado mi privacidad.

Busqué desesperada por debajo de las mesas, su quejido lastimero me mostró el camino hacia su escondite. A la luz del nuevo día mientras los rayos de sol se colaban en el piso pude percatarme de cosas que había dejado pasar por alto aquella noche. Había sangre en los sillones y en algunas de las paredes, mi mente comenzó a montarse su propia película, era como si hubiese habido un enfrentamiento en la casa...

—¡Félin! —grité desesperada deslizando la mirada detrás de los muebles y por el pasillo hasta llegar a la cocina y allí le encontré al costado de su trona herido y gimiendo.

—Cariño, lo siento —dije acariciándolo. Fue cuando fui consciente de que él había defendido la casa, se había arriesgado y lanzado contra el intruso, le habían herido porque había sangre y quien quiera que fuera, lo había lastimado aposta. Corrí por el corredor atravesando los pasillos como una loca con el corazón bombeándome a mil, me calcé las tenis, el pantalón de *footing*, la camiseta y la sudadera y tomé mi bolso y las llaves del coche, coloqué a Félin con sumo cuidado en su trona de descanso con el corazón partido y salí pitando rumbo a la veterinaria.

Horas más tardes regresé al piso, Félin se había quedado en el hospital veterinario, le habían atendido los cortes y las heridas. Estaba enfadada e indignada y este solo hecho fue el que me hizo tomar la decisión, le marqué a la policía aún en contra de mis primeros instintos, tenía que encontrar al causante de este delito y pagaría por su iniquidad. Luego de despachar a los agentes y relatar no una, sino tres veces los eventos según habían acaecido, la policía marchó dejándome su número y yo le marqué a Enya. Había estado tratando de localizarla toda la mañana desde que había despertado, pero ella parecía haberse evaporado con la luz del nuevo día, su teléfono en principio no sonaba y luego de regresar del veterinario la línea había sido cortada, me encontré preguntándome, ¿cuál sería la causa o la justificación? Ella era una joven sumamente responsable que no había faltado jamás desde el primer día en la que había aceptado hacer las funciones de mi asistente personal. Consulté mi agenda y vi que justo para el día de hoy tenía tres citas que no podía aplazar por lo que me enfundé unos pantalones de cuadros negros y un suéter cuello alto camel y me dirigí a la oficina. De un momento a otro me encontré en mi silla junto a Reilley Dunne, un paciente que trataba desde hace más de un tres meses por depresión *sico- somática*.

—Reilley, ¿cómo llevas el insomnio?, ¿te están sirviendo los fármacos que te receté?

—Duermo todo el día casi doctora, estoy aletargado y me paso en cama la mayoría del tiempo lo que no me ayuda a conseguir un trabajo, demasiado tiempo libre me hace recordar y pensar más en Adife. Perder las dos cosas que eran la piedra angular de mi vida ha resultado devastador. Es cierto que la idea de dejar de ser un estorbo para los demás y más para mis padres ha ido disminuyendo, pero eso se debe a que paso la mayor parte de mi vida durmiendo. Solo llevo unas siete horas despierto al día, la cual cosa me sigue haciendo sentir miserable. Ingreso en las redes y veo a la gente de mi antiguo trabajo haciendo sus vidas y progresando y yo... Yo simplemente no es que esté estancado, sino acabado.

—Y, ¿cómo llevas lo de Adife, aún sigues llamándole?

—La verdad es que ella me tiene una orden de alejamiento doctora O'Connor. Cada vez que me veo tentado a hacerlo recuerdo la forma como me hizo sentir las últimas veces, y entonces intento ser fuerte y desistir. Pero creo que debo de alguna forma retomar mi vida. No puedo permanecer más tiempo así.

—Eso es un gran paso Reilley. Estoy muy contenta de que hayas tomado esa decisión, ahora necesitas que todo tu entorno cercano te apoye. Yo te apoyo, tomaremos notas de aquello que me hablas del medicamento a ver si podemos cambiarlo, quizás por una dosis distinta y otro fármaco diferente, para empezar a probar. No es muy normal que los fármacos te adormezcan tantas horas. Creo que si probamos unas dos semanas y notamos mejorías podría remitirte a una terapia de tipo grupal. Creo que sería un poco interesante y antes de que te niegues en banda te diré que ya sé que lo probamos en una ocasión pero, la verdad es que este último mes has ido dando cambios positivos de a poco y creo que es lo mejor para ti, te permitirá ver que no eres el único que pasa por situaciones similares y contrastar sus experiencias te harán sentir mejor al respecto. Necesito que vayas a casa y me hagas una lista de las metas a corto plazo que deseas lograr. Necesito me enlistes tus sueños y tus aspiraciones más profundas. Yo voy a redactar en este instante el cambio del nuevo medicamento, tomarás un poco de quetidin y fluoxetina en dosis controladas. Y nos volveremos a ver la semana siguiente a la misma hora, ¿está bien Reilley?

—Sí la verdad es que sí. Cada vez que vengo tengo un subidón de

alegría. Desearía poder conservarlo.

—Eso trataremos de hacer Reilley. Te acompaño —dijo Brianna poniéndose en pie.

—Su asistente nueva no estaba cuando llegué.

—Sí es cierto, pero no te preocupes, ya esta próxima en volver la señora Sinead.

—Eso está muy bien, ¿Cómo sigue ella de la operación?

—Ya casi recuperada del todo, pero le dije que se tomara unas semanas más, queremos que vuelva a estar con nosotros más fuerte que nunca y para eso necesita un descanso de unos días más. Pero cuando vuelvas para tu próxima cita te aseguro que estará allí con esa condenada sonrisa tan característica que tiene y aquel carisma que tanto nos gusta a todos. Me apuntaré tu cita en seis días a la misma hora. Nos vemos Reilley.

Reilley salió por esa puerta y volví al despacho a recoger mi bolso no sin antes llamar al veterinario que me informó que dejáramos a Félin dos días más para monitorizar sus avances en cuanto a la toma de fármacos y la sanación de sus heridas, el corte transversal había sido profundo pero no había dañado ningún músculo por lo que Félin volvería a caminar. Respiré aliviada al recibir esa noticia, solo quería marchar a casa, intenté una última vez ponerme en contacto con Enya pero el número seguía desconectado, pensé en llamar a Paula pero la verdad no quería preocuparla por el allanamiento de morada en mi casa, así que recogí mis cosas y me dispuse a marchar, bajé las escaleras de mi despacho y al dar la calle y salir por la puerta me detuve. Niall estaba reclinado junto a mi coche diagonal a la acera de enfrente, me miró a los ojos de una manera que hizo que mi pulso se incrementara y no fui capaz de sostenerle la mirada por mucho tiempo, de hecho todo aquel cúmulo de emociones que habían estado embotadas se dispararon otra vez como cohetes, sentí ganas de huir pero me era imposible, el bloqueaba con su porte y su cuerpo mi vehículo, así que no tuve más escapatoria que enfrentarle. Cuando él me vio detenida en la acera de enfrente avanzó con pasos largos girando la cabeza a dos bandas aproximándose hacia mi dirección, respiré hondo y di dos pasos y desactivé la alarma del coche, y al verlo casi a dos pasos de mí decidí echarle candado a aquella sensación que me atribulaba las tripas y cerré todo ese mar de emociones contradictorias que amenazaban con desbordarse de un momento

a otro.

—Brianna.

—Niall ¿qué haces aquí, acaso estás siguiéndome? Creo que fui lo bastante clara contigo la última vez.

—Brianna necesito hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos, mantente lejos de mí, en serio, es lo mejor —dijo dando dos pasos sobrepasándole. Él dio dos zancadas y me alcanzó sosteniéndome del brazo, obligándome a girarme y mirarle directo a los ojos.

—Tú no lo entiendes, esto es más grande que nosotros, deja de comportarte como una jovencita y escúchame.

—No vuelva a hablarme de este modo, nadie va a decirme qué hacer, esto no lo voy a tolerar doctor Jónsson.

—Tu vida corre un gran peligro, hay personas muy malas detrás de tus pasos desde hace mucho...

—¿Acaso fuiste tú el que entró a mi casa entonces? —dijo Brianna encarándolo acibillándole con la mirada.

—¿De qué hablas?

—De qué más... Del robo, del destrozo de mi apartamento y del gato.

—Entonces ya han hecho contacto —él hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo alborotado y le lanzó una mirada de reproche a ella.

—En serio me crees capaz de todo eso —dijo resoplando apesadumbrado y apretando los labios volviendo a detenerla tomándole de un brazo. Ella dio un paso atrás poniéndose en guardia levantando las manos a la defensiva e intentando torearle, pasando a su lado y dejándole atrás sin tocarse, Brianna en una mano llevaba las llaves del coche de la cual hace escasos minutos había activado la alarma y en la otra llevaba un maletín pequeño de trabajo. Él la tomó del brazo y la obligó a girarse mientras ella lo fulminaba con la mirada.

—¡Suéltame!, está bien hablaremos, pero será en otra ocasión, me urge irme a casa. He tenido un día duro y ahora no tengo tiempo para esto.

—No entiendes nada, he venido a prevenirte de ellos —dijo tomándola de los brazos. Esto nada tiene que ver con nosotros, respeto tu pensar, pero estos tipos son peligrosos realmente, han orquestado todo tipo de actos criminales dijo sosteniéndole los hombros.

—¡Déjame en paz! —espetó ella furiosa al momento que el coche estalló por los aires y él se abalanzó sobre ella para protegerla. La vía estaba extrañamente poco transitada, nueve metros les separaba de la explosión del coche, la onda expansiva les había barrido, el humo y el fuego se extendían por los aires mientras las alarmas de los coches colindantes estallaban sin control, las esquirlas de vidrio, el humo y la proyección de partículas y gas la había dejado todo sumido en un caos, ella solo oía un pitido agudo y veía la densa nube negra que se extendía sobre su cabeza. Brianna estaba aterrorizada cuando logró ver su coche por encima del hombro de él destruido; trató de reincorporarse pero el peso del cuerpo de él se lo impedía, ella se encontró en segundos, nerviosa y sudorosa mientras el cuerpo de Niall continuaba laxo sobre ella.

—¡Niall! —farfulló ella azorada.

—¡NIALL! Por favor, respóndeme.

El sonido de las alarmas de los coches y las llamas colindantes se extendían más allá, alcanzando las ondeantes llamas las ramas de los árboles, a los lejos se oía el devenir del ruido de las sirenas que se aproximaban, una multitud de curiosos se aglomeraban en las aceras y en derredor de ellos. Poco a poco la gente que transitaba y caminaba se detuvo observando la escena mientras ella solo veía rostros parlanchines sin sonido, no podía hacer nada; con el estruendo del rumor y la explosión le habían dejado una especie de eco agudo y molesto, un pitido que no se acababa y que aún resonaba fuerte en sus oídos, ella levantó el rostro por segundos y vio a los transeúntes observarles y notó el movimiento articulado de su bocas y por primera vez se dio cuenta de que no oía nada. Los rostros permanecían fruncidos, un hombre se le acercó y le tocó el hombro para ayudarla mientras ella en su desesperación continuaba gritando y agitando el cuerpo de doctor Jónsson sin recibir respuestas. El sonido de la sirena de la ambulancia apareció en escena con los paramédicos bajando del vehículo y apartándola de él para poder atenderle. Ella se puso en pie y observó como los dos hombres saltaban del vehículo con camillas y los equipos de primeros auxilios. Brianna giró el rostro horrorizada por la sangre, el sudor y el ardor momentáneo llevándose las manos como acto reflejo a la cabeza y girando en derredor mientras a Niall lo subían inconsciente en la camilla entre dos paramédicos que se dirigían prestos a la ambulancia. Una mujer mayor se le acercó sigilosa y le tocó el hombro preguntándole—:

—¿Está usted bien?

La mujer gritaba para hacerse oír, pero Brianna no alcanzaba a oír nada de nada, en esos instantes todo era un caos y su cabeza no le permitía pensar con claridad mientras una ligera línea de sangre se deslizaba desde su oído y avanzaba por su nuca manchando sus ropas, el rostro ceniciento de ella y pegajoso y su rictus alterado era indescriptible. Uno de los paramédicos se acercó a ella para conducirla a la ambulancia. La calle estaba llena de curiosos y rostros distantes entre la multitud. Su maletín, las llaves y el trozo de tacón que se rompió cuando él se abalanzó sobre ella, estaba disperso por doquier. Ella cojeaba caminando con el resto del zapato restante, uno más abajo que otro; cortada, asustada y magullada por los adoquines rústicos del suelo y las esquirlas de vidrios que saltaron por los aires, ella se dejó guiar hasta la ambulancia mientras la policía comenzaba a acordonar el área del accidente, eso le hizo darse cuenta de que había estado a punto de morir y de que estaba sorda mientras continuaba viendo pasar todo a cámara lenta ante sus ojos. Ahora Brianna se encontraba temerosa de todos, sumida en estado de shock.

A lo lejos se erigió la imagen de una sombra entre el gentío mientras los pasos acelerados se perdían por el arcén alejándose del incidente. El joven de mirada oscura sacó el teléfono y respondió al timbrado. La voz del otro lado del auricular le reprendió.

—Me he enterado de todo. Voy a pensar que tengo que mandar a alguien a limpiar tu desastre. Eres un inepto y un necio. No te dije que mataras a mi primo hermano, sino a esa mujer. Ve al hospital y asegúrate de que no muera esta vez. Ya trataré de resolver el otro asunto pendiente con mi arma secreta.

Horas después en el hospital un médico de urgencias, joven y de rostro jovial revisaba a Brianna con su linterna, su estetoscopio y su lupa, anotándolo todo en una pequeña libreta e escribiendo meditabundo con un piloto y con letras de bloque sobre una pizarra blanca lo que acontecía con su estado de salud. El médico volteó la pizarra mientras Brianna leía con ojos fugitivos las letras, su rostro estaba lleno de cortes y la herida de la frente había sido previamente limpiada y suturada, al igual que habían sido atendidos los cortes de las rodillas y los brazos que presentaban ahora una pequeña bandita con un medicamento relajante para el dolor. La pizarra decía: “Usted *no tiene daños en los órganos internos según las placas, solo*

tiene unas leves magulladuras y cortes no tan superficiales. Lo que ha sufrido mucho es el oído por causa de la explosión, tendremos que hacer otras pruebas para determinar el alcance del daño y si será permanente. Recemos para que no haya llegado al oído interno y su recuperación del sentido de la audición sea en corto tiempo”. — Brianna miró al doctor con su bata blanca y su uniforme verde con los cabellos más negros que había visto y aquellas cejas pobladas con la barba tupida que le cubría el mentón y casi escondía sus labios. Ella aún estaba nerviosa y miraba por encima del hombro en busca de algún rostro extraño con mirada oscura y sonrisa mordaz. De un momento a otro y sentada aún sobre la camilla del hospital ella le quitó de las manos la pizarra y escribió presurosa.

—¿Cómo está él?, ¿está vivo? —preguntó mientras se le velaban los ojos con lágrimas. Miró al médico y continuó escribiendo.

—Dígame que lo está por favor. Escribió antes de abandonar la pizarra y taparse la boca, en instantes sus ojos parecían haber perdido ese brillo y se movían inquietos como una pelota de tenis de un lado a otro de la cancha. El médico tomó la pizarra y escribió.

—No puedo comentarle el estado del paciente, lo siento es la política del hospital, solo puedo informar a familiares cercanos. Pero le puedo decir que está vivo.

Brianna le arrebató de las manos la pizarra y escribió.

—Se lo suplico, él está así por mi culpa. Necesito saber su estado. Necesito saber si está bien, si va a salvarse y si volverá a ser el mismo.

El médico la observó sumida en la desesperación y perdida en la vorágine de los acontecimientos. Volvió a tomar la pizarra resoplando y escribiendo al fin.

—¿Usted es su pareja?

Ella le devolvió la mirada al momento, cómo no se le había ocurrido antes decirle algo así, eso hubiese reducido todo y hubiese hecho las cosas más fáciles y le permitiría estar cerca y acceder a él mientras lo mantuvieran allí en observación. Su corazón le dio un brinco inusitado y sin dudarlo por más tiempo y aún a sabiendas de que no era real emitió un breve gemido mientras trataba de contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos y movía la cabeza en afirmación. El doctor volvió a escribir.

—En ese caso... —le dijo sonriente prosiguiendo.

—Su estado es crítico, aún no ha recobrado el conocimiento, aunque le hemos hecho placas y estudios, en teoría se ve bien casi como usted, pero las placas han mostrado daños internos que no me atrevería aventurar un diagnóstico certero hasta que el paciente recobrara el conocimiento. El paciente presenta cortes y una incisión en la cabeza, no sabemos cómo se la hizo pero la hemos suturado y limpiado al igual que sus otras laceraciones externas. No podemos determinar nada más hasta que despierte. Él permanecerá en vigilancia unos días o el tiempo que requiera. —El médico dio media vuelta y la dejó sentada en la cama meditabunda.

Brianna con la bata blanca de puntillos negros y el apósito en su brazo se deslizó en la cama para ponerse en pie. Observó por la ventana la oscuridad y supo que era de noche, se bajó de la cama y con la ayuda del brazo tiró de la barra metálica a su costado izquierdo, estaba decidida en ir a ver a Niall. Ahora era consciente de que él tenía razón y que él había arriesgado su vida para protegerla, pero ¿de quién?, esa era la interrogante. Se coló por el pasillo rectangular percatándose de que la enfermera seguía detrás de su escritorio mientras parecía escribir un informe, se movía de un lado a otro absorta abriendo una gaveta y anotando pendientes. Bree tiró de la barra y cojeando caminó a través del pasillo angosto de la sala de urgencias tratando de no hacer ruido. Sabía que tenía que verle, debía hacerlo, antes que le subieran a otro piso en dónde le sería imposible llegar a él ya que el acceso sería restringido. Caminó unos cuantos metros atravesando el control y burlando al personal de seguridad, caminó unos metros más, deslizando la mirada a través de las cortinas hasta que logró verle. Niall permanecía inmóvil y lleno de cables conectado a una máquina respiratoria, tenía los brazos vendados y las piernas entablilladas, y en la cabeza tenía una venda que le cubría el pelo. Ella ahogó un gemido al verle tapándose la boca y tiro aún más de la barra para acercarse más a él. Niall seguía igual de guapo y varonil a pesar de los cortes y los cables aunque más pálido y con los labios medio morados, ella reprimió un segundo quejido y se culpó a ella misma por no haberle escuchado en su tozudez. Ella era ahora consciente de que él quizás no pudiese oírla pero se acercó a su camilla y le tocó el rostro donde la incipiente barba comenzaba a crecer.

—Niall, por lo que más quieras, tienes que salir de esta, ¿me escuchas?
—farfulló sollozante.

—No voy a perdonármelo sino lo consigues. Sé que no entenderás nada de lo que digo, pero te he visto en sueños aún antes de conocerte, y eso es algo que no tiene explicación alguna, con todo lo que ha sucedido, ahora estoy segura de que no es sugestión causada por la terapia y esto me aterra, sé que eras tú, pero parecías otro hombre con alma indomable tan distinto. Ahora sé porqué tu rostro me sonaba tan familiar y aunque aún no tenga todas las respuestas confío en ti, me escuchas... Confío y te prometo que si sales de esta mantendré la mente abierta, te lo juro, pero tienes que levantarte de aquí... Yo no puedo perderte, no puedo volver a pasar por esto otra vez, te lo contaré todo, te diré todo lo que sé pero, por lo que más quieras no me dejes en esta incertidumbre, no me abandones... Te necesito ¿me oyes?, te necesito Niall Jónsson quién quiera que seas, más de lo que estoy dispuesta a admitir.

La enfermera del hospital apareció de repente con la dosis de medicación tras deslizar la cortina sorprendiéndose, hallando a Brianna al costado del paciente besando su frente en un movimiento raudo y veloz.

—¿Qué hace usted aquí?, no puede estar aquí, tiene que volver a su cama y a su habitación.

Brianna no oyó nada pero le vio el rostro fruncido y los ademanes de su boca. Dio media vuelta mirándole por última vez de soslayo, quería desesperadamente estar a su lado y quería ver esa sonrisa aunque no volviera a verla nunca más, quería atesorar el recuerdo fresco de las facciones del hombre que le había salvado la vida poniendo la suya propia en peligro, ella avanzó lento tirando otra vez de la barra metálica anidada a su brazo mirando a la enfermera revisar las carpetas y dirigirse a la barra que contenía la bolsa plástica casi chafada con el suero conectada por los cables al brazo de Niall. Brianna volvió el rostro alejándose con la imagen de la enfermera revisando el conteo de gotas, atravesó el pasillo otra vez desesperanzada y acongojada rememorando lo que alguna vez el doctor Antoine le había dicho en su consultorio. Quizás y solo quizás... no fuesen solo dos extraños, quizás era cierto que ya se conocieran y Niall formara parte de su pasado inmediato .

CAPÍTULO XIII .

El alta llegó el día siguiente. Brianna abandonó el hospital justo cuando un hombre alto de facciones adustas y mirada oscura se encontraba en el pasillo delante donde apenas la noche anterior había visto el cuerpo magullado y herido de Niall, volvió el rostro cuando Paula atravesó el área de la enfermería para mirar mejor aquel rostro desconocido, pensó que quizás Niall no estaba tan solo, puede que quizás aquel hombre fuese un familiar lejano, y se extrañó de no haber visto a su lado a Fiona Walsh, fuese cual fuese la relación que mantuviesen Fiona y él, ellos eran cercanos de eso ella estaba segura, aunque tampoco había visto a Séan, su inseparable camarada y colega al borde de su cama. Sonrió melancólica alterando su rictus, se alegraba aunque sea un poco que él no estuviese completamente solo en el mundo, a fin de cuentas, él era un buen hombre.

Ese mismo día, a las 15:00h, Niall Jónsson abrió los ojos por primera vez en 24 horas.

Habían pasado tres meses desde que Brianna abandonó el hospital cuando el timbre de su apartamento la sorprendió asustándola y ella se levantó del sofá como un resorte mientras se despedía de Jules sonriente instándole a colgar que preocupado la llamaba cada tres días. Brianna se dirigió hacia el intercomunicador de la calle para atender la puerta y lo presionó intrigada, no esperaba visitas. Enya había desaparecido dejando una carta intrigante y escueta justo aquel lunes antes del accidente la cual ella encontró días después en el fondo de su buzón de correo con toda la correspondencia habitual.

—Sí —preguntó intrigada esperando una respuesta.

—Brianna.

Un silencio momentáneo trajo como consecuencia la exaltación de todos sus sentidos.

—Niall, ¿eres tú?, ¡Oh, por Dios!

—Sí soy yo, ¿puedo subir? Séan me ha dado tu dirección, espero no incomodarte.

—Pues claro que no me incomodas ¡*Sube!*

Ella se estiró la camisa y el cardigan gris de lana y los vaqueros nerviosa dirigiéndose a la puerta para abrirla. El sonido del ascensor anunciaba su llegada, sabía que en tres segundos le vería y su corazón de la nada comenzó a latir en descontrol otra vez. Él estaba allí, iba a verle después de tanto tiempo y ella no podía estar más feliz. El ascensor se abrió y le vio detenido con una sonrisa tímida prendada en sus labios. Niall tenía el cabello corto, su aspecto había mejorado desde la última vez que le vio. Ella no dijo nada, solo soltó la puerta que tenía sostenida por el pomo y corrió hacia él enlazándole el cuello con los brazos. Sus cuerpos se sintieron inevitablemente uno contra otro y sus corazones latieron por la emoción.

—Estoy bien, tranquila.

—Gracias a Dios —dijo ella abrazándole más fuerte y separándose cruzando las miradas en la mitad de sus mejillas.

—¡Venga! no te quedes allí, entremos.

Ella cerró la puerta tras sí tratando de disimular su alegría y se giró observándole. Dio dos pasos y se postró una vez más frente él, el espacio entre sus cuerpos era minúsculo, ella con sus dedos agitó con su mano las hebras de su cabello solo un poco en un gesto juguetón y sonrió tapándose la boca sorprendida mientras su otro brazo reposaba en posición de jarra sobre su cintura.

—Te noto distinto —dijo rompiendo el silencio.

—Estoy igual que siempre, solo es el pelo. Tuvieron que cortármelo, ya sabes, ahora si parezco un auténtico vikingo... Perdona que haya venido sin avisar antes.

—¿Qué dices...? Estoy muy, muy contenta de verte, lo digo en serio.

—Y yo también Bree.

—Niall, por un momento mientras estuviste en esa cama de hospital pensé que no volvería a verte y eso me partió el corazón en dos —dijo mordiéndose el labio inferior y reprimiendo las lágrimas.

—Eso no era posible, porque tenía una razón de peso para volver.

Niall se abstuvo de decir “TÚ”, para no asustarla ni alejarla. Prefirió

sonreír.

—¿Quieres tomar algo?

—Aún estoy bajo medicación Brianna. He terminado terapia hace dos semanas.

—Entonces olvidamos el whisky y el café... ¿Qué te parece una infusión de hierbas? —dijo sonriente mientras llenaba la tetera de agua y la colocaba sobre la plancha de la estufa.

—Eso estaría muy bien.

La tetera empezó a silbar a los pocos segundos y ella volvió el rostro de improviso. Él seguía teniendo los ojos puestos en ella.

—Quiero que sepas que intenté verte y comunicarme con Séan los días siguientes después de que abandoné el hospital y él me dijo que lo mejor para mi seguridad era que no me acercara al hospital y me mantuviera distante, así que no supe nada más de ti, pero te confieso que ha sido duro mantener mi palabra. A los pocos días Séan dejó de contestar mis llamadas y decidí no insistir, pero estaba casi comiéndome las uñas día tras día, me sentía muy culpable por lo sucedido y por tu estado, necesitaba saber que tú estabas bien. Esto de mantenerme alejada ha sido muy difícil, porque tú me importas Niall Jónsson... Tú me importas mucho.

—Créeme, fue lo mejor y agradezco la preocupación.

—Pero, estás aquí Niall... parece increíble. Cuando te dejé en el hospital tu estado era crítico. Los doctores no sabían si reaccionarías o sobrevivirías.

—Lo sé, siento haberte hecho pasar por todo eso.

—¿Que tú lo sientes?, ¿cómo crees que me siento yo al respecto...? Te lo diré, fatal...

—No fue tu culpa —sentenció él.

—Que no fue mi culpa, ¿hablas en serio...? Yo no quería escucharte, no quería creerte y resulta que siempre tuviste razón.

—Ya... pero ahora me crees, ahora confías en mí —dijo tomando sus manos y mirándola directo a los ojos.

—Brianna tenemos que sincerarnos el uno con el otro y hablar de manera directa y franca. Esto es muy serio, aún corres un riesgo terrible, es la razón por la que estoy aquí. He venido porque no soportaría que te pasase nada.

—¿Quién está haciendo todo esto?

—Es muy largo de explicar pero lo haré en su momento, no todo ahora, lo que sí sé es que tienes que marcharte de aquí, aún corres un riesgo terrible, ellos saben dónde buscarte y no fallarán otra vez. El atentado iba dirigido a ti, ¿lo entiendes?, fue tu coche el que estalló por los aires.

—Pero no puedo ir y correr a mis inquilinos de la casa antigua de buenas a primeras, eso no sería injusto, yo no soy así.

—No he sido lo suficientemente claro, me refiero a irte de Dublín, alejarte y mantenerte a salvo, al menos hasta que decidamos qué hacer, esta casa ya no es segura. Vendrán a por ti. No debes comunicarte con nadie, ni llamar a nadie, mientras menos gente sepa dónde estás, más segura estarás, ¿tienes dónde ir, o tengo que hacer esta llamada? —dijo sosteniendo el móvil en su mano.

—Tengo una casa en el Loira Atlántico.

—¡Eso es perfecto! Lejos de Irlanda... Qué estamos esperando, empaca una maleta pequeña con dos mudas de ropa, nos vamos ahora mismo. Llamaré a Séan para que gestione los pasajes de avión y el alquiler de un coche para movernos allí, hasta que te sientas segura y te acomodes.

—No es necesario, puede pedirle a Eve que vaya a buscarme o envíe a alguien.

—¿Quién es Eve?

—Es el ama de llaves de la casa. Y te advierto que no me iré sin Félin, no después de los que esos desalmados le hicieron la última vez en mi casa —dijo señalándole constriñendo el rictus.

—No he dicho nada... ¡Anda, ve a empacar! —dijo Niall cruzando los brazos observando el gato. El maullido del gato se coló por la estancia.

—Tú también lo sabes Félin, ¿a que sí?

Niall echó a andar detrás desde donde había visto a Brianna perderse en medio del corredor. Ella estaba abriendo las gavetas y metiendo la ropa cuando le vio por encima del hombro detenido en la puerta observándole.

—Niall, me contarás quiénes son ellos... los que quieren matarme.

—Ellos son un grupo muy antiguo y peligroso como una especie de orden... Son un grupo poderoso con conexiones en todos los niveles, no confíes en la policía, ni en los servicios de salud, ellos están infiltrados en las más altas esferas como un virus de computadora que se esparce rápido y sin

control, seguro ya han puesto a alguien para controlar tus pasos, alguien que te sigue de cerca, más de lo que crees, alguien en el que quizás confíes... En este tiempo que he estado recuperándome ellos han estado estudiándote, seguro han visto tus cuentas, tus trabajos, tus rutinas, tus puntos débiles e inclusive tus parejas.

—¿Qué, pero qué quieren de mí?, ¿por qué hacen todo esto?

—Esto es la consecuencia de muchas personas atrás en tu linaje atado a esta tierra.

—Mi linaje, ¿y tú cómo sabes todo eso?

—Porqué a mí me pasa igual. Debemos confiar el uno en el otro. Juntos somos fuertes, separados somos presas fáciles de cazar. Lo cierto es que la vida es imprevisible. Este grupo siempre ha estado en las sombras, bajo nuestras narices, créeme Brianna, sigo pensando que debe existir algo que no me estás diciendo, una conexión, algo que me estás ocultando.

—Yo no tengo idea de lo que hablas.

—Brianna, yo haría lo que sea por ponerte al resguardo, ¿lo entiendes? Pero no puedo protegerte si no me ayudas. Tienes que contármelo todo, desde tu ida a Galicia hasta el atentado. Tiene que haber algo en esta serie de eventos que concatenen los otros sucesos subsiguientes.

—Pero te he contado todo. Yo no sé nada de conspiraciones antiguas y sectas.

—Esto es serio, te estás tomado esto a la ligera mujer. Me voy si es lo que quieres... Tendrán que lidiar solos con esto, tú y Félin.

Niall desvió la mirada, haría lo que sea aunque eso le costara alejarla para siempre, simplemente él no podía perderla otra vez. Se las había arreglado para mantener las distancias, para disimular tan bien todas aquellas tardes en la cafetería o en las bibliotecas, en el museo y en las cenas, pero no podía fingir que ella no significaba nada. Debía alejarse de ella queriéndolo o no tarde o temprano, pero era tan condenadamente difícil. Ella le vio emprender camino hacia la puerta por el pasillo, recordaba su promesa y la cumpliría como había dicho antes, pensaba Brianna mientras observaba la determinación de Niall a pesar del accidente y sus consecuencias inherentes. Ella había intentado equilibrar la balanza en su corazón... Bastian era un buen hombre, un hombre cariñoso, servicial y brillante. Sin embargo ella pensaba que Niall era muy distinto, ambos hombres eran como polos opuestos, norte y sur. El amor de Bastian era un amor más maduro, más

estable, pero limitado. Niall en cambio desde que lo había conocido hace solo unos meses lo daba todo, se daba a sí mismo, daba tanto de él que a veces se perdía posiblemente porque quizás su amor era un poquito obsesivo, salvaje y más loco. No había comparación entre los dos, la pasión de Niall con la racionalidad de Bastian, siempre ganaría Niall. Brianna al verlo otra vez, había descubierto que se sentía atada a él más que por la investigación, se había hecho cientos de conjeturas descabelladas que se habían desmoronado como un castillo de arena con la playa con su sola presencia, ella no sabía que aguas pisaba, no le conocía lo suficiente pero se sentía segura con él y estaba determinada averiguar hasta dónde podrían llegar juntos; Niall la había besado en el baile de una forma apasionada y le había dicho que ella no le era indiferente, ahora ella se encontraba azorada y confusa ¿Por qué quería confiar en este hombre desconocido sin reservas, porqué dejaría atrás a sus amigos y colegas?, ¿por qué estaba decidida a entregarle el mapa y a desvelarle más que sus miedos...? Las palabras de Antoine Broussard resonaron en su cabeza: “La felicidad debes buscarla Brianna, no se la dejes al destino” —había dicho el médico. Bree supo en seguida que si dejaba salir a Niall Jónsson por esa puerta sin sincerarse, todo habría acabado, porque la base fundamental de toda relación es la confianza. El había hecho su parte, ahora le tocaba a ella.

—Niall por favor, ¡Aguarda! —farfulló Brianna casi entre dientes.

Él la miró de soslayo antes de girarse y mirarla directo a los ojos. La indefensión y la vulnerabilidad del gigante islandés habían hecho que los mal disimulados sentimientos de ella afloraran a la superficie hasta que no pudo más, Brianna O’Connor simplemente caminó hacia él como una saeta disparada, se inclinó sobre sus tobillos le tomó por el rostro y juntó sus labios con los de él unos segundos. Él la miró alucinado, aquel beso le había desarmado, ella se paró firme frente a él y antes de que él alcanzara a emitir algún pensamiento ella rompió el silencio sin dejar de mirarse reflejados uno en el otro, ella volvió a romper el silencio con su perorata.

—Te he dicho todo, excepto una cosa... Mentí en un principio, antes no confiaba en ti, ahora lo hago. Recuerdas el mapa del que hablé cuando nos conocimos. Aquel mapa está en mi poder.

Él le tomó el rostro entre sus manos, sus ojos refulgieron con un brillo inusitado parecido al brillo de los diamantes a la luz incidir sobre ellos.

—¿Lo tienes aquí?, digo el mapa —preguntó intrigado el gigante rubio.

—No, no lo tengo conmigo, está a las afueras de París, lo llevé a la casa que heredé de Bastian. Es un mapa muy antiguo y extraño lleno de símbolos y escrituras en una lengua que desconozco, tal vez, esa sea la razón por la que irrumpieron en la casa o quizás, quizás exista otra razón de peso que desconozco.

—Eso es increíble Bree, ese mapa puede... No entiendo porqué lo ocultaste de nosotros, pero ya no hay tiempo para eso. Debemos encontrar la interrelación de ese mapa con todo este asunto. Quizás ese mapa nos lleve a la verdad, ¿dónde lo llevaste?

—A un sitio seguro al que pienso llevarte Niall —apostilló ella medio sonriendo volviendo la mirada para sostenerle la mirada.

—Que estamos esperando entonces... ¡Pongámonos en marcha!

CAPÍTULO XIV .

Nantes, 2020.

Las primeras hojas chocolates desprendiéndose de los arboles indicaban que el otoño había llegado a Nantes. Niall conducía el viejo Bentling que el hijo de Eve les había llevado por intervención de un amigo. Ellos habían abordado con prisas introduciendo la maleta en el baúl y dejando a Félin en el asiento trasero del coche. Niall había tomado el volante luego de que Brianna le indicara las coordenadas de la dirección de la casa por el GPS. Brianna dormía sentada a su lado cuando atravesaron el gran jardín de la casa solariega. Niall aparcó el coche observando a través del parabrisas el enorme terreno circundante y con un sutil tacto sobre el hombro izquierdo de ella susurró:

—Brianna hemos llegado. —Ella despertó para mirarle. Todo había sido tan rápido pero habían llegado al Loira Atlántico mientras el ocaso se colaba por el parabrisas. Brianna llegaría al final de este misterio y no se amilanaría por nada. Prefería morir y averiguar la verdad y vivir en libertad que replegarse y vivir en las sombras.

—Estamos ya aquí, ¿quieres tomar algo?, pasa y ponte cómodo como si estuvieras en tu casa, iré a por el mapa, sentenció ella perdiéndose a través de los pasillos mientras él colocaba las maletas en el suelo al costado de la puerta.

—Aquí tienes —dijo trayendo la caja con los pistones, las postales y el mapa, justo como lo había recibido de mano del abogado de Bastian.

Cuando Niall vio el mapa se sorprendió, en el había una serie de puntos y señales, el pergamino estaba lleno de símbolos drúidicos pero misteriosamente la inscripción está en islandés.

—Eso no es posible, esto es muy antiguo y muy extraño —dijo aferrándose a su mano y encerrando sus dedos con los de él.

—Lo siento, te he mentado antes porque no confiaba en ti.

—No sufras Bree, eso ya da igual. Aunque hubiese sido todo más fácil antes —dijo lanzándole una mirada mordaz.

—He traído el cilindro y el mapa para que le echas un vistazo, justo como lo recibí en herencia de manos del buffet de mi marido. Quiero que sepas que pienso llegar hasta las últimas consecuencias para desvelar la verdad cueste lo que cueste... ¿Estás conmigo?

—Sí, no creo que pueda convencerte de que te echas atrás, estamos juntos en esto. ¿Cómo has abierto los pistones?, desentrañaste tú misma el número de serie de la clave secreta, lo digo porque siento curiosidad, tal vez tengas algo de criptóloga y no me lo habías contado tampoco —dijo sonriente él.

—He recibido ayuda para eso, pero ya no viene al caso, centrémonos en el mapa que es ahora el misterio a descubrir en todo esto. Debes saber que he consultado con tres catedráticos diferentes y no consigo dar con este sitio, lo que sí sé es que puede ser del siglo XII o XIII el mapa, lo he hecho analizar. El carbono 14 no miente, por la tinta tengo la seguridad que es de ese siglo, el amigo de mi marido me explicó un poco el proceso y el porcentaje de fallo de las pruebas son minúsculas. Lo que no sé que tiene esto que ver con Bastian y porqué me lo ocultó. Todo esto no me cuadra de nada.

—Sé dónde es este sitio, adujo Niall meditabundo. Brianna le miró escéptica mientras él continuaba con su perorata.

—La organización y los nombres están un poco distinto ya que data de otra época. Estos siete puntos que ves aquí son los antiguos reinos de hielo o así se les hacía llamar en la antigüedad: Kernow, Cymu, Alba, Éire, Mannin y Breizh, está mapa es del siglo XII justo en el período de la invasión normanda, y ese el séptimo punto lejano, es la isla perdida, mejor conocida en ese tiempo como el fin del mundo.

—Todo eso es perfecto pero esto no me lleva a nada. Aún no sé porqué asesinaron a mi marido, ni sé porqué quieren matarme.

Ella le miró extrañada, una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo mientras reflexionaba en silencio tratando de acallar sus pensamientos...

—«Aún no sé porque no puedo dejar de mirarte, porque me resulta tan subyugador tu aroma y tus ojos» —dijo para sí misma volviendo el rostro,

tratando de acallar sus dudas y su cuerpo... «¡Para Bree, concéntrate!» —dijo ahondando en sus elucubraciones.

Al mismo tiempo que él se repetía para sí, que no era el tiempo apropiado para enfrentarse a la *orden*, aún no, ella no estaba preparada, su bloqueo mental seguía activo. Pero, ¿cómo hacía para resistirse a la mujer que había querido y buscado por siglos? Apretó los puños lastimándose, sabía que no podía contarle toda la verdad, aún no, ella jamás entendería cómo sabría él el preciso lugar. Ella jamás entendería que todo eso iba más allá que la muerte de su antiguo esposo. Ella no entendería que él necesitaba llevarla allí. Las palabras de la druidesa habían vuelto a su cabeza seguida de la advertencia. No había más opciones... Si de verdad iba a ser esta vez la definitiva, si lo que planeaba Niall Jónsson era romper el maleficio y aspirar a estar juntos esta vez, ella debía confiar a ciegas, una cosa era que ella se sintiera atraída por él y otra muy distinta era que ella se enamorara de él como en el pasado. Ella debía volver al sitio donde había acabado todo para iniciar otro ciclo.

—Creo saber porque mataron a tu marido, aunque debes de saber que puedo estar equivocado... Tu marido se topó con algo muy antiguo, poderoso y peculiar. El tiempo que nos distanciamos, yo seguí investigando con la ayuda de mi asistente. Séan viajó a Galicia para investigar más a cerca de la extraña irrupción en el Laboratorio Arqueológico de A Coruña, habló con dos de los sobrevivientes al ataque de esa mañana. Ellos le informaron que solo dos piezas habían desaparecido del laboratorio. La doctora Alina Ulloa, solo había catalogado una de las dos vasijas celtas antiguas del siglo XII que desapareció de la mano del ladrón homicida. Creo que ese fue el verdadero motivo por la que se deshicieron de las únicas dos personas que podían desvelar la verdad, una de ellas era el director del laboratorio, Reinaldo Saineiro y la otra persona era... tu esposo.

—Pero te dije que no siguieras hurgado, te dije que abandonarás todo, que ya me encargaría yo de eso.

—Pero no te hice caso. Así que seguí con la investigación y me mantuve alejado porque creí que así estarías a salvo, eso había ocurrido a cientos de kilómetros de Dublín, pero resulta que aquella noche en el Trinity Ball usaste...

—¡El brazalete celta!, todo esto es por el brazalete... Es la razón por la que irrumpieron aquí y lo tomaron sustrayéndolo.

—Creo que empiezas a entender, el brazalete es la razón por la que dieron contigo, lo más posible es que siguieran tus pasos por semanas, nos vieran juntos, investigando codo a codo, nos relacionaran juntos, y una cosa llevó a la otra. El brazalete te ha puesto en la mira de la *hermandad*, ya no le es desconocida tu identidad. Existe una leyenda muy antigua que habla de las tres reliquias celtas, las que serán capaces de cambiar el orden existente y darle un vuelco a la historia y a la religión. Por lo que creo y he estado investigando hasta ahora, ellos ya tienen en su poder dos de las reliquias, la razón por la que aún seguimos con vida es por eso, porque aún no dan con la última. Por ello estoy casi seguro de que ellos están detrás de las misteriosas muertes de los arqueólogos en España.

—Me estás diciendo que... Que esta gente... *La orden* de no sé qué, fue la que mató a Bastian.

—No estoy cien por ciento seguro de eso, pero es muy probable.

—Voy a dar con ellos Niall, lo juro, para eso he venido hasta aquí.

—No debes pensar en venganzas Bree ni precipitarte, no es momento para eso ahora. Abandono esto es serio, si sigues pensando de este modo... No pienso exponerte.

—Creo que seguiré sin ti entonces...

—¡Brianna espera!, tienes que dejar todo esto atrás, te lo he dicho antes, ellos son poderosos, ten siempre presente el dicho de Confucio, «antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas», ¿lo entiendes?, ellos nos llevan ventaja.

—Pero entonces este viaje para qué nos sirvió.

—Eso debemos descubrirlo... Si partimos de la idea que ya tienen dos en su poder, les será fácil adivinar dónde buscar el resto, pero este mapa nos da ventaja sobre ellos. Porque sabemos dónde empezar...

—Yo no tengo ni idea de donde está esa isla «el fin del mundo», es lo único que entiendo de ese idioma y eso es porque es la única inscripción que está escrito en gaélico antiguo. Yo diría que nos dirigiéramos a Edimburgo dónde hay un pub que lleva ese nombre, pero esto no es Escocia.

—Exacto. En definitiva este punto no pertenece a Alba, es el antiguo reino de lava y hielo, conocido como el fin de mundo antiguamente por sus peculiaridades.

Él levantó el rostro para mirarle, sabía que no podía desvelarle nada.

Niall carraspeó y volvió a señalar el mapa.

—Este punto nos señala a Islandia, mi tierra de aguas salvajes. —Ella volvió el rostro para mirarle conmovida.

—¡Islandia! Eso significa que debemos ir allá. Entonces vas a guiarme. A decirme, ¿a quién contactar y dónde empezar?

—Haré algo mucho mejor que eso Brianna O'Connor. Voy a ir contigo, voy ayudarte a resolver tus dudas y desvelar este misterio. Estoy contigo en esto pase lo que pase, puedes confiar en mí y contar con mi apoyo y discreción siempre.

—No sé cómo agradeceréte Niall. Yo... No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, ni hacer nada en absoluto. Yo haré esto con gusto, créeme. Debes saber que tengo mucho tiempo que no he vuelto a Islandia. Mucho, mucho tiempo. Me marché de esas tierras devastado y no he vuelto a pisarla desde hace años.

—No tienes que hacer esto por mí entonces, Niall. Si es difícil para ti lo entiendo.

—Quiero hacerlo Brianna.

Ella tornó los ojos hacia su dirección y dejó de razonar escuchando solo a su cabeza y siguiendo lo que le dictaba su corazón y sus instintos, se acercó a él y entrecruzó sus dedos con los suyos sin dejar de mirarle.

—Entonces... ¡Bienvenido a bordo Niall!

Él estrechó su mano con fuerza enlazando la suya contra la de ella, sabía desde ese preciso momento que todo apenas había empezado.

«Hay peligros y hay secretos en todos lados, nunca llegamos a atisbar los riesgos del futuro, subestimamos el presente y eso nos lleva a tomar decisiones apresuradas, decisiones que se convertirán en gloria o en penas, en sangre de muerte o en la resurrección de vida y eso solo lo sabremos al enfrentar valientes nuestro destino».

Lejos de allí en Dublín, Úlfur levantó el teléfono con cierto tono de crispación y la mirada inyectada en sangre.

—¿Los encontraste?

—Temo decirte que no papá. Se han ido, he ido personalmente a su casa y he buscado bajo cielo y tierra las huellas del historiador y la psiquiatra, y parece ser que se los ha tragado la tierra, no hemos tenido suerte al tratar de obtener información de uno de los suyos, muy a pesar de que tu sabueso se han ensañado con aquel joven, por lo que me puse en contacto con mi agente en la policía fronteriza y me ha informado que han dejado el país en un vuelo al mediodía rumbo a Gales, por lo que sé de ella siempre mencionaba que había heredado una casa en el Loira Atlántico, habló tantas veces de ella que quería llevarme... Al final por una razón u otra nunca me llevó; por lo que es fácil imaginar que allí es donde se encuentran escondidos, pero no estoy segura si está con el historiador, tenemos retenido aquí a su asistente —apostilló sonriendo mordaz—. Esperamos aún poder sonsacarle alguna cosa. No se ha quebrado ni una sola vez, ha aguantado estoico cada golpe y sesión de corrientes. Como el tiempo apremia y como medida desesperada he mandado a llamar nuestro especialista en torturas.

La conversación transcurría a escasos metros del secuestrado, con los tubos fluorescentes de la luz titilando con cada descarga eléctrica en medio de gemidos y gritos. Séan batallaba por librarse mientras acezaba tratando de lidiar con los cortes y los golpes que le infringían, tenía todo el rostro y el torso golpeado, su nariz sangraba profusamente y sus ojos moreteados estaban hinchados y un hilillo de sangre atravesaba su campo visual. Le tenían desnudo y maniatado sobre una silla, en una pequeña fábrica abandonada a las afueras de Dublín, con el pelo completamente mojado y un corte transversal a la altura de las costillas.

—Le di un ultimátum a Niall y no ha atendido a razones, pese al acabar de salir del hospital, no me deja más opciones... Reactivaré el protocolo levantando la orden de captura y caza internacional para que todos nuestros contactos estén al pendiente de cualquier movimiento y estrategia de acción, no podemos permitirnos perderlos de vista —espetó asestando un golpe seco y fuerte al escritorio.

—¡Encuéntrenlos! Vuestra única misión antes que respirar, es dar con ellos —bramó furibundo Úlfur lanzando el teléfono por los aires.

INDICE

Cita de Autor

Prefacio

I **PARTE** **LA** **MALDICIÓN** **CELTA**

Capítulo 1

Capítulo 2

INTERLUDIO

I

Capítulo 3

II **PARTE** **LAS HORAS** **OSCURAS**

Capítulo 4

Capítulo 5

INTERLUDIO

II

Capítulo 6

III **PARTE** **BESADA POR** **EL FUEGO**

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

INTERLUDIO

III

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

A CERCA DE LA AUTORA

Elizabeth Hay. Es una autora independiente panameña de novelas de romance y suspense, financista, novelista, poetisa, bloguera, emprendedora y lectora ávida, amante de la literatura y las artes, los viajes, la naturaleza, la moda y la música. Se declara creyente de que las buenas historias, piensa que toda buena novela debe tener algo más que un elemento de engancho, lo que ella denomina el zsi zsa zsu de las obras, debe tener un contexto, un bagaje con toques de realidad, historia y ficción en una amalgama de diferentes tipos de recursos literarios para dotar a la historia de esa veracidad incipiente en la que los personajes desengranados consigan mover fibras profundas de una forma u otra con su historia y su esencia. Es la autora de *Claroscuro: La historia de una asesina*, *La piel tiene memoria*, *Me Tienes: Tormenta y Tempestad*, *Alma Salvajes: Triskelion*, *las reliquias perdidas* y *el velo del tiempo*, y el poemario que abarca un compendio de versos que lleva como título: *Poemas de Amor: Una transición en el tiempo*, entre otras.

Para más información acerca de la autora:

Página web: elizabethhayauthor.wixsite.com/website

Instagram, twitter, facebook como: @lizhayauthor

Goodreads: www.goodreads.com/author/show/16073526.Liz_Hay

Amazon: www.amazon.com/LIZHAY/e/B0774QYV2C

Llega la esperada continuación de la saga... ¡No puedes perdértela!

Sueños Salvajes

EL OJO DE HORUS Y LA ORDEN SECRETA

«Soy tuyo si me
aceptas y me
quieres... Tuyo
totalmente y sin
reservas...».

ELIZABETH HAY

